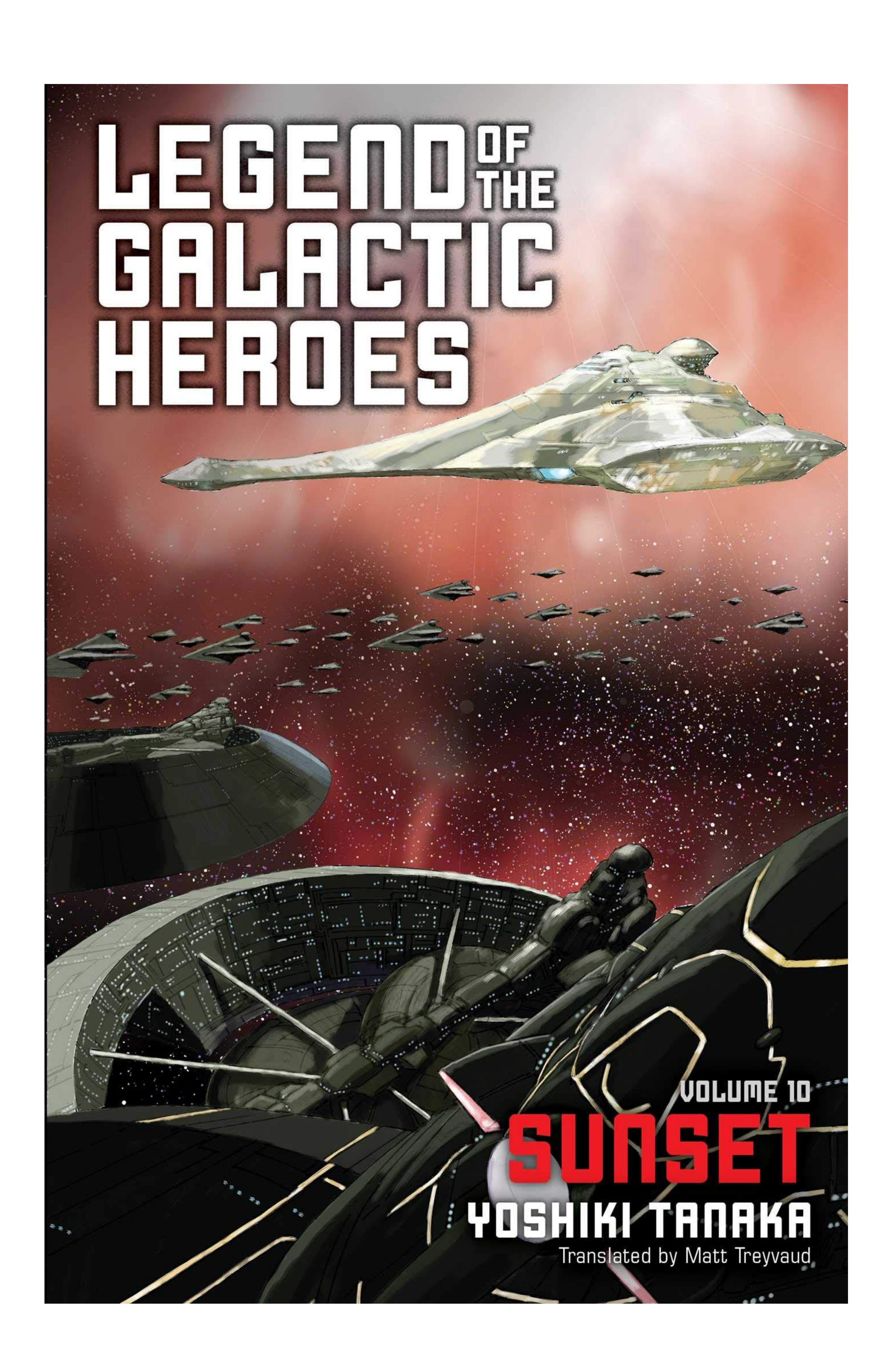

LEGEND OF THE GALACTIC HEROES
VOLUME 10
SUNSET
YOSHIKI TANAKA
Translated by Matt Treyvaud

L a Leyenda de los Héroes Galácticos : Volumen 10
por Roy Copyright © 2017 Roy
Ilustraciones por Ririnra
Ilustración de portada por Ririnra

Edición original japonesa publicada en 2017 por Hobby Japón
Traducida al español por JuCaGoTo Translations
Edición digital al español por M. Nigthkrelin Subs
Edición digital empaquetada por riojano0

CAPÍTULO UNO: NACIMIENTO DE LA KAISERIN

I

LA LUZ DE LAS ESTRELLAS DE INVIERNO se apagó como una cascada de zafiros en el jardín del Cuartel General Imperial. Cuando el tercer año del Nuevo Calendario Imperial tenía sólo una hora, el Kaiser Reinhard von Lohengramm se enfrentó a una reunión de oficiales civiles y militares en el patio del Cuartel General Imperial y anunció su intención de casarse. Después de un momento de silencio aturdido, los invitados levantaron sus voces para celebrar. Mientras Reinhard tomaba la mano de Hildegard "Hilda von Mariendorf" — quien, a pesar de ser mujer, ocupaba el puesto vital de consejera jefe del Cuartel General Imperial — alguien gritó un apasionado grito de "¡Hoch Kaiserin!"

¡Larga vida al Kaiserin!

El grito se sintió crujiente y vigorizante, y medio momento después dio a luz a innumerables seguidores.

"¡Hoch Kaiserin Hildegard!"

¡Larga vida a Kaiserin Hildegard !

La perspectiva de que Reinhard se casara con Hildegard era demasiado natural para inspirar mucha sorpresa. Durante mucho tiempo habían circulado rumores sobre su relación, y no maliciosos.

“¡Un brindis por Su Majestad y la futura esposa!”

Las gafas se encajaron. La risa se extendió. El ambiente festivo que llenaba el jardín se intensificó aún más con la revelación de que Hilda esperaba un hijo a principios de junio. Nuevas botellas de champán fueron descorchadas mientras nuevas canciones llenaban el aire nocturno.

“¡Un brindis por su Alteza Imperial el Príncipe!”

“No, a Su Majestad, nuestra bella nueva emperatriz.”

“¡En cualquier caso, qué día tan alegre!”

Después de la agitación y las pruebas del año anterior, hubo un fuerte deseo compartido de un año más tranquilo y mejor por venir. El compromiso del Kaiser les pareció el primer signo de mejor fortuna, simbolizando un año de paz y prosperidad. Además, el heredero imperial se aseguraría de que la dinastía Lohengramm perdurara más allá de su primera generación. El niño estaba seguro de ser bello y sabio, sin importar a qué padre siguiera. Los vítores continuaron, sin señales de morir.

La salud de Reinhard también parecía haber mejorado. Siempre había odiado a los médicos, y desde octubre, el tiempo y la experiencia de sus médicos de la corte se había infrautilizado enormemente, encontrando el ejercicio primario en un debate silencioso que había producido un nombre provisional para la misteriosa condición que de forma intermitente obligaba al kaiser a llevarse a la cama con fiebre: *Kaiserich Krankheit* , “la enfermedad del Kaiser” — aunque, como el resfriado común, lo que en realidad se llamaba era menos una enfermedad que un conjunto de síntomas. Fue sólo en los últimos días de Reinhard cuando el nombre formal, “Enfermedad del Colágeno Fulminante Variable”, entró en uso.

A principios de año, los médicos de la corte se centraron más en Hilda y su hijo no nacido, sobre todo porque Reinhard había dado personalmente órdenes en este sentido. El embarazo avanzaba sin incidentes, y se esperaba que Hilda diera a luz el 1 de junio — aunque, los médicos advirtieron, el

primer nacimiento de una mujer suele retrasarse ligeramente, por lo que el niño podría llegar hasta el 10 de junio. En cualquier caso, salvo complicaciones imprevistas, el punto medio del año venidero estaría marcado por el grito de parto del recién nacido más célebre de la galaxia, y en el que pesaban las mayores expectativas.

A menudo se dice que los gobernantes autocráticos aman como figuras privadas pero se casan como figuras públicas. En el caso de Reinhard, sin embargo, la cuestión de si su relación con Hilda era romántica o no, era una cuestión incómoda, tanto en su época como en las generaciones posteriores. Lo que es innegable es que tanto el propio Reinhard como la Dinastía Lohengramm la necesitaban.

“El Káiser Reinhard fundó la dinastía Lohengramm, pero fue la Káiser Hildegard quien la crió.”

Entre los historiadores posteriores, se desataría una disputa bastante básica sobre cuál de ellos fue el primer autor de esta incisiva observación. En cualquier caso, sin embargo, no había objeciones a la unión de Reinhard e Hilda entre sus contemporáneos. Esto fue, sin duda, en parte debido al padre de Hilda, el Conde Franz von Mariendorf, cuyo cálido carácter le había ganado pocos enemigos.

El 3 de enero, el conde presentó su dimisión como ministro de asuntos internos. La única respuesta inmediata de Reinhard fue un ligero fruncimiento del ceño. Él discernió la intención del gesto de su futuro suegro, pero no había un sucesor obvio para el puesto ministerial, y no podía dejarse vacante. Al final requirió que el conde permaneciera a su servicio por el momento, negándole la oportunidad de regodearse en el sentimentalismo del padre de la novia.

Los preparativos de la boda de Hilda estaban en marcha en manos del mayordomo de los von Mariendorf, Hans Stettelzer, y su esposa. ¡Su pequeña Hilda, comprometida con el mismísimo Kaiser! A Hans le hubiera gustado simplemente empaparse del cálido manantial mineral de emoción que esto convocaba, pero este lujo le fue negado, al igual que a su empleador. En cambio, pasó su tiempo corriendo de un lado a otro para

asegurarse de que todo estaba en orden. Una boda era un acontecimiento feliz, pero con menos de un mes entre el anuncio del compromiso y la ceremonia misma, ¡qué torbellino de actividad se requeriría! No había tiempo suficiente para preparar una ceremonia adecuada para el conquistador de la galaxia. Aún así, con Hilda ya embarazada, era inevitable cierta prisa. *Aún así, Su Majestad se mueve más rápido de lo que esperaba,* pensó Hans, antes de sacudir apresuradamente la cabeza. Tales pensamientos equivalían a Lèse-majesté.

Altos funcionarios se reunían ya en la nueva capital imperial de Phezzan para asistir a la ceremonia. Entre ellos estaba el mariscal imperial Wolfgang Mittermeier.

La familia de Mittermeier incluía actualmente cuatro personas: el propio Wolfgang; su esposa, Evangeline; su hijo adoptivo, Felix; y su pupilo, Heinrich Lambertz. Este "cuarteto completamente sin relación", como el autor de *Marshal Mittermeier: Una Biografía Crítica* lo pondría generaciones más tarde, vivieron juntos bajo el mismo techo, y en algún momento se establecieron en un confortable patrón de vida familiar.

El dolor de Mittermeier por la muerte de su amigo Oskar von Reuentahl aún flotaba como una densa niebla en lo más profundo de su psique, pero su posición como comandante en jefe de la Armada Espacial Imperial lo mantenía tremendamente ocupado — y ahora había que asistir a la ceremonia de boda del Kaiser. Cuando llegó a la casa familiar en Phezzan, fue recibido por la sonrisa de Evangeline, el saludo de Heinrich y el vigoroso lamento de Félix.

"Un niño ciertamente hace que un hogar sea animado. Me pregunto si la casa de los von Eisenach es así."

Inhalando la fragancia del café que Evangeline había preparado para él, Mittermeier intentó imaginar la vida hogareña de su colega Ernst von Eisenach, el "Comandante silencioso", pero le resultó imposible hacerlo. Su mente se centró en otros asuntos.

"Dime, Evangeline", dijo de repente. "¿Crees que podría ser un político?"

Una leve sorpresa se mostró en los ojos violetas de su esposa ante la inesperada pregunta, pero sólo por un momento. “No estoy seguro de lo que quieres decir con la pregunta, Wolf, pero ciertamente eres una persona justa y recta. Esas son buenas cualidades para cualquiera que las tenga, sea político o no.”

Mittermeier se alegró de que ella pensara así, pero también sabía que un estado no podía regirse sólo por la justicia y la rectitud. Su confianza en sus habilidades militares estaba justificada por su historial, pero nunca había considerado si tenía algún talento para la política.

¿Por qué el Gale Wolf terminó haciendo a su esposa una pregunta como esta? La respuesta era simple: el genial Conde von Mariendorf había recomendado al Mariscal Mittermeier como el próximo ministro de asuntos internos.

En el campo de batalla, Mittermeier no conocía ni el miedo ni la incertidumbre. Era el mejor comandante de la Armada Imperial. Pero cuando se enteró de la recomendación del conde, se preguntó si alguien había deslizado alucinógenos en su taza de café. Y entonces el hombre que le había dado la noticia, el Almirante Bayerlein, le susurró un giro adicional: *“Si Su Excelencia no toma el puesto, entonces von Oberstein podría hacerlo.”*

El Mariscal Imperial Paul von Oberstein y Mittermeier no eran enemigos políticos. A Mittermeier no le gustaba von Oberstein, pero no interfería en su trabajo como ministro de asuntos militares; mientras tanto, lo que von Oberstein pensara de Mittermeier, no lo mostraba en la superficie. Mientras Oskar von Reuentahl — también un mariscal imperial — había vivido, cada uno de los tres había tenido su propia autoridad y psicología, y un peculiar equilibrio tripartito había reinado. Pero desde la muerte de von Reuentahl a finales del año anterior, el equilibrio era un simple bipolar, con el Kaiser como punto de apoyo. Mittermeier siempre se había mantenido lo más alejado posible de la política, pero empezaba a preocuparse por el tiempo que podría seguir siendo un hombre puramente militar.

II

Después de que se decidió formalmente que Hilda se convertiría en Kaiserin del Imperio Galáctico, el Ministerio del Interior del Palacio y el Ministerio de la Judicatura abrieron una variedad de discusiones sobre la Ley de la Casa Imperial. En pocas palabras, la pregunta era: ¿sería el Kaiserin únicamente el cónyuge del Kaiser, o algo más?

Cuando Reinhard buscó la mano de Hilda en matrimonio, su intención era que ella gobernara junto a él. Pero, ¿debería esto estar codificado en las leyes del estado? ¿Debería la Ley de la Casa Imperial establecer que 'el papel del Kaiserin no se limitará al de cónyuge del Kaiser; ella también reinará con él como co-monarca, y en ella se invertirá el derecho de sucesión'?

Era una pregunta sumamente difícil de responder. La sagacidad de Hilda sorprendió incluso a Reinhard. Estaba más que cualificada para compartir la responsabilidad del gobierno. Pero, ¿y el futuro? ¿Qué pasa con el riesgo de que, en las generaciones futuras, una mujer que carece de sabiduría o habilidad se convierta en Kaiserin y se inmiscuya en los asuntos de estado con un efecto desastroso? ¿Sería más seguro restringir el Kaiserin a hablar de asuntos de estado, en lugar de dirigirlos? Se reunieron interminables argumentos para ambas partes, y el debate continuó sin final a la vista.

Por supuesto, desde el punto de vista del republicano democrático, toda la discusión era absurda. Un sistema en el que la autoridad suprema se transmitía por sangre era por definición ilegítimo. Dejando de lado el Kaiserin, ¿qué hay del riesgo para los asuntos del Estado si el Kaiser es incompetente, ineficaz o simplemente no inteligente? Su argumento era innegable, pero dada la naturaleza autocrática del sistema imperial, sus altos funcionarios no podían dejar de preocuparse por la cuestión de la influencia que una mujer podía tener en su gobernante.

Annerose, la Archiduquesa von Grünewald, quizás una influencia aún mayor en su hermano menor que Hilda, llegó a Phezzan para la boda el 25 de enero. Una pequeña flota del almirante Grotewohl la había escoltado desde el planeta Odín, un viaje de cinco mil años luz que fue la primera experiencia de Annerose en un viaje interestelar. Nunca antes había salido de la superficie de Odín.

Acompañada sólo por Konrad von Moder y otros cinco sirvientes, Annerose bajó a salvo en Phezzan. Con esto, la responsabilidad de su seguridad pasó al almirante Kessler, comisario de la policía militar, quien asignó a uno de sus hombres, el comodoro Paumann, para llevar a su grupo a su alojamiento y permanecer allí como guardia.

Annerose llegó a sus aposentos y encontró a Hilda esperándola, por cortesía hacia su futura cuñada.

Era la segunda vez que las dos mujeres se encontraban. La primera había sido en junio del año 89 del antiguo Calendario Imperial, SE 798, cuando Hilda había visitado el retiro de Annerose en las Montañas Freuden en Odín. Eso hizo de este su primer encuentro después de dos años y medio de separación.

“Soy indigno de la amabilidad de Su Gracia, al emprender un viaje tan largo y arduo”, dijo Hilda. Después de intercambiar algunas formalidades rituales, los dos se repararon en el salón. Un leño ya ardía en la chimenea, y mientras calentaba la habitación, la luz dorada y rosada se disputaba su color. Hilda pensó que recordaba una vista y un ambiente similares de su visita a las montañas Freuden, y se preguntó si el indicio de una sonrisa en los labios de Annerose indicaba que el recuerdo era compartido.

Las dos se sentaron frente a frente en un par de sofás. Se trajo café, y mientras su fragancia flotaba en el aire, Annerose rompió el silencio.

“Bueno, Hilda”, dijo. “A partir de junio serás la madre del imperio.”

“Sí, si todo va bien”, contestó Hilda con un rubor. Su embarazo aún no era demasiado notorio, y hábilmente oculto por la ropa suelta en cualquier caso. Para la mayoría de los observadores, su forma era tan grácil, sus movimientos tan ligeros y regulares como siempre. Pero Annerose, como miembro del mismo sexo, pudo haber captado una cierta impresión suave y curvada que surgía en el rostro de Hilda, que una vez fue tenso y juvenil. ¿Este cambio emanaba de su interior mientras progresaba hacia la maternidad? Hilda pronto se encontraría en una situación que Annerose nunca tuvo.

“Como dije antes, por favor cuide bien de mi hermano. Hacer esta petición es todo lo que está dentro de mi poder. Una vez trajo la desgracia a otro, que se sacrificó por el bien de mi hermano, pero por ti, Hilda, sólo deseo la felicidad.”

¿Se refería al difunto Mariscal Imperial Siegfried Kircheis? Annerose permaneció en silencio, y Hilda sólo pudo adivinar.

Annerose tenía sólo quince años cuando fue arrebatada de su casa por la demanda unilateral de un hombre poderoso. Las fuentes muestran que fue una de las favoritas del Kaiser Friedrich IV durante una década después. ¿Pero cómo se había sentido sobre su situación? Ni siquiera la sagaz Hilda podía imaginar. Sin embargo, algunos hechos eran indiscutibles. Por un lado, si hubiera rechazado el afecto de Friedrich, los Von Müsels, su familia biológica, habrían sido borrados de la faz de la tierra. Por otra parte, ella había hecho todo lo posible para proteger a su hermano menor Reinhard una vez que se le concedió el título de Gräfin von Grünewald. Sin Annerose, ni Reinhard von Lohengramm ni la propia dinastía Lohengramm podrían haber existido. Ella era, en cierto sentido, la madre de la que habían nacido sus actuales circunstancias históricas. Cuando su hermano se convirtió en primer ministro imperial de la antigua dinastía y tomó el poder dictatorial, ella se recluyó. ¿Había decidido que su hermano ya no la necesitaba entonces? Hilda sintió como si lo entendiera, pero tal vez esto no era más que una ilusión.

De repente, Hilda vio algo en la cara de Annerose. La vaga impresión tardó

unos momentos en formar un contorno en palabras. Las mejillas de Annerose eran demasiado blancas, pensó Hilda. Siempre había tenido la misma piel de porcelana que su hermano, pero ahora también tenía una cierta cualidad sin vida, algo que Hilda no había percibido en las Montañas Freuden. Sugería que las energías vitales de Annerose estaban muy poco presentes.

¿Podría Annerose estar sufriendo algún tipo de enfermedad? Una pequeña pero aguda hoja de ansiedad recorrió el corazón de Hilda. Antes de que su peculiar aguijón se desvanezca, una sirvienta llegó con noticias para informar: El Káiser Reinhard había llegado del Cuartel General Imperial para encontrarse con su hermana. Un momento después, el sirviente fue reemplazado en la puerta por el propio Reinhard. Los ojos azules del Kaiser eran suaves.

“Ha pasado una época, querida hermana.”

Su voz temblaba, por la nostalgia y por algo más.

Fue el primer encuentro de los antiguos hermanos von Müsel en más de tres años. Las mejillas del hermoso joven Kaiser se sonrojaron, haciéndolo parecer aún más joven. Había temido que Annerose no asistiera a su boda, al igual que había estado ausente en su coronación. Podría haber conseguido una gran autoridad y comodidad para sí misma si lo hubiera deseado, pero en lugar de eso se había recluido en las montañas de Freuden, absteniéndose resueltamente de interferir en el gobierno de Reinhard. Pero ahora estaba aquí, habiendo viajado por la galaxia para presenciar los votos matrimoniales de su hermano menor.

Hilda decidió dejarlos solos. No le parecía bien que una extraña se entrometiera en esta reunión de hermanos. Para Hilda, por supuesto, Annerose era una presencia demasiado elevada para inspirar celos.

Reinhard salió de la sala veinte minutos después. Viendo a Hilda esperándole en el salón, se acercó a ella.

“Fräulein von Mariendorf”.

“¿Sí, Su Majestad?”

Reinhard apretó sus labios por un momento, como si se diera cuenta de algo. Había una luz triste en sus ojos.

“No”, dijo. “Ese tipo de dirección ya no es apropiada. Tú y yo vamos a casarnos, y entonces ya no serás una fräulein.”

“Eso es cierto.”

Esta fue una conversación muy extraña, pero una parte de ella, al menos, fue totalmente seria. La otra parte mantenía poderes de juicio más objetivos, pero no tenía intención de reírse de él.

“A partir de ahora, me dirigiré a usted como Hilda. Así que me gustaría que me llamaras Reinhard, en lugar de ‘Su Majestad’.”

“Sí, Su Majestad.”

“Reinhard.”

“Sí, Reinhard… mi señor.”

Al responder, Hilda sintió que algo cercano a la certeza crecía en lo profundo de su ser: este intercambio debe tener algo que ver con la conversación privada que él y su hermana habían compartido. Probablemente Annerose lo había sugerido. Sin embargo, a pesar de esta declaración de intenciones, él vendría después a llamarla “Kaiserin”, en la mayoría de los casos, y ella a dirigirse a él como “Su Majestad”.

III

El 29 de enero. El día de la boda de Reinhard e Hilda había llegado por fin.

Hans Stettelzer rezó toda la noche a Odín el Padre del Todo por el buen tiempo, pero la mañana estaba fría, con un polvo de nieve de los cielos grises. Hans maldijo los cielos despreocupados e inútiles de veinticuatro maneras diferentes en nombre de la "Pequeña Hilda".

Sin embargo, la elegancia y el esplendor de los novios superaron fácilmente el tiempo incoloro. En efecto, los cielos invernales de color gris sólo hicieron que Reinhardt — en uniforme de gala — e Hilda — en un vestido que parecía tejido a partir de nieve virgen — se convirtieran en creaciones que los mismos dioses envidiaban, realizadas de forma mucho más hermosa de lo que los cielos jamás habían pretendido.

El Conde von Mariendorf suspiró profundamente en admiración.

"Eres hermosa, Hilda", dijo. "Tu madre hubiera sido tan feliz."

"Gracias, padre."

Aceptando las cálidas aunque poco originales felicitaciones de su padre, Hilda le besó en la mejilla. En cuanto al novio, su sonrisa fija sugería principalmente la incertidumbre sobre qué expresión usar.

"Conde von Mariendorf — Supongo que a partir de ahora debo llamarte padre. Gracias por darnos su bendición."

Cuando el emperador de toda la humanidad se inclinó ante él, le tocó a von Mariendorf no estar seguro de qué expresión usar.

"Sigo siendo el humilde servidor de Su Majestad", dijo. "Por favor, diríjase a mí como siempre lo ha hecho."

Esto no fue una humildad fingida. Von Mariendorf no estaba seguro de poder soportar la incongruencia de que Reinhard le llamara "padre".

"¿Qué se siente ser el suegro del Kaiser, el Conde von Mariendorf?",

susurró el Secretario del Gabinete, Meinhof. A los 36 años, Meinhof era el miembro más joven del gabinete de Reinhard, y en habilidad burocrática se dice que es el segundo después del ex secretario de obras Bruno von Silberberg, el ahora fallecido predecesor de Meinhof. Abordó su trabajo con sinceridad y demostró un verdadero talento para la toma de decisiones y la realización de las cosas, aunque en términos de creatividad no se le consideraba tan bien como a su predecesor. El apoyo de este joven burócrata y político había sido de gran ayuda para el Conde von Mariendorf, quien probablemente le habría sugerido como su propio sucesor si el Mariscal Mittermeier no hubiera estado disponible. Tal y como estaban las cosas, Meinhof sin duda encabezaría el gabinete un día, una vez que hubiera demostrado que tenía suficiente capacidad de liderazgo e influencia.

La sonrisa de arrepentimiento que fue la respuesta del Conde von Mariendorf al susurro de Meinhof se evaporó cuando la mirada del conde se encontró con la de von Oberstein. El Ministro de Asuntos Militares no tenía al conde en ninguna desventaja particular, pero von Mariendorf encontró la presencia del hombre opresiva de todos modos. Sin embargo, el conde no se apoyó en el prestigio de su futuro yerno para mirar a von Oberstein. No estaba en su naturaleza hacerlo.

Reinhard e Hilda caminaron por los pasillos alineados por los asistentes y subieron al estrado. El vestido blanco de Hilda fue diseñado artísticamente para ocultar su embarazo, ahora en su quinto mes, sin afectar en lo más mínimo a la gracia de su forma y movimientos. En lo alto del estrado, su testigo estaba esperando para recibirlos. De acuerdo con las costumbres del antiguo imperio, esta función la realizaba el ministro del interior del palacio. Presumiblemente, no era que las reformas de Reinhard no hubieran llegado tan lejos, ya que habría sido más difícil de lo que valía la pena cambiar.

“Declaro formalmente”, dijo el ministro, Barón Bernheim, “que en este día, el veintinueve de enero del tercer año del Nuevo Calendario Galáctico, Reinhard y Hildegard von Lohengramm se convirtieron en marido y mujer.”

El barón estaba tan nervioso que tanto su voz como sus manos temblaban,

haciendo que el certificado de matrimonio temblara tanto en todas las direcciones que apenas parecía una simple hoja de papel. Los invitados reunidos observaron con un atisbo de desaprobación.

"Cálmese, Barón Bernheim. No es usted el que se va a casar, después de todo."

Esto fue lo más cercano a una broma que el Kaiser haya hecho. Con toda su fuerza de voluntad, el Barón Bernheim forzó los músculos de su cara a una sonrisa, con sólo un débil temblor localizado en sus mejillas y labios.

"¡Hoch Kaiser! ¡Hoch Kaiserin!"

Estas palabras, tan fuertes como para llenar el lugar, emanaban de los pulmones y la faringe del Almirante Mayor Wittenfeld. Kessler las describiría unos días después como "menos una alegría que un grito", pero en cualquier caso desencadenaron una explosión de gritos de alegría que llenaron de vida el lugar.

"Qué hermosa novia hace Fräulein von Mariendorf", susurró el mariscal Mittermeier a su esposa. "Ella está realmente en condiciones de estar al lado del káiser."

"Ya no es Fräulein von Mariendorf, querida," respondió Evangeline, acunando a Félix en sus brazos. "Ella es Su Majestad Kaiserin Hildegard."

Mittermeier asintió, y Félix extendió una pequeña mano para tirar del pelo rubio rebelde de su padre.

Los asientos alrededor de la familia Mittermeier estaban todos ocupados por figuras de alto rango en el ejército imperial: El Almirante Mayor Mecklinger, que había aceptado un nombramiento como sucesor de Hilda como consejero jefe del Cuartel General Imperial; el Almirante Mayor Kessler, comisario de la policía militar; los Almirantes Mayores von Eisenach, Wittenfeld y Müller. Por debajo del rango de almirante mayor, había demasiados almirantes completos y vicealmirantes para contarlos.

Rastrillando sus dedos a través de su pelo naranja, Wittenfeld le susurró a Müller, "¿Sabes lo que pienso? Como novio, el kaiser es sólo un joven apuesto, si se me perdona que lo diga. Pero como gran mariscal a la cabeza de todo el ejército, es realmente una presencia impresionante. ¿No lo cree?"

Müller asintió profundamente, con sus ojos color arena, pero susurró: "En mi opinión, incluso como novio, inspira suficiente temor."

Von Eisenach, que estaba sentado al otro lado de Müller, miró a los dos, pero no dijo nada.

Hubo una figura para la que la boda trajo una sorprendente buena fortuna Era Heidrich Lang, que hasta el año anterior había ocupado puestos cercanos a la cúpula del aparato de seguridad imperial — ministro del interior y jefe de la Oficina de Seguridad Interior. Como conspirador clave tanto en la Rebelión Reuentahl como en la muerte en prisión de Nicolás Boltec, ex secretario general en funciones de Phezzan, había pocas posibilidades de que escapara a la ejecución. Pero sería desfavorable llevar a cabo esta sentencia demasiado cerca de las nupcias del Kaiser, y por eso se le concedió un aplazamiento hasta después de la primavera.

Entregando su flequillo a los diminutos dedos de Félix, Mittermeier pensó en el pequeño golpe de suerte de Lang con desagrado. Félix le sonrió, y en esa sonrisa vio el rostro de Oskar von Reuentahl, una vez su amigo más cercano, ahora fallecido. Sorprendido, Mittermeier miró de nuevo, pero se había equivocado: Los ojos de Félix eran ambos del azul cerúleo de la atmósfera superior, sin signos de la heterocromía azul y negra de von Reuentahl.

Reinhard se había instalado en una habitación privada dentro del Cuartel General Imperial, pero como jefe de una nueva casa ya no podía hacerlo. La mansión de treinta habitaciones que se había ofrecido a Mittermeier como residencia seguía desocupada, por lo que se habían realizado urgentes renovaciones para hacerla adecuada para el Kaiser y su familia. La propiedad se llamaba Stechpalme Schloß, que significa "Casa del Santo", y se consideraba una residencia temporal que sólo se usaría hasta que Löwenbrunn terminara la construcción. Sin embargo, como es bien sabido,

Reinhard terminaría su vida sin poner nunca un pie en Löwenbrunn.

Como Hilda ya estaba embarazada de cinco meses, los viajes interestelares para su luna de miel estaban descartados. Incluso los viajes interplanetarios habrían sido arriesgados. En consecuencia, los recién casados reservaron una villa de montaña en el valle de Ferleiten, conocido como una de las partes más pintorescas de Phezzan, planeando pasar una semana allí. Para los emperadores de la dinastía anterior, este era un itinerario ridículamente sencillo. El interés de Reinhard por el lujo en su vida personal era casi inexistente.

Incluso la boda, después de todo, se celebró en el salón de baile del Hotel Shangri-La, utilizado por muchos ciudadanos de Phezzan en el pasado. La seguridad era estricta y la comida magnífica, pero el único aspecto verdaderamente deslumbrante del asunto era el rango de los asistentes. Más de la mitad de los invitados llevaban uniformes militares. Aunque no se organizó intencionadamente, la vista era una fuerte indicación de la naturaleza militar de la Dinastía Lohengramm.

En 1540, cuando la ceremonia estaba llegando a su fin, comenzaron los disturbios.

Un oficial de la Oficina de Inteligencia Militar del Ministerio de Asuntos Militares corrió al lugar y, con alguna dificultad, hizo que von Oberstein fuera convocado. Sin expresión, von Oberstein se levantó de su asiento, fue a escuchar el informe del oficial y regresó. Tras cinco segundos y medio de reflexión, acariciándose la barbilla con la huesuda palma de la mano, se dirigió sin dudarlo hacia Reinhard.

“Majestad”, dijo. “Tengo noticias que debo comunicar. El Ministerio de Asuntos Militares ha informado de que han estallado disturbios antigubernamentales en Heinessen.”

Una luz eléctrica y aguda parpadeó en los ojos azules de Reinhard. A su lado, Hilda agarraba sin pensarlo su ramo al pecho, viendo la expresión en la cara de su nuevo marido. Los almirantes de Reinhard estaban observando desde una corta distancia, y cuando después de un ligero retraso se

enteraron de la situación, no pudieron contener su desaprobación — no de los disturbios en el antiguo planeta capital de la Alianza de los Planetas Libres, sino del comportamiento de von Oberstein.

"¡Podrías haber esperado hasta que la boda terminara, al menos!", gruñó Wittenfeld.

Mittermeier asintió. "Tiene razón. Este es un día auspicioso. No había necesidad de ser grosero". En privado, se preguntaba si von Oberstein había actuado por despecho, pero no expresó la acusación en voz alta.

Von Oberstein soportó este aluvión concentrado de críticas de sus colegas sin un ápice de incomodidad. "Los eventos auspiciosos pueden posponerse para más tarde, pero los desfavorables requieren atención inmediata. La seguridad del imperio podría estar en juego. Sea lo que sea que su Majestad decida hacer, debe al menos conocer la situación."

Von Oberstein tenía razón. La historia muestra que la caída de un gobernante comienza cuando se corta a sí mismo de la información desagradable y se deleita sólo en el placer. Cada imperio caído deja registros de altos funcionarios quejándose de las noticias que les traen. Los invitados a la boda de Reinhard lo sabían, por supuesto, pero este alegre acontecimiento sólo se produciría una vez en la vida de Su Majestad.

" *Mein Kaiser,* no hay necesidad de que Su Majestad se involucre personalmente en la resolución de este pequeño disturbio", dijo Mittermeier. "El Almirante Wahlen está destinado en ese territorio. En el caso de que la situación empeore y se desarrolle más allá de lo que puede manejar por sí mismo, Su Majestad puede estar seguro de que dirigiremos una expedición para ayudarle."

Las cejas de Reinhard, bien formadas como cualquier obra de arte, surcadas. A su lado, Hilda eligió permanecer en silencio. Si todavía tuviera el título de consejera jefe, probablemente habría ofrecido una opinión, pero, desde unos momentos antes, era formalmente su esposa. Esto significaba ejercer moderación en las palabras y los hechos ante la mirada pública.

Reinhard cambió su línea de visión hacia el nuevo Kaiserin por un momento, y luego miró hacia otro lado.

“Muy bien”, dijo. “El asunto se dejará en manos de Wahlen por el momento. Pero no descuides tus preparativos para la partida.”

IV

El llamado “Levantamiento de Heinessen” que estalló a principios del año 3 del Nuevo Reich, SE 801, no fue visto inicialmente con gran preocupación.

Heinessen era, después de todo, parte de la Neue Land, donde el Almirante Mayor Samuel Wahlen había sido destinado desde diciembre, con la tarea de restaurar y mantener el orden tras la derrota de la rebelión del ex gobernador general Oskar von Reuentahl. Wahlen era un soldado fiable en cuanto a carácter y capacidad, y gozaba de un firme apoyo de sus tropas. Había servido a la Dinastía Lohengramm desde su inicio y fue uno de sus mejores comandantes militares. De hecho, la capacidad de Wahlen para equilibrar la rapidez con la paciencia y la firmeza con la flexibilidad era uno de los factores clave que había mantenido los disturbios políticos y militares al mínimo tras la Rebelión Reuentahl.

En los días entre el compromiso de Reinhard y Hilda y su boda, un rumor muy extraño había empezado a circular en Heinessen: *¡El káiser está muerto!*

Cuando escuchó esto por primera vez, Wahlen sintió como si su corazón y pulmones se hubieran congelado. El deshielo llegó cuando confirmó que el “káiser” en cuestión no era Reinhard sino Erwin Josef II de la antigua dinastía Goldenbaum.

Había un núcleo de verdad en este rumor.

En noviembre del año anterior, mientras la Rebelión Reuentahl llegaba a su fin, un joven había sido arrestado por comportamiento sospechoso en Kramfors, una ciudad fronteriza en Heinessen. El oficial de policía de la gobernación de Neue Land que hizo el arresto había sospechado que el joven era un republicano acérrimo, pero en realidad resultó ser el Conde Alfred von Lansberg, un noble de la Dinastía Goldenbaum que era buscado por el secuestro del joven Emperador Erwin Josef II.

Von Lansberg llevaba el cadáver momificado de un niño, envuelto en una manta. Cuando le preguntaron quién era, sus ojos hundidos brillaron de forma aceitosa y respondió: “Es Su Majestad el Emperador de la Dinastía Goldenbaum”. El oficial que lo arrestó, naturalmente, estaba aturdido. El diario meticulosamente llevado por von Lansberg también registraba que Erwin Josef II había empezado a rechazar la comida y finalmente murió de hambre en marzo de ese año. Después de que la rebelión fuera sofocada y se celebraran los funerales de von Reuentahl y sus fuerzas, el asunto fue comunicado a Wahlen, y von Lansberg fue enviado a un sanatorio debido a los signos de desorden mental que evidenciaba.

De esta manera, el caso de secuestro imperial del crepúsculo de la antigua dinastía fue formalmente cerrado. Era raro, sin embargo, que la resolución de un misterio dejara un sabor tan desagradable en la boca de los afectados. Nadie había intentado activamente acabar con la vida del joven emperador depuesto. Ni siquiera los enemigos que querían encarcelarlo habían buscado su asesinato. El objetivo de Von Lansberg había sido protegerlo de los “malos designios de la facción de Lohengramm”, restaurándolo un día al trono del Imperio Galáctico. Pero las cosas habían ido de manera diferente. A la edad de cinco años, una corona no deseada había sido forzada en el niño; a los ocho años, había dejado el mundo de los vivos. Sus restos fueron enterrados en el Cementerio Público de Heinessen, marcando la desaparición de la línea de sucesión de la Dinastía Goldenbaum.

O eso parecía en ese momento.

Wahlen, sin duda, también deseaba dejar atrás todo el asunto desagradable. Tampoco tenía tiempo para un niño depuesto de la antigua dinastía. Al amanecer del tercer año del Nuevo Calendario Imperial, Heinessen se

enfrentó a un problema mayor: una gran escasez de suministros diarios. Alguien o algo parecían estar interfiriendo con sus sistemas de distribución. A finales de enero, el planeta entero de Heinessen estalló en un motín. Los almacenes militares fueron saqueados por los alborotadores, y la situación se volvió grave muy rápidamente.

No fue sin precedentes. El disturbio de la Plaza Nguyen Kim Hua del año anterior, también conocido como el Incidente del 1 de Septiembre, había visto un servicio conmemorativo en Heinessen deteriorarse en un motín que había matado a miles de personas. Parecía en ese momento como las convulsiones moribundas del republicanismo democrático; Wittenfeld lo había descartado como el "tic-tac de un cadáver."

¿Este nuevo malestar, 150 días después, anunció la reanimación del cadáver? En ese momento, nadie podía decirlo. Incluso Wahlen no estaba seguro, pero no se sentó en sus manos. Se movió de inmediato para suprimir los disturbios, y sus rápidas y juiciosas medidas tuvieron un éxito inmediato.

Entre los innumerables disturbios y motines que habían estallado, siete de cada diez fueron sofocados ese mismo día. En tres días, esa cifra se había elevado a nueve de cada diez. Pero aún así, quedaba un puñado que seguía ardiendo.

En esta etapa, Wahlen abrió parcialmente los almacenes militares en un intento de recuperar los corazones de la gente. También envió un informe a Phezzan. Pero inmediatamente después vino un incidente que ni siquiera el liderazgo del imperio en Phezzan pudo descartar fácilmente. En la noche del 30 de enero, un actor desconocido borró una gran cantidad de datos almacenados en la Oficina de Navegación de Phezzan.

La oficina se vio sumida en el caos. Su personal trató de resolver el asunto en secreto, pero esto resultó imposible. Las preguntas sin respuesta de las naves militares y mercantes se amontonaron, despertando sospechas y finalmente forzando a la oficina a soportar la vergüenza de revelar la verdad.

Como comandante militar, Reinhard comprendió inmediatamente la gravedad de la situación. Se enfureció y exigió que el jefe de la oficina asumiera la responsabilidad. Afortunadamente, sin embargo, el golpe a la oficina no fue crítico. Por orden del Mariscal von Oberstein, todos los datos de navegación almacenados en la oficina habían sido introducidos en los ordenadores de emergencia del Ministerio de Asuntos Militares a finales del año anterior.

Las computadoras de emergencia sólo disponían de una memoria limitada, que se había llenado al máximo durante la copia de seguridad. Esto significaba que parte de los datos de navegación tenían que ser borrados y ahora se habían perdido. Sin embargo, las acciones de von Oberstein aseguraron que el imperio se salvara de una pérdida de la que no se habría podido recuperar.

Proteger la pérdida de los datos de la Oficina de Navegación fue el mejor logro de von Oberstein desde la fundación de la Dinastía Lohengramm, al menos a los ojos de algunos historiadores posteriores. Ciertamente, fue un gran logro; sólo alguien que creía que las guerras se podían ganar sin información podía creer lo contrario. Reinhard no era tan tonto, por lo que había sido capaz de aplastar la poderosa Coalición de Lores de Lippstadt y conquistar la galaxia.

Reinhard dio órdenes estrictas desde su villa de luna de miel de que se reconociera la contribución de von Oberstein y se descubriera toda la verdad del incidente. El Almirante Ulrich Kessler, comisionado de la policía militar, se encargó de esta última tarea. Sin esposa ni familia, se trasladó más o menos al cuartel general de la policía militar para prestar toda su atención a la investigación.

¿Podría alguna facción superviviente de los leales a Phezzan haber buscado intencionadamente interferir en el flujo de suministros imperiales? Esta era la sospecha que compartía todo el aparato de seguridad del imperio. Kessler actuó agresivamente, y a los dos días de recibir sus órdenes había arrestado al hombre que había borrado los datos de navegación. La trampa que tendió fue simple: sospechando que el culpable era un empleado de la propia Oficina de Navegación, Kessler inventó una historia sobre un informante, y

luego arrestó al verdadero culpable cuando perdió los nervios e intentó huir. Dos millones de reichsmark imperiales fueron encontrados en una cuenta bancaria secreta perteneciente al hombre. Comenzaron los interrogatorios brutales, con los sueros de la verdad preparados.

Cinco horas después de su arresto, el sospechoso habló. Lo que dijo sorprendió incluso a la policía militar que lo interrogaba. Le habían pagado la gran suma y le habían dado instrucciones para cometer el crimen, dijo, por un hombre llamado Adrian Rubinsky.

V

“¡¿Adrian Rubinsky?!”

El nombre del último terrateniente de Phezzan hizo temblar a los líderes del imperio. Rubinsky se había escondido desde que Phezzan permitió el paso de las fuerzas imperiales para ejecutar la Operación Ragnarok. Nunca dudaron de que seguía acechando bajo tierra en algún lugar, buscando plantar semillas de destrucción en el orden que trajo la dinastía Lohengramm. Ahora, parecía que sus actividades habían emergido en parte a la luz.

“¡El Zorro Negro de Phezzan! Desollaré su piel y la usaré para ponerle suelas a mis botas; así podré pisarla todos los días. ¡Deja que se muestre!”

Wittenfeld parecía lo suficientemente enfadado como para arremangarse y empezar a pelear en el acto, pero incluso un comandante de flota tan audaz y dedicado, como él era impotente contra los actos de sabotaje dirigidos a las redes económicas y de distribución. “Ni siquiera una erupción volcánica puede convertir el invierno en verano”, como dijo Mittermeier. En lugar de arriesgar las operaciones militares, lo que se necesitaba era una cuidadosa y paciente investigación judicial.

“¿Y si ofrecemos al Viceministro Lang un indulto a cambio de su ayuda en este caso? Ahora que Lang sabe que Rubinsky lo estaba usando, odia al hombre. Estará doblemente motivado, tanto para probarse útil para nosotros como para resolver su rencor privado.”

Algunos expresaron tales propuestas, pero otros protestaron enérgicamente.

“Eso no tiene ningún sentido. ¿Cómo podemos preservar la justicia de la ley si perdonamos un crimen para perseguir otro?”

El crítico más duro de las propuestas de perdón de Lang fue el propio Kessler. Sus argumentos eran convincentes tanto por razones lógicas como emocionales, y las voces que sugerían que Lang fuera perdonado pronto se callaron.

Mientras llevaba el caso, Kessler comenzó a albergar una grave y desagradable sospecha. ¿Qué pasaría si Rubinsky y la Iglesia de Terra estuvieran secretamente conectados, y trabajando juntos para socavar la nueva dinastía?

De hecho, Kessler no fue el primero en el imperio en alimentar esta sospecha. Ese honor pertenecía a von Oberstein. Como primer ministro de asuntos militares de la Dinastía Lohengramm, fue a menudo objeto de críticas a pesar de su capacidad y de las contribuciones que hizo. Una razón para esto era lo que se veía como su compromiso inquebrantable con el secreto. Era cierto que no parecía dar mucha importancia a las comunicaciones públicas. Tampoco trabajaba para ganar la comprensión o la cooperación de los demás. A diferencia de Lang, sin embargo, no acumuló información para beneficio privado. Su confianza en los demás parecía mínima, pero tampoco se valoraba demasiado. Permaneció taciturno y poco colaborador hasta su muerte, sin hablar nunca de sí mismo.

La investigación de Kessler no fue una excepción. A través de todo ello, von Oberstein mantuvo su consejo, un brillo inorgánico en sus ojos biónicos. Sacar algo de su expresión parecía, para los observadores externos, imposible.

La alteración del orden del antiguo territorio de la alianza tuvo efectos inesperados. Comenzaron a surgir voces a favor de usar toda la fuerza del ejército imperial para construir un sistema por el cual el antiguo territorio de la alianza fuera completamente dominado — y además de eliminar las fuerzas republicanas que aún se aferraban a la Fortaleza de Iserlohn.

Esta posición se basaba en la idea de que el Levantamiento de Heinessen no podría haber tenido lugar si los republicanos de la Fortaleza Iserlohn no hubieran mantenido su posición independiente.

“Un girasol siempre se vuelve hacia el sol. Debemos reconocer que los republicanos de los antiguos territorios de la alianza son ese girasol, e Iserlohn el sol. Esto nos lleva directamente a la conclusión de que Iserlohn debe ser destruido.” — Tales fueron, al final, los argumentos que se dieron.

El almirante Ernest Mecklinger escribió este párrafo porque hubo un hombre que expresó su opinión directamente. Ese hombre era el famoso y feroz Fritz Josef Wittenfeld, comandante de la temida flota de Schwarz Lanzenreiter — los Lanceros Negros.

“¡Debemos atacar Iserlohn!” Wittenfeld insistió. “¿No son ellos el mayor obstáculo para la unidad y la paz del nuevo imperio? Incluso las intrigas de Rubinsky dependen en última instancia del poderío militar de Iserlohn.”

Aunque simples, los argumentos de Wittenfeld a menudo capturaban la esencia de los asuntos. Aquí, también, tenían una extraña persuasión.

“¿Qué pretende hacer Su Majestad con respecto a Iserlohn? ¿Los aplastará completamente? ¿O elegirá la coexistencia?”

Esta pregunta ya ha nublado los pensamientos de los almirantes del imperio. Sintieron complejas emociones dentro de Reinhard en relación a los republicanos de la Fortaleza de Iserlohn, muy distintas de su razón, intelecto, ambición y perspicacia estratégica. Aunque ya no está entre los vivos, Yang Wen-li, ese gran comandante enemigo, todavía proyecta una

larga sombra sobre Iserlohn.

Estratega sin parangón en toda la historia, Reinhard casi había completado una unificación política y militar que no dependía del acceso al propio corredor de Iserlohn. Esto sugería que la Fortaleza de Iserlohn podría estar aislada del sistema social que unificaba a toda la humanidad — empujada a la periferia a un nivel histórico-civil. En consecuencia, bastaría con sellar las entradas al Corredor de Iserlohn y dejar a los que vivían allí a su suerte, pero Reinhard encontró esta propuesta insatisfactoria.

Al final, la psicología y las acciones de la Dinastía Lohengramm se habían inclinado hacia el militarismo desde su fundación. Sólo la eliminación de los republicanos en Iserlohn serviría para evitar futuras preocupaciones. Wittenfeld y los partidarios de la línea dura que él representaba se estaban volviendo más influyentes en la administración del imperio, expandiéndose desde su núcleo dentro del ejército. Aunque presumiblemente no era una protesta contra ellos, los disturbios en el transporte y los suministros a través de Neue Land — es decir, el antiguo territorio de la alianza — también parecían empeorar día a día.

Wahlen no escatimó esfuerzos para contener la situación, pero la fuerza militar por sí sola no pudo lograr una solución completa. Wittenfeld lo reconoció, pero insistió en que permitir que la violencia quedara impune sólo invitaría a la falta de respeto por el nuevo orden. “Debemos trazar la línea en algún lugar”, dijo.

Sin embargo, mientras que la posición de Wittenfeld tenía muchos partidarios, también tenía sus detractores. Aquellos que se oponían a la supresión puramente a través de la fuerza militar expresaron abiertamente sus objeciones.

“La fuerza de las armas no es una panacea. Es cierto que la destreza militar de Su Majestad ha expandido las posesiones del imperio. Pero si los disturbios y el malestar en Neue Land no terminan, esa expansión no será diferente de un enorme agujero en nuestro medio.”

Esta crítica de Karl Bracke, secretario de asuntos civiles, fue acervada pero

no injusta. Ni tampoco era Bracke un irresponsable agitador de chusma. Como político, promovía la civilización y la iluminación, y había contribuido en gran medida a desarrollar las políticas sociales del imperio y a mejorar el bienestar de sus súbditos. En su disposición a criticar incluso al Kaiser, fue el segundo después de von Oberstein.

Además, las tropas del imperio también parecían estar cansadas del caos de la guerra. Las reformas, las conquistas y la unificación de Reinhard debían liberarlas de un siglo y medio de luchas inútiles. De hecho, sin embargo, incluso después de derrotar a la Alianza de los Planetas Libres, el ejército se había desplegado contra Iserlohn, y eso había sido seguido por la Rebelión de Reuentahl en la que tantos habían muerto. No hubo escasez de oficiales y hombres alistados que sintieron que ya era suficiente.

“Hay algo de verdad en lo que dice Bracke. Además, si se despliegan tropas, el káiser podría ir con ellas, exponiendo a Su Majestad a un riesgo innecesario.”

“Según he oído, Yang Wen-li dejó viuda a su esposa apenas un año después de casarse con ella y él mismo sólo pasó dos meses sin su uniforme militar. ¿Qué clase de destino es ese para un gran comandante?”

No estaba previsto, por supuesto, que el destino de Reinhard fuera el mismo que el de Yang. Sin embargo, mientras sus ministros y oficiales superiores reflexionaban sobre los héroes que habían muerto jóvenes a lo largo de la historia, una desagradable premonición se apoderó de las células de sus corazones. No podían desterrar del cajón de la memoria las misteriosas fiebres que le habían acosado en el período inmediatamente posterior a su coronación. Compartieron un acuerdo tácito de que se debía prestar mucha atención a la salud del Kaiser.

El propio Reinhard seguía en el valle de Ferleiten con su nueva novia. El joven autócrata cumpliría 25 años en marzo, y, aparte de la condición física, sus energías mentales no necesitaban ningún período de descanso. Dicho claramente, no sentía ninguna alegría ante la perspectiva de relajarse. Su interés nunca abandonó los asuntos militares y la política. Ni siquiera tenía hobbies de los que hablar. Esta es una de las razones por las que no se le ve

como un rey sino como un conquistador.

“Incluso cuando pescaba en el río, Su Majestad parecía decidido a desembarcar no truchas sino la galaxia misma”, dijo su guardaespaldas Emil von Selle, aunque esto debe ser descartado hasta cierto punto como el testimonio de un adorador. Los pasatiempos elegantes no tenían ningún atractivo para el Kaiser de pelo dorado.

“Fräulein — quiero decir — Hilda, tengo responsabilidades como gobernante que debo cumplir. No me iré inmediatamente, pero es más que probable que parta en un viaje de conquista antes de que nazca su hijo. ¿Me perdonarás?”

Reinhard le planteó esta pregunta a su novia mientras estaban sentados frente a la chimenea de su villa una noche. La formalidad de su discurso no había disminuido con su matrimonio, lo que era una gran diferencia con la forma en que había tratado a su gran amigo Kircheis.

“Por supuesto, Su Majestad. Como desee.”

La respuesta del Kaiserin fue corta, pero llegó sin dudarlo. Hilda sabía que el espíritu de Reinhard no podía ser atado al suelo. Esto era algo que se le podría haber escapado hace cuatro años, cuando era simplemente intrépida y aguda y aún no había entrado al servicio del kaiser. Pero esos cuatro años con Reinhard no sólo la ayudaron a entenderle mejor, sino que también la ayudaron a crecer como persona.

CAPÍTULO DOS: INVITACIÓN A UN MOTÍN

I

ASÍ, PARECÍA QUE el hombre que había subyugado a toda la galaxia no tenía ni siquiera una semana de descanso. ¿Qué pasó entonces con los rebeldes que, como mantis que blandían sus guadañas contra un carruaje que se acercaba, lo desafiaron?

Sobre todo, fue la República de Iserlohn la que proclamó abiertamente la resistencia a la autoridad de Reinhard, armada con una filosofía política equivalente y un ejército independiente. El líder de ese ejército era seis años más joven que Reinhard, y cumpliría 19 años ese año. Esta era la edad en la que Reinhard se había convertido en almirante del antiguo imperio. Por otro lado, Yang Wen-li, que finalmente se hizo un nombre como un brillante comandante de primera línea de la antigua Alianza de los Planetas Libres, a la edad de diecinueve años todavía era un estudiante sin importancia en la escuela de oficiales.

Julian Mintz se encontró a sí mismo en algún lugar entre los dos en términos de experiencia y apoyo popular. Se había convertido en subteniente a los dieciocho años, pero esto lo convirtió en un personaje atípico en la historia de la alianza. Sin embargo, la razón principal por la que Julian se había levantado para liderar las fuerzas revolucionarias era el hecho de que estaba bajo la tutela de Yang Wen-li, considerado como el heredero leal de la filosofía marcial y la habilidad de su padre adoptivo. Las generaciones posteriores tuvieron el lujo de saber que esta evaluación era

sustancialmente correcta, pero para la gente de esa edad, los elementos desconocidos eran demasiado grandes. Por esta razón, un gran número de personas dejaron a Iserlohn desilusionado.

Cualquiera que fuera su talento, Yang Wen-li no había sido clarividente, y lo mismo ocurría con Julian. Su visión de la humanidad no era omnisciente y trascendía el espacio y el tiempo, lo que significaba que sus juicios debían basarse en la información recogida en grandes cantidades de cada barrio y analizada con imparcialidad metódica. Dos cosas debían ser evitadas: los deseos y la detención del intelecto en nombre de la "intuición".

El año anterior, durante la Rebelión de Reuentahl, Julian había mostrado un poco de su sentido de la estrategia al conceder a la flota de Mecklinger el paso por el corredor de Iserlohn. Ahora, con los disturbios que estallaban en Heinessen y en el territorio de la antigua alianza, su poder de juicio y de decisión se pondría a prueba de nuevo. ¿Cómo respondería a sus gritos de alivio?

Si la sublevación en Heinessen buscaba la restauración del gobierno democrático republicano, la República de Iserlohn no podía simplemente sentarse y observar. Si su vacilación dejaba a los agitadores vulnerables y finalmente los llevaba a la derrota, los antiguos ciudadanos de la alianza perderían toda la fe en la República de Iserlohn.

Pero, ¿podría Iserlohn ganar si entraba en guerra? ¿Podría el pleno poder de la república prevalecer sobre el vasto Imperio Galáctico? La glorificación del sacrificio infructuoso al servicio de los ideales no tenía cabida en la filosofía marcial que Julian había heredado de Yang. No se limitaron a honrar los ideales de la democracia, sino que mantuvieron viva la llama de la democracia.

La coordinación con los republicanos en los antiguos territorios de la alianza era fundamental para la estrategia militar y política de Iserlohn. Si tal coordinación se pudiera realizar, seguramente habría beneficios. Sin embargo, los deseos políticos y los deseos militares suelen tener propósitos cruzados, como Julian había experimentado varias veces.

“¿Qué haría el mariscal Yang?”

Julian se había preguntado esto al menos mil veces en los últimos seis meses. A Julian le parecía que Yang — que había sido el padre adoptivo y maestro de Julian antes de su muerte el año pasado a la edad de treinta y tres años — nunca había tomado la decisión equivocada. La verdad era algo diferente, pero Julian había sido discípulo de Yang más tiempo que su sucesor. Y una de las muchas cosas que había aprendido en sus años al lado de Yang era la importancia de evaluar al enemigo de forma justa.

El Kaiser Reinhard von Lohengramm del Imperio Galáctico era, para Julian, un enemigo cuya grandeza era casi inconcebible. ¿Cómo podía Julian colocarlo dentro de la corriente de la historia?

Por ejemplo, Julián se encontró una vez con una composición en una revista de propaganda militar imperial, escrita por un joven para su padre cuando éste estaba fuera en una expedición militar:

Ayer, mi padre salió para aplastar a los enemigos de Su Majestad el Kaiser Reinhard. Me dijo: “Voy con Su Majestad a luchar por la paz y la unidad galáctica. Asegúrate de cuidar a mamá y a tu hermana”. Y prometí que lo haría.

La dinastía Lohengramm había sido innegablemente militarista, al menos en su período de formación. En cuanto a la gente común, el militarismo a menudo toma la forma de pasión e identificación de grupo. Los súbditos del imperio eran fervientes partidarios de la juventud de pelo dorado que los había salvado de la corrupción e injusticia de la Dinastía Goldenbaum.

Como Julian Mintz escribiría más tarde:

Una razón por la que el ejército de la Dinastía Lohengramm era tan fuerte era la creencia de que los enemigos del Kaiser como individuo, los enemigos del estado y los enemigos del pueblo eran todos iguales. Para ellos, el Kaiser von Lohengramm era un libertador.

Como resultado, no es exagerado decir que la Armada Imperial Galáctica

de los años alrededor del 800 SE era el ejército privado del propio Kaiser Reinhard von Lohengramm. Sus tropas eran infaliblemente leales no al estado sino al propio Kaiser.

Puede parecer erróneo describir a Reinhard como un libertador. Pero si tomamos la dinastía Goldenbaum como punto de comparación, no es en absoluto falso. Incluso si a los soldados de la Armada Imperial se les hubiera dado el derecho de votar a su comandante supremo, habrían apoyado a Reinhard de todas formas. Era un gobernante autocrático y belicoso, pero el apoyo que recibió del público presenta un caso único que encarna una faceta del gobierno democrático…

Mientras Julián reflexionaba sobre cómo se podría luchar contra un enemigo así, dos aliados incondicionales llegaron, uno tras otro, a la sala de mando central de Iserlohn. El primero era el comandante Olivier Poplin, el "As Eterno". Fue seguido poco después por el Vicealmirante Dusty Attenborough, quien aplaudió a Poplin en la espalda con un sospechoso buen humor.

"¿De qué te ríes?" dijo Poplin. "Me da escalofríos."

"Cumplirás treinta años este año, ¿verdad?" respondió un alegre Attenborough. "¡Bienvenido al club!"

La luz del sol que normalmente bailaba en los ojos verdes de Poplin adquirió un brillo irónico. "Hasta que llegue mi cumpleaños, seguiré siendo un joven veinteañero, muchas gracias", dijo.

"¿Cuándo es tu cumpleaños?"

"El treinta y seis de diciembre."

"¡Eso ni siquiera es una buena mentira! ¡Sólo mírate, agitándote inútilmente contra lo inevitable!"

Julian no pudo contener su risa por más tiempo. ¿Quién habría adivinado por su conversación que estos dos tenían los rangos que tenían en una

fuerza militar real? Incluso en la Armada de la Alianza, la llamada “fuerza de la libertad”, hombres de tal habilidad e irreverencia nunca podrían haber encontrado su camino en el tipo de roles centrales que estos dos ocupaban. Sólo en la Fortaleza de Iserlohn habían sido capaces de expresar toda la extensión de su genio e individualidad. La habilidad de sacar esto de sus subordinados era la verdadera medida de un líder. ¿Julian cumplía con ese estándar?

Para cuando Attenborough y Poplin se dieron cuenta, Julian había desaparecido.

“¿Adónde se fue? Si quisiera pensar, podría haberlo hecho aquí.”

“Probablemente tiene miedo de que se le pegue.”

“Uno de nosotros, al menos.”

Katerose “Karin” von Kreutzer había terminado sus simulaciones del día y se paseó por el frondoso parque con una bebida alcalina en la mano. En el camino, se encontró con un grupo de jóvenes mujeres soldado de su edad que dijeron que iban a encontrarse con algunos jóvenes oficiales e ir a bailar. Los hombres superaban a las mujeres en la demografía de Iserlohn, así que las jóvenes tenían mucha libertad para evaluar y seleccionar a sus parejas cuidadosamente — no es que los guerreros más valientes de Iserlohn, como Walter von Schönkopf y Poplin, carecieran de oportunidades para admirar las múltiples flores del huerto de Iserlohn.

“¿Por qué no vienes con nosotros, Karin? Hay muchos hombres que tienen sus ojos puestos en ti. Sea cual sea tu tipo, seguro que encuentras a alguien.”

Pero antes de que Karin pudiera responder, otra de las jóvenes se rió y dijo: “No es bueno invitarla. A ella sólo le gustan los chicos de pelo liso que pueden tener una mirada profunda y melancólica.”

“Oh, es cierto. ¡Lamento hacerte perder el tiempo, Karin!”

Las jóvenes rieron alegremente, agitando la indignada insistencia de Karin de que se habían equivocado y se marcharon como una bandada de pájaros de colores. Dejada sola, Karin se ajustó su boina negra, sacudió su pelo color té, y luego se alejó en dirección opuesta como un solitario pájaro volando voluntariamente hacia el viento del norte. Como era de esperar, un chico de pelo de lino estaba sentado en el banco Yang Wen-li en una esquina del parque, sacando la mirada profunda y melancólica. Estaba tan perdido en sus pensamientos que le tomó dos segundos y medio para darse cuenta de que Karin llegaba y estaba parada a su lado.

“¿Puedo sentarme aquí?”, preguntó finalmente.

“Por supuesto.”

Julian se quitó del banco con la mano. Karin se sentó con decisión y cruzó las piernas, luego volvió sus ojos añiles hacia el joven comandante.

“¿Pensando en algo otra vez?”

“Bueno, tengo grandes responsabilidades. Parece que no puedo poner en orden mis pensamientos.”

“Julian, cuando te aceptamos como nuestro comandante, todos tomamos nuestra decisión. Decidimos seguir tu juicio hasta el final. Los que no quisieron hacer eso — ¿recuerdan? Así que si quieres estar a la altura de nuestras expectativas, lo único que puedes hacer es tomar tus decisiones sin preocuparte de lo que podamos pensar.”

Como siempre, el tono de Karin era tan contundente como sus palabras, pero había una frescura en su forma de hablar, como una brisa de principios de verano, que no le era desagradable. Nunca lo había sido.

Julian se sentía como si estuviera en el punto de equilibrio entre cumplir con sus responsabilidades en un extremo y ser aplastado por ellas en el otro. El peso de un pelo en cada lado podría haber alterado el equilibrio, y ahora un mechón de pelo del color del té estaba a la deriva en el primer lado. Siempre había pensado en el asunto en términos de lo que tenía que hacer,

pero Karin lo había reformulado desde la perspectiva de lo que se le permitía hacer. Aunque ella probablemente no era consciente de ello, esto sería un punto de inflexión en su pensamiento.

II

Había un creciente impulso hacia la guerra con Iserlohn en las altas esferas del Imperio Galáctico, y como respuesta, el entusiasmo se elevaba dentro de la Fortaleza de Iserlohn para una batalla decisiva con sus enemigos imperiales. Los habitantes de la fortaleza parecían ansiosos por declarar que su hibernación había terminado. Incluso el cauteloso Alex Caselnes señaló que, con el Imperio Galáctico todavía luchando con las interrupciones en su economía y rutas de suministro, Iserlohn podría convertirse en la proverbial gota que colma el vaso del Imperio.

“¿Pero no está el Káiser Reinhard gobernando al menos con más benevolencia que los gobernantes de la Dinastía Goldenbaum?”

“La base de un gobierno benevolente, Julian, es asegurarse de que la gente tenga suficiente comida.”

Los argumentos de Caselnes eran lúcidos y correctos, como correspondía a un hombre que había alcanzado los más altos rangos de la burocracia militar en la antigua alianza. Como Julian no tenía ninguna respuesta que ofrecer, Caselnes continuó:

“¿De qué sirve un poco de libertad política si te mueres de hambre? Los burócratas económicos del Kaiser deben estar aterrorizados de que estos problemas se propaguen a la patria del imperio.”

Caselnes tenía toda la razón. Si estos disturbios fueran fruto de una vasta conspiración y no de una serie de desafortunadas coincidencias, ni siquiera la indomable destreza del Kaiser en el campo de batalla sería suficiente para

controlar los asuntos.

“¿Crees que los antiguos poderes de Phezzan están detrás de todo esto?” preguntó Julian.

Caselnes asintió. “Muy posiblemente.”

Julian frunció el ceño. Esto sólo planteó más preguntas. “Si es una conspiración de los Phezzanese, ¿por qué ahora? ¿Y por qué esto?” Junto a esta incertidumbre nació su inevitable gemelo, la inquietud. Incluso en su apogeo, Phezzan nunca podría haber reunido la fuerza militar para rivalizar con la del Imperio Galáctico. Una guerra de guerrillas en el ámbito económico no era, en ese sentido, ilógica.

Sin embargo, si los disturbios actuales fueron obra de los que una vez ejercieron el poder en Phezzan, ¿por qué no se movieron durante la Operación Ragnarök, antes de que Reinhard se convirtiera en kaiser? Si hubieran cortado sus líneas de suministro, transporte e información durante la campaña, el imperio no habría sido capaz de mantener una expedición de largo alcance, por muy poderoso que fuera su ejército. Y eso, a su vez, podría haber preservado la independencia de Phezzan.

¿Podría ser que el propio Phezzan no fuera lo más importante para él? ¿Podría haber sido beneficiar a la Iglesia de la Tierra su principal objetivo todo el tiempo? ¿O fue simplemente que sus preparativos conspirativos no se habían completado hasta ahora?

En su mente, Julián vio la forma de su guardián y maestro, un joven de pelo negro vertiendo un fino chorro de brandy en su té Shillong con una sonrisa.

“La conspiración por sí sola no puede mover la historia, Julian. Siempre hay conspiraciones, pero no siempre tienen éxito.”

Esas fueron las palabras que Yang Wen-li había dicho, después de respirar profundamente del aroma que salía de su taza de té.

“Con el Kaiser Reinhard al mando, el derramamiento de sangre que debería

parecer trágico parece más bien glorioso.”

Yang había descrito a Reinhard en estos términos más de una vez, normalmente con un suspiro.

“Es la belleza de una llama. Quema a otros, y luego se consume a sí misma. Una cosa peligrosa, creo. Pero las llamas tan brillantes sólo aparecen raramente en la historia.”

Las reminiscencias de Yang siempre fueron una luz en la oscuridad para el pensamiento de Julian. Era inexperto y joven, no tenía aún veinte años; era capaz de actuar como abanderado de las fuerzas antiimperiales, aunque sólo fuera formalmente, debido únicamente al hecho de que sostenía en alto un candelabro con el nombre de Yang. Nadie era más consciente de esto que el propio Julián.

Autorreflexión, autocontrol: estas eran las cualidades que habían distinguido a Yang, y Julian las había heredado naturalmente también. Llevado al extremo, por supuesto, la autorreflexión podría convertirse en timidez, estancamiento del autocontrol, y esto era algo más de lo que debían preocuparse los que estaban alrededor de Julian.

“Ya que somos los que realmente dirigimos esta república, ¿no crees que deberíamos ofrecer un poco de aliento a nuestro joven líder?”

Con una sonrisa pícara, Poplin le hizo esta pregunta a — ¿quién más? — Dusty Attenborough.

A Attenborough le gustaba llamarse a sí mismo “radical extremista militante”, pero parecía estar hoy en un humor inusualmente cauteloso. “Esa gente de Heinessen nos está causando problemas”, dijo. “Si nos obligan a atacar y termina en nuestra derrota, la propia democracia podría estar entre las pérdidas.”

“No es lo que esperaba oír del Vicealmirante Attenborough, el hombre que ama la lucha más que a las mujeres.”

“No me gusta luchar para perder”, dijo Attenborough con franqueza. Era un radical, pero no un desquiciado. “Y tampoco a ti, según recuerdo. Especialmente en las batallas que huelen a perfume.”

“Es difícil de decir cuando he perdido uno.”

“Sabe, comandante, la calidad de su jactancia parece estar decayendo en estos días.”

“¿No me crees?”

“Tienes el don de decir tonterías, incluso sin tener fiebre alta.”

“Me lo tomaré como un cumplido.”

Attenborough abrió la boca para objetar, pero luego la cerró de nuevo, sonriendo tan malvadamente como Poplin lo había hecho antes. “No puedo decirte lo envidioso que estoy”, dijo. “No importa cuán alta sea mi fiebre, mi pensamiento no puede escapar de los pedestales gemelos de la conciencia y la vergüenza.”

“Con la edad viene la sabiduría”, dijo Poplin, dejando a Attenborough sin respuesta.

Pasaron dos días con Julián todavía incapaz de tomar su decisión. Los disturbios en los antiguos territorios de la alianza parecían ahora acelerarse en la dirección exactamente opuesta a la resolución.

“Iserlohn ya ha recibido más de diez peticiones de ayuda de los antiguos territorios de la alianza”, dijo el Capitán Bagdash, oficial de inteligencia de la Fortaleza Iserlohn. “La mitad de ellas son gritos de ayuda. En resumen, su mensaje es, ‘No nos abandonen’.”

Había un toque de ironía en la voz de Bagdash. Era otro hombre cuya situación actual había surgido de una serie de elecciones peculiares. Se había infiltrado en la Fortaleza Iserlohn durante el intento de golpe militar del 797 ES con la intención de asesinar a Yang Wen-li. Pero cuando la vida

de Yang se vio amenazada por las maquinaciones del gobierno de la alianza, Bagdash había unido sus fuerzas con von Schönkopf y Attenborough. Incluso después de la muerte de Yang, permaneció en Iserlohn, asumiendo la responsabilidad de reunir y analizar información. Se había hecho tan esencial para la república como Boris Konev, el libre comerciante originario de Phezzan.

Attenborough hizo un sonido irritado. “No sé qué esperan que hagamos por ellos. Tenemos nuestras propias condiciones estratégicas y prioridades de las que preocuparnos.”

“Excepto que ahora mismo un solo vaso de agua les serviría más que cien teorías estratégicas”.

El informe de Bagdash tomó a Julian y a sus oficiales de personal por sorpresa. Los vientos del rumor, al parecer, habían estado dispersando el polen de la sospecha y la desconfianza con respecto al gobierno de la República de Iserlohn, soplándolo a algunos de los republicanos que permanecían en los antiguos territorios de la alianza. Como prueba de su desconfianza, estos republicanos ofrecieron el hecho de que, durante la Revuelta Reuentahl del año anterior, la República de Iserlohn no sólo no se había unido a la rebelión armada contra el imperio, sino que también había permitido el paso de la flota de Mecklinger por el corredor y disfrutaba de un estado temporal de amistad con las fuerzas imperiales. Estos hechos se habían convertido en un semillero de desconfianza. Tal vez la República de Iserlohn buscaba la paz y la supervivencia sólo para sí misma. Tal vez tenía la intención de utilizar la no interferencia y la coexistencia como excusas para sentarse y ver fracasar el movimiento antiimperial en los antiguos territorios de la alianza.

“Incluso si eso fuera cierto, ¿podría culparnos?”

Poplin estaba feliz de decir esas cosas, pero para Julián este no era un problema que pudiera simplemente hacerse a un lado. Aunque consciente de su propia falta de audacia en la toma de decisiones, no tenía más remedio que pensar largo y tendido en ello.

Si la fuerza militar existía para lograr objetivos políticos, ¿era el momento de usarla? ¿Debían buscar una victoria táctica sobre el imperio en este momento, en parte como una forma de asegurar la confianza y levantar la moral de los agitadores republicanos en los antiguos territorios de la alianza? Si evitan el combate aquí, ¿perecería la democracia aunque Iserlohn sobreviviera? Si abrieran las hostilidades contra el imperio, ¿tendrían alguna vez otra oportunidad de negociar racionalmente? Por otra parte, si buscaban la reconciliación con las fuerzas imperiales, ¿había todavía espacio para ello?

Todos estos pensamientos se enredaron en la mente de Julian, pero una corriente subterránea debe burbujear a la superficie en algún lugar. Después de una contemplación silenciosa, Julian finalmente tomó su decisión. Tenían que dejar claro, de alguna manera, que el ejército de Iserlohn lucharía para proteger la democracia.

“Llevemos la lucha al imperio”, dijo Julian.

“Excelente”, dijo Walter von Schönkopf. “Habíamos estado esperando que algo cambiara, y ahora ese cambio ha llegado. Trabajar para ampliar ese cambio aún más es una buena estrategia.”

Poplin aplaudió y se rió. “Ha llegado el momento, entonces”, dijo. “La fruta, la guerra, las mujeres — todas maduran con el tiempo.”

Julian sonrió débilmente. “He pensado mucho en el carácter del Káiser”, dijo. “Y he llegado a una conclusión.”

“¿Que le gusta la guerra?”

“Eso es todo. Esto es sólo mi pensamiento, y puede que no sea la única respuesta correcta. Pero es lo que me hizo decidirme a ir a la guerra con el imperio.”

Julian era un retrato de la sinceridad de pelo de lino. ¿Aceptar los sacrificios que la guerra requeriría y perseguir sus objetivos sin importarle, o rendirse antes de llegar a eso, y comprometerse con la realidad —

doblando la rodilla ante ella — incluso para evitar el esfuerzo necesario para mejorar su propia suerte? ¿Qué enfoque de la vida les ganaría el respeto de los demás?

A Julian le pareció que los valores del Káiser Reinhard eran una norma para responder a esa pregunta, al menos. En esencia, se reducían a un solo mandamiento: Si algo es valioso para ti, protégelo con tu vida o aprovéchalo por cualquier medio necesario. Este tipo de pensamiento podría ser la razón última por la que la sociedad humana todavía estaba plagada de derramamiento de sangre. Pero, ¿qué han sido los 25 años del Kaiser, desde el primer paso, sino una vida de batalla y victoria? Si Reinhard mostró respeto por el gobierno democrático republicano, ¿no fue porque su mayor adversario, Yang Wen-li, había muerto para protegerlo? Si Julian y los demás no podían mostrar una convicción similar, no sólo se ganarían el desprecio del káiser, sino que también perderían toda esperanza de negociar alguna vez en igualdad de condiciones con él. Cuando Julian llegó a esta conclusión, su decisión casi se tomó por sí sola.

La discusión pasó al siguiente problema: encontrar un camino hacia una victoria táctica.

“Hay una posibilidad”, dijo Julian. “Atraer a la flota Wahlen a la Fortaleza Iserlohn.”

Esta no fue su idea sola. La había extraído y refinado de las voluminosas memorias dejadas por Yang Wen-li.

“Muy bien, comandante”, dijo Dusty Attenborough. “¿Podemos escuchar más?”

Se acomodó en su asiento, y los otros oficiales de personal lo siguieron.

III

La interrupción en los antiguos territorios de la alianza, rebautizados como Neue Land por el imperio, parecía empeorar cada vez más. La distribución de suministros militares era una medida de primeros auxilios en el mejor de los casos. La administración civil que había heredado la autoridad de la gobernación de von Reuentahl buscaba soluciones, pero los bloqueos en las redes de suministro no mostraban signos de mejora. Algunas bases de distribución estaban sobrecargadas más allá de su capacidad, por lo que los suministros se dejaban pudrir fuera de los almacenes; en otros lugares, flotas de barcos de suministro vagaban en busca de cualquier cosa que pudiera llenar sus bodegas vacías.

Y entonces llegó un informe al escritorio del Almirante Mayor August Samuel Wahlen: “Señales inquietantes alrededor de la Fortaleza Iserlohn.”

Wahlen no estaba especialmente sorprendido por esto. Iserlohn siempre había sido un “racimo de inquietud y peligro” — Si hubiera dormido siempre en paz, ¿qué valor habría tenido su existencia en términos históricos? Fue contra la amenaza de Iserlohn que Wahlen y su flota se estacionaron en los antiguos territorios de la alianza después de la muerte de von Reuentahl.

Sin embargo, si el informe no era sorprendente, era ciertamente desagradable. Acabar con los disturbios y levantamientos en los territorios de la alianza era más que suficiente para mantenerlo ocupado, tanto física como mentalmente. La fuerza militar no sería suficiente para hacer frente a la República de Iserlohn — más o menos el único enemigo oficial del imperio — y le preocupaba la seguridad de la retaguardia de su flota.

Los disturbios en Heinessen y en otros lugares de la Neue Land son impulsados por demandas políticas y físicas. Dejando de lado las primeras, las segundas son virtualmente imposibles de satisfacer sólo con actividad militar. La única solución es restaurar las redes de suministro lo más rápido posible, y solicito que la administración actúe para lograrlo.

Tal fue el informe de Wahlen que llegó a la capital imperial. El Káiser

Reinhard lo aprobó inmediatamente, ordenando al Ministerio de Obras Públicas que se ocupara de la petición de Wahlen. También comenzó a reunir una gran fuerza en los sectores alrededor de Schattenberg para responder a la solicitud de Wahlen.

En ese momento, el Ministerio Imperial de Finanzas estaba formulando un plan de cinco años para unificar la moneda utilizada en todo el territorio del nuevo imperio. Sin embargo, el caos en Neue Land causaría retrasos en la realización de esto. Dado que sólo había pasado un año y medio desde la propia unificación galáctica, no parecía haber mucha necesidad de urgencia, pero el cambio de planes no le sentó bien al lado perfeccionista de Reinhard.

Wahlen no era el tipo de hombre que mezclaba los asuntos públicos con los privados, o que perseguía rencores de cualquier tipo, pero el niño que había dejado atrás en los antiguos territorios del imperio nunca estuvo lejos de su mente. No podía reprimir el deseo de completar el proyecto imperial de unificación galáctica lo más rápido posible y regresar a su hogar.

Aunque Wahlen no había tenido ocasión de escuchar las belicosas propuestas de Wittenfeld con respecto a Iserlohn, no cabía duda de que la existencia de la república era un factor en prácticamente todos los grandes acontecimientos que se estaban produciendo en la galaxia. En última instancia, Iserlohn tendría que ser destruido.

Por consiguiente, Wahlen desplegó su flota en el punto medio de la ruta que conectaba Heinessen y la Fortaleza de Iserlohn, lo que le facilitó la tarea de vigilar los movimientos de Iserlohn — y responder, si era necesario — permitiéndole al mismo tiempo suprimir los disturbios en los antiguos territorios de la alianza. Había aceptado el mando de las fuerzas imperiales estacionadas en Heinessen dos meses antes — los días de paz superficial habían terminado, y el verdadero caos de la guerra estaba casi sobre él. Tenía 15.600 naves bajo su mando, lo que debería haber sido suficiente para abrumar a todo el ejército de Iserlohn.

El almirante Wiliabard Joachim Merkatz, que cumpliría 63 años ese año, probablemente vivía el estilo de vida más regulado de Iserlohn. Los otros oficiales de la república bromeaban sobre la posibilidad de ajustar sus relojes por los movimientos del envejecido ex almirante imperial.

Incluso los malos actores que eran Attenborough y Poplin mostraron el debido respeto a este general imperial exiliado. No sólo se abstuvieron de burlarse de él, sino que incluso lo trataron con el respeto que su posición merecía. Después de todo, no menos que un personaje que Yang Wen-li había considerado adecuado para dar la bienvenida a Merkatz como un invitado de estado con todos los honores. También estaba la diferencia de edad. La idea de que Merkatz acechara en los campos de batalla galácticos diez años antes de que nacieran hizo que ambos se sentaran un poco más derechos en sus asientos.

Después de la muerte de Yang Wen-li, a Merkatz se le dio por primera vez el mando de una flota en el ejército de Iserlohn. Durante la Guerra de Lippstadt, aunque sólo fuera nominalmente, había movido barcos por cientos de miles, pero su nueva flota era dos órdenes de magnitud más pequeña. Algunos podrían ver este cambio de circunstancias como un declive, pero el propio Merkatz no dio ninguna señal de que le molestara, trabajando tranquilamente bajo la dirección de su comandante Julian Mintz para elaborar estrategias, elaborar planes de flota y dirigir sus naves en el despliegue. Naturalmente, no estaba completamente sin emociones.

Un elefante pisando sobre hielo delgado: así es como otros siempre habían visto a Merkatz. No sólo en términos de esta acción militar, sino también con respecto a su posición dentro de la República de Iserlohn. Este minúsculo, diminuto poder liderado por Frederica G. Yang tenía que protegerse no sólo a sí mismo sino también al tembloroso y vulnerable capullo de flor que era el gobierno republicano democrático.

El 7 de febrero.

“Las fuerzas de Iserlohn están en movimiento.”

El informe del escuadrón de exploradores llegó al Almirante Mayor Wahlen

por transmisión FTL. Este desarrollo, también, no fue una sorpresa. Sin embargo, fue algo inusual que después de mantener una cordial neutralidad durante la Rebelión de Reuentahl, Iserlohn tomara medidas ahora.

“¿Cuándo se espera que lleguen a la boca del corredor?”

“Perdóneme, Su Excelencia, pero no se están moviendo hacia nosotros.”

“¿Adónde van, entonces?”

Inmediatamente después de que las palabras salieran de su boca, Wahlen se rió con tristeza de su propia estupidez. El Corredor de Iserlohn era un espacio casi bidimensional. Si las fuerzas de Iserlohn no venían hacia Neue Land, sólo había otro camino por el que podían ir.

“Se dirigen al extremo imperial del Corredor de Iserlohn, Su Excelencia. Parece que quieren invadir el territorio del imperio.”

La conmoción se extendió a los oficiales de personal de Wahlen. Un almirante subalterno llamado Kamfuber levantó una voz emocionado.

“¡Su Excelencia! Después de causarnos mucha vejación y confusión, parece que esos perros de Iserlohn están abrazando la autodestrucción. ¡Entramos en el corredor de inmediato y nos aseguramos de que no tengan un hogar al que regresar!”

Wahlen no podía estar inmediatamente de acuerdo con la posición proactiva que su subordinado tomó. Como estratega de primer orden, no tenía intención de subestimar al enemigo. El comandante de Iserlohn podría ser joven, pero parecía estar profundamente influenciado por Yang Wen-li. Presumiblemente tenía algún tipo de plan. Así que pensó — que si las fuerzas de Iserlohn habían dejado la fortaleza para invadir el viejo núcleo del imperio, era una estrategia imperial establecida que Wahlen entrara en el corredor y los amenazara por la retaguardia. No podía simplemente sentarse y observar cómo se desarrollaban los acontecimientos. Como los líderes de la República de Iserlohn, era responsable de algo más que de sí mismo.

El 8 de febrero, la Flota Wahlen partió.

Permitir que el enemigo piense que sus deseos han sido concedidos. Al mismo tiempo, enciérrelos psicológicamente hasta que se convenzan de que no existe otro curso de acción y no deje que se den cuenta de lo que está haciendo.

Aquí está la esencia del enfoque estratégico de Yang Wen-li. La perspicacia de Yang en la psicología del enemigo era tan precisa que le había ganado el sobrenombre de “Mago”. Podía leer el pensamiento de la parte contraria tan fácilmente como si estuviera escrito en un papel. Sin embargo, hubiera preferido no hacerlo. Recurrió a este tipo de engaño táctico sólo porque no estaba en posición de establecer una superioridad estratégica. No había sido un dictador, ni siquiera el comandante supremo de la alianza militar. Como comandante de primera línea cerca de Iserlohn y nada más, no había podido extender su autoridad más allá de los límites de los desafíos que podían ser tratados a nivel táctico.

Varias hipótesis arrojaron sombras dolorosas sobre el pensamiento de Julián. ¿Y si Yang se hubiera levantado para dirigir el cuartel general del comando estratégico de la alianza? ¿Y si se hubiera evitado la desastrosa derrota en Amritsar y la alianza no hubiera perdido el grueso de sus militares y comandantes de primera clase? La historia, pensó Julián, podría haber procedido en una dirección totalmente diferente.

“Y ahorró a todos un montón de problemas.”

Julian escuchó la voz de Yang claramente en su mente. Se ruborizó. No había entendido del todo la importancia de las reflexiones de Yang en el pasado, habiéndose reído de ellas con comentarios como “Seguro que odias trabajar”. La risa de la ignorancia, en efecto.

Hace trescientos años, un oscuro republicano conocido como Ahle Heinessen se las arregló para encontrar su camino a través de este peligroso corredor lleno de dificultades con sólo un puñado de aliados a su lado. Esta había sido la Larga Marcha, con la que comenzó la historia de la Alianza de los Planetas Libres. Esa historia había terminado en el 800 SE, pero la

memoria de Ahle Heinessen y sus ideales nunca deben perderse. Tal pérdida sólo daría fuerza a un sistema social en el que la gente cediera sus responsabilidades políticas a otros, dando a sus “mejores” carta blanca para gobernar sobre ellos.

IV

Febrero, 801 SE. El Ejército Revolucionario de Iserlohn entró en su primera batalla desde que recibió ese nombre. La operación fue indiscutiblemente audaz. Tal vez fue un acto de locura que sólo lograría destruir la cordial relación recién establecida entre la República y el Imperio Galáctico. Julian estaba particularmente preocupado por esta última posibilidad. Durante la Revuelta Reuentahl, habían permitido a la Flota de Mecklinger el paso seguro por el corredor de Iserlohn, creando una impresión de lo que podría llamarse neutralidad amistosa al mostrar que no ofrecerían apoyo indiscriminado a ningún levantamiento armado antiimperial. Ahora, sin embargo, estaban a punto de dar el primer golpe en un nuevo conflicto.

La nave insignia de Julián era la veterana nave de batalla *Ulises* . Estaba dirigida por el Capitán Nilson, que había subido a su rango en el momento de la disolución de la alianza. Tanto la nave como el capitán habían demostrado su experiencia y suerte, y se esperaba que continuaran haciéndolo. *Ahora, si el Vicealmirante Fischer siguiera vivo para dirigir la flota*, Julian se encontró pensando con nostalgia.

Mientras salía de una conferencia con Yang antes de lo que sería su batalla final, Edwin Fischer había hecho una rara broma. Con una expresión suave pero con un tono incómodo, había dicho, “Creo que por fin tengo la habilidad de dar órdenes a todos estas naves” Cuando vuelva la paz, podría incluso seguir adelante y escribir un libro. No puedo dejar que el Almirante Attenborough gane todas las regalías.”

Pero ahora Fischer se había ido. El magistral comandante, taciturno y leal,

que había comprendido perfectamente sus responsabilidades y el significado de su presencia, ya no estaba entre los vivos. Yang, que había aprovechado el genio de Fischer, también sobrevivió sólo en registros y recuerdos. Habiendo perdido ambos, Iserlohn tuvo que luchar — y con menos de diez mil naves como mucho.

Deben de estar locos, pensó Waagenseil, el almirante imperial que vigila el final del corredor de Iserlohn, el más cercano al territorio del imperio. Cuando llegaron los primeros informes de los movimientos del enemigo, Waagenseil no pudo resistirse a hacer algunos comentarios indiscretos a sus subordinados.

“Esos perros callejeros sarnosos de Iserlohn llevan tanto tiempo aullando que se han convencido de que son lobos. La única cosa que un perro callejero entiende es el látigo. Sé estricto cuando los entrenes, para que no vuelvan a olvidar los límites de su poder.”

El uso de tales bravuconadas era un hábito desafortunado entre los comandantes del ejército imperial, que nunca habían probado la derrota a manos de nadie más que Yang Wen-li. Reinhard hizo un punto, subrayado por Mittermeier, de reprender a los que hablaban de esta manera, pero como surgió de un exceso de exuberancia del vencedor, no era un defecto fácil de enmendar.

Había también una cierta tendencia psicológica que parecía ansiar el desorden, como ejemplificaba el Almirante Grillparzer, cuyo ansia de gloria le había llevado a traicionar a von Reuentahl el año anterior. Esto también fue causado en parte por la inteligencia sobre la relativa escasez de naves de la flota de Iserlohn.

Waagenseil comenzó a mover su flota de 8.500 naves. Esta información llegó a Iserlohn junto con su comentario de los “perros callejeros sarnosos”, lo que provocó que Attenborough hiciera un ruido de asco en el puente de *Ulises* .

“Perros callejeros sarnosos, ¿verdad? Vaya forma de hablar. ¿Con quién cree que está tratando?”

“La desgracia de la galaxia. Enemigos de la paz y la unidad. Traidores fanáticos. Payasos ensangrentados bailando en el filo de la navaja con sogas alrededor de nuestros cuellos. Productos de una cultura de puro optimismo irracional sin pensar en nuestras muertes mañana…”

Poplin sacó las posibilidades alegremente.

“Ciertamente no te quedas atrás cuando se trata de insultarte a ti mismo.”

“¿Qué quieres decir con eso? No tengo gusto por el masoquismo.”

“¿No nos estabas insultando?”

“Bueno, ciertamente te estaba insultando.”

Casi como si hubiera estado esperando ese momento, el Capitán de Corbeta Soon “Soul” Soulzzcuaritter entregó un documento a Attenborough para su aprobación. Attenborough lo escaneó rápidamente, lo firmó y lo devolvió. Soul saludó y se giró para irse. Viéndolo irse, Attenborough murmuró, “Bueno, en cualquier caso, para morir mañana, primero debemos sobrevivir hoy.”

“Exactamente. Asegurémonos de que conservamos el derecho a morir mañana, si no más tarde.”

0420, 12 de febrero. En un punto cercano a la entrada del lado imperial del corredor de Iserlohn, las dos flotas se enfrentaron. Contra 8.500 naves imperiales, Iserlohn tenía 6.600. Los puntos agrupados de luz artificial se acercaron uno al otro, y se detuvieron una vez que estaban a sólo 2,9 segundos luz — 870.000 kilómetros — de distancia. La tensión se disparó en ambos lados, alcanzando finalmente su punto de ruptura a las 0435.

“¡Feuer!”

“¡Fuego!”

Las órdenes corrían por los circuitos de comunicación de ambos lados. Para Julian, era la primera vez que daba órdenes de abrir fuego, pero no tenía tiempo para reflexionar sobre la sensación. En un instante, las explosiones florecieron a través de la pantalla principal del puente de *Ulises* , formando un lecho de muerte y destrucción. Violentas olas de luz y calor corrían hacia la nave, que estaba situado en la parte central de la formación, a diez filas del frente.

La Armada Imperial estaba muy familiarizada con el poder del Martillo de Thor, lo que significaba que sería un desafío atraerlos dentro del campo de tiro. A nivel táctico, este era el asunto que preocupaba al Ejército Revolucionario de Iserlohn. Cuando un arma es demasiado poderosa, a menudo se convierte en objeto de una fe excesiva, distorsionando el juicio táctico y llevando a la derrota antes de que pueda ser utilizada. Hace cinco años, eso fue demostrado en letras negritas y carmesí por el mismo Yang Wen-li. Ahora Julian tendría que verificar la proposición por sí mismo.

El puente de *Ulises* fue teñido de todos los colores del arco iris por los rayos de luz que salían de su pantalla principal. Con cada destello de luz pulsante, se perdieron varias naves y miles de almas enterradas en el calor y la llama. Las naves aliadas desplegadas en la proa de *Ulises* abrieron sus puertos de armas cuando una ola de energía entrante hizo que el propio *Ulises* rodara suavemente.

Julian no era el Káiser Reinhard, por supuesto, pero estaba acostumbrado al campo de batalla, y creía en la eficacia de la fuerza militar, aunque esa creencia era condicional. Por eso había expresado su intención de unirse al ejército en Yang, y por eso lo había cumplido. El año pasado, sin embargo, Julián se vio obligado a afrontar el hecho de que siempre había tenido la intención de servir *bajo el mando Yang* . La ambición que ahora brotaba en su pecho no se parecía a nada de lo que había sentido antes.

Las dos flotas parecían mantenerse más o menos enfrentadas hasta 0540, cuando hubo un cambio casi imperceptible en el ritmo de la batalla. La Armada Imperial avanzó en una ola para asegurar más terreno, y la flota de Iserlohn retrocedió para mantener la misma distancia, respondiendo sólo con fuego de cañón. Al final, comenzaron a retroceder aún más por su

propia voluntad.

Las grietas comenzaron a mostrarse en las formaciones imperiales. Como si fueran absorbidas por el vacío, sus naves avanzaron de forma desordenada, arrastrándose cada vez más hacia la profundidad del corredor. Eran las 0630, poco más de dos horas desde el comienzo del combate.

Los escuadrones de combate que habían salido de la flota de Iserlohn volvieron a sus naves nodrizas.

El equipo de espartanos monoplaza de Poplin había logrado resultados que pasarían a la historia del combate. De los 240 espartanos, 16 no habían regresado. Sin embargo, como los registros revelarán algún día, la Armada Imperial había perdido no menos de 104 de sus propios walküren monoplaza.

La cabo Katerose “Karin” von Kreutzer había derribado dos de esos walküren ella misma, y contribuyó a la destrucción de otros dos. La agudeza de sus reflejos, su juicio y su percepción visual parecían innatos. ¿De qué padre podría haberlos heredado?

Como líder del escuadrón, Poplin había derribado cinco de los enemigos, llevando su puntuación total desde que se graduó de la escuela de vuelo a más de 250. Esto era una demostración digna de cualquier as, ya que lo situaba entre los diez pilotos más mortíferos en los 150 años de historia de la guerra entre el Imperio Galáctico y la Alianza de los Planetas Libres. Uno de los cinco que había derribado había estado disparando al Cabo von Kreutzer desde su flanco trasero izquierdo, pero no le mencionó esto.

Waagenseil vio a sus fuerzas entrar en el corredor en una persecución algo desordenada del enemigo, pero sintió poco peligro en él.

Su objetivo era una persecución paralela. Si sus naves se mezclaban con las del enemigo, la Fortaleza de Iserlohn no podría disparar el Martillo de Thor. Cuando la fortaleza era una de las posesiones más preciadas del imperio, el mariscal de la alianza Sidney Sitolet había utilizado esta técnica para “arrancar algo del grueso maquillaje que usa Iserlohn”, como él decía. Su

asalto había fracasado en las etapas finales, pero las lecciones que se podían aprender de él no eran insignificantes, y Waagenseil no había dejado de tomar nota de ellas.

Todo esto, sin embargo, estaba dentro de los límites de lo que Julian había previsto. Tenía planeado un truco que era más que digno del alumno estrella de Yang Wen-li. Comenzó calculando el momento preciso en que la flota de Wahlen llegaría al espacio alrededor de la Fortaleza de Iserlohn, comenzando por su entrada en el corredor desde el lado que una vez había llevado al territorio de la alianza. Julian continuó retirando gradualmente la flota de Iserlohn en respuesta a las actualizaciones cada hora que recibía sobre la posición de Wahlen. La atención a los detalles y la resistencia psíquica que mostró mientras ejecutaba esta estrategia de dos días, mientras colgaba delante de Waagenseil la posibilidad de una persecución paralela, recordó a los que le rodeaban a su guardián y maestro.

Pronto, sin siquiera darse cuenta, la Armada Imperial se había puesto completamente al alcance del Martillo de Thor.

Cuando se dieron cuenta, una ola de terror envolvió instantáneamente a toda la flota. Waagenseil, también, viendo de inmediato que su estrategia había fallado, ordenó desesperadamente la retirada. Fue exactamente en ese momento que la flota Wahlen llegó al campo de batalla. Cuando el informe llegó a Julian, se lamió inconscientemente los labios secos.

La formación de la flota era sólida y sin debilidades obvias, como si reflejara el carácter del propio Wahlen. Había corrido hacia el corredor tras enterarse por el lejano Phezzan de que Waagenseil se había enfrentado. Crear una formación de pinzas para atrapar a las fuerzas de Iserlohn de ambos lados era otra estrategia imperial fundamental.

En una batalla pasada, la innovadora estrategia de Yang Wen-li de colocar una flota de suministro disfrazada antes de la flota de combate principal había dejado a Wahlen sorbiendo del amargo cáliz de la derrota. Sólo Yang podría haberlo logrado; Wahlen era un comandante veterano con habilidades expansivas, contra el cual la doctrina militar estándar era casi inútil. Esto era aún más cierto en un caso como el presente, cuando las

fuerzas bajo el control de Julian eran pequeñas en términos absolutos. Para compensar esto, Julián tendría que reposicionar sus fuerzas rápidamente; sobre todo, el Martillo de Thor sería indispensable. Pero para poder usar esa arma, tendría que convencer a las fuerzas imperiales de que tenían una buena oportunidad de atrapar a la flota de Iserlohn en una formación de pinza. Por eso Julián estaba tan preocupado por controlar los movimientos de su flota. Yang había sido capaz de dejar esto a Fischer, pero Julian se había visto obligado a hacerlo él mismo. En una ironía agridulce, el hecho de que las fuerzas de Iserlohn se redujeran tanto desde la época de Yang fue exactamente lo que hizo posible que Julian mantuviera a toda la flota en su mente.

Como ovejas dispersándose antes de la tormenta, las naves de Waagenseil rompieron filas e intentaron huir. Las fuerzas de Iserlohn no les hicieron caso, y en su lugar iniciaron un intercambio de fuego con la flota de Wahlen. Pero las naves de Iserlohn no pudieron resistir el feroz fuego de Wahlen por mucho tiempo, y pronto comenzaron su retirada.

Si la batalla hubiera continuado por otra hora, Wahlen sin duda habría rodeado completamente a la flota de Iserlohn y sellado su perdición. Pero, por supuesto, Julian no tenía intención de continuar la batalla. El objetivo era simplemente atraer a la flota Wahlen dentro del alcance del Martillo, tal como lo habían hecho con las naves de Waagenseil.

Wahlen adivinó estas intenciones, pero eligió entrar en la zona de peligro de todos modos para cubrir la retirada de Waagenseil.

Si puedo acercarme lo suficiente a la Fortaleza de Iserlohn mientras el arma sigue cargando…

Esta fue la idea en la que Wahlen puso todas sus esperanzas, y al principio parecía que su apuesta había dado sus frutos. A su orden, las primeras filas de su flota cargaron hacia el punto ciego del Martillo a una velocidad que habría impresionado incluso al propio Gale Wolf.

Y entonces rayos de luz por centenares atravesaron el flanco izquierdo de las fuerzas imperiales.

Una cadena de explosiones se extendió por las filas de la flota, convirtiéndola momentáneamente en un vasto dragón de luz que se retorcía en el vacío. Las naves de guerra se desgarraron, los cruceros se redujeron a bolas de fuego, los destructores se dispersaron en todas las direcciones. Cuando el desafortunado grito del operador de "¡Enemigo entrando a las nueve!" llegó al puente de *Salamander* , Wahlen sólo pudo gemir sin palabras en respuesta.

El destacamento entrante estaba liderado por Merkatz, y había estado acechando en el espacio muy cerca de la Fortaleza de Iserlohn, que era un punto ciego para los sistemas de búsqueda de la flota de Wahlen. No había pasado desapercibido para la flota de Waagenseil, pero estaban tan desesperados por retirarse que advertir a Wahlen no había sido una de sus prioridades. Con las comunicaciones tan bloqueadas, podría haber sido inútil incluso hacer el intento. Aún así, dados los esfuerzos de Wahlen por ayudar a la flota de Waagenseil a retirarse a salvo, la consideración que mostraron a cambio fue una suma insignificante.

Manteniendo la compostura, Wahlen tomó el control de la situación, reconstruyendo las desmoronadas formaciones de su flota e impidiendo la total destrucción de sus fuerzas incluso ante el feroz asalto de Merkatz. Sin embargo, se vio obligado a abandonar toda esperanza de un nuevo combate. Sus naves estaban ahora totalmente a merced del Martillo de Thor.

Wahlen ordenó a las naves bajo su mando que salieran del campo de tiro del Martillo a toda velocidad, y era algo muy raro que una orden obtuviera una respuesta tan seria. Agarrados por el terror, desesperadamente trajeron sus naves y comenzaron a huir.

Pero el Martillo de Thor ya estaba completamente cargado. En 2015, el Vicealmirante Walter von Schönkopf, que estaba al mando de las defensas de Iserlohn, levantó su mano derecha, formó una hoja con sus dedos y la barrió.

Por unos momentos, las tropas imperiales pueden haber alucinado a la parca lanzando su capa y balanceando su gran hoz. Esa ilusión fue destrozada por

una masa de luz blanca de una ferocidad verdaderamente monstruosa. En las pantallas blanqueadas, las naves imperiales se convirtieron en una masa de oscuros cuadros de sombras, tragados en un instante por el espumoso torrente de luz. Algunas vaporizaciones fueron instantáneas, algunas explosiones duraron segundos; la carnicería continuó, esparciendo globos de luz a través de la oscuridad del espacio; justo fuera de la zona de explosión principal, ola tras ola de energía brutal golpeó las naves con una fuerza aterradora.

Pasaron doscientos segundos y el Martillo de Thor rugió de nuevo. Una columna de luz, este rugido silencioso atravesó la oscuridad infinita, destruyendo miles de naves más. Bolas de fuego chocaron con las naves aliadas que se encontraban detrás de ellos, desgarrándolos en dos; estas mitades se separaron en diferentes direcciones, eliminando aún más naves aliadas. La deslumbrante danza de la muerte y la destrucción se extendió por el vacío, y continuó expandiéndose.

“¡Salgan de ahí, por favor! ¡Corran!”

En el asiento del comandante a bordo de *Ulises* , el sudor frío enfriaba el corazón de Julian. Sus nervios no estaban tejidos con alambre de acero, y no podía permanecer impasible ante la muerte en tan gran cantidad. Habría estado aún más sacudido, aún más disgustado consigo mismo si se le hubiera concedido una visión de las tropas imperiales que habían escapado de la muerte inmediata — si hubiera visto a los tripulantes que estaban cegados por el destello, que se tambaleaban por los barcos envueltos en llamas antes de que nuevas explosiones rompieran sus abdómenes, que llamaban a sus madres mientras morían en agonía, con las vísceras y los órganos derramados por sus heridas…

En 2045, Wahlen ordenó una retirada completa.

Incluso cuando la batalla se convirtió en una matanza, se las arregló para mantener el juicio requerido de un almirante imperial de alto rango. Cuando estuvo satisfecho de que no había esperanza de victoria, y de que la flota de Waagenseil había abandonado con éxito el campo de batalla, reunió a sus naves supervivientes en una nueva formación e hizo lo mismo.

De este compromiso, Julian escribió más tarde lo siguiente:

En cierto sentido, las leyes de la galaxia operaron justamente en este caso. La derrota fue dada al bando capaz de aceptarla con dignidad. En esta batalla, al menos.

Respetó a Wahlen como un enemigo. Y aunque el respeto al enemigo puede ser paradójico — incluso hipócrita — el hecho es que aquellos que muestran tal respeto son evaluados más favorablemente que aquellos que no lo hacen. Tal vez esto es una prueba de que las figuras militares son juzgadas por estándares que son en sí mismos el producto de la paradoja y la hipocresía.

En 2140, después de confirmar la completa retirada del enemigo, Julián regresó a la Fortaleza de Iserlohn.

“¡Acabamos de patear al Kaiser justo en las espinillas!”

No estaba claro quién gritó esto primero, pero los vítores explotaron en respuesta, y una masa de boinas negras con estrellas blancas de cinco puntas bailaron en el aire. Las festividades en Iserlohn ya estaban en pleno apogeo. Era la primera vez desde la muerte de Yang que la república había logrado una victoria militar sobre el imperio. Las pérdidas del imperio se estimaron en cuatrocientas mil almas. El hecho de que esto fuera, en el mejor de los casos, una victoria menor era indicativo de la crueldad irredimible de la guerra.

Aunque la diosa de la victoria le había favorecido con una sonrisa coqueta, Julian no tenía una sonrisa inocente propia con la que responder. Tácticamente, había salido victorioso. Asumió que la operación también había tenido el efecto político deseado: habían mostrado a los republicanos de los antiguos territorios de la alianza que Iserlohn estaba deshecho. Bagdash y Boris Konev estaban planeando ansiosamente misiones encubiertas para difundir la noticia.

¿Pero qué hay del lado estratégico de las cosas? Una victoria táctica del

lado más débil sólo estimularía al lado más fuerte a buscar venganza. Era difícil imaginar al Káiser Reinhard aceptando su “patada en las espinillas” con buena gracia. Sin duda, un relámpago brillaría en sus ojos azul hielo y ordenaría a toda su flota que derribara a Iserlohn. Esto era lo que Julian estaba esperando, tal y como Yang lo había hecho en su momento. ¿Pero podría Julian alcanzar la misma invencibilidad legendaria que tenía Yang? Una victoria exigía otra del vencedor, y luego otra. Sin fin, con avidez, hasta la muerte del vencedor.

“¿Qué tienes en mente, Julian?”

El pelo castaño claro de Karin se balanceaba al acercarse para ver sus ojos marrones. Julian estaba ligeramente nervioso. Conocía a la hija de von Schönkopf desde hacía tiempo, pero cada vez que la encontraba sentía que las emociones se elevaban de nuevo dentro de él.

“Ganamos esa batalla”, dijo Julian. “¿Pero qué pasa después? Tal vez me preocupo demasiado.”

“No veo ningún problema. Si hubieras perdido, eso habría sido el final. Pero ganaste, así que puedes luchar de nuevo. La próxima vez, vamos a patear el Kaiser justo en el corazón.”

Ya sea que ella quisiera o no, Karin era como una droga psicoanalítica para Julian, aliviando su mente y restaurando su equilibrio mental. Dejó salir media risa, asintió con la cabeza, y luego miró alrededor de la habitación. Al darse cuenta de a quién buscaba, Karin respondió a su pregunta no expresada.

“Frederica fue a reportar nuestra victoria al Mariscal Yang. Volverá a tiempo para dar un discurso.”

Mientras tanto, el padre de Karin brindaba por la victoria de Iserlohn con Attenborough y Poplin.

“Lo siento por usted, sin embargo, Almirante von Schönkopf. Usted se limitó a una parte tan pequeña.”

“Ahórrate tu falsa simpatía. Estoy feliz de dejar los ensayos a ustedes, jugadores de segunda categoría, mientras guardo mis energías para nuestra próxima actuación en la presencia imperial.”

“¿En la presencia imperial?”

“El día que tomemos Heinessen, por supuesto”, dijo von Schönkopf con una confianza inquebrantable. “No puede estar muy lejos.”

Attenborough y Poplin vaciaron sus cervezas ligeras y murmuraron al unísono: “Guárdame un lugar en ese escenario también.”

CAPÍTULO TRES: MOSAICO CÓSMICO

I

“EL GUSTO DE LA GUERRA está en el carácter del Kaiser”: esta valoración de Reinhard von Lohengramm fue totalmente incontrovertida tanto entre sus contemporáneos como entre los historiadores posteriores. Las propias palabras y hechos de Reinhard lo afirmaban continuamente. Algunos historiadores lo criticaron severamente por estos motivos: “Toma un poco de militarismo, añade un llamativo baño de oro, y ahí lo tienes: una estatua del Kaiser Reinhard.”

Sin embargo, la justicia exige que se tengan en cuenta las circunstancias históricas que rodean a Reinhard. La dinastía Goldenbaum fue una sociedad entera construida sobre un saqueo injusto. Algunos de sus grandes gobernantes habían perseguido reformas, pero para la época de Reinhard la corrupción y la atrofia ya habían progresado más allá de cualquier esperanza de recuperación. Todo lo que le esperaba a la dinastía era su caída.

La mayoría de los historiadores coinciden en que si el gran hombre conocido como Reinhard von Lohengramm no hubiera aparecido en esta época, el Imperio Galáctico se habría fracturado en varios reinos más pequeños, cada uno con una poderosa familia noble en su núcleo. Frecuentes rebeliones populares habrían impulsado una mayor fragmentación hasta que el antiguo imperio se disolviera en un caos ingobernable. La reunificación habría sido una perspectiva lejana, y la civilización habría retrocedido en cada mundo aislado. Fue Reinhard quien evitó este destino, y para ello utilizó la fuerza militar para barrer cinco siglos de suciedad acumulada.

En febrero del tercer año del Nuevo Calendario Imperial, Reinhard fue, como particular, el marido de su Kaiserin Hilda, que llevaba a su hijo en su vientre. Intelectualmente, lo entendía, pero luchó por cruzar el gran río de niebla que parecía separar esta comprensión de la verdadera realización.

Al hablar con Hilda, intentó limitarse al papel de marido, pero también aquí fracasó, buscando su consejo en asuntos políticos y militares como un consejero de confianza. Para Reinhard, por supuesto, esto equivalía a buscar consejo en todos los aspectos de la vida.
“Los republicanos de Iserlohn han dado el primer paso esta vez, entonces”, musitó en voz alta un día. “Un desarrollo inesperado, debo admitir.”
El año anterior, cuando la República de Iserlohn se negó a unirse a von Reuentahl en la rebelión, Reinhard supuso que su próxima oportunidad de ir a la guerra con ellos no sería hasta dentro de un tiempo.
Vestida con ropa holgada adaptada a su condición, Hilda sonrió como para calmar su espíritu conquistador.
“Su Majestad, ¿por qué no empieza por enviarles una misión diplomática? No veo ninguna razón para que el imperio fuerce una resolución apresurada.”
“Kaiserin, tu consejo está bien tomado, pero uno no puede dormir tranquilo si un solo mosquito acecha cerca de su cama. Los republicanos han tirado el guante, y tengo la intención de recogerlo.”
El intercambio tuvo lugar en Stechpalme Schloß, pero bien podría haber sido escuchado en el Cuartel General Imperial. A Reinhard no le faltaba sensibilidad, pero su manera de expresarlo era bastante prosaica. Por supuesto, no toda la culpa de esto puede ser puesta a sus pies. Hilda también mostró cierta vacilación en su papel de Kaiserin. Eran una pareja joven de rara belleza y perspicacia, sí — pero también de rara torpeza.

Para los oficiales de más alto rango de la Armada Imperial Galáctica, la desastrosa derrota de Wahlen casi garantizó una expedición en respuesta, muy probablemente dirigida por el propio Kaiser. Para discutir el asunto, se reunieron en una sala de conferencias en el Cuartel General Imperial. Eran seis en total: Mittermeier, Müller, Wittenfeld, Kessler, Mecklinger y von Eisenach.
“Qué táctica tan magistral”, dijo Wittenfeld maravillado mientras las escenas de la batalla grabadas en el disco óptico se reproducían en la pantalla. “El ‘Ejército Revolucionario’, ¿no? Si esto es lo que su comandante puede hacer, es mejor que no lo subestimemos.”
Mittermeier sacudió ligeramente la cabeza. “Eso es cierto, por supuesto, pero ese ataque de flanqueo lleva la marca de un veterano — Merkatz,

sospecho.”
“¡Por supuesto! Así que Merkatz estaba allí, ¿no?”
“Asegúrate de tenerlo en cuenta, Wittenfeld. Es un estratega hábil y conocedor — tanto que incluso el difunto Yang Wen-li le dio la bienvenida como invitado de honor.”
“Y aún así, si Merkatz hubiera servido al Kaiser, sería un pilar del ejército imperial ahora, con todo el estatus y la gloria que pudiera desear. Eligió mal.”
“Supongo que lo hizo”. Mittermeier descruzó sus brazos y pasó una mano por su pelo color miel. “Pero qué aburridas serían nuestras batallas si nuestro lado tuviera el monopolio del talento. La pérdida de Yang Wen-li ha hecho de la galaxia un lugar solitario. Escuchar que Merkatz está vivo y bien es, en todo caso, una feliz noticia. ¿No sientes lo mismo?”
“Lo hago — y temo que esto demuestra que estoy más allá de la salvación”, dijo Mecklinger, el sucesor de Hilda como consejero principal en el Cuartel General Imperial. Su risa de pena provocó risas similares en Müller y Kessler, mientras von Eisenach golpeaba la superficie de la mesa de estrategia sin mover una sola célula de su cara. Wittenfeld sólo gruñó, aparentemente dividido entre el acuerdo y la irritación.
“En cualquier caso”, dijo Mittermeier, “Wahlen hizo lo mejor que pudo de una mala situación, pero nuestras fuerzas a este lado del corredor fueron completamente humilladas. No podemos simplemente dejarlo pasar.”
Como jefe de las fuerzas operativas de la Armada Imperial, Gale Wolf no podía permitir que el asunto pasara sin alguna respuesta. La brecha entre los mariscales y almirantes de alto rango por un lado, y el resto del almirantazgo por el otro, era flagrante. Grillparzer había tenido la mejor perspectiva entre los almirantes más jóvenes, pero había muerto traicionando tanto las expectativas de sus colegas como sus propias aspiraciones. Thurneisen había recibido una sinecura después de su error durante la Guerra Vermillion, y su brillante estrella se había atenuado dramáticamente. Bayerlein aún necesitaba construir experiencia, ampliar su perspectiva y cultivar una visión más profunda. Hasta que lo hiciera, les correspondía a los mariscales y almirantes de alto rango mantener la línea firme. Por otra parte, no estaban todavía cansados de la lucha, y esto era una perspectiva alentadora para su espíritu.
En ese momento, Mittermeier estaba considerando la construcción de una base militar en la entrada del corredor de Iserlohn que sería de la escala de

Drei Großadmiralsburg, con el fin de reforzar la fuerza de la armada en los principales territorios imperiales. También le tentaba la perspectiva de supervisar este proyecto personalmente.
Como dirían los futuros historiadores: “No había ningún grupo que hubiera viajado tan lejos y a lo ancho de la galaxia como el Kaiser Reinhard y los almirantes bajo su mando, asaltando de un lado a otro el mar de estrellas. El mariscal Wolfgang Mittermeier en particular, seguramente seguirá siendo conocido por la historia durante algún tiempo como el oficial militar que recorrió la mayor distancia total de su vida.”
Pero Mittermeier no sabía nada de cómo lo juzgaría la historia. Cumpliría treinta y tres años este año, y aún era joven y feroz, sin ganas de dedicarse al trabajo de escritorio. El puesto de comandante en jefe de la Armada Imperial Espacial satisfacía tanto sus habilidades como su ambición, de modo que cuando el Conde von Mariendorf propuso su nombre para ministro de asuntos internos, no sintió gratitud sino renuencia. Si su amigo Oskar von Reuentahl hubiera seguido vivo, Mittermeier le *habría* recomendado como el lugarteniente más importante del káiser — aunque esa abnegación fue, de hecho, una de las cualidades que hicieron de Mittermeier un digno sucesor a los ojos del conde.
El 18 de febrero, el káiser Reinhard anunció su intención de dirigir una expedición a Heinessen.
La expedición, sin embargo, fue finalmente pospuesta debido a la salud del Kaiser. El 19 de febrero, tuvo fiebre por primera vez ese año, pero fue el peor ataque hasta ahora, y sus médicos estuvieron pálidos de ansiedad durante algún tiempo. El 22 de febrero, la fiebre finalmente se quebró, y el káiser bebió jugo de manzana con miel que le trajo la propia káiserina.

II

“¿Debo enviar a buscar a su hermana, Su Majestad?”
Era la tarde del 22 de febrero, y Hilda estaba junto a la cama de Reinhard. El tinte rojo de sus mejillas blancas como la porcelana no era el color de su sangre que se veía a través de él, sino las secuelas de su fiebre.
Reinhard sacudió ligeramente la cabeza. “No”, dijo. “Contigo a mi lado, no hay necesidad de molestarla.”
Sus palabras calentaron el corazón de Hilda, pero ella sabía que fueron pronunciadas en parte por preocupación por sus sentimientos, y como tal no

podía obedecerlas sin discutir.
“Creo que enviaré a buscarla”, dijo, limpiando las gotas de sudor de su frente. “Después de todo, ya está en Phezzan.”
Una débil sonrisa era la única respuesta del joven y atractivo inválido.
La hermana mayor de Reinhard, Annerose, seguía en Phezzan, el nuevo planeta capital del imperio. Los disturbios en los antiguos territorios de la alianza habían interrumpido el transporte y las comunicaciones allí desde hacía algún tiempo, y se temía que estas interrupciones se extendieran a los territorios más antiguos del imperio. Por supuesto, era obvio para todos que Reinhard estaba usando esto en gran medida como una excusa para retrasar su partida, y que secretamente deseaba que su hermana permaneciera en Phezzan permanentemente.
Annerose estaba al tanto de la condición de Reinhard, y ya había visitado una vez Stechpalme Schloß durante este ataque de fiebre. No se había reunido con él en esa ocasión, sino que sólo ofreció consuelo y ánimo a Hilda antes de volver a su alojamiento. La noche del 23 llegó a esos alojamientos un nuevo mensajero enviado por el Kaiserin, y Annerose vino a visitar a Reinhard en su lecho de enfermo a la mañana siguiente. Hilda salió de la habitación y dejó a los hermanos treinta minutos para hablar en privado. Después de que Annerose saliera del cuarto de Reinhard, las dos cuñadas tomaron el té juntas en el salón privado de la Kaiserin.
“Kaiserin Hildegard, el kaiser es tuyo ahora”, dijo Annerose con sinceridad. “Te pertenece a ti y sólo a ti. Espero que nunca lo abandones, o te des por vencida.”
“Annerose…”
“Aprecio su consideración al llamarme aquí. Pero han pasado muchos años desde que mi hermano me pertenecía.”
La sonrisa de Annerose era como la luz del sol filtrada a través de las hojas que se mecían en el viento.
“Hace tres años y medio, puede que haya creído que lo había abandonado”, dijo. Su voz era tan tenue como su expresión. Un alma menor nunca habría sentido cuán profundas eran las aguas bajo ese plácido exterior — mucho más profundas que cualquier rápido rugido.
“Annerose, no…”
“No, estoy segura de que él lo pensó. Entendí, por supuesto, que él buscaba mi consuelo entonces. Pero eso no fue todo lo que entendí.”
Aprender del entonces almirante Paul von Oberstein de la muerte de

Kircheis había sumergido la conciencia de Annerose en esas profundidades de tinta. A los quince años, había sido encerrada en las cámaras del Kaiser Friedrich antes de que supiera lo que era el amor. Había pasado los años desde entonces viendo a su hermano volar cada vez más alto con su amigo. Su habilidad para ofrecer una pequeña ayuda de vez en cuando le dio la fuerza para seguir adelante. Durante dos años esto había continuado, pero la muerte de Kircheis había puesto fin a todo.
La luz bailaba en el viento, iluminando la sucesión de partículas que componen la historia: su hermano, que crecía cada día más alto a medida que aumentaba la belleza de sus rasgos y la agudeza de su espíritu; el joven pelirrojo que había compartido con ella la carga de aceptar la agudeza e intensidad de ese hermano. Annerose había sentido la admiración en los ojos azules de Kircheis convirtiéndose en algo más profundo y serio. No sería un niño para siempre. La confusión y la aprensión sobre la importancia de esto habían crecido secretamente dentro de ella.
Entonces llegó el día en que Kircheis había dejado de envejecer para siempre. Y después de eso, el día en que la familia von Müsel — nobleza sólo de nombre, ganándose la vida al margen de la sociedad sin conexión alguna con la gloria de las clases privilegiadas — se convirtió en la familia que había dado a luz al conquistador que se había apoderado de la historia de la humanidad en su aplastante mano. La flor del genio de su hermano había alcanzado su máximo esplendor. ¿Había sido tal el deseo de Annerose? ¿Se le había concedido lo que había deseado?
Annerose tomó las manos de Hilda en las suyas. “¿Ves, Hilda?” preguntó. “Mi hermano comparte su pasado conmigo. Pero su futuro será compartido contigo. Con ambos.”
Hilda se sonrojó, al darse cuenta de que Annerose hablaba del niño que aún crecía en su interior. Y junto con esta comprensión, otra llegó a ella sin ser solicitada: el hecho de que la hermana del Kaiser nunca había dado a luz o criado un niño propio, y nunca lo haría.

La expedición liderada por Reinhard había sido pospuesta, pero las perturbaciones en la Tierra Neue y la provocación del Ejército Revolucionario de Iserlohn seguían siendo preocupaciones urgentes. El 25 de febrero, Reinhard ordenó al Ministro de Asuntos Militares, el Mariscal Imperial Paul von Oberstein, que viajara a Heinessen en su lugar, investido

de la plena autoridad del Kaiser para tratar las ofensas contra el orden allí. Von Oberstein era un oficial militar muy respetado y un oficial de estado mayor, pero como líder en el combate real carecía de experiencia y de la confianza de las tropas. Esta, al menos, era la impresión que compartían los comandantes operacionales, uno de los cuales naturalmente sería asignado como su subordinado para esta misión. Los comandantes esperaban con inquietud a ver a quién se le daría ese deber, y la respuesta fue finalmente anunciada el 26 de febrero.

"¿Por qué debo recibir órdenes en el campo de batalla de von Oberstein? Me haré responsable de mis propios errores, pero no tengo interés en limpiar los suyos. Ha pasado su vida detrás de un escritorio del ministerio, y si hay algo de justicia ahí es donde morirá también."

Este lamento vino del Almirante Mayor Fritz Josef Wittenfeld, con una voz aún más fuerte que la habitual. El Almirante Mayor Neidhart Müller fue condenado a la misma suerte, pero lo aceptó con un pequeño suspiro. Y así se decidió que von Oberstein sería acompañado en su misión a Heinessen por dos almirantes mayores y una vasta flota de treinta mil naves.

"No estaríamos atascados en esta funesta misión si Siegfried Kircheis estuviera vivo", murmuró Wittenfeld. "Cuanto mejor es el hombre, más joven muere." Sus palabras fueron demasiado profundas para ser totalmente descartadas como un arrebato de ira, y parecerían a los observadores posteriores como algo más que un poco profético en su carácter.

En ese momento, Wolfgang Mittermeier viajaba de ida y vuelta entre Phezzan y sectores cercanos a Schattenberg, cumpliendo con sus diversos deberes. Cuando se enteró de las "asignaciones de finales de febrero", se dirigió a su subordinado, el almirante Bayerlein, y dijo, "Von Oberstein, ¿enviado a Tierra Neue? Bueno… supongo que no tengo nada que comentar sobre una orden imperial."

Con suerte, nunca volverá, Mittermeier se abstuvo de añadir. Sintiendo una punzada de simpatía por los residentes de Tierra Neue, pidió a Bayerlein que proporcionara apoyo operacional al ministro para compensar su escasa experiencia en el campo de batalla. *Wittenfeld y Müller* , llegó la respuesta, y el Gale Wolf pasó una mano por su rebelde cabello color miel.

"No estoy seguro de qué lado merece más simpatía", dijo.

"Una pregunta difícil, Su Excelencia. No creo que el ministro encuentre al Almirante Wittenfeld ansioso por recibir sus órdenes."

El joven Bayerlein no era por naturaleza mezquino, pero sabía cuándo

recurrir a la ironía.
En cualquier caso, los ocho mariscales imperiales y almirantes superiores de Phezzan se redujeron a cuatro: Mittermeier, von Eisenach, Mecklinger y Kessler, y los otros cuatro fueron enviados a Heinessen. Aparte de Von Oberstein, Mittermeier reflexionó seriamente por un momento sobre cuánto le gustaría ver de nuevo a Müller, Wittenfeld y Wahlen.

III

Febrero, 801 SE, 3 año del Nuevo Calendario Galáctico. La historia se había convertido en una rueda titánica y de rápido giro que abarcaba el cosmos y amenazaba con aplastar a cualquier desafortunado que perdiera el equilibrio y se cayera.
Según ese subconjunto de historiadores que hacen de las observaciones mordaces su negocio, la capacidad de cada planeta para gobernarse a sí mismo nunca se puso a prueba tan severamente como en ese momento histórico en el que la administración de la Alianza de los Planetas Libres ya no existía y la gobernación de Tierra Neue del Imperio Galáctico había sido desmantelada. Sin embargo, no podemos asumir que todos los vivos en ese momento lo reconocieron. Se encontraron en un furioso torrente, luchando desesperadamente para no ahogarse. Como Dusty Attenborough podría haber dicho, para morir mañana primero tenían que sobrevivir hoy.
Dadas las circunstancias, era de esperar cierta confusión en los valores de los ciudadanos de Heinessen, pero no fue hasta el último tercio de febrero que todos compartieron el mismo entusiasmo.
La noticia de que la armada de Iserlohn había logrado una victoria sobre la Armada Espacial Imperial se abrió paso a través de la red de censores del Imperio Galáctico y llegó a los ciudadanos de Heinessen. Fue recibido como aceite en una llama, extendiéndose rápidamente y provocando celebraciones en todos los barrios.
“¡Tres hurras por la libertad, la democracia y Yang Wen-li!”
Si el propio Yang hubiera escuchado esto, se habría encogido de hombros, pero los ciudadanos de Heinessen fueron sinceros. La idea de Yang Wen-li como un magistral comandante que había luchado invicto hasta su muerte prematura se había cristalizado rápidamente en la leyenda, y se estima que en ese momento estaban activos más de cuarenta movimientos de resistencia clandestina que invocaban a Yang en sus nombres. En estas

circunstancias, Wahlen, tras su retirada del corredor de Iserlohn, optó por esperar en el sistema Gandharva a la flota enviada desde Phezzan en lugar de volver a Heinessen y arriesgarse a un enfrentamiento con su excitada ciudadanía.
En la fortaleza de Iserlohn, la intoxicación de la victoria temporal de la república ya había desaparecido. Sus circunstancias no eran tan fáciles como para regodearse para siempre con el resultado de una batalla localizada. La brillante luz de la mirada azul del Kaiser Reinhard se había vuelto hacia ellos.
Aún así, el hecho de que se les pusiera en un aprieto no hizo sino aumentar su alegría. Tal era la naturaleza de Iserlohn.
Un día, la viuda de Yang, Frederica, se acercó a Karin. “Felicidades el otro día, Karin”, dijo. “No por el resultado de la batalla — por volver con vida.”
“Gracias, Frederica.”
Karin estudió la expresión del rostro de Frederica. Era diez años mayor que Karin, lo que significaba que tendría veintisiete este año. Se convirtió en la ayudante de Yang a los 22 años, se casó con él a los 25 y se separó de él para siempre a los 26. Considerando sólo estos hechos superficiales, parecía una viuda trágica. Pero Karin sabía que ofrecer simpatía a Frederica era insultarla. Su apoyo a Frederica era una contribución a su felicidad, no una compensación por su tragedia.
“Sabes”, dijo Frederica, “Cuando tenía diecisiete años, era un estudiante de tercer año en la escuela de oficiales. Estaba completamente absorto en mis estudios. No tenía ninguna experiencia de batalla — era sólo una niña comparada contigo.”
“Yo también soy una niña”, dijo Karin, sonrojándose. “Ya lo sé. Sólo me irrita cuando otros lo señalan.”
Karin deseaba poder estar tan desprevenida con algunos otros como lo estuvo con Frederica. Nunca había pensado de esta manera antes de venir a Iserlohn. Si este cambio representaba madurez o compromiso no estaba claro ni siquiera para ella.
Hortense Caselnes había hablado de Frederica con su marido Alex ese mismo día — específicamente sobre el hecho de que había guardado el cuerpo de Yang en una criocápsula en lugar de enterrarlo en el espacio.
“Frederica quiere enterrar a su marido en Heinessen”, dijo la Señora Caselnes. Estaban en su sala de estar, y su hija menor estaba sentada en la rodilla de Alex. Su hija mayor, Charlotte Phyllis, estaba en la habitación

que servía de biblioteca y de salón, leyendo tranquilamente un libro.
“¿Sobre Heinessen?” Alex repitió.
“Supongo que no piensa que Iserlohn sea el lugar adecuado para que descanse, incluso si fue donde vino a dormir en su vida. No es una posición irrazonable.”
“Supongo que entiendo cómo se siente, pero tendrá que esperar mucho tiempo antes de poder enterrarlo en Heinessen.”
“¿En serio?”
Alex miró fijamente. “Hortense, este no es otro de tus pronunciamientos proféticos, ¿verdad?” Su voz estaba protegida — incluso con una armadura. Tenía razones para ser cauteloso, dada su experiencia pasada con los talentos oraculares de su esposa.
“Papá, ¿qué es un pronunciamiento profético?”
“Bueno, eh…” El hombre que había sido uno de los oficiales militares de más alto rango en la antigua alianza buscó una explicación hasta que su esposa intervino misericordiosamente.
“Cuando crezcas, querida”, le dijo a su hija, “intenta decirle esta frase a un hombre: ‘He oído toda la historia, ya sabes’. Cuando digas eso, saltarán todas las veces. Esa es una profecía de tu madre.”
“Hey ahora, vamos…” Caselnes gritó, aunque su voz carecía de autoridad.
Hortense se dirigió a la cocina con la mirada de un maestro de la casa. “La cena de esta noche será una fondue de queso”, dijo. “También se servirá pan de ajo y ensalada de cebolla. ¿Tomarás cerveza o vino, querido?”
“Vino, por favor”, dijo Alex, que ya se estaba perdiendo en sus pensamientos una vez más con su hija aún en sus rodillas. Algo de lo que Hortense había dicho le molestaba.
La fortaleza de Iserlohn era inexpugnable, pero ¿era el lugar adecuado para una entidad política permanente e independiente? Su demografía estaba desequilibrada, con los hombres superando severamente a las mujeres. Sobre todo, al estar situada justo en el punto medio del corredor que unía los sistemas centrales del imperio con los antiguos territorios de la alianza, atrajo un exceso de aspiraciones y sospechas. Como el propio Yang Wen-li dijo una vez, demasiado apego a Iserlohn lo convertiría en una cadena alrededor de los cuellos de la república y del Ejército Revolucionario. ¿Cómo pretendía Julian enhebrar esta aguja? Caselnes aún luchaba por encontrar una solución cuando el olor a queso derretido llegó a su nariz.

Cuando Iserlohn supo por las rutas subterráneas de Heinessen que von Oberstein había salido de Phezzan para sofocar los disturbios, envió un viento frío a través de los conductos de aire de la fortaleza.
“Von Oberstein es un burócrata militar de cabeza fría y un maestro de la intriga”, dijo von Schönkopf. “No se limitará a arrojar fuerza bruta al problema. Pero no tengo ni idea de lo que hará.”
Nadie discutió este resumen de la situación.
Von Schönkopf había descrito una vez a von Oberstein como ‘una navaja de afeitar con el sello imperial y enfriada hasta el cero absoluto’. Los dos nunca se habían conocido en persona, pero una vez, vaso de whisky en mano, von Schönkopf se preguntó si eso era realmente cierto.
“Recuerdo haber caminado por la ciudad una vez con mi madre, cuando era un niño en el imperio. Vi a otro chico con una mirada oscura y torva que venía hacia el otro lado, así que le saqué la lengua tan fuerte como pude. Pensando en el pasado, ese podría haber sido el mismo von Oberstein. Debí haberle tirado una piedra cuando tuve la oportunidad.”
“Me imagino que el otro chico recuerda el incidente de la misma manera”, comentó el capitán Kasper Rinz mientras dibujaba en su cuaderno.
Von Schönkopf hizo una pausa. “¿Qué le hace pensar eso?”
“Por qué, cuando estaba en el vientre de mi madre yo mismo era un súbdito del imperio”, dijo el joven oficial y aspirante a artista, sin responder del todo a la pregunta.
En cualquier caso, von Oberstein era un hombre ahora. ¿Qué clase de roca se preparaba para lanzar a la república?
No había ninguna necesidad estratégica urgente en el lado imperial para mantener el control de Heinessen. Si caía en manos enemigas, podían simplemente aplicar la fuerza militar para recapturarla a su antojo. A diferencia de Iserlohn, no era una base militar fortificada y el espacio a su alrededor era seguro. Además, el Ejército Revolucionario de Iserlohn no era lo suficientemente grande para asegurar un planeta entero así como su fortaleza.
Si Von Oberstein iba a hacer una demostración de abandono de Heinessen, Julian no estaba seguro de cómo defenderse. Los habitantes del planeta seguramente se alegrarían mucho y llamarían al Ejército Revolucionario de Iserlohn para que se les uniera de inmediato. Pero si Julian atendía a tal llamada, Iserlohn se encontraría flotando en el espacio sin ninguna defensa de la que hablar, susceptible de ser rodeado y aplastado por las fuerzas

imperiales en cualquier momento. Por otra parte, si se negara a ir a Heinessen, eso podría equivaler a abandonar el planeta a un gobierno militar permanente bajo el imperio.
De repente, Julián recordó algo. El registro que probaba la relación entre la Iglesia Terra y Phezzan — un registro que había arriesgado su vida para traer de la misma Terra.
Era un registro que veía a la humanidad bajo una luz profundamente negativa. Von Schönkopf, Poplin, Attenborough, ninguno de ellos sonrió después de leerlo. Al contrario, parecía que habían bebido y luego regurgitado licor envenenado. Y estos eran los mejores de Iserlohn, famosos por sus nervios de acero y sus estómagos de cerámica reforzada.
El propio Julian no se alegró de haber traído esta información a Iserlohn, incluso después de arriesgar su vida para viajar a Terra, infiltrarse en la Iglesia y obtenerla. Sobre todo, no había sido suficiente para salvar la vida de Yang Wen-li.
Pero, ¿el conocimiento de Iserlohn de la conexión entre Phezzan y la Iglesia les dio una ventaja sobre el Imperio Galáctico? Desde una perspectiva estratégica, la tarea que tenían por delante era poner esa información en uso de manera que fuera una ventaja. Pero Julian no estaba seguro de poder hacerlo. Si Yang hubiera estado vivo, seguramente habría encontrado la forma de encajarlo en el deslumbrante y bien elaborado rompecabezas de su pensamiento estratégico.
De cualquier manera, no había nada en Terra que me hiciera querer volver. Lo que yace allí no es el futuro sino el pasado. Si tenemos un futuro, no está en Terra, pero…
Aquí el corazón de Julian se calló mientras una leve consternación se apoderaba de él. ¿El futuro de la humanidad estaba en Phezzan? ¿No como la antigua Tierra de Phezzan, sino como capital del Nuevo Imperio Galáctico? En resumen, ¿se confiaría el futuro de la humanidad a Reinhard von Lohengramm y su dinastía? La idea no era en sí misma imposible de aceptar para Julian. Simplemente al trasladar la capital a Phezzan, Reinhard había demostrado que era un creador de la historia. Pero si una reforma podía ser llevada a cabo por un solo “gran hombre”, ¿dónde dejaba eso a la gente? ¿Eran sólo una presencia impotente y pasiva allí, existiendo únicamente para ser protegidos y rescatados por sus héroes? Esta era una idea dolorosa para Julian, al igual que lo había sido para Yang.
En cualquier caso, Julian seguía sin estar seguro de qué hacer con el

conocimiento de que se había tejido una red de intrigas entre Phezzan y la Iglesia Terra.
“Tal vez deberíamos instruir al Kaiser Reinhard en el asunto, y facturarle un planeta como matrícula”, sugirió Attenborough entre risas.
Claramente estaba bromeando, y Julian también se rió, pero, reflexionando, “un planeta” le pareció una frase muy elocuente. Por supuesto, Reinhard no cambiaría un planeta entero sólo por esa información. Pero la política, y la diplomacia en particular, siempre tuvo un lado transaccional. Si buscaban la reconciliación e incluso concesiones del orgulloso Kaiser, necesitarían algo de valor apropiado para el comercio. Tal vez, pensó Julián, una medida de victoria a través de la fuerza militar podría desempeñar ese papel.
Los pensamientos de Julian iban más allá. Aparte de todo esto, ¿qué le había pasado a Adrian Rubinsky, el hombre que no sólo había escapado del peso aplastante de un rencor de ochocientos años, sino que lo había vuelto a utilizar para alimentar su propia ambición y talento? ¿Estaba en las profundidades del subsuelo de algún planeta en algún lugar, todavía afilando las garras de su conspiración contra el imperio y su gobernante? Si lo estaba, seguramente había pintado esas garras profusamente con veneno…

Julian no era el único que se preguntaba dónde estaba Rubinsky. El Ministerio de Asuntos Internos del imperio y el cuartel general de la policía militar estaban llevando a cabo su propia cacería humana.
En cuanto al último terrateniente de Phezzan, estaba tumbado en un sofá, completamente vestido de traje, en una pequeña habitación en algún lugar de la galaxia. El sudor que le llegaba a la frente era debido a su estado físico y no a la falta de aire acondicionado. Su amante, Dominique Saint-Pierre, se sentó a una mesa a su lado, con un vaso de whisky en la mano, estudiándolo con una mirada que no pertenecía ni a un observador ni a un espectador.
“No sabía que fueras tan sentimental”, dijo Rubinsky.
Acababa de enterarse de la amabilidad que había mostrado con Elfriede von Kohlrausch, cuando Dominique convocó a un médico para ella y su recién nacido, y la envió a Heinessen en una nave mercante de su propiedad para ver al padre del niño.
“¿Dónde está la mujer ahora?” preguntó.
“Estoy segura de que no lo sé.” Dominique tranquilamente golpeó el borde

de su vaso. Mientras el sonido se propagaba a los oídos de Rubinsky, su anillo era tan claro y puro que el efecto parecía casi inventado. Dominique cambió de tema. “Entiendo por qué tienes prisa, siendo tu salud lo que es. Pero me pregunto cuánto se puede conseguir con un pequeño aumento de las interrupciones en los suministros y las comunicaciones.”

Sabía que el intento de Rubinsky de borrar los datos de navegación de Phezzan había fallado, y estaba feliz de burlarse de él por ello.

“A veces tienes que jugar una mano que no tiene ningún triunfo”, dijo Rubinsky. “Este año es una de esas veces. Lo que pienses del asunto no me concierne.”

“Estás en decadencia, ¿no? Nunca antes habías hablado con clichés tan trillados. Tus poderes de expresión están empezando a fallarte. Qué triste — tú también solías saber qué decir.”

Es posible que un fragmento microscópico de lástima se mezclara con su tono cáustico. Los dos habían acumulado una cierta historia enredada entre ellos, aunque insustancial. ¿Cuántos años habían pasado ya? Ella enrolló el delgado hilo de la memoria. Había conocido a Rubinsky cuando ambos eran jóvenes, criaturas más ambiciosas que exitosas. Habían estado demasiado ocupados para reflexionar sobre el pasado entonces. Rubinsky sólo había sido secretario del gobierno de Phezzan, mientras que Dominique había intentado escalar las alturas de la sociedad usando nada más que su talento como cantante y bailarina.

De repente, la voz de Rubinsky cerró la puerta a sus recuerdos.

“¿Piensas venderme, como vendiste a Rupert?”

Dominique levantó sus cejas una fracción. Con una mirada sobria y desapasionada, observó la forma del hombre con el que se había unido en cuerpo y alma. Pero todo lo que podía ver ahora era la grieta entre el pasado y el presente, ya vasta y que se ensanchaba cada vez más.

“Rupert cayó luchando, a su manera”, dijo. “¿Y qué hay de ti? ¿Planeas alguna vez desafiar abiertamente al Kaiser?” A estas alturas Dominique hablaba más de la imagen posterior del hombre más allá de esa grieta que bosteza que de cualquier otra cosa. “Después de que mueras, otros decidirán cómo te enfrentaste a Reinhard — si luchaste contra él, o si simplemente trataste de hacerle tropezar. Y no estarás allí para discutir con su evaluación.”

No hubo respuesta.

IV

20 de marzo, 3 año del Nuevo Calendario Imperial.
Cuando von Oberstein puso el pie en la superficie del planeta Heinessen, su rostro no traicionó ningún sentimiento en particular. Wittenfeld, que se había visto obligado a viajar con von Oberstein a pesar de sus fuertes objeciones, murmuró amargamente a su espalda: “No le temo a la muerte en lo más mínimo, pero no me hundiré con von Oberstein. Si tuviera que compartir el viaje a Valhalla con él, lo echaría del carruaje de las Valquirias antes de que llegáramos.”
Su oficial de estado mayor, el contralmirante Eugen, advirtió a Wittenfeld que hablaba demasiado alto, pero el combatiente de pelo ardiente sólo frunció el ceño. Sólo actuaba de acuerdo con una regla transmitida en la familia Wittenfeld durante generaciones: ser ruidoso en sus alabanzas a los demás, pero aún más ruidoso en sus denuncias. Entonces estornudó dos veces. Heinessen era tan frío que parecía que las estaciones habían retrocedido tres semanas.
El mismo Von Oberstein ignoró fríamente la despreciativa melodía que el comandante de los Lanceros Negros estaba tocando. Elsheimer, el principal burócrata civil, se reunió con ellos en el puerto espacial y lo acompañó al edificio que von Reuentahl había elegido como sede de su gobernación.
Wittenfeld y Müller establecieron sus respectivos centros de mando en un hotel cerca del puerto espacial central, y luego se ocuparon de los asuntos de la flota y el despliegue de las tropas. No fueron con von Oberstein al edificio de la gobernación Sólo unos pocos lo hicieron, incluyendo al Comodoro Ferner, jefe del equipo de asesores de von Oberstein; el Comandante Schultz, su secretario; y el Comandante Westpfal, que dirigía su destacamento de seguridad.
Mientras Wittenfeld y Müller tenían buenas razones para no unirse a ellos, también tenían una innegable falta de interés en dejar todo para acompañar a von Oberstein. Von Oberstein, por su parte, tenía poco interés en su compañía. El problema al que quería llegar lo más rápido posible no era el que requería sus habilidades como líderes del campo de batalla Requería más bien los talentos únicos de un hombre como Heidrich Lang, que todavía estaba en custodia.
La situación en Heinessen cambió con una velocidad e intensidad vertiginosa al día siguiente. Las fuerzas terrestres bajo el control directo del

ministro inmediatamente se dispusieron a arrestar a “personas peligrosas” residentes en el planeta.
Huang Rui, ex presidente del Comité de Recursos Humanos de la alianza.
Vicealmirante Paetta, antigua comandante de la Primera Flota de la alianza.
El Vicealmirante Murai, que una vez fue jefe de personal del Mariscal Yang Wen-li. Más de cinco mil personas en total fueron arrestadas en una sola redada. Prácticamente todos los que habían ocupado algún cargo de importancia en la Alianza de los Planetas Libres fueron desarraigados y encarcelados en la operación que se conoció como “La Guadaña de Von Oberstein”.
“No puedo entender lo que piensa el ministro”, dijo Wittenfeld a Müller al recibir la noticia de este acontecimiento. “¿Pueden ustedes?”
“Me temo que no.”
“Tal y como yo lo veo, lo mejor que se puede hacer con esos republicanos democráticos es dejarles decir lo que quieran. Después de todo, no pueden cumplir con un solo porcentaje de eso.”
Müller asintió con la cabeza, una expresión pensativa en sus ojos de arena.
“Encerrar a la gente por delitos políticos y crímenes de pensamiento ata los recursos que podrían haber sido utilizados para retener a los delincuentes habituales”, dijo. “Podría terminar dañando la seguridad pública del planeta.”
Ni Müller ni Wittenfeld estaban de acuerdo con el enfoque de alta presión del ministro para mantener la paz, pero no tenían autoridad para oponerse a ello, y en cualquier caso su misión era el asalto a Iserlohn. Los preparativos para la batalla ocuparon todo su tiempo. El Almirante Mayor Wahlen también recibió permiso para traer el remanente reorganizado de su flota del sistema Gandharva a Heinessen, llevando las fuerzas imperiales a 40.000 naves. Las líneas de suministro necesarias también estaban en su sitio, y los preparativos para el asalto a Iserlohn casi se completaron después de unos pocos días.
Y así, a pesar del hecho de que von Oberstein y los tres almirantes principales estaban en el mismo planeta, sus responsabilidades divergentes los mantenían tan ocupados que apenas se vieron durante todo el mes de marzo. Finalmente, en la tarde del 1 de abril, los tres almirantes fueron a visitar al ministro juntos.
“Tenemos una pregunta, ministro”, dijo Wittenfeld con fuerza.
Von Oberstein los hizo esperar 40 minutos mientras se ocupaba del papeleo.

“Muy bien, Almirante Wittenfeld,” dijo. “Déjeme escucharlo. Pero le pido que sea breve y lógico.”
Después de que lo hicieran esperar, se necesitó cada gramo de la fuerza de Wittenfeld para controlar su ira por haberle hablado de esa manera. Aún así, tuvo éxito, y forzó sus siguientes palabras a través de los dientes apretados.
“Iré directo al grano, entonces. Los rumores, tanto dentro como fuera del ejército, afirman que has encarcelado a todos estos criminales políticos e ideológicos como rehenes para obligar a Iserlohn a abandonar su resistencia. Es difícil creer que un ejército tan superior en fuerza como el nuestro recurra a medidas tan solapadas, pero queremos oír la verdad de usted personalmente. ¿Qué dicen?”
“¿Debo ser criticado en base a un rumor?” preguntó von Oberstein.
“El rumor es falso, entonces.”
“Yo no he dicho eso.”
“¿Así que tienes la intención de usar a los prisioneros como escudos humanos en la lucha contra Iserlohn?” preguntó Wahlen. Estaba tan pálido como Wittenfeld estaba rojo. Müller también, aunque no había hablado, miraba horrorizado a von Oberstein. Wittenfeld abrió la boca para hablar de nuevo, pero von Oberstein le cortó.
“Las sangrientas fantasías de los románticos militares no nos sirven en esta ocasión. Si la alternativa es tirar un millón de vidas más, creo que es preferible usar cinco mil criminales políticos como herramienta para extraer una concesión incruenta del enemigo.”
Wittenfeld no estaba de acuerdo. “¿Qué hay del honor del invencible ejército imperial?”, exigió.
“¿Honor?”
“Podría derrotar a Iserlohn sólo con mi flota. Pero la flota de Müller también está aquí, y ahora la de Wahlen. Cuarenta mil naves en total. ¡Iserlohn será aplastado sin necesidad de tus tácticas solapadas!”
Cuanto más ardiente era Wittenfeld, más frío era Von Oberstein. La mirada de sus famosos ojos biónicos asaltó a los tres almirantes como una helada invernal vaporizada.
“No podemos basar nuestra estrategia en el fanfarroneo hueco de un hombre que no ha producido ningún resultado real. El punto en el que la fuerza militar por sí sola podría haber resuelto la situación está muy lejos de nosotros.”
“¡¿Fanfarroneo hueco?!” La cara de Wittenfeld era ahora de un carmesí

brillante, como si reflejara su pelo. Sacudiéndose los intentos de sus colegas de contenerlo, se adelantó. “Hemos acompañado a Su Majestad el Káiser Reinhard a innumerables campos de batalla, derrotando incluso a sus más feroces enemigos. ¿Cómo se atreve a descartar nuestros logros?”

“Soy muy consciente de lo que has ‘logrado’. ¿Cuántas veces trabajaron los tres juntos para servir a Yang Wen-li el dulce licor de la victoria? No sólo yo, sino también las fuerzas enemigas —”

“¡Maldito seas!” rugió Wittenfeld, saltando hacia von Oberstein. Los gritos llenaban los oídos de los presentes, y las formas humanas tambaleantes llenaban su visión. La inaudita visión de un almirante superior a horcajadas de un mariscal imperial y agarrándolo por el cuello duró sólo unos segundos. Müller y Wahlen juntos agarraron la forma muscular de Wittenfeld por detrás y lo arrastraron hasta von Oberstein. El ministro se levantó con una calma que se describe mejor como mineral que mecánica, cepillando el polvo de su uniforme negro y plateado con una mano.

“Almirante Müller.”

“¿Sí?”

“Mientras el Almirante Wittenfeld está confinado en sus aposentos, pongo el mando de los Lanceros Negros en sus manos. Confío en que no tenga ninguna objeción.”

“Si me permite, ministro”. La voz de Müller temblaba de emoción, tambaleándose justo en el borde de lo que podía controlar. “No tengo ninguna objeción, pero no creo que los Lanceros Negros lo acepten. El único comandante que reconocen es el Almirante Wittenfeld.”

“No es propio de usted hablar tan irreflexivamente, Almirante Müller. Los Lanceros Negros son parte de la Armada Imperial. No son el ejército privado de Wittenfeld.”

Incapaz de discutir el punto pero aún así no lo aceptaba, Müller miró a Wittenfeld, que respiraba con sus hombros, y a Wahlen, que aún sostenía a Wittenfeld por el brazo.

“Parece muy confiado en esto, Ministro, pero ¿cree que nuestro orgulloso Kaiser aceptará su plan? ¿No está claro, por el hecho de que nos envió aquí con nuestras naves, que quiere que luchemos contra Iserlohn con honor? ¿Pretende ignorar sus deseos en este sentido?”

“El orgullo del kaiser ha dejado el corredor de Iserlohn lleno de huesos de millones.”

Müller se quedó sin palabras.

“Si estas medidas se hubieran tomado hace un año, cuando Yang Wen-li escapó de Heinessen y huyó a Iserlohn, se podrían haber salvado millones de vidas. El imperio no es propiedad privada del Kaiser, y la Armada Imperial no es el ejército privado de Su Majestad. ¿Qué ley permite al káiser enviar tropas a la muerte sin más motivo que el orgullo personal? ¿En qué se diferencia de lo que se hacía en la Dinastía Goldenbaum?”
Von Oberstein terminó su discurso, y el silencio en la sala era tan pesado como el plomo vaporizado. Incluso los intrépidos almirantes se sorprendieron por la intensidad con la que criticó al Kaiser. Congelados en su lugar, quedaron mudos, ni siquiera pudieron ofrecer contraargumentos.
El Comodoro Ferner observó esta grave pero silenciosa actuación con comprensible aprensión. *Lo que el ministro afirma es probablemente cierto,* pensó. *Pero esa verdad no le traerá nada más que enemistad.*
Los inmóviles reflejos de los tres almirantes brillaban en los ojos biónicos de von Oberstein.
“Te ordeno como representante de Su Majestad el Káiser. Se me concedió este estatus por decreto imperial. Si tienes objeciones, tal vez debas presentarlas ante el Kaiser.”
Tenía toda la razón, aunque los demás podrían ser perdonados por ver esto como un préstamo injustificado de la autoridad del Kaiser. Pero desde el punto de vista de Von Oberstein, era simplemente la forma más fácil de interrumpir un debate infructuoso. Para Wittenfeld, sin embargo, parecía un cobarde, criticando al Kaiser en los términos más duros en un momento, y luego invocando el nombre de Su Majestad para reforzar su propia posición en el siguiente. Wahlen sentía lo mismo, e incluso Müller mantuvo algunas reservas.
Pero Von Oberstein no tenía tiempo para lo que sentían. “Esta discusión ha terminado”, dijo. “Comodoro Ferner, acompañe a los almirantes a la salida.”
Y así, la situación en Heinessen avanzaba en una dirección que Julian y los demás ni siquiera habían imaginado.

CAPÍTULO CUATRO: HACIA LA PAZ, A TRAVÉS DEL DERRAMAMIENTO DE SANGRE

I

ERA el 4 de abril cuando el Káiser Reinhard fue informado del enfrentamiento que había tenido lugar en Heinessen entre von Oberstein y los tres almirantes. Coincidentemente, el 4 de abril también habría sido el trigésimo cuarto cumpleaños de Yang Wen-li, aunque esto no fue, por supuesto, designado como un día festivo por el imperio. El propio Reinhard había cumplido veinticinco años el 14 de marzo. Su cumpleaños era un día festivo importante en el calendario imperial, con las tropas recibiendo un permiso y un bono especial. Por consideración a la condición del káiser, una fiesta planeada en el jardín fue cancelada, pero una pintura al óleo de un conocido artista que representaba tilos, flores y fresas llegó como regalo de la Archiduquesa von Grünewald. Estas plantas representaban el amor entre esposos, lazos de afecto y larga vida, respectivamente, una expresión de los deseos de Annerose para su hermano menor y su esposa.

El desagradable informe de Heinessen llegó después de todo esto, sin embargo, cuando Reinhard se había recuperado más o menos completamente. En el dormitorio de Stechpalme Schloß, Hilda se sentó en la cama con dosel y Reinhard en el borde de la misma.

“Fräulein-no, kaiserin — ¿qué piensas de este asunto?”

Resultó que los dos pasaron más tiempo discutiendo asuntos de estado y guerra que murmurándose dulces cosas el uno al otro. Su residencia estaba separada del Cuartel General Imperial sólo por la geografía. En la práctica, incluso su dormitorio en Stechpalme Schloß era una extensión del cuartel general.

“¿Puedo escuchar primero los pensamientos de Su Majestad?”

“Fui yo quien le concedió a von Oberstein la autoridad que ejerce. Evadir la responsabilidad de esto sería indecoroso. Pero nunca pensé que adoptaría métodos como estos.”
Reinhard estaba seguramente enfadado, pero el peso del problema que von Oberstein le había impuesto parecía enfriar un poco su rabia. Incluso Reinhard tuvo que dudar cuando se le preguntó directamente si quería derramar la sangre de millones para satisfacer sus emociones personales. El ministro von Oberstein no era un hombre ordinario.
¿Podría esto añadirse al puñado de ejemplos en los que Reinhard había elegido a la persona equivocada para el trabajo? Hilda no estaba muy segura. Reinhard no ignoraba, por supuesto, la incompatibilidad de carácter entre von Oberstein y Wittenfeld. A pesar de esto, sin embargo, había tomado su decisión asumiendo que mantendrían sus emociones privadas bajo control al tratar asuntos de estado.
“Pero parece que estaba equivocado. Von Oberstein siempre, sin importar la situación, pone sus responsabilidades como figura pública en primer lugar. Aunque esto es exactamente por lo que es tan despreciado.”
Von Oberstein es un potente medicamento — clínicamente eficaz, pero con importantes efectos secundarios. ¿De quién han sido esas palabras? ¿Del mariscal Mittermeier? ¿Del difunto mariscal von Reuentahl?
“¿Pretende llamar al ministro von Oberstein de Phezzan, Su Majestad?”
“Hmm. Eso podría ser lo mejor.”
Esta respuesta algo indecisa no se parece a la de Reinhard. Pero Hilda vio lo que había en el corazón del joven conquistador, aunque su preocupación por su nueva esposa — que además estaba embarazada — le hizo dudar de hablar en voz alta.
“Tal vez, Majestad, ¿prefiera ir a Heinessen para resolver la situación usted mismo?”
Las mejillas de Reinhard se enrojecieron, muy ligeramente. La perspicacia de Hilda había dado en el blanco. “No puedo ocultarte nada, *mein Kaiserin* . Es como tú dices. Sólo yo puedo llevar a cabo tal resolución. Pero incluso si me fuera hoy mismo, el deshonor de tomar rehenes para exigir la rendición no se borraría…”
Si la forma de pensar y de vivir de Reinhard se cristalizó en el “romanticismo militar”, von Oberstein fue seguramente el único de sus oficiales de alto rango que no se vio afectado por esa tendencia. Los pensadores independientes eran indispensables para cualquier organización.

Sin ellos, se arriesgaban a convertirse en burbujas de complacencia y fe ciega. Por lo tanto, Von Oberstein era una presencia importante, pero Hilda hubiera preferido que su papel lo hubiera desempeñado alguien más como Yang Wen-li, por ejemplo. Por ahora, sin embargo, la tarea que tenía por delante era aligerar la carga que Reinhard sentía presionando su sentido del honor.

“Su Majestad, ¿qué pasaría si la demanda no fuera de rendición sino de negociación?”

“¿Negociación?”

“Sí. El año pasado, Su Majestad buscó abrir negociaciones con Yang Wen-li. ¿Por qué no realizar ese objetivo ahora, y dar la bienvenida a los líderes de esta ‘República de Iserlohn’ como invitados de honor en lugar de criminales?”

Hilda vio esta propuesta como un compromiso, pero fue fácil de aceptar para Reinhard. Podía liberar a los prisioneros políticos antes de que comenzaran las negociaciones y luego, si no se lograban progresos en la mesa de negociaciones, simplemente abrir de nuevo las hostilidades. Esto le permitiría corregir el rumbo que von Oberstein les había impuesto por la fuerza.

“Kaiserin, no he sentido ni una sola vez afecto por von Oberstein. Y, sin embargo, mirando hacia atrás, me parece que he seguido su consejo más a menudo que el de cualquier otro. Siempre insiste en lo sensato, en lo *correcto* , hasta el punto de que no hay lugar para las refutaciones.”

Los recuerdos de Reinhard provocaron una visión en la mente de Hilda. Una tablilla de piedra, grabada con cosas que son correctas — *sólo* cosas que son correctas — en un páramo eternamente congelado. Por muy incontrovertibles que sean las palabras de esa tablilla, nadie se sentiría movido a acercarse a ella. Siglos después, sin embargo, las generaciones posteriores podrían objetivamente — lo que es en cierto sentido, irresponsablemente — alabar su exactitud.

“Ese hombre… si alguna vez me convierto en una carga para el imperio, podría deponerme.”

“¡Su Majestad!”

“Una broma, *mein Kaiserin* . ¡Pero qué hermosa eres cuando te indignas!”

Hilda dudaba de que Reinhard hubiera hablado en broma. Era tan torpe con las bromas como con los cumplidos, pero no tenía sentido tratar de cambiar eso ahora.

Hilda tampoco podía dejar de lado su preocupación por la salud de Reinhard. Si las cosas habían sido tan graves como para cancelar la fiesta del jardín para su cumpleaños, un viaje interestelar de miles de años luz no era nada para tomar a la ligera.
En una época, el primo de Hilda, el barón Heinrich von Kümmel, había estado profundamente celoso de Reinhard — o más precisamente, de la fusión de la grácil belleza y la espléndida vitalidad que él encarnaba. Esos celos habían sido la perdición de von Kümmel, pero si hubiera sobrevivido, ¿qué pensaría de los frecuentes ataques de fiebre del káiser y su confinamiento en su lecho de enfermo? Una cosa era una enfermedad de la carne, pero ¿y si la debilidad física arrastraba también el estado mental de Reinhard, debilitando su espíritu y su vitalidad? Hilda podía imaginar la fría sonrisa del barón desde la tumba.
Si las cosas llegaran a ese punto, el brillo se desvanecería de la vida misma de Reinhard. Comparado con el temor de que Reinhard dejara de ser el Reinhard que conocía, la preocupación por los riesgos de un viaje prolongado no parecía valer la pena.
Si Hilda hubiera sido todavía la consejera principal de Reinhard y nada más, seguramente habría partido con una enorme flota ese mismo día. Pero ella era su esposa, y sabía bien que eso era lo que retenía al conquistador de pelo dorado.
“Debe irse, Su Majestad. No hay otra manera de contener al Ministro von Oberstein o resolver sus diferencias con los almirantes de Su Majestad. Váyase, pero por favor regrese tan pronto como pueda…”
Por un momento, Reinhard se quedó en silencio. “Lo siento, Kaiserin”, dijo finalmente. Las palabras no traicionaban en absoluto las complejas interacciones de sus pensamientos y sus emociones ondulantes. La luz que llenaba sus ojos de color azul hielo mostraba que su naturaleza esencial era inquebrantable.
“Dejaré que Kessler se ocupe de los asuntos mientras yo no esté. Que tu padre se quede en Stechpalme Schloß contigo.”
“Como desees.”
“Debo decidir sobre su sucesor pronto. ¡Pensar que el conde debe optar por un retiro pacífico cuando aún tiene cincuenta años! Me pregunto si me sentiré de la misma manera una vez que pase el punto medio de mi vida.”
A Hilda le resultaba difícil imaginar a Reinhard como un anciano. Por supuesto, también había sido difícil imaginarlo como un padre, y sin

embargo esto estaba en proceso de suceder. Sin embargo, como es bien sabido, la vejez era algo que el káiser no podía experimentar.
Una vez más, Hilda arruinó la pérdida de Siegfried Kircheis. Nadie podría haber objetado a que ocupara al menos uno de los papeles que se discutían — comandante de la expedición a Heinessen, o sucesor de su padre como ministro de asuntos internos.
No era constructivo pensar así, pero, como no podía acompañar a Reinhard a Heinessen en su condición, Hilda no pudo evitarlo. Su fe en que Kircheis actuaría de forma coherente con sus talentos y capacidades había sobrevivido al sabio joven pelirrojo.
Reinhard la besó en la frente antes de convocar a su ayudante Emil von Selle y ordenarle que preparara una visita al Cuartel General Imperial, donde anunciaría formalmente a Mittermeier y a los otros almirantes sus intenciones de dirigir una expedición a Heinessen.
Hilda, sentada en su cama con dosel, suspiró tranquilamente.
Era una recién casada, a sólo dos meses de casados, y estaba embarazada. Su marido era el hombre más poderoso y admirado de la galaxia, y además no tenía rival en belleza. Como dicen los viejos cuentos de hadas, su "felices para siempre" ya había llegado, pero había más por venir. Pronto sería una madre, encargada de criar al heredero de toda la galaxia, así como de dirigir la corte — lo cual era, admitámoslo, un asunto relativamente menor.
Si la sabiduría de Hilda no se hubiera combinado con una belleza que coincidiera con la de Reinhard, ¿se habría sentido atraído por ella? Algunos se hicieron esa pregunta, pero ninguno le dio mucha importancia. Reinhard había conocido más que su cuota de mujeres hermosas y consumadas tanto dentro como fuera de la corte imperial, pero nunca había sentido la más mínima atracción por ninguna de ellas excepto por Hilda.
"Son hermosas por fuera, pero sus cabezas están llenas de mantequilla de crema. No tengo interés en romancear un pastel."
Así que le dijo a su querido amigo y confidente Kircheis cuando era adolescente. Claramente, las mujeres que no tenían nada más que belleza para ofrecer lo dejaban completamente frío. Hilda le había impresionado sobre todo por su extraordinaria perspicacia en asuntos de política y guerra.
Si Hilda misma, como mujer y no como ser humano, estaba feliz con esto es difícil de decir para los demás. Sin embargo, si la satisfacción es uno de los elementos que componen la felicidad, ciertamente existía en su interior.

Su paisaje mental no estaba lejos del de Reinhard; compartía muchos de sus valores, y era capaz de entender y aceptar los que no tenía.
Dejando esto a un lado, otro acertijo; ¿era el Mariscal von Oberstein leal a Reinhard?
Esta era una pregunta grave y muy inusual.
Como Ministro de Asuntos Militares, von Oberstein era inestimable para el imperio. Incluso aquellos que le odiaban y le evitaban se vieron obligados a reconocerlo. Para reformular el asunto, a pesar de su prodigioso talento, era casi universalmente rechazado. Él mismo no parecía molestarse por esto. Como resultado, tal vez, al menos consiguió respeto y obediencia en todos los asuntos de los funcionarios del Ministerio de Asuntos Militares. Regida por el orden, la diligencia y la pulcritud, la vasta organización que dirigía manejaba la administración militar del imperio sin ninguna desviación o retraso. Aunque también cabe señalar que la Oficina de Seguridad Social había encontrado que el dolor de estómago era muy frecuente entre los empleados del ministerio.
Ahora von Oberstein había encarcelado a miles de antiguos oficiales de la alianza que vivían en Heinessen, y planeaba usarlos para forzar a la República de Iserlohn a rendirse sin derramamiento de sangre. La victoria sobre la república también podría lograrse mediante un ataque frontal, pero se perderían vidas por millones. El plan de Von Oberstein, sin embargo, aseguraría que no se perdiera ninguna vida — al menos en el lado imperial. Incontables maridos y padres regresarían vivos a sus familias. Esto no debía tomarse a la ligera.
Y aún así, todos los que se enteraron de las intenciones de Von Oberstein retrocedieron, viendo más cobardía en ellos que respeto por la vida, más fealdad que belleza. ¿Por qué fue eso? No había duda de que von Oberstein, a través de sus principios intransigentes, estaba trabajando para establecer un nuevo orden en toda la galaxia.
¡Un nuevo orden!
Hilda sacudió la cabeza. Desde la boda, le había empezado a crecer el pelo rubio oscuro. Su belleza juvenil se había unido a la redondez y a la dulzura, creando una presencia maternal que impresionaba a la gente. Pero mentalmente tendía menos a la madre que a la esposa, y menos a la esposa que al teniente de confianza.
¿Cuánta gente había en la galaxia cuyo destino había sido cambiado por Reinhard? Hilda estaba ciertamente entre ellos. Esto no era inconsistente

con el hecho de que ella siempre había establecido su propio curso a través de sus elecciones y su juicio. Se podría decir que Reinhard había volado las nubes de invierno de la Dinastía Goldenbaum, e Hilda había sido la flor más hermosa que floreció con la luz del sol que le siguió.
Al principio de su vida de conquista, Reinhard había ganado Kircheis; al final de su mandato imperial, había ganado Hilda. Aunque los dos nunca se conocieron, ambos fueron notables lugartenientes que le apoyaron en ambos extremos de su vida. Para el propio Reinhard, además, este fenómeno era innegablemente la cosa más natural del mundo.

II

En algún lugar de Heinessenpolis, una bestia alta, musculosa y salvaje con un espléndido uniforme negro y plateado aulló a la luna con rabia. Aunque bajo arresto domiciliario, el Almirante Mayor Fritz Josef Wittenfeld fue “restringido” sólo en el sentido legal más estricto, empleando toda la amplitud de su vocabulario y toda la capacidad de sus pulmones para denunciar al odiado von Oberstein. Más allá de los altos muros, tres pelotones de soldados armados hacían guardia, y las vituperaciones de Wittenfeld eran tan floridas y amplias que se necesitaban varios de estos soldados simplemente para seguirles la pista a todos.
Los ciudadanos de Heinessen, por supuesto, se habían enterado de la situación a través de filtraciones en los controles de información. Y así, en cierta habitación de hotel, dos hombres discutían la situación en privado.
“Qué extraño desarrollo. Dudo que ni siquiera el gran Yang Wen-li haya previsto una situación como esta.”
El orador fue Boris Konev, que aún se enorgullecía de llamarse a sí mismo un comerciante libre de Phezzanese.
“En cualquier caso, el conflicto dentro del imperio sólo puede ser una buena noticia para Iserlohn”, dijo el oficial administrativo de Boris, Marinesk, pasando los dedos por el pelo que se le había vuelto fino por la preocupación.
“No estoy seguro de que sea tan sencillo. Tal vez si el ministro renunciara a su puesto, pero dudo que lo haga. Wahlen y Müller también son personas razonables, y seguramente harán todo lo posible para evitar la catástrofe.”
En esto, Boris estaba totalmente en lo cierto. Si Müller y Wahlen no hubieran estado en Heinessen, el orden en el ejército imperial seguramente

ya se habría derrumbado.
Era fácil imaginar cuáles serían los resultados si los Lanceros Negros se descontrolaban y chocaban físicamente con las fuerzas de Von Oberstein Luchar en tierra no era la principal ocupación de los Lanceros, pero las tropas de von Oberstein no serían rival para su ferocidad y resistencia — sin mencionar su número. Podían liberar a su comandante sólo con la fuerza bruta.
Sin embargo, si esto llegara a pasar — si el representante debidamente nombrado por el Kaiser fuera dañado — Wittenfeld y sus oficiales de estado mayor estarían condenados. La revuelta Reuentahl del año anterior había mostrado el sufrimiento que las luchas internas podían traer. Ni Müller ni Wahlen podrían enterrar esos desagradables y dolorosos recuerdos por algún tiempo.
Tenían que encontrar una forma de rescatar a Wittenfeld y sus Lanceros Negros de la catástrofe. A diferencia del genial Müller, el cauteloso y sobrio Wahlen nunca había estado especialmente cerca de Wittenfeld, pero ahora hacía todo lo posible para liberarlo de su confinamiento y evitar un enfrentamiento dentro del ejército imperial. Si sus posiciones se invirtieran, el hecho de que Wittenfeld intentara rescatar a Wahlen se interpretaría sin duda como un intento de burlarse de von Oberstein más que otra cosa. El comportamiento habitual de cada almirante dictaba cómo eran vistos por los demás.
Mientras tanto, los Lanceros Negros estaban muy encariñados con su volátil y apasionado comandante, y su resentimiento y odio hacia von Oberstein crecía día a día. Los recientes traslados de la antigua flota de Fahrenheit tenían sentimientos más matizados al respecto, pero puede decirse con seguridad que ni un solo Lancero se sintió inclinado a ponerse del lado de von Oberstein.
El almirante Halberstadt, subcomandante de los Lanceros Negros, y el almirante Gräbner, jefe del estado mayor de Wittenfeld, buscaron reuniones con el ministro, pero fueron rechazados fríamente. Las solicitudes de permiso para visitar al propio Wittenfeld tuvieron la misma respuesta.
El contralmirante Eugen vino a Müller y Wahlen por ayuda. Tanto Müller como Wahlen estaban dispuestos, pero ninguno de ellos sabía qué hacer realmente. Cada vez que trataban de reunirse con von Oberstein, el Comodoro Ferner — su secretario en jefe del Ministerio de Asuntos Militares — simplemente repetía, “El ministro no lo verá”.

“Sobre todo, asegúrate de que los Lanceros Negros no pierdan los estribos” dijo Müller. “Me pondré en contacto con el Kaiser Reinhard y el Mariscal Mittermeier y me aseguraré de que tomen medidas. Tú y los demás mantengan a los Lanceros a raya. Toma las medidas necesarias para que no hagan nada precipitado.”

“Haremos lo que podamos. Pero si nuestros poderes se quedan cortos, no tendremos más remedio que confiar en ti y en el Almirante Wahlen. Por favor, ayúdenos.”

Después de que el contralmirante Eugen se fue, Wahlen le sonrió a Müller.

“Wittenfeld no lo merece. ¿Quién hubiera pensado que un oficial tan digno podría ser alimentado bajo un toro bravo?”

Sin embargo, parecía que la influencia de Wittenfeld era más fuerte en sus subordinados de mayor rango. Después de que Eugen se fue, Halberstadt se presentó ante Wahlen para descargar su furia contra el ministro.

“Si el comandante Wittenfeld es tratado injustamente, no habrá forma de persuadir a las tropas para que lo acepten dócilmente. Por favor, tenga eso en mente.”

“Cuidado con lo que dices, Almirante Halberstadt”, dijo Wahlen severamente. “¿Quiere amenazarnos? ¿Quizás espera ver más conflictos entre las tropas de Su Majestad este año?”

Halberstadt se endureció y se disculpó por su grosería. Sabía que, si Wahlen se daba por vencido con Wittenfeld y los Lanceros Negros, su caso sería inútil.

El mismo Wahlen se sintió perdido ante el muro de hielo de Von Oberstein.

“No aceptará la mano de la conciliación — ni siquiera una biónica”, fue como lo dijo.

Incluso mientras los almirantes superiores se enfrentaban a este problema, chispas de resentimiento y antagonismo ardían en el ejército imperial, y uno pronto fue avivado tan fuertemente que causó un incendio real, aunque no uno grande.

El 6 de abril, la policía militar bajo el mando directo de von Oberstein se enfrentó a los Lanceros Negros en lo que se conoció como los Disturbios de la Calle Inferior.

Cada lado tenía su propia historia, pero el disturbio comenzó cuando la policía militar vio a un grupo de oficiales subalternos de los Lanceros Negros saliendo de un bar en la Calle Inferior en desafío a la prohibición de beber que Van Oberstein había impuesto. Esta infracción debería haber sido

lo suficientemente menor como para pasarla por alto, pero la policía militar decidió tirar el libro al grupo. Esto puede haber sido porque estaban con mujeres, y también posiblemente porque habían escrito el nombre de von Oberstein en sus botellas vacías de licor y las estaban pateando por la calle. Fueron interrogados, se produjo una discusión, y a los dos minutos estalló una pelea. Cuando la pelea comenzó, un pequeño escuadrón de hombres estaba involucrado, pero en treinta minutos la multitud había crecido hasta el tamaño de un regimiento, y más de cien habían sido heridos. Finalmente, ambos bandos sacaron sus armas y comenzaron a levantar barricadas en la calle.

Las noticias de los disturbios pronto llegaron a Wahlen y Müller, quienes, ya tensos ante la perspectiva de un conflicto intramuros, se vieron obligados a presentar inmediatamente contramedidas.

“Esta idiotez podría escalar a una guerra urbana. Si eso sucede, seremos el hazmerreír no sólo de la Armada Imperial sino de todos en Heinessen — sin mencionar a los republicanos.”

Müller se dirigió a la oficina de von Oberstein mientras que Wahlen hizo que uno de sus oficiales lo llevara a Calle Inferior en un carro blindado, que había detenido en una intersección en medio del conflicto. A su derecha estaban los Lanceros Negros; a su izquierda, las tropas de von Oberstein. Ambos bandos estaban erizados de armas de fuego.

Wahlen desembarcó del coche y se subió a su torreta de armas. Se sentó, colocando su pistola en su regazo, y permaneció allí, observando ambos lados de cerca. Cada vez que alguno de los dos parecía demasiado cerca de hacer una tontería, les enviaba una mirada aguda que les hacía retroceder. Ambos lados estaban tan asombrados por su presencia dominante que no se atrevieron a disparar.

Mientras que la voluntad de hierro de Wahlen mantenía la situación bajo control, Müller buscó una audiencia con Von Oberstein Esto fue finalmente concedido, con la condición de que no tomara más de diez minutos. Explicó la situación al ministro y le pidió su ayuda para evitar una crisis.

“Seguramente el arresto domiciliario de Wittenfeld debería ser levantado, al menos. Los Lanceros Negros están perdiendo la cabeza por la preocupación de su comandante. Le pido que los calme.”

“Yo gobierno por decreto imperial y fuerza de la ley”, dijo von Oberstein. “Si los Lanceros Negros deslizan sus bonos, cometen traición contra la autoridad imperial. No veo la necesidad de ofrecerles el más mínimo

compromiso o acuerdo.”
“Lo que dice es muy cierto, Ministro, pero ¿no es también nuestra responsabilidad como funcionarios del kaiser el prevenir tales disturbios y cooperar entre nosotros? Como Wittenfeld fue realmente descortés, lo persuadiré de que se disculpe por ello. ¿No le dará la oportunidad de hacerlo?”
El hombre que había causado todos estos problemas en Heinessen vivía en paz y tranquilidad, como el cielo azul en el ojo de un tifón — aunque no mostraba ninguna gratitud por ello.
“Eh”, preguntó Wittenfeld al guardia que le trajo su almuerzo. “¿Es ese ministro que tienes en tan alta estima que sigue vivo?”
“El ministro está en buena salud, señor.”
“Lo está, ¿eh? Es gracioso — me pasé toda la noche maldiciéndolo. Supongo que una víbora como von Oberstein debe ser inmune.”
El guardia dejó la comida de Wittenfeld y se fue, con una mirada conflictiva en su cara. Wittenfeld se comió todo lo que le dieron, incluso bebiendo el café hasta la última gota. Cuando le preguntaron más tarde si no se había sentido en peligro de ser envenenado, su respuesta fue, “¿Veneno? Después de todos esos años trabajando junto a von Oberstein, hace mucho tiempo que he desarrollado una inmunidad a él.”
Media hora después del almuerzo, llegó un invitado de Wittenfeld de tres años.
“¡Almirante Müller! Qué amable de su parte haber venido. ¿Me ha traído una porra o algo que pueda usar para noquear a von Oberstein?”
“Lamento decepcionar”, dijo Müller, incapaz de suprimir una sonrisa irónica. Ni siquiera se le había permitido llevar su propia arma en la habitación, y mucho menos traer una porra para Wittenfeld. Por otro lado, fue un acto de inesperada magnanimidad por parte de Von Oberstein el que se le permitiera visitar Wittenfeld.
En lugar de sentir gratitud, sin embargo, Müller no podía dejar de preguntarse sobre las verdaderas intenciones del ministro. Pasó por su mente que von Oberstein podría haberle dado acceso a Wittenfeld para acusarlos a ambos de algún complot juntos Incluso Müller, en este punto, veía a von Oberstein como un hombre que usaría cualquier medio que considerara necesario para lograr sus objetivos También existía el peligro de las escuchas, aunque von Oberstein parecía poco probable que recurriera a un truco tan barato.

“Recuerden, podrían estar escuchando”, dijo Wittenfeld en voz alta. Él sonrió. “Es demasiado tarde para mí, pero será mejor que tengas cuidado. Asegúrate de que no puedan incriminarte por nada más tarde.”

¿Fue descarado o simplemente insensible? ¿Cuidando los intereses de Müller, o haciendo exactamente lo contrario? Era difícil de decir. Después de que terminó de reírse, Wittenfeld habló de nuevo.

“Concederé que von Oberstein no actúa por ambición privada. Le daré eso. El problema es que él sabe que no tiene ambiciones privadas, y ha hecho de eso su mayor arma. ¡Eso es lo que me irrita de él!”

Müller admitió que había algo en esto. Pero insistir en ello no mejoraría su situación

“Sin embargo, Almirante Wittenfeld, el hecho es que usted atacó físicamente al ministro. ¿Por qué no se disculpa y le pide que levante su arresto domiciliario?”

Explicó la tormenta que se desató fuera de la residencia de Wittenfeld, pero Wittenfeld sólo cruzó los brazos y miró a un lado. Cuando finalmente habló, acariciando su barbilla, parecía estar en un tema completamente diferente.

“El ministro espera atraer a los líderes de Iserlohn a Heinessen usando las vidas de los prisioneros políticos como escudos. Ahora, Almirante Müller, esto es sólo mi pensamiento, pero ¿cree que esos tipos de Iserlohn alguna vez pondrían un pie en Heinessen con vida?”

“¿Qué quieres decir con eso?”

“Estoy seguro de que lo entiende, Almirante Müller. No es esa miserable Iglesia Terra lo que me preocupa. Es la posibilidad de que el propio ministro envíe hombres disfrazados de ellos para asesinar a los líderes de Iserlohn en tránsito.”

“Seguro que no”, dijo Müller, aunque sintió un viento demasiado frío soplando a través de él. Sin embargo, todavía sentía que von Oberstein sería más probable que ejecutara a los líderes de Iserlohn por alta traición a plena luz del día que recurrir a asesinatos secretos.

“No sabía que estuviera tan preocupado por las vidas de los líderes de Iserlohn, Almirante Wittenfeld”, dijo Müller, algo jocoso.

Wittenfeld se encogió de hombros. “No estoy preocupado por ellos”, dijo. “No quiero que la serpiente von Oberstein se salga con la suya. Además, no estaré satisfecho hasta que yo mismo haga pedazos a Iserlohn.”

Wittenfeld pateó la pared con una patada de combate, e inmediatamente

frunció un poco el ceño. Sacudió su pie despreocupadamente, sin hacer ningún sonido de queja. Müller fingió no ver, e intentó otra tacada

“No es que no entienda cómo te sientes”, dijo. “Pero si esta disputa entre ustedes dos continúa, sólo se sumará a los problemas del Kaiser. Su Majestad está frecuentemente enfermo estos días, y Su Majestad la Kaiserin pronto dará a luz a su hijo. Como sus sirvientes, ¿no estamos llamados a dejar de lado los rencores privados?”

Al mencionar a Reinhard, incluso Wittenfeld parecía avergonzado. Después de un corto y gruñón silencio, el almirante de pelo ardiente descruzó sus brazos.

“Bien”, dijo. “Tampoco quiero causarte problemas. Si lo veo como una disculpa a Su Majestad, no debería ser demasiado exasperante. Sólo porque pensamos en von Oberstein como un ser humano nos enfurece tanto. ¿No estáis de acuerdo?”

Müller no estaba seguro de cómo responder.

III

Un humor amenazador se aferró a las paredes y el techo como la condensación. Es difícil decir si los ambientes húmedos y sombríos son para la gente húmeda y sombría o al revés, pero para este ambiente, para esta gente, cualquier explicación parecía convincente.

En algún lugar de un oscuro rincón de la galaxia, se había reunido un grupo que se oponía al orden que Reinhard von Lohengramm pretendía construir. No expresaron su oposición públicamente, como los de Iserlohn. Ni tampoco su disputa con el gobierno autocrático del imperio como tal. Sus ideales, sus valores, eran viejos y estrechos, rechazados por la mayoría de la humanidad, e ignorados por una mayoría aún mayor. Pero la sinceridad subjetiva de esa pequeña minoría era innegable.

Esta era la sede actual de la Iglesia Terra. Específicamente, las oficinas del Arzobispo Villiers, bajo cuya guía varias intrigas recientes habían tenido éxito desde el año anterior. Fue él quien pareció haberse apoderado del verdadero poder dentro de la iglesia. Varias docenas de creyentes, incluyendo algunos obispos de menor rango, exigían verlo. Habían venido a pedir una audiencia, pero la escena parecía más bien una negociación.

“¿Dónde está el Gran Obispo? Queremos verlo.”

Había una seria obstinación en sus voces y rostros. No era la primera vez

que pedían esta audiencia, pero de Villiers siempre los había rechazado por alguna razón: el Gran Obispo estaba meditando, o descansando de la fatiga del trabajo.

“El malestar y la duda se extienden entre los fieles. Su Santidad no se ha mostrado ante los fieles desde que el cuartel general de nuestra iglesia fue destruido por los militares imperiales.”

Esta queja se hizo tan frecuentemente que no estimuló las células de la cara de De Villiers ni un ápice.

“Si Su Santidad se dignara aparecer, sólo una vez, los fieles se tranquilizarían”, dijo un peticionario en un tembloroso lamento. “¿Por qué, entonces, se rechazan nuestras peticiones de audiencia? En tiempos pasados, ¿no fuimos bendecidos con la sabiduría de Su Santidad casi todos los días?”

Su desconfianza hacia de Villiers se filtró en sus tímpanos, y el joven y hábil arzobispo respondió con malicia.

“Confío en que no crea los extraños y absurdos rumores de que Su Santidad falleció el año pasado.”

“No, Su Gracia, le aseguro. Simplemente deseo, como un creyente entre muchos, ser bendecido con un vistazo a Su Santidad.”

“Lo haces, ¿verdad? Eso está bien y es bueno, sin embargo —”

Blandiendo hábilmente la daga invisible de la majestad en una mano y la de la intimidación en la otra, de Villiers apoyó a los creyentes contra la pared.

“—Kaiser Reinhard está casado, y su Kaiserin, la chica von Mariendorf, está embarazada. El niño, que nacerá en junio, puede algún día heredar el trono. En esta coyuntura crucial, que podría determinar el destino de la propia galaxia, ¿qué justificación podría haber para venir en grupos como este para molestar a Su Santidad?”

“Es precisamente porque esta es una coyuntura crucial que deseamos ver el rostro bendito de Su Santidad y recibir su sabiduría. El Gran Obispo no es propiedad privada de un puñado de clérigos de alto rango. Sus enseñanzas y su misericordia se otorgan a todos los que defienden los principios de la fe. Desde el más alto arzobispo hasta el más humilde creyente, se supone que todos somos iguales.”

En privado, de Villiers encontró muy divertido escuchar a esta banda de fanáticos invocar los principios democráticos en sus argumentos.

Manteniendo su fría sonrisa bajo su piel, estaba a punto de hablar cuando vio olas de conmoción y emoción ondear en las expresiones de los

peticionarios. Como si fueran empujados por un vasto e invisible puño, cayeron de rodillas. De Villiers hizo lo mismo, como si una hoja de frío fuera presionada en su cuello. El objeto de la obediencia y el asombro de los peticionarios estaba ante ellos en la oscuridad. Se veía como una sombra, completamente envuelto en su negra túnica con capucha.
“¡El Gran Obispo!”
“Todos los que abandonen Terra deben perecer. Si, en efecto, alguno puede cortar sus propias raíces y aún así vivir.”
Había un extraño indicio de artificialidad en la escofina de los cánticos, como si se leyera en voz alta de un guión.
“De Villiers es mi confidente más confiable”, continuó el Gran Obispo. “Sigue sus métodos y contribuye a su éxito. Eso y sólo eso acelerará la restauración de Terra a su legítima gloria.”
Como uno solo, los fieles se postraron.
De Villiers, también, estaba de rodillas con la cabeza baja, pero su paisaje psicológico era inusual. Era una incongruencia fusionada con el aislamiento, completada con unos pocos CC de rabia y burla y luego colocada en el quemador. Como se descubriría más tarde, De Villiers ni siquiera estaba en condiciones de hablar con los principios de la fe terra. Era un hombre de ambición secular y un don para la conspiración, sin nada de fanático en él, excepto, tal vez, el exceso de confianza en sus propios dones oscuros. Fue cortado de la misma manera que hombres como Job Trünicht y Adrian Rubinsky. Así como Trünicht había usado las estructuras del republicanismo democrático y Rubinsky las palancas de la economía de Phezzan, de Villiers usaba la Iglesia Terra para avanzar en sus ambiciones privadas. Un resultado de esto fue que, para la persona promedio, sus ambiciones eran más fáciles de entender, si no de admirar. Sin embargo, en última instancia, cómo uniría esas ambiciones con la importancia histórica una vez que las hubiera logrado, seguiría siendo una cuestión abierta, forraje para las reflexiones de los historiadores.

IV

La noticia de la “Guadaña de Von Oberstein” llegó a Iserlohn rápidamente y con gran detalle. En una obvia estratagema para sacudir a la República de Iserlohn y a su Ejército Revolucionario con los hechos, los militares imperiales se habían abstenido de censurar la información sobre este tema.

Sin duda, también esperaban que la república se desgarrara por el debate interno sobre si rendirse o no.
Estos cálculos de la Armada Imperial — o, más exactamente, del propio von Oberstein — demostraron ser exactos, al menos al principio. Iserlohn estalló con preocupación, y los representantes del gobierno y el ejército, desde Frederica y Julian hacia abajo, se reunieron en una sala de conferencias para debatir su respuesta, aunque poco se registró en los primeros treinta minutos excepto varios cientos de vituperios coloridos dirigidos a von Oberstein.
Sin embargo, una vez que atravesaron el camino de la indignación, se encontraron en la puerta de la profunda irritación. El problema que von Oberstein les presentó no era de un tipo que pudiera ser descartado en conjunto con una sola palabra como "despreciable".
El Mariscal Imperial Paul von Oberstein, ministro de asuntos militares del Imperio Galáctico, era conocido como un oficial capaz, severo y un intrigante con hielo en sus venas. Julian y los otros miembros de la antigua Alianza de los Planetas Libres no lo veían con buenos ojos. No fue una pequeña sorpresa para Julian darse cuenta de que, esta vez, von Oberstein había planteado una pregunta que calaba muy hondo: ¿sería una mayor contribución a la historia que se pusieran en pie y lucharan, derramando la sangre de un millón, o que lograran la paz y la unidad manteniendo los sacrificios al mínimo?
Estaba más que claro cuáles eran los valores de von Oberstein. ¿Era eso a lo que Julián iba a tener que oponerse?
"Si no te importa que lo diga, Julian", dijo von Schönkopf, con una voz que combinaba la ironía y la preocupación. "Es el Imperio Galáctico el que será culpado por esto, particularmente el Mariscal von Oberstein, que ejecutó este plan, y el Káiser Reinhard, que lo aprobó después del hecho. No tú."
"Ya lo sé. Pero todavía no puedo aceptarlo. Si abandonamos a la gente que fue capturada en Heinessen…"

Dejaría un muy mal sabor de boca, pensó Julian.
Von Schönkopf habló de nuevo, esta vez con una ironía más o menos no diluida.
"¿No es el sueño de todo republicano democrático ser encarcelado por un gobernante autocrático como un criminal político? ¿Particularmente aquellos que ocuparon altos cargos en la alianza, y tocaron el tambor entre

los ciudadanos y soldados para una guerra justa en nombre de la democracia?”
Pensamientos similares se le habían ocurrido a Julian, de hecho. Pero la lista de prisioneros entregada por Boris Konev le había dejado incapaz de tal sangre.
“El Vicealmirante Murai estaba entre los arrestados. No podemos abandonarlo.”
Esto envió ondas a través de la sala de conferencias. Los jóvenes oficiales de Iserlohn miraron la lista de nuevo, con los ojos bien abiertos y una nueva sorpresa.
“¿Qué? ¿Atraparon la reprimenda andante? Eso debe haber requerido algo de coraje, eso se lo daré a los imperiales.”
“No creí que nadie en la galaxia pudiera hacer frente a ese viejo gruñón. Eso pone al ministro de asuntos militares del Imperio a la altura del jefe de personal de Iserlohn.”
“Prefiero mantener mi distancia de ambos. Digamos que todo sucedió en otro mundo.”
La discusión comenzó a dirigirse en una dirección peculiar.
“Recuerda, si lo salvamos, nos deberá una”, dijo Julian. Lo dijo en broma, pero la expresión que cruzaba los rostros de Attenborough y Poplin era entre un 16 y un 72 por ciento seria.
“Entonces, comandante, ¿qué piensa hacer?” preguntó von Schönkopf.
Julián sacudió la cabeza. No era una pregunta a la que apresurar su respuesta. El espíritu fundamental de la democracia no les permitiría abandonar a las personas cuyas vidas estuvieran en peligro, por muy pocas que fueran. ¿Pero se verían obligados a renunciar al único bastión democrático que queda en la galaxia a cambio? ¿Tendrían que rendirse al imperio sin siquiera luchar?
Mirando a Julian, ahora muy pensativo, el decimotercer comandante del Rosen Ritter habló de nuevo.
“Nuestro mayor aliado en este asunto puede estar en Phezzan.”
Von Schönkopf no nombró a este aliado, pero Julian entendió enseguida a quién se refería: El propio Reinhard. El orgullo del káiser seguramente desaprobaría cualquier intento de usar rehenes para forzar una rendición. Ese mismo orgullo podría ser lo que viniera a defender a Iserlohn y los principios del gobierno republicano democrático. Si es así, quizás deberían intentar negociar con el propio Reinhard. ¿Pero quién debería ser su

intermediario?
Según la información de Boris Konev, los almirantes que habían llegado con von Oberstein eran Müller y Wittenfeld. Julian ya se había encontrado con Müller antes. Había venido a Iserlohn el junio anterior para transmitir las condolencias del káiser cuando la noticia de la muerte de Yang Wen-li llegó al imperio. ¿Podrían confiar en su buena voluntad y buena fe de nuevo hoy? Por muy digno de confianza que fuera como individuo, seguía siendo un alto funcionario imperial, y seguramente se le exigía poner los intereses del imperio en primer lugar. Confiar ciegamente en Müller podría resultar en el debilitamiento de su propia posición
Los pensamientos de Julian se enredaron en espirales Supongamos que pasaron por Müller para llegar al Kaiser — ¿era él realmente el hombre con el que deberían negociar?
Cuando la Alianza de los Planetas Libres se derrumbó, Reinhardt, y luego el Duque von Lohengramm — no trató a Yang Wen-li o al Mariscal Bucock como criminales de guerra. Eran sus enemigos, pero había sido cortés con ellos. Si esa actitud suya hubiera continuado, quizás hubiera habido esperanza.
Pero, ¿cómo se diferenciaban sus esperanzas en el orgullo del Kaiser de apelar a su magnanimidad o misericordia? Esto fue lo que hizo que Julian dudara. Doblar la rodilla ante Von Oberstein sería insoportable — ¿estaba bien, entonces, inclinar la cabeza ante el Kaiser? ¿No estaba, quizás, motivado sólo por el miedo a dañar su propio y miserable ego? ¿Conseguiría algo más que un gesto temporal para resolver la situación? Puede que le diera alguna pequeña satisfacción asegurarse de que Reinhard en lugar de von Oberstein recibiera el crédito, pero el resultado sería el mismo: la sumisión al imperio. Debía tenerlo en cuenta, para no caer en extrañas ilusiones y provocar un extraño final en el que se rindiera al káiser con gusto.
Quizás el Mariscal von Oberstein había calculado todo esto cuando afiló su guadaña. Si es así, Julian no era rival para él. Sentía sus límites con agudeza. ¿Qué haría el mariscal Yang? ¿Cómo lidiaría con la impresionante y cínica táctica de von Oberstein?
Yang Wen-li no había sido un superhombre, y había muchos problemas que no había podido resolver. Julian lo sabía, por supuesto, pero la impaciencia por sus propios fallos siempre parecía exagerar su admiración por Yang. Mientras que esta tendencia psicológica aseguró que Julian nunca se

confiara demasiado en sus propias habilidades, también puede haber reducido las posibilidades de sus talentos innatos. Acababa de cumplir diecinueve años, y su autocontrol era todavía imperfecto. Pero su conciencia de eso, y la forma en que su postura fundamental nunca vaciló al usar a su guardián y maestro como espejo, fue la razón por la que la gente lo consideró excepcional.

Vidas humanas, y la historia humana tejida a partir de la acumulación de innumerables vidas de este tipo: una hélice antinómica que llega a las eternas gemelas del pasado y el futuro. ¿Qué valor hay que dar a la paz, y cómo situarla en su contexto histórico? Tales eran las preguntas a las que esta espiral interminable se extendía en busca de respuestas.

¿Eran los métodos como el de von Oberstein la única manera de lograr la paz, la unidad y el orden? El pensamiento era difícil de soportar para Julián. Si eso era así, entonces ¿qué necesidad había de que el Káiser Reinhard y Yang Wen-li derramaran tanta sangre? Yang Wen-li en particular había despreciado la guerra, y agonizaba por la cuestión de si el derramamiento de sangre podría convertir la historia en una dirección constructiva — incluso cuando él mismo vio sus manos manchadas de rojo una y otra vez. ¿Era el enfoque de Von Oberstein la forma de superar la angustia y la duda que Yang había sentido? Seguramente no. Eso no podía ser. Julian nunca podría conceder tal cosa.

Si los métodos que se sentían más indignos eran también los más eficaces para minimizar el derramamiento de sangre, ¿cómo podían los humanos sufrir en busca del camino correcto? Incluso si el plan de Von Oberstein tuviera éxito, el pueblo nunca lo aceptaría, al menos no los ciudadanos de la antigua alianza.

Y ese, exactamente, era el problema. Supongamos que los designios de von Oberstein tuvieran éxito y el republicanismo se extinguiera como fuerza independiente. ¿Qué quedaría en la galaxia? ¿Paz y unidad? En la superficie, ciertamente, pero las corrientes de odio y enemistad seguirían fluyendo por debajo. Sería como una cadena de volcanes, gimiendo bajo la presión del lecho rocoso, seguro que un día entraría en erupción y recorrería la superficie con lava. Cuanto mayor sea la presión, más calamitosa será la eventual erupción. No se podía permitir que ocurriera tal resultado, y por eso la intriga de Von Oberstein tuvo que ser rechazada.

¿Era Julián simplemente ingenuo? Tal vez lo era. Pero no tenía ningún deseo de aceptar la dureza del enfoque de von Oberstein.

El pensamiento de Julian puede que en este momento se haya dirigido en una dirección bastante peligrosa. En lugar de meditar sobre la moralidad, debería haber buscado maneras de luchar contra von Oberstein por medios políticos.

Entonces, el 10 de abril, un mensaje llegó a Iserlohn.

Era un comunicado formal del ministro de asuntos militares del Imperio Galáctico, el Mariscal Paul von Oberstein. Si Iserlohn deseaba la liberación de los cinco mil y más prisioneros políticos que estaban retenidos en Heinessen, el mensaje decía, que debían enviar representantes tanto de la República de Iserlohn como del Ejército Revolucionario para reunirse con el imperio en el planeta.

CAPÍTULO CINCO: PLANETA DE LA CONFUSIÓN

I

La tensión que acompañaba a nuestra excitación se mezclaba a veces con trazos de terror u optimismo. Nuestro estado psicológico era tal vez como el de un grupo de actores cuando se levanta el telón en su estreno. Sabíamos que el escenario era cruel. Los que lo dejaban no podían volver nunca, y el dramaturgo y el director no se veían por ninguna parte, sin intentar responder a las preguntas de los actores. Y, sin embargo, nuestro incorregible estado de ánimo nos invitaba sin cesar a subir al escenario. Una cosa era cierta: no habíamos hecho amistad con el pesimismo. Al final, apoyamos el republicanismo democrático por voluntad propia. Su rostro sin adornos era encantador, pensamos; con un lavado y algo de maquillaje, sería una belleza impresionante. Después de todo, durante los últimos cincuenta años, no había tenido a su lado más que hombres inútiles, obsesionados únicamente con sus defectos…

— Dusty Attenborough, Una historia de la guerra revolucionaria

LA ORDEN FORMAL DE VON OBERSTIN de que los líderes de Iserlohn se presentaran fue recibida con ira y burla por los oficiales de personal de Iserlohn. Sin embargo, el rechazo rotundo fue imposible. Tendrían que obedecer, o al menos dar la impresión de hacerlo.

Cuando el personal de Frederica Greenhill Yang la instó a quedarse atrás, dijo, con una ligera sonrisa, “Aprecio su amabilidad, pero ser excusada

porque soy una mujer no es lo que deseo. Fui nombrada líder de la República de Iserlohn, y el Ministro von Oberstein no estará satisfecho a menos que yo misma vaya a Heinessen.”

No hubo más discusiones. Lo que dijo Frederica era correcto, y los presentes estaban más que familiarizados con su implacable firmeza una vez que se había decidido.

Caselnes planteó un problema diferente.

“Todos sabemos lo que pasó cuando Yang Wen-li hizo esto. ¿Qué pasa si te atacan terroristas de camino a Heinessen o Phezzan, Julian?”

“Creo que estamos en nuestro derecho de exigir una escolta imperial esta vez”, dijo Julian. “Comunicaremos esa petición a Heinessen una vez que salgamos del corredor.”

Attenborough levantó las cejas.

“¿Una escolta imperial? ¿Vas a poner nuestro destino en manos de von Oberstein?”

“No todo el mundo en el imperio es un producto de la marca Von Oberstein”, dijo Julian con ironía. Attenborough tuvo una visión momentánea de todo el ejército imperial con fotografías del rostro de von Oberstein pegadas sobre el suyo, y agarradas a su estómago con una mano.

“Sí, podríamos ser capaces de confiar en Müller”, dijo von Schönkopf, deduciendo correctamente el significado de Julian. “Estoy seguro de que no les gustará que aprovechemos su ayuda, pero es mejor que agarrarse a un clavo.”

Con eso, se sirvió otro whisky. Tenía un don para cometer lo que equivalía a indiscreciones con tal refinamiento que nadie podía objetarlas. Era un talento especial que poseía este ex miembro del ejército imperial de 37 años.

“Almirantes y superiores es todo lo que necesitamos para esto”, añadió von Schönkopf. “Ustedes, oficiales de campo, pueden quedarse en casa para vigilar el fuerte.”

Olivier Poplin, Kasper Rinz, Soon Soul, y los demás oficiales de rango inferior al de almirante levantaron inmediatamente sus voces en protesta.

“No estoy de acuerdo con eso. Esta es la oportunidad perfecta para realizar nuestro grito de batalla ‘¡Muere, Kaiser!’. Queremos entradas para este espectáculo también.”

“Puede que no sea un almirante de rango, pero ciertamente califico en términos de talento y popularidad. Aunque no fuera así, no quiero ver una nueva separación entre almirantes y oficiales de campo creada a estas alturas.”

Había un 50 por ciento de posibilidades de que los que fueron a Heinessen no volvieran con vida. El arresto inmediato y la ejecución podría esperarlos. Aún así, los oficiales de campo insistieron en su derecho a ir. Von Schönkopf observó con cierta diversión esta expresión del “incorregible estado mental” que Attenborough describiría más tarde.

“No puedes tener todo a tu manera”, dijo. “Algunos de los almirantes también se quedarán. El almirante Caselnes, por ejemplo.”

Se necesitaría a Caselnes para comandar y dirigir las tropas que quedaron en Iserlohn. Aunque se rindieran al imperio sin luchar, alguien debía ser responsable de ejecutar esa rendición de forma ordenada. Además, todo el mundo tenía un entendimiento tácito de que Caselnes era un hombre de familia.

“Esta es una fiesta sólo para solteros”, dijo von Schönkopf. “No podemos permitir que los hombres casados se involucren”. Se rió y levantó su vaso de whisky a la altura de los ojos mientras miraba a su alrededor para ver si había alguna objeción a la misión de Caselnes. No había ninguna.

“La mayoría manda”, dijo. “Por los medios más democráticos disponibles,

has sido seleccionado para quedarte atrás. Felicitaciones.”

Caselnes empezó a protestar, pero luego se quedó en silencio. Comprendió lo que le hacía valioso para la república y, como el miembro más antiguo del grupo, tenía la responsabilidad de dar ejemplo obedeciendo sus decisiones.

Un joven para el que no era necesario dar ejemplo rompió el silencio con visible alarma. “Hay dos cosas que nunca quiero que la gente diga de mí: ‘Olivier Poplin golpeó a una mujer fea’ y ‘Olivier Poplin huyó del peligro’. Nunca viviría tampoco abajo, y eso significa que yo también me voy.”

Una forma muy Poplin de decirlo, pensó Julian.

Peligro, tu nombre es Poplin, pensó Attenborough.

Podría haber venido tranquilamente, pero tenía que abrir la boca y mostrar a todos lo inmaduro que es, pensó von Schönkopf.

En cuanto al almirante Wiliabard Joachim Merkatz, a petición de Julián, se quedó en Iserlohn como comandante de la flota.

Dividir el liderazgo de Iserlohn entre los que se irían y los que se quedarían fue una precaución necesaria. Si se eliminaba todo el liderazgo de un solo golpe, la llama del gobierno republicano se apagaría también. Fue Dusty Attenborough quien explicó esto a los otros que iban a quedarse, con sólo Poplin sin estar convencido. Reflexionando, las únicas personas con las que Julian había sido amigo durante más tiempo que Attenborough eran Yang y Caselnes.

Julian a veces pensaba en su primer encuentro con Attenborough. Era su primer verano como miembro de la familia de Yang, y su nuevo tutor se tomó una semana de vacaciones en las tierras altas de Heinessen. Llevando una cesta de picnic preparada por la señora que llevaba la casa de huéspedes, los dos se habían adentrado en las verdes colinas, donde la brisa de principios de verano parecía venir cargada de granos de luz pura. Al acercarse el mediodía, Yang se sentó en la base de un gran árbol y abrió un

libro. Según Julián lo recordaba, el libro había sido las memorias del Almirante Rosas, respetado ayudante del Mariscal Bruce Ashby. Como su guardián se había sumergido en su lectura, Julian había extendido una manta. Acababa de empezar a preparar los sándwiches y el pollo asado para el almuerzo cuando vio a un joven subir la colina hacia ellos con una chaqueta colgada sobre su hombro izquierdo. Este había sido su primer vistazo a Dusty Attenborough. Se suponía que Attenborough iba a venir de vacaciones con ellos, pero algún asunto urgente le obligó a retrasar su partida un día.

Después de que todos intercambiaran bromas, Attenborough se puso manos a la obra.

“Esta vez me han nombrado capitán de fragata”, había dicho.

“Entonces, hay que felicitarles”, había respondido Yang.

“¿Serán, me pregunto? Con usted como capitán y yo como un teniente comandante de fragata, me parece que la Armada de la Alianza se dirige directamente al infierno — en un monociclo, a toda velocidad”. Attenborough se sentó junto a Julian, cogió un trozo de pollo asado sin dudarlo y empezó a masticar. “Para ser honesto, Capitán Yang, pensé que Lappe sería ascendido más rápido que usted. Pero ahora aquí estoy en el mismo rango que él. Es una sensación extraña.”

“Si Jean Robert no hubiera sido marginado por la enfermedad, ya sería almirante”, dijo Yang. “¿Cómo está?”

“La Señorita Edwards dijo que todo lo que necesita ahora es tiempo.”

“Es bueno oírlo.”

La respuesta de Yang había llegado después de una fracción de segundo de vacilación. Julian entendió lo que significaba ahora, pero en ese momento no había sido capaz de imaginar o deducir su importancia.

Julian sacudió la cabeza y miró al grupo reunido en la sala de conferencias.

En el futuro, no *quería* recordarles. Quería recordar *con* ellos. Ya era bastante malo que Yang, Bucock y tantos otros existieran ahora sólo en la memoria.

Todas las personas, todas las cosas deben permanecer inmóviles en la oscuridad del pasado. Tal vez fue un punto de inflexión en la historia que Julián sintió, como una sensación de cambio en la temperatura o la dirección del viento a través de la piel. Hasta ahora, había estado usando el abrigo llamado Yang Wen-li, y lo había protegido de cambios repentinos e intensos. Había sido un abrigo mágico — que también le enseñaba las circunstancias históricas, políticas o militares que le rodeaban. Pero ese abrigo se había perdido para siempre, dejando a Julián a merced del viento y el sol abrasador. Lo que era más, ahora dependía de Julián convertirse en un abrigo para otros.

II

Con la complicación y la confusión que se produjo en la galaxia como competidores en una carrera a tres patas, ¿fue alguien que vivió ese momento histórico capaz de comprender plenamente su situación, evaluar con precisión sus circunstancias y ver el futuro?

Tanto Julián como Attenborough más tarde pensaron que Yang Wen-li podría haber sido esa persona, si hubiera vivido. Sin embargo, por muy convincente que sea esta afirmación, es sólo una hipótesis. De hecho, el individuo que más se acercó a ver todo — que juzgó la situación más correctamente que cualquier otro — fue probablemente el Mariscal Imperial Paul von Oberstein, el ministro de asuntos militares. Dado que von Oberstein no tenía ningún interés en revelar lo que sabía, sin embargo, incluso almirantes de alto rango como Wahlen y Müller fueron excluidos del centro de su red de recopilación de información.

Tras la casi completa unificación de la galaxia bajo la dinastía

Lohengramm, sólo quedaban tres entidades dignas de ser llamadas enemigas de Reinhard: la República de Iserlohn, los remanentes de la Iglesia de Terra, y los leales a Adrian Rubinsky, el último terrateniente de Phezzan. Von Oberstein parece haberse asignado la tarea de erradicar a los tres para asegurar la estabilidad del imperio.

Parece que a Von Oberstein le costó llamar a Reinhard von Lohengramm, el mayor conquistador de la historia, un gobernante ideal. Se cree que esperaba instruir y formar al joven Kaiser en ese ideal. Fue porque Reinhard lo intuyó que bromeó con Hilda sobre el derrocamiento de su ministro de asuntos militares.

A pesar de lo que deparaba el futuro, Reinhard gozaba de buena salud en ese momento, y ya había ordenado a von Oberstein que no maltratara a los "prisioneros políticos".

Pero antes de que se pudiera tomar ninguna medida, se produjo otra calamidad.

En la noche del 16 de abril, estalló un motín a gran escala en la prisión de Ragpur, hogar de más de cinco mil prisioneros políticos. Se perdieron vidas por las armas de fuego, explosivos, incendios y colapsos estructurales. Para cuando se restableció el orden, 1.048 de los prisioneros de Ragpur habían muerto, 3.109 estaban gravemente heridos y 317 no estaban heridos y seguían en sus instalaciones. El resto había huido o desaparecido. De los soldados que habían hecho guardia en la prisión, 148 murieron y 907 resultaron gravemente heridos. Y a este espantoso plato principal pronto le siguieron una serie de horribles postres.

En primer lugar, el Comodoro Ferner, que como secretario jefe del Ministerio de Asuntos Militares se había apresurado a tomar el mando, fue disparado por error por el lado izquierdo de su pecho por un guardia, recibiendo una herida que tardaría cincuenta días en curarse por completo. Mientras tanto, en el centro de Heinessenpolis, circulaban informes de que los Lanceros Negros estaban enloqueciendo, de modo que cuando Halberstadt dirigió a las fuerzas terrestres de los Lanceros para suprimir el disturbio, fueron interceptados por la policía militar y detenidos en su

camino. El callejón sin salida pronto se convirtió en un choque físico cuando los enfurecidos Lanceros Negros trataron de pasar por la fuerza.

El buen juicio y la rapidez de pensamiento de Ferner impidieron que este punto muerto se deteriorara hasta convertirse en una situación sin salida. Al final, la policía militar y los Lanceros Negros se dirigieron juntos a la prisión de Ragpur, donde se dispusieron a sofocar el motín.

Dada la posición de los militares imperiales en ese momento, se tomó inevitablemente la decisión de utilizar la fuerza mortal cuando fuera necesario para evitar que los prisioneros escaparan. Pero, como ocurre a menudo con las fuerzas mixtas, la presión se intensificó por parte de aquellos que trataban de evitar las críticas de los aliados, y muchas muertes fueron el resultado. La propia lesión de Ferner podría ser llamada un subproducto del mismo fenómeno. Si hubiera seguido controlando la operación, el orden se habría restaurado con mayor eficacia. Por un lado, su lesión le impidió ordenar a los médicos que tenía preparados que entraran en acción, y pasaron tres horas esperando impotentes fuera de la prisión. Esto condujo a cientos de muertes y a un derramamiento de sangre totalmente evitable.

Cuando el 17 de abril amaneció, todavía reinaba el desorden, con incendios y explosiones floreciendo por toda la ciudad como en simpatía por los alborotadores. El humo negro se elevó incluso de los distritos residenciales, que en un momento dado estuvieron al borde de la anarquía. Wahlen fue enviado a poner fin a este disturbio, y evitó con éxito que el pánico se extendiera por toda la ciudadanía.

Durante esta operación, alguien intentó eliminar a Wahlen, pero afortunadamente escapó de una lesión grave. Parecía que su posible asesino estaba usando un arma de calor, pero el disparo se había desviado por el gran calor de las llamas de una pequeña explosión cerca de su vehículo blindado.

Incidentes menores y anécdotas como esta fueron barridos por la marea sangrienta, y para 0940 los militares imperiales habían sofocado completamente a los alborotadores.

Incluso durante este disturbio, el arresto domiciliario de Wittenfeld se mantuvo vigente, dejándolo incapaz de tomar ninguna acción en absoluto. Von Oberstein había ordenado que las fuerzas se estacionaran en puntos clave de la ciudad para evitar que los disturbios se extendieran, pero había dejado la ejecución de esta orden a Müller mientras tomaba tranquilamente su desayuno.

Las desafortunadas bajas de la revuelta incluyeron a muchos que una vez habían ocupado altos cargos y gozaban de gran respeto en el gobierno y el ejército de la antigua Alianza de los Planetas Libres Esto era de esperar, ya que tales cifras habían constituido el grueso de la población de la prisión de Ragpur, pero sin embargo fue aleccionador saber que el Vicealmirante Paetta, comandante de la Primera Flota de la alianza, y el Presidente Oliveira de la Universidad Central Autónoma de Gobierno habían sido borrados de las listas de los vivos para siempre. Es más, durante el motín, muchos de los muertos habían quedado donde habían caído, para ser arrasados por los incendios o las explosiones — o peor aún, como descubrió un soldado imperial que vio pasar corriendo a un perro salvaje con un brazo humano en la boca. Inquietantemente, se dice que algunos cuerpos fueron encontrados sin dientes de oro y plata, presumiblemente arrancados de sus mandíbulas por soldados inescrupulosos y oportunistas.

El mariscal Sidney Sitolet, que había estado encarcelado en Ragpur desde el incidente de la plaza Nguyen Kim Hua del año anterior, fue empujado a una zanja por una banda de prisioneros que huían. La caída le dejó con una fractura en el tobillo izquierdo, pero el hecho de verse obligado a sentarse en la zanja y esperar el rescate sería lo que finalmente lo mantuvo con vida.

El Vicealmirante Murai, antiguo oficial de confianza de Yang Wen-li, evitó la violencia y los disparos y se dirigió hacia las puertas traseras de la prisión. Su firme rechazo a entrar en pánico y correr a ciegas fue un testimonio de su compromiso con el orden y la disciplina, pero una feroz explosión le hizo perder el equilibrio, fue descubierto inconsciente en el suelo y llevado al hospital.

Dado que muchos de los prisioneros habían ocupado alguna vez altos

cargos en la sociedad, su edad media también era alta, lo que hacía improbable que la revuelta hubiera estallado espontáneamente. La conclusión inevitable fue que había sido instigada a propósito por algunos conspiradores desconocidos. De hecho, la forma en que el armamento necesario para lanzar tal disturbio había sido llevado a la prisión en primer lugar seguía siendo una pregunta sin respuesta.

Prácticamente todos los oficiales de alto rango en el ejército imperial tenían la misma sospecha: que esto era obra de la Iglesia de Terra.

Durante este período, la Iglesia de Terra fue siempre la primera sospecha de los almirantes del imperio cuando se encontraban o eran informados de alguna desgracia. Tampoco veían esto como un prejuicio que necesitara ser corregido, ya que tales sospechas eran más a menudo correctas en el caso de los infortunios más severos. Los delincuentes comunes, tanto solos como en pandillas, a menudo tomaban prestado el nombre de la iglesia para encubrir sus crímenes. Por supuesto, esta impertinente tergiversación a menudo les costaba caro. Más de unos pocos pequeños criminales se encontraron con destinos tristes que de otra manera hubieran evitado — ser fusilados, o morir en prisión — simplemente porque afirmaban ser Terraistas. Aún así, no tenían a nadie a quien culpar sino a ellos mismos.

Una vez que los eventos comenzaron a progresar hacia el restablecimiento del orden, von Oberstein rápidamente tomó el control de la situación, pero fue Müller quien se dio cuenta de que otro problema importante había surgido. Si las noticias de la tragedia de la prisión de Ragpur llegaban a Iserlohn de forma distorsionada, podría invitar al malentendido de que los militares imperiales habían comenzado las ejecuciones masivas de prisioneros políticos. Esto podría deshacer todos los esfuerzos del Kaiser para diluir el veneno en los planes de von Oberstein y facilitar una discusión honorable.

Pero, ¿significaba eso que los disturbios eran de hecho obra de la Iglesia de Terra, destinados a impedir que se estableciera cualquier confianza entre el Imperio Galáctico y la República de Iserlohn? Müller fue al hospital y examinó la lista de pacientes con alguna conexión con la Fortaleza Iserlohn específicamente. Encontró el nombre de Murai allí, pero Murai aún no

había recuperado la conciencia, y por lo tanto no podía servir como emisario para reparar las relaciones con Iserlohn. Cuando el caos dio paso al orden, von Oberstein envió tropas bajo el control directo del ministerio para administrar y vigilar el hospital, acortando sin debate el intento de Müller de sobrepasar los límites de su autoridad

Durante este período, Müller también liberó a una antigua figura de la alianza llamada Aubrey Cochran de un campo de detención diferente, recibiendo finalmente el permiso del kaiser para tomarlo como oficial de personal. Sin embargo, esta historia no tiene nada que ver con los eventos anteriores a nuestro anuncio aquí

III

El 17 de abril. Frederica Greenhill Yang y Julian Mintz, en representación de las administraciones civil y militar de la República de Iserlohn, respectivamente, habían salido del corredor de Iserlohn y entraban en un sector patrullado por el imperio.

Viajaban en la nace de guerra *Ulises* , la nave insignia del Ejército Revolucionario. Con ellos iba una pequeña fuerza de tres cruceros y ocho destructores. La flota principal, bajo el mando del Almirante Merkatz, permanecía oculta en el corredor, en caso de acontecimientos inesperados. Esta era una precaución perfectamente natural a tomar, y si esperaban encontrarse con fuerzas imperiales desplegadas en cantidades significativas fuera del corredor. Sin embargo, esta predicción resultó ser incorrecta. Frente a *Ulises* se extendía un lago de estrellas indefenso.

Este hueco en la red de defensa del ejército imperial se había abierto debido al enfrentamiento entre Von Oberstein y Wittenfeld y el motín de la prisión de Ragpur, pero Julian y sus compañeros no tenían forma de saberlo. Attenborough y Poplin se arrepintieron de no haber traído la flota principal con ellos, mientras que von Schönkopf sospechaba que había una trampa

astuta. Julián se reservó un juicio inmediato, ralentizando el ritmo de su avance para reunir más información. Pronto se enteró del derramamiento de sangre en la prisión de Ragpur, tras el cual el planeta Heinessen estaba casi bajo la ley marcial.

Después de un prolongado debate, von Schönkopf hizo una propuesta.

“Volvamos a Iserlohn por el momento. Dadas las circunstancias, ir a Heinessen sería como saltar alegremente a la guarida de un tigre.”

No parecía haber otra opción. Julián ordenó a las naves de Iserlohn que vinieran, y esto estaba en proceso de ser ejecutado cuando uno de los cruceros informó de una avería en su motor que causó que su velocidad cayera precipitadamente. También se movilizaron técnicos de otras naves, y las reparaciones se completaron poco después de la medianoche.

Entonces sucedió.

“¡Enemigo a las ocho en punto, ángulo de depresión de 24 grados!”

Una nave de guerra imperial apareció en una subpantalla, acercándose por la retaguardia del puerto. Y no estaba solo. Detrás de él podían ver puntos de iluminación en masa. Con tal vez cien naves, no era una gran flota, pero los superaba por mucho.

Casi de inmediato, comenzaron a llegar señales de advertencia llenas de hostilidad.

“Deténganse donde están. Si no cumplen, abriremos fuego.”

“Eso me hace recordar”, murmuró Poplin.

Mirándolo de reojo, Attenborough levantó la voz. “No te preocupes. Este es el *Ulises* , la nave más afortunado de la flota. Por eso la convertimos en nuestra nave insignia.”

“¿No te preocupa que ya haya agotado toda su suerte?”

“¿Desde cuándo es usted un experto en la conservación de la fortuna, Almirante von Schönkopf?”

“Me pareció que la Fortuna podría tener una o dos cosas que decir después de escucharlos a ustedes dos rumiar sobre ella.”

“Mejor que se den prisa”, dijo el capitán Nilson, lanzando una piedra en el charco de sus rumores, “porque una fortuna bastante desagradable se nos acerca disfrazada como una nave de guerra.”

“¿Y qué?” dijo Attenborough, mirando a la pantalla mientras escupía la expresión más poderosa conocida por el hombre. A pesar de la imagen de descuido que cultivó, era un raro talento militar, evidente por el hecho de que había ascendido al rango de almirante cuando aún tenía veinte años. Como la alianza había sido apuñalada por la espalda mientras se estrangulaba, había terminado como un revolucionario autodenominado, pero si la alianza aún existiera, podría haber llegado a ser mariscal a los treinta años. Esto habría añadido un mariscal bastante diferente a Yang Wen-li — uno que equilibraba la fuerza y la ternura más uniformemente — al personal de la alianza. Como es bien sabido, sin embargo, los dos últimos mariscales de la Alianza de los Planetas Libres fueron Alexandor Bucock y Yang Wen-li, y esta combinación de viejo y joven había acaparado más del 92 por ciento de la gloria y la popularidad en los últimos días de la alianza militar.

Attenborough era notablemente hábil para desviar la carga enemiga y luego retroceder, como había demostrado muchas veces en combate con los Lanceros Negros. Hoy en día, con sólo doce naves para enfrentarse a cien, la escala era bastante más pequeña de lo que él prefería, pero gracias a la exquisita coordinación de la flota mantuvo una retirada durante dos horas ante el avance del enemigo. Justo cuando la flota imperial creía que había completado un semicírculo, las naves de Iserlohn se alejaron como una goma elástica rota y desaparecieron en el corredor. Si la habilidad exhibida no llegaba al dominio del mago, ciertamente valía la pena el título de prestidigitador.

Con la ayuda de Merkatz, la pequeña flota de Julián estableció una posición segura dentro del corredor de Iserlohn. Sin embargo, Julián se propuso no volver a la fortaleza, en su lugar situó a *Ulises* cerca de la entrada del corredor, manteniendo a toda la flota de Iserlohn lista para la acción, y extendiéndola más ampliamente por la zona.

Era difícil predecir cómo iba a evolucionar la situación. Una vez que Frederica regresó a la Fortaleza de Iserlohn en un crucero, Julian sintió una ola de alivio y centró su atención en lo que le esperaba.

Estaba considerando dos posibles respuestas — la dura y la blanda. También tendría que llamar a la Armada Imperial para que respondiera duramente por su responsabilidad en la tragedia de la prisión de Ragpur. Habían elegido tomar rehenes, y luego fallaron en protegerlos de los daños; la crítica era natural.

Por encima de todo, sin embargo, Julian estaba preocupado por el Almirante Murai. ¿Y qué destino le había tocado al Mariscal Sitolet, que entendía que había sido encarcelado el año anterior? Julian hizo que el Capitán Bagdash se pusiera en contacto con Boris Konev, actualmente en Heinessen, para ver si el comerciante libre podía ayudar a mejorar la calidad y la cantidad de información de la que disponía, pero después de días de espera todo lo que aprendió fue que ni siquiera Konev era todopoderoso.

“Desde el principio faltaban piezas en este rompecabezas”, dijo Poplin. Ni sarcástico ni comprensivo, la absoluta abstracción de sus imágenes conmovió a pocos. Incluso Julián sólo sonrió educadamente antes de volver a la tarea de poner en orden sus propios pensamientos.

¿Cómo podían usar la información que tenían como arma para salir de sus circunstancias actuales? Finalmente decidió informar a la Armada Imperial de la conexión entre el antiguo liderazgo de Phezzan y la Iglesia de Terra, y observar su reacción. Para empezar, no tenía sentido que el Ejército Revolucionario mantuviera esto en secreto.

Cuando escuchó las intenciones de Julián, Bagdash cruzó los brazos y

frunció el ceño. “¿Crees que el Kaiser se lo creerá?”, dijo. “Incluso si lo hace, su ministro de asuntos militares seguro que sospecha”.

“Si no quieren creerlo, no tienen que hacerlo. Sólo diremos la verdad, y serán libres de interpretarla a su gusto.”

Por muy acérrima que fuera la opinión de Julián, no se hacía ilusiones de que fuera lo suficientemente aguda para oponerse a von Oberstein. En cualquier caso, todo el plan pronto se dejaría de lado temporalmente ya que no encontró el momento adecuado para ello.

Para estar preparado tanto para la paz como para la guerra, Julian voló con mucho esfuerzo en un transbordador entre *Ulises* en la entrada del corredor y la Fortaleza de Iserlohn en su centro. También usó los canales de comunicación, por supuesto, pero prefirió asistir a las discusiones y eventos en persona para asegurarse de que entendía la situación.

“¡Tienes que aprender a delegar!” Karin le respondió una vez. Esta era su forma poco diplomática de instarlo a descansar, impulsada por la preocupación de que él mismo estaba trabajando demasiado.

Yang nunca había dado a los que le rodeaban la impresión de diligencia, incluso cuando sus responsabilidades crecían y sus logros eran enormes. Julián aún podía verle sorbiendo té con esa mirada vagamente fuera de sí, como si mirara a través de la niebla.

“Tengo mucho sueño estos días, Julian”, dijo Yang una vez. “Debe ser la fatiga del verano.”

“Lo que tienes es fatiga de todas las estaciones”, había dicho. “No intentes que sea culpa del verano.”

Como carecía de la reputación de Yang, Julian en cierto sentido no tuvo más remedio que venderse por su diligencia. Lo que le puso de un humor algo amargo fue la sensación de que estaba preparando el terreno para las excusas si las cosas no funcionaban. Sea como fuere, Julian tuvo que lidiar con las cosas a su manera.

IV

El káiser Reinhard iba camino de Heinessen, acompañado por el mariscal Mittermeier y los almirantes Mecklinger y von Eisenach.

Dirigió una flota de 35.700 naves. Mittermeier comandaba la vanguardia, von Eisenach la retaguardia, y el Kaiser dirigía la flota en su conjunto desde el centro. Su consejero jefe Mecklinger estaba a bordo de la nave insignia de la flota, el *Brünhild* , y — por recomendación del jefe de cirujanos de la armada — se aseguró de llevar seis médicos militares a bordo en caso de que el Kaiser los necesitara. Reinhard no ocultó su disgusto por ser considerado un inválido, pero cuando se le informó de que Hilda y Annerose habían solicitado este séquito médico, no pudo negarse. Por supuesto, no importaba cuántos médicos estuvieran presentes, difícilmente podrían examinarlo a la fuerza si Reinhard rechazaba sus ministraciones.

El 17 de abril llegó a Reinhard la noticia del “Día de la Sangre y la Llama” en Heinessen el día anterior. Estaba tan indignado que los que le rodeaban no lo habían visto en mucho tiempo. No importa lo elegantes y tranquilos que parezcan mientras están inactivos, los volcanes finalmente entran en erupción.

“¿En qué estaba pensando, von Oberstein? ¿Pensó que sería suficiente con arrojar a los republicanos tras altos muros y cerrar la puerta? ¡Dejando de lado las virtudes de la toma de rehenes en sí, los rehenes sólo son útiles si se les mantiene vivos!”

“Sí, Su Majestad.”

La respuesta de Von Oberstein fue una simple y descarnada admisión de su fracaso. Se inclinó ante el Kaiser en la pantalla FTL de baja resolución. Reinhard sospechó que su expresión habría sido ilegible incluso a una

resolución mucho más alta.

Terminando la desagradable llamada tan rápido como pudo, Reinhard se hundió en una contemplación silenciosa.

La lucha por unificar la galaxia, ya sea contra la Coalición de los Lores o la Alianza de los Planetas Libres, había sido emocionante. Pero luchar ahora que la unificación estaba completa le costó un misterioso peaje tanto físico como mental. Ahora, particularmente desde que había perdido a su incomparable enemigo Yang Wen-li, la psicología de Reinhard se vio atrapada por una desolación inexpresable que, al final, fue incapaz de desterrar.

Parecía que las energías de Reinhard — en particular sus energías psicológicas — eran una carga en parte soportada por sus enemigos. Como Yang Wen-li había observado una vez, la fuerza vital de Reinhard era una llama que había quemado la Dinastía Goldenbaum, reducido la Alianza de los Planetas Libres a cenizas, y que ahora estaba consumiendo al propio Reinhard.

Después de un tiempo, Reinhard se retiró a su dormitorio, aceptando los saludos reverenciales de sus oficiales de estado mayor al salir del puente.

Mecklinger, el artista – almirante, escribió lo siguiente:

Si la enfermedad del káiser hubiera sido visible a los ojos, seguramente lo habríamos notado. Pero su belleza y su vitalidad no se vieron disminuidas en lo más mínimo, al menos no en la superficie. Debido a que en muchas ocasiones anteriores se había acostado con fiebre, parece que en algún momento nos habíamos acostumbrado a los ataques de enfermedad del Kaiser, en comparación con los días de la antigua dinastía. Además, incluso en las garras de la fiebre, su claridad nunca pareció flaquear.

Sin embargo, en años posteriores, cuando examinó sus recuerdos más de cerca, Mecklinger se dio cuenta de que sus recuerdos del Kaiser con mala salud se hicieron más frecuentes a medida que pasaba el tiempo.

Las figuras clave del cuartel general imperial a bordo de *Brünhild* con Reinhard y Mecklinger eran el Vicealmirante von Streit, el Comodoro Kissling y el Teniente Comandante von Rücke. Todos ellos, así como el ayudante de Reinhard, Emil von Selle, veían la salud del Kaiser con ojos preocupados. Von Streit hizo una observación no muy diferente a la de Yang Wen-li, aunque algo menos poética:

“El impulso de Su Majestad es como un ácido estomacal. Cuando no tiene nada sobre lo que actuar, comienza a disolver las paredes del estómago. No puedo evitar sentir que este ha sido el caso de Su Majestad desde mediados del año pasado.”

El interlocutor de Von Streit en esta ocasión fue von Rücke, que tenía la misma edad que el kaiser. Por supuesto, no repitió las palabras de von Streit a nadie, pero tenía la costumbre de preguntar a Emil sobre el apetito de Reinhard.

Mientras tanto, en Heinessen, se preparaba la llegada del káiser.

“Antes de que Su Majestad toque tierra, limpiaremos la casa”, dijo von Oberstein al contralmirante Guzman, que era secretario en funciones mientras Ferner se recuperaba. Como oficial militar directamente subordinado a von Oberstein, no era en absoluto incompetente, pero sus relaciones con el ministro tenían una naturaleza más pasiva que las de Ferner. En otras palabras, no era más que una máquina de precisión para llevar a cabo las órdenes de von Oberstein sin cuestionamientos, con poca capacidad de hacer sus propios juicios o de pensar críticamente. Para von Oberstein, esto era suficiente; era Ferner quien era único.

El 29 de abril, la “limpieza de la casa” de von Oberstein comenzó de una manera que sorprendió a todos. El decreto ministerial era la imagen de la simplicidad:

La Armada Imperial ha arrestado y encarcelado hoy al fugitivo ex-landesherr de Phezzan, el criminal político Adrian Rubinsky. Este individuo será transferido de vuelta a la capital imperial en Phezzan para ser juzgado y, muy probablemente, ejecutado.

No se ofrecieron más detalles, así que la dirección militar del imperio se sorprendió tanto como los residentes de Heinessenpolis. Wahlen le preguntó a von Oberstein cómo había encontrado el escondite de Rubinsky, pero Guzmán, en nombre del ministro, educadamente se negó a responder.

Müller finalmente obtuvo su respuesta de Ferner, que todavía estaba en el hospital Von Oberstein había estado buscando a Rubinsky desde la Operación Ragnarok, y finalmente lo había localizado este año a través de métodos poco ortodoxos Específicamente, el ministro había revisado los registros de los pacientes de las instituciones médicas de toda la galaxia en busca de nombres que no existían. Después de un volumen de trabajo que a Müller le estremeció incluso imaginar, el paradero de Rubinsky finalmente había salido a la luz

“Parece que Rubinsky tiene un tumor cerebral maligno, lo que le da un año de vida como mucho”, explicó Ferner desde su cama de hospital. “Tal vez tenía demasiada prisa para cubrir sus huellas.”

Así que Ferner opinó desde su lecho de enfermo.

El 2 de mayo, el Káiser Reinhard aterrizó en Heinessen. Era su tercera visita al planeta, y también sería la última. Müller y Wahlen lo conocieron en el puerto espacial. En la cálida luz y la suave brisa de finales de la primavera, él se mostró aún más fragante y deslumbrante que de costumbre.

El museo donde Reinhard emitió el Edicto de la Rosaleda de Invierno ya había sido designado como su sede. El Mariscal von Oberstein y el Almirante Wittenfeld le esperaban allí juntos, pero con expresiones muy diferentes en sus rostros.

Wittenfeld era conocido como el “Impulso destructivo viviente de la Armada Imperial”. Si hubiera perdido los estribos, bien podría haber saltado a von Oberstein, incluso en presencia del káiser. Desconfiado de los acontecimientos inesperados, el Mariscal Mittermeier le había dicho al

Almirante Mayor von Eisenach, “Si Wittenfeld se sale de control, le pondré una zancadilla y usted podrá darle un puñetazo en la nuca” — o eso se rumoreaba; en realidad no era más que humor irresponsable entre las tropas. Los oficiales de Reinhard sabían bien que en presencia del kaiser, ese tigre salvaje se convertía en un manso gato doméstico.

Como era de esperar, una vez que vio al káiser, el corpulento Wittenfeld pareció encogerse mientras ofrecía una disculpa. Expresó su remordimiento por la brecha que se había abierto entre él y von Oberstein, creando una discordia entre los militares imperiales que había sido visible para los extranjeros. Pero no se detuvo ahí. También dirigió una mirada hostil a von Oberstein y denunció sus fallos, censurando estridentemente la insultante burla del ministro a las derrotas del almirantazgo imperial a manos de Yang Wen-li.

“Eso no es nada que deba enfadarte”, dijo Reinhard. “Después de todo, yo mismo fui incapaz de conseguir una victoria táctica sobre Yang Wen-li. Me arrepiento de ello, pero no lo considero una fuente de vergüenza. ¿No es así?”

Las partículas microscópicas de risa estaban presentes en la expresión y la voz de Reinhard, lo que mortificó aún más al comandante de los Lanceros Negros. Al mismo tiempo, un pensamiento sorprendente le llegó sin ser invitado. Como almirante imperial que más frecuentemente despertaba la ira de Reinhard, estaba lo que se podría llamar acostumbrado a las reprimendas del Kaiser. En el pasado, la ira de Reinhard le había asaltado como un dragón de fuego, apoderándose de su corazón para aplastarlo con sus garras. Pero ya no era así, se dio cuenta. Si el cambio era o no un buen presagio para el Kaiser y su imperio no era fácil de decir.

Antes de que Reinhard se convirtiera en Kaiser, cuando todavía era el Mariscal Imperial von Lohengramm, comandante supremo de la Armada Imperial Galáctica, su querido amigo Kircheis — entonces él mismo un almirante superior — había expresado ligeras críticas sobre cómo Reinhard había tratado a uno de sus oficiales superiores. Herido, Reinhard había vuelto su mirada azul hielo sobre Kircheis. “Dices que lo maltrato, pero eso implicaría que es un hombre talentoso que merece algo mejor. No es así. No

tiene talento, y lo estoy tratando como se merece. Debería estar agradecido de que le haya permitido mantener su trabajo.”

Pero, después de la muerte de Kircheis, cuando Reinhard estaba reorganizando toda la estructura de mando militar después de convertirse en el gobernante de facto de toda la galaxia, le había dado a ese mismo hombre un puesto con un salario generoso, aunque con poca autoridad real. Esto fue claramente un acto de compensación dirigido a su amigo fallecido; no fue hasta la última parte de su corta vida que la flor de la magnanimidad floreció en el suelo de la psique de Reinhard. Que su verdadera naturaleza se encontraba más bien en la ferocidad despiadada pronto se demostraría en el derramamiento de sangre.

Después de que Wittenfeld se disculpara con sus colegas en la fila, se le preguntó a Reinhard si deseaba reunirse con Adrian Rubinsky, que estaba actualmente en prisión. El joven Kaiser sacudió la cabeza irritado. Tenía mucho menos interés en Rubinsky — y una valoración mucho más baja de él — que la que había tenido en Yang Wen-li. Rubinsky podría ser un bruto, pero nunca había comandado un gran ejército, y sus capacidades eran, en opinión de Reinhard, muy inferiores a las de Yang.

“Envía otra petición a Iserlohn pidiendo que vengan a Heinessen. Por invitación del Káiser. Müller, contacta con ellos en tu nombre.”

“Como desee, Su Majestad. ¿Y si se niegan?”

“Si se niegan, serán responsables del derramamiento de sangre y el caos que sigue”, dijo Reinhard sombríamente. Luego, levantando la voz, llamó: “¡Von Oberstein!”

“Sí, Su Majestad.”

“Hay ciertos insectos venenosos que se retorcerán en la carpintería para impedir mi encuentro con los republicanos de Iserlohn. Deben ser exterminados, y confío en que usted haga el trabajo. Puedo confiar en ti para eso, ¿no?”

Los almirantes reunidos sintieron el sarcasmo del kaiser, pero von Oberstein no dio ninguna señal de notarlo, y simplemente se inclinó al aceptar las órdenes de Reinhard. El káiser pasó una mano algo impaciente por su rubia melena y observó a los demás.

“Por ahora, esta reunión queda aplazada”, dijo. “Deseo cenar con todos esta noche. Reúnanse aquí de nuevo a las 18:30.”

Después de ver al kaiser irse, Mittermeier estaba a punto de irse cuando Wittenfeld se puso a su lado y dijo de repente: “Me pregunto si este es el acto final.”

“¿El acto final?”

“La reunión del káiser con los republicanos de Iserlohn. Si se alcanza algún tipo de compromiso, la paz llegará a la galaxia. Algo que será bienvenido y aún así…”

“¿No le darías la bienvenida tú mismo?” Para Mittermeier ya estaba claro que Wittenfeld lucharía aún más que Reinhard para reconciliarse con la paz.

“Según mi experiencia”, dijo Wittenfeld, “un cambio de estación siempre va acompañado de una tormenta. Y la tormenta llega justo cuando crees que el cambio ya está completo. Una gran tormenta está en camino — ¿no cree, Almirante?”

“Una tormenta, dices…” Mittermeier ladeó la cabeza.

El tamaño de la flota de Iserlohn se estimó en poco más de diez mil naves. No era una fuerza que pudiera ser simplemente ignorada, pero no era nada comparada con el poderío de la Armada Imperial. Ciertamente parecía poco probable que pudiera levantar algún tipo de tormenta. ¿Sería la fuente de esa tormenta, entonces, la Iglesia de Terra?

Mittermeier sintió un repentino destello de escepticismo. Las palabras de Wittenfeld probablemente contenían más esperanza que profecía. Y esa esperanza no era una que sólo tenía Wittenfeld.

En las primeras semanas de mayo, con Neidhart Müller como intermediario, se abrieron negociaciones diplomáticas con la República de Iserlohn. Julian Mintz era el representante de la república, investido con total autoridad para tomar decisiones.

Julian pidió pruebas de que los que estaban en Heinessen con alguna conexión con Iserlohn disfrutaban de un mínimo de seguridad, y los militares imperiales cumplieron. La única razón por la que el Káiser Reinhard no lo había hecho ya era porque no se le había ocurrido. No había buscado intencionadamente ocultar sus destinos; hacerlo simplemente no estaba en su naturaleza.

Saber que Sitolet y Murai estaban entre los vivos fue un alivio para Julián, y esto fue seguido por otro decreto del Kaiser. El 20 de mayo, todos los prisioneros políticos de la prisión de Ragpur serían liberados. Con este decreto, la ira y la antipatía de los ciudadanos de Heinessen hacia von Oberstein se transmutó de forma natural en afecto hacia Reinhard. También dejó a la República de Iserlohn sin otra opción que aceptar la petición de conversaciones de Reinhard, para que la responsabilidad de rechazar el camino de la paz y la coexistencia no recaiga en las fuerzas republicanas, al menos a los ojos de los demás.

¿Podría Von Oberstein haber anticipado y provocado intencionalmente incluso estos desarrollos? Julian se estremeció al pensarlo. Cualquiera que sea la razón, el Kaiser había hecho considerables concesiones, y no sería prudente esperar más. El siguiente paso era claramente viajar a Heinessen y buscar oportunidades de diálogo y negociación con el Kaiser. Incluso si esto era exactamente lo que von Oberstein quería que hicieran, ya no tenían otra opción. O, para ser más exactos, el camino hacia sus otras opciones estaba bloqueado por sesenta mil a setenta mil naves imperiales.

Julián tomó su decisión.

“Para Heinessen es, entonces. No como cautivo, sino como embajador. En nuestras circunstancias actuales, eso es lo mejor que podemos esperar razonablemente.”

Parecía que tanto los aliados como los enemigos estaban siendo impulsados por una función mental similar a la profecía. Malicia y buena voluntad, ambiciones e ideales, pesimismo y optimismo — incluso cuando todas estas cosas comenzaron a combinarse en una corriente desordenada, el siguiente incidente inesperado ocurrió en la lejana Phezzan.

Fue el Inferno Stechpalme Schloß.

CAPÍTULO SEIS: EL INFERNO STECHPALME SCHLOß

I

En el siglo VIII D.C., más de mil años antes de la época de Reinhard, ese rincón de la Tierra conocido como el continente de Europa desarrolló una pasión efímera por un intrigante pero extraño campo académico: el estudio del genio. Los académicos identificaron seis elementos que caracterizaron a aquellos a los que se les dio el sobrenombre de “genios”:

1) Capacidad sobresaliente en múltiples campos específicos.

2) Logros monumentales nacidos de esas habilidades.

3) Dominio casi mágico sobre las sensibilidades de los demás.

4) Expresión casi milagrosa de ideas y creatividad.

5) En la mayoría de los casos, precocidad, sin que se encuentren otros individuos notables en la historia de la familia.

6) En la mayoría de los casos, parientes cercanos con deficiencias psicológicas o sociales. Un alto porcentaje de los genios también albergaba sentimientos de odio hacia sus parientes.

Claramente, los seis elementos se aplicaban al propio Reinhard. Si su vida fuera vista como un espléndido palacio, estos elementos formarían las puertas. Tenía habilidades sin igual tanto en asuntos militares como

políticos, y su ejercicio de esas habilidades no había ardido tanto como una llama, sino que había estallado como una explosión. Sus habilidades y sus intenciones estaban en perfecta armonía, y su vida había sido una expresión continua de ambas.

Muy bien — ¿qué hay del adversario de Reinhard en las páginas de la historia, Yang Wen-li? En el caso de Yang, la profundidad de la brecha entre sus habilidades e intenciones complica la evaluación.

Como militar, Yang era un estratega por naturaleza. Esto es evidente en innumerables testimonios y registros. Sin embargo, aunque sus logros reales no tenían parangón a nivel táctico, nunca logró superar la ventaja que Reinhard había establecido a nivel estratégico. Esto se debe en parte a factores externos: cuando la Armada de la Alianza se derrumbó, Yang todavía era un comandante de primera línea, no estaba en condiciones de contribuir a la estrategia en absoluto. Por otro lado, no hay pruebas claras de que intentara superar esas circunstancias. Como resultado, a veces se considera a Yang como indeciso y reactivo, y el propio Yang dudaba en ejercer sus capacidades militares al máximo. Sus valores tendían a rechazar el valor de esas habilidades. Esta tendencia psicológica en sí misma puede descartar cualquier pretensión de genio. Si es así, la cuestión de si ver a Yang como un genio o no tiene menos que ver con el hombre mismo que con los que hacen el juicio.

Tal vez el enfrentamiento militar entre Reinhard von Lohengramm y las fuerzas de la democracia republicana fue, en el plano individual, en cierto modo una contienda entre un genio y un poseedor de algún pariente cercano al genio. Sin embargo, esto sólo es cierto cuando se considera a nivel individual.

Cuando Julián editó y publicó las memorias fragmentarias dejadas a la posteridad por Yang Wen-li, incluían el siguiente pasaje:

Reinhard von Lohengramm fue un enemigo de la democracia republicana en el sentido más grave, no porque fuera un gobernante cruel y estúpido, sino porque era justo lo contrario. El polo opuesto del republicanismo democrático es el anhelo de un salvador — la idea de que, como el pueblo

carece de la capacidad de reformar la sociedad, corregir sus errores y resolver sus incoherencias, debe esperar la llegada de un "gran hombre" trascendental. Es una actitud de dependencia — la creencia de que, aunque uno no haga nada por sí mismo, un día aparecerá un héroe legendario para matar al dragón — y es totalmente incompatible con lo que Ahle Heinessen enseñó, a saber, la autodeterminación, el autogobierno, el autocontrol y el respeto a sí mismo. A finales de la Dinastía Goldenbaum, esta dependencia había alcanzado un dominio casi total, y Reinhard von Lohengramm era la leyenda del salvador hecho carne. Derribó la dinastía en toda su corrupción, barrió a los lores y nobles que monopolizaban la riqueza y los privilegios, y promulgó innumerables políticas para el bienestar de la sociedad. Que todo esto se hiciera por medios no democráticos no fue, bajo las circunstancias, problemático. Los ciudadanos del imperio no deseaban un proceso democrático para empezar. Por lo tanto, se les concedió sólo los resultados del gobierno democrático, sin necesidad de esfuerzo o despertar de su parte…

La forma en que Yang planeó desarrollar este argumento debe seguir siendo un misterio eterno. Su muerte repentina impidió una exposición sistemática por escrito de su filosofía.

Si el año había sido muy ajetreado para Reinhard, no lo fue menos para la mujer que se había convertido en su Kaiserin. Después de que Reinhard partiera de Neue Land con la flota imperial, Hilda permaneció en la Stechpalme Schloß, preparándose para su esperado parto el 1 de junio. A finales de mayo, planeaba trasladarse a un ala especial de un hospital afiliado a la Facultad de Medicina de la Universidad de Phezzan.

Aquellos relacionados con el Ministerio del Interior del Palacio esperaban que el comienzo del verano fuera gratificante, agotador y ansioso. Y, de hecho, Ulrich Kessler experimentaría todo esto con la mayor intensidad.

El almirante Kessler era comisionado de la policía militar y comandante de las defensas de la capital. La guardia del Cuartel General Imperial y Stechpalme Schloß entraba dentro de sus responsabilidades. Considerado a

nivel personal, esto significaba que Kessler tenía dos personas y media a las que mantener a salvo: la esposa del Kaiser, su hermana y su hijo no nacido. Escogió a mano soldados entrenados en primeros auxilios para custodiar a Stechpalme Schloß, y los visitaba diariamente para confirmar que la pequeña familia del káiser estaba a salvo. A veces jugaba una partida de ajedrez con el padre de la Kaiserin, el Conde von Mariendorf, antes de irse. Rara vez volvía a su residencia oficial antes de medianoche. El presente y el futuro de la dinastía Lohengramm parecían seguros bajo su competente y diligente protección.

Cuando Kessler fue nombrado comisionado de la policía militar, implementó drásticas reformas en la estructura y cultura de la organización. Particularmente ardiente fue su decreto instando a los súbditos imperiales a informar de cualquier maltrato por parte de la policía militar. Se protegería el anonimato, no se exigían pruebas, los informes basados en malentendidos o incluso en falsedades manifiestas no supondrían un castigo, y si un sujeto que realizara tal informe resultara perjudicado de alguna manera, la policía militar con autoridad sobre el distrito correspondiente sería considerada responsable. Tal decreto puede parecer fuera de sentido común, pero en los días de la dinastía Goldenbaum la policía militar se había aferrado de hecho a una ley no escrita que era exactamente lo contrario del decreto, oprimiendo brutalmente no sólo a los agitadores republicanos y a los enemigos del Estado, sino incluso a los súbditos inocentes.

“Si el arresto de un enemigo del estado resulta en algún daño colateral, que así sea.” Así que se habían jactado, pero cuando les llegó el turno de sufrir los “daños colaterales” de la justicia, lo encontraron intolerable. Algunos intentaron sabotear los esfuerzos de Kessler, pero una vez que los cabecillas fueron arrestados y enviados a una prisión aislada, sus ganancias mal habidas confiscadas y los diez peores delincuentes ejecutados, el resto se estremeció de miedo y se convirtió en una manada obediente de perros.

Kessler también revisó las prácticas de dotación de personal del departamento, tomando soldados que habían regresado de las líneas del frente después del final (más o menos) de la guerra contra la Alianza de los Planetas Libres. Este método conllevaba el peligro de provocar conflictos entre los veteranos y los nuevos reclutas, pero los ingeniosos

nombramientos y las reformas organizativas de Kessler habían tenido éxito hasta el momento, expulsando la vieja sangre que se había estancado dentro de la organización. No se puede negar, sin embargo, que este éxito, como el del imperio en su conjunto, se debió al liderazgo personal del hombre en la cima de la jerarquía.

En el 3° año del Nuevo Calendario Imperial, Kessler tendría 39 años, pero seguía soltero. Sin duda había conocido su cuota de romance y pasión, pero con respecto a su vida privada mantenía un perfecto secreto. Impulsados por el resentimiento, oficiales de la policía militar de larga data lo habían seguido y molestado, esperando aprender algo que pudieran soltar para dañar su reputación, pero aparecieron con las manos totalmente vacías. Por el contrario — tales elementos rebeldes fueron capturados, castigados y expulsados, eliminando las fuentes de descontento y asegurando aún más la posición de Kessler.

El día fue el 14 de mayo. Hacía calor y había algo de humedad, como si las estaciones se hubieran adelantado al calendario. El aire estaba quieto, el cielo cubierto por una fina membrana de nubes. Muchos eran los ciudadanos que se limpiaban la frente con un comentario sobre el calor, y algunos, se dice, incluso tenían premoniciones de alguna violencia o conmoción. En días posteriores, una sólida mayoría afirmaría haberse sentido así.

En el 1115, una llamada anónima con la pantalla tapada fue realizada al Cuartel General de la Policía Militar. La persona que llamó dijo que la Iglesia de Terra, aunque sufrió un golpe crítico durante el incidente de Kümmel, se había recuperado casi totalmente en los dos años siguientes, y ahora estaba extendiendo nuevas raíces por todo el subsuelo de Phezzan. La iglesia, dijo el visitante, planeaba atacar a mediados de mayo, iniciando los disturbios y tomando el control de lugares clave en todo el planeta mientras el Kaiser y la mayoría de los militares imperiales estaban ausentes. El llamante insistió en que se requeriría una acción rápida, señalando la particular vulnerabilidad de los sistemas de suministro, comunicación y provisión de energía. Entonces la llamada fue cortada.

Para las fuerzas de seguridad imperiales, la mera mención de la Iglesia de

Terra era como una bandera roja para un toro. Los sistemas de suministro y comunicaciones ya habían enfrentado repetidas dificultades este año, y los disturbios sociales y económicos resultantes todavía ardían.

A las 1130, antes de que se completaran los preparativos para la movilización, una explosión en un almacén de petróleo en el distrito de Loften cubrió toda la zona con humo negro y llamas. El número de víctimas siguió aumentando y los bomberos que se apresuraron a acudir al lugar se vieron obstaculizados y entorpecidos por los residentes que huían, lo que creó una confusión que pronto se hizo inmanejable. Las comunicaciones con el mundo exterior también se vieron afectadas y las tuberías de agua se dañaron, inundando las carreteras del distrito de Vierwald. El agua se filtró en los cables eléctricos subterráneos, oscureciendo toda la región. El caos continuó extendiéndose.

De esta manera, en el transcurso de la tarde, la policía militar y las fuerzas de defensa de la capital se dispersaron en no menos de catorce lugares diferentes alrededor de la ciudad donde había ocurrido algún incidente.

El 14 de mayo había sido elegido por una razón importante como la fecha para ejecutar esta trama. Ese día, Kessler estaba fuera de la capital en una gira de inspección de las instalaciones de defensa planetaria. Mientras tanto, el Conde von Mariendorf, aún incapaz de dimitir como ministro de asuntos internos, estaba también fuera de la ciudad para inspeccionar el lago artificial y el sistema de gestión de recursos hídricos recientemente construido por el Ministerio de Obras Públicas.

Sin embargo, a partir de 1500 se estableció finalmente el contacto con Kessler. Tan pronto como se enteró de la situación, lanzó una reprimenda: “¡No bajes la guardia! ¡Esto es sólo una finta!”

Como líder experimentado de los hombres en la batalla, percibió los objetivos estratégicos en juego. No era una cuestión de *dónde* , sino de *quién* .

El verdadero objetivo de los terroristas, sabía, debe ser Kaiserin Hilda y su hijo no nacido. Trató de explicar esto a la policía militar, pero siempre había

sido un líder tan fuerte que sus subordinados habían llegado a depender de él, y había desarrollado una tendencia a abordar simplemente los problemas que surgieron durante su ausencia. Kessler canceló su gira de inspección y abordó un jet-copter de vuelta a la capital lo más rápido posible, ordenando que se encontraran refuerzos para la policía militar. Estas medidas se tomaron a la velocidad del rayo, pero cuando llegó a Stechpalme Schloß, los acontecimientos ya estaban en marcha.

II

Stechpalme Schloß era un palacio imperial temporal. Su nombre proviene de los acebos plantados a ambos lados de la puerta; también se esculpió un diseño de acebo sobre la entrada principal. El Ministerio del Interior del Palacio había sugerido modificar este diseño para el Goldenlöwe, pero Reinhard había dejado el asunto sin tratar, argumentando que era sólo una residencia temporal. Annerose le había explicado todo esto a Hilda con una risa. “Si le dices que piensas renovar la casa,” añadió, “seguramente te dirá que no pierdas el tiempo en esas cosas. Pero si haces las renovaciones primero y luego le dices después, él simplemente dirá ‘Entiendo’, y eso será el final de todo. Reinhard no tiene ningún interés en los acontecimientos por debajo de la escala de los años luz.”

En cualquier caso, en lo que respecta al Ministerio del Interior del Palacio, el edificio requería al menos cierto mantenimiento tanto en el interior como en el exterior. Los trabajos en los extensos jardines aún no estaban terminados.

El 14 de mayo, Stechpalme Schloß tuvo un invitado. Annerose estaba allí para visitar a su cuñada.

Annerose nunca había experimentado el embarazo y el parto, pero había ayudado a otras mujeres a dar a luz a sus hijos varias veces, tanto antes como después de entrar en el interior del palacio de Friedrich IV. Por lo

tanto, había asistido a mujeres de muy diverso rango social, aunque todas tenían básicamente la misma constitución física y mental. Hilda estaba decepcionada de que Reinhard estuviera ausente para el parto, pero su alivio de que Annerose estuviera presente era más fuerte. Incluso si Reinhard hubiera estado a su lado, no habría servido de nada. Precisamente porque su genio era un mundo aparte de este universo que nadie podía seguir a donde llevaba.

Hilda estaba medio sentada, medio tumbada en el sofá de la biblioteca del segundo piso, con múltiples cojines que apoyaban su espalda. Annerose le estaba preparando una taza de café con crema cuando oyeron una terrible conmoción y gritos superpuestos desde abajo.

“¿Qué puede ser eso?”

Las dos mujeres se miraron. Hilda, al menos, debería estar acostumbrada a los fuegos de la guerra. Pero el combate espacial, excluyendo las operaciones llevadas a cabo dentro del casco de una nave enemiga, ocurre totalmente sin sonido. Como resultado, los instintos de Hilda con respecto al sonido no estaban tan afinados como los de la luz. Por supuesto, estando embarazada de ocho meses, su agilidad era limitada en cualquier caso.

La puerta de nogal se abrió de golpe. La falta de respeto al acto era impensable. Arrojada al abrazo no deseado de la pared, la puerta gimió su disgusto, incluso cuando un hombre apareció de pie en la puerta.

Tenía los ojos de un fanático; eso es lo que cualquiera podría decir. Los ojos a través de los cuales veía la realidad estaban cubiertos por una membrana de ilusión. Sostenía una pistola en una mano y llevaba un uniforme militar de tamaño equivocado. El uniforme estaba salpicado de sangre humana, y las manchas se movían como insectos rojos con cada aliento desordenado que tomaba.

Annerose se puso en pie en silencio, se interpuso entre el hombre y su cuñada y extendió los brazos con calma, sin permitirle disparar a Hilda.

“Despídete de inmediato”, dijo. “Kaiserin te entrometes en el Imperio

Galáctico.”

Era una voz bastante tranquila para una reprimenda, pero no por nada era esta prístina y hermosa mujer hermana mayor del conquistador de la galaxia. Hilda sintió la verdad de esto en cada centímetro de su cuerpo. El fanático se estremeció, sus ojos mostrando intimidación.

Pero sólo por un momento. En el siguiente instante, el hombre abrió la boca de par en par y desató un grito muy poco melodioso mientras su dedo se enroscaba alrededor del gatillo de su pistola.

En ese momento, un policía militar ensangrentado apareció en la puerta.

Se oyó un grito.

Rayos de luz se cruzaron por la habitación, y uno atravesó la parte inferior de la mandíbula del intruso, atravesando su cráneo. Dando vueltas y rociando sangre, se desplomó en el suelo. El policía militar se acercó corriendo, preguntando si Hilda y Annerose estaban bien, pero de repente un rayo de luz atravesó también su cabeza.

El sentido del olfato de Annerose se ahogó con el hedor de la sangre. Cubrió el cuerpo de su cuñada embarazada con el suyo propio. Mientras susurraba palabras de aliento, notó que su visión se nublaba. Los intrusos deben haber provocado un incendio. Más tarde se determinó que los fanáticos habían querido quemar simbólicamente a la esposa y al hijo del káiser en la hoguera — una pira para purificar sus pecados.

Batallones compuestos formados por humo y llamas se elevaron de innumerables rincones de Stechpalme Schloß, elevándose hacia el cielo oscuro. Cuando Kessler llegó al jardín delantero y miró la estructura, la preocupación parpadeó en su mirada estoica. El fuego había reducido aún más la efectividad del sistema de detección de calor, haciendo difícil determinar la mejor manera de entrar.

A pesar de todo, la esposa y la hermana de Su Majestad estaban atrapadas en algún lugar del interior. Kessler envió una primera oleada de policía militar, pero los rayos de las escaleras los cortaron. Sólo dos hombres escaparon con vida. Por respeto a la privacidad de la pareja imperial, la residencia no había sido equipada con ningún tipo de sistema de monitoreo interno, pero ahora esa falta estaba causando problemas. Debido a que originalmente había sido una residencia privada, sólo quedaban los planos básicos de la planta, y era imposible saber lo que estaba pasando dentro.

"¡Déjenme pasar! ¡Déjenme pasar!"

Una figura se deslizó repentinamente a través de la línea de soldados, ágil como una ardilla, pero antes de que pudiera pasar a Kessler, el comisionado extendió la mano rápidamente y agarró el collar de paso. Descubrió que había atrapado a una chica de unos diecisiete años. Tenía el pelo y los ojos oscuros, y una cara de aspecto sensible.

"¿No se da cuenta de lo peligroso que es esto? Retrocede y mantente alejado."

"Pero Hilda — la Kaiserin y la archiduquesa están todavía en el segundo piso. ¡Suélteme!"

"¿Usted es su sirvienta?"

"Sí. Oh, si no hubiera ido a comprar helado de chocolate, nada de esto hubiera pasado."

No estoy tan seguro de eso, pensó Kessler, pero permaneció en silencio. La chica se volvió hacia él con una expresión seria.

"Por favor, Capitán, por favor saque a la Kaiserin y a la Archiduquesa a salvo. Se lo ruego."

Suprimiendo una sonrisa al ser abordado como alguien cinco rangos por debajo de su posición real, Kessler le preguntó a la chica si sabía en qué habitación estaban Hilda y Annerose. Ella pensó por unos momentos, luego

tomó al “capitán” de la mano y lo arrastró al jardín trasero. Señaló directamente a una habitación de la esquina de la que empezaba a salir humo blanco.

“Esa es la ventana sur de la biblioteca”, dijo. “Hay un sofá justo debajo de ella, y ahí es donde estará la Kaiserin. Estoy segura de ello.”

Kessler asintió y ordenó a sus hombres que le trajeran una escalera de aleación ligera diseñada para el combate de campo. Revisó la cápsula de energía de su dinamitero, luego llamó a tres oficiales y les dio nuevas órdenes. A continuación, Kessler apoyó la escalera contra la pared, confirmó que estaba estable y puso su mano en un escalón. Había decidido entrar él mismo.

“¡Hox pox physibus, hox pox physibus!”

La chica recitaba un canto peculiar mientras juntaba sus manos, con los dedos entrelazados. Al notar que Kessler la miraba con curiosidad, empezó a sonreír, luego recordó que no era el momento ni el lugar y volvió a enderezar la cara.

“Es un encanto que mi abuelo me enseñó”, dijo. “Dijo que significa ‘Desgracia, vete de aquí’.”

“¿Funciona?”

“Si lo repites las veces suficientes.”

“Sigue adelante, entonces.”

Kessler escaló la escalera, con una explosión entre los dientes. Incluso después de convertirse en un oficial de alto rango, algo en su naturaleza anhelaba la acción en primera línea, y ahora lo impulsaba hacia adelante. Al acercarse a la ventana, Kessler miró con cautela a través del cristal. En la habitación de más allá, vio a un hombre con un arma. Una fracción de segundo después, estaba seguro de que el hombre no estaba con la policía militar.

“¡Hox pox, etc.!”

Él mantuvo su puntería y disparó. Como francotirador, Kessler no estaba, quizás, al nivel del difunto Siegfried Kircheis o Kornelias Lutz, pero era un tirador de primera clase. El rayo de la pistola atravesó el cristal y atravesó al terrorista con una espada de pura energía. El hombre fue lanzado contra la pared, y luego se derrumbó en el suelo.

Kessler vio a un segundo hombre. Estaba fuera de la habitación, junto a una barandilla. Gruñendo por la situación que vio a través de la puerta, apuntó su arma directamente a las dos mujeres. Kessler disparó de nuevo.

Este segundo fanático de la Iglesia de Terra gritó y cayó de espaldas sobre la barandilla. Golpeó el suelo de granito del rellano de abajo, convulsionó brevemente y se quedó quieto. Tres o cuatro policías militares pasaron corriendo junto a él, saltando por las escaleras. Múltiples pernos de explosión llovieron sobre ellos desde arriba, y el fuego de retorno hirvió desde abajo. Mientras las llamas y el humo luchaban por la supremacía, rayos de luz cruzaban el interior de la escalera, trayendo nuevas muertes y sufrimiento. Finalmente, tres supuestos asesinos terraistas abandonaron la inútil matanza y entraron corriendo en la biblioteca en busca de su objetivo.

Kessler se estrelló a través del cristal de la habitación, un rayo de energía volando desde el explosivo de su mano derecha. Dos destellos de luz más lo siguieron. A un terraista le dispararon entre el pecho y el hombro izquierdo. A otro le volaron la cara. La sangre salpicó la pared y bajó hacia el suelo, dejando delgadas huellas carmesí.

El tercer terraista logró disparar antes que Kessler. Disparaba a matar, pero su puntería estaba mal, y sólo logró golpear la pistola de la mano de Kessler. El hombre giró su arma, apuntando el cañón directamente al hijo no nacido de Hilda.

En ese momento, la elegante forma de Annerose saltó por la habitación como una mariposa en la brisa. De la chimenea, tomó un pequeño pedestal y su escultura adjunta y la lanzó al último Terraista. Le golpeó en la cara, y

escucharon su nariz crujir mientras fragmentos de cristal y mármol se incrustaban en su carne. La sangre y los gritos llenaron el aire. El cañón de su pistola se volvió loco y disparó inofensivamente contra el techo. Annerose se agachó y se colocó delante de Hilda.

Una flor de sangre floreció en el pecho del hombre. Kessler había cogido su pistola de nuevo y disparado. El hombre se balanceó de un lado a otro, y luego cayó de espaldas, con los brazos abiertos. Hubo un fuerte chasquido cuando su cabeza golpeó el suelo, y luego un repentino silencio se cerró alrededor de ellos. El tiroteo en las escaleras parecía haber llegado a una conclusión también.

Kessler se pasó una mano por su pelo revoltoso y luego se arrodilló ante Hilda y Annerose.

“Su Majestad, Alteza. ¿Están ambas ilesas?”

El cabello dorado de Annerose estaba desordenado, y la sangre había corrido por su brazo y el dorso de su mano donde fragmentos de vidrio habían roto su piel clara. El sudor corría por sus mejillas en los riachuelos, y su aliento era salvaje, pero sus ojos, como piedras preciosas azules, tenían una expresión que podría haber sido de orgullo. Había arriesgado su propia vida por la novia de su hermano, y había salvado a su sobrino o sobrina nonatos.

“Almirante Mayor Kessler — si mal no recuerdo,” dijo Annerose. “Por favor, llame a los médicos de la corte y a las damas de honor de inmediato. Su Majestad está a punto de dar a luz.”

La voz de Annerose tardó varios segundos en atravesar los nervios auditivos de Kessler y golpear la puerta de su razón. Cuando comprendió la situación, casi levantó. Una vez que fue capturado por la mano invisible de la gravedad, corrió hacia la ventana y llamó a sus hombres. Antes de que pudieran llegar, sin embargo, alguien más entró por la puerta abierta de la habitación — la chica de pelo oscuro que había conocido antes.

“¡La Kaiserin! ¡Su Majestad la Kaiserin Hilda! ¡Estás a salvo!”

La chica abrazó fuertemente a Hilda. A pesar del comienzo de sus dolores de parto, Hilda sonrió y acarició el cabello de la chica. La chica estalló en lágrimas de alegría y alivio.

Pero no había tiempo para regodearse en el sentimentalismo. Un descontento dios del fuego tenía a todo el edificio en un abrazo mortal. La policía militar de Kessler entró corriendo con una camilla, levantó a Hilda sobre ella, la cubrió con una manta y la sacó a través del humo espeso. Kessler llevó a los otros dos afuera también, prestando a Annerose su brazo como apoyo.

En el jardín delantero, la camilla de Hilda fue llevada a un vagón médico en espera. Annerose, la joven sirvienta, y los médicos y enfermeras que atendían a Hilda subieron al vehículo después de ella, y luego éste comenzó a moverse, rodeado de vehículos militares por los cuatro costados. El subordinado de Kessler, el capitán Witzleben, condujo el convoy al hospital mientras que el propio Kessler se quedó atrás para ayudar a apagar el fuego y prestar ayuda a los heridos.

El 14 de mayo de 1940, Stechpalme Schloß se derrumbó. La estancia allí de la pareja imperial de la Dinastía Lohengramm había durado menos de cuatro meses.

III

Al terminar un cuento, una nueva vida estaba a punto de comenzar. Después de restaurar el orden en los catorce sitios saboteados alrededor de la ciudad, Kessler llegó al hospital con su uniforme con hollín para esperar fuera de la sala de partos, rezando para que el niño naciera a salvo.

El Conde von Mariendorf ya había sido notificado y se dirigió al hospital. Después de agradecer a Kessler todo lo que había hecho, el conde fue

llevado a una habitación especial para esperar el nacimiento de su nieto.

“¿Refrescos, capitán?”

La doncella de Hilda, de pelo oscuro, al notar la llegada de Kessler, le trajo una taza de porcelana blanca llena de café.

“¿Gracias, Fräulein…?”

“Me llamo Marika von Feuerbach. Suena bastante impresionante, ¿verdad?”

Ella sonrió, y fue como si el cielo azul se vislumbrara a través de un hueco en las nubes.

“¿Cómo se llama usted, capitán?”

“Kessler. Ulrich Kessler.”

Marika frunció un poco el ceño. El redescubrimiento de un recuerdo le produjo un shock inmediato, y su boca y sus ojos se abrieron en tres O perfectas.

“¿ *El* Ulrich Kessler? ¡¿Comisario de la policía militar?! Así que no eras capitán después de todo…”

“Lo fui una vez.”

“Lo siento mucho. Adiviné por su edad que tendrías el rango de comandante, y pensé que sería más educado errar en el lado alto, pero en cambio terminé siendo grosera. Tengo la memoria más terrible — Has visitado a la Kaiserin muchas veces, debería conocer tu cara ahora…”

“Está bien. Yo tampoco conocía su cara, Fräulein von Feuerbach.”

Kessler sonrió, y Marika respondió de la misma manera.

“Gracias, señor. Y… por favor, llámeme Marika.”

Mientras Marika pronunciaba la última vocal de su nombre, otro sonido — un poderoso himno a la vida — se elevó por encima de ella. Mientras Kessler y Marika observaban, las puertas de la sala de partos se abrieron y un médico salió, sacando la máscara quirúrgica de su cara sonrojada.

“Es un niño”, declaró, con la voz temblorosa. “Un niño sano. Su Majestad el Kaiserin también está en perfecta salud. ¡Larga vida al imperio!”

Era el 14 de mayo de 2250, año 3 del Nuevo Calendario Imperial, 801 SE, y acababa de nacer el niño más famoso de toda la sociedad humana, el que un día se convertiría en el segundo Kaiser de la Dinastía Lohengramm. Si tener a Reinhard von Lohengramm como padre sería una bendición o una maldición no era, en ese momento, algo que cualquiera pudiera predicar.

El parto de Hilda no había sido demasiado doloroso, pero dada la conmoción y la alarma que lo precedió, su razón y memoria, normalmente bien ordenada, inevitablemente sucumbió a la confusión. Los acontecimientos se habían desarrollado a un ritmo vertiginoso, y todavía estaba algo aturdida ya que el momento más importante de su vida había pasado de largo. Cuando se recuperó lo suficiente para considerar su entorno, se encontró acostada en una cama. Ya no estaba en la sala de partos. Era una suntuosa cámara de cama pintada en una paleta unificada de tonos verdes que calmaba el nervio óptico. El káiser había preparado esta habitación para su esposa e hijo más de cien días antes.

Hilda cambió su mirada y vio un rostro que reconoció. Pertenecía a una enfermera de mediana edad.

“Su Majestad el Kaiserin ha despertado”, llamó la enfermera, y en respuesta a esto otra figura entró en el campo de visión de Hilda. Esta vez era una hermosa mujer con una nube de pelo dorado. Tenía una venda blanca en su mano derecha, y acunaba a un niño en sus brazos. Por un momento, le pareció a Hilda que estaba iluminada por detrás por un disco de luz.

“Annerose…”

“Es un niño sano, Kaiserin. Cualquiera que sea el padre que tome después,

seguro que será un niño atractivo y sabio”.
Fuera de la habitación de Hilda, el ambiente era de celebración. ¿Y por qué no? La Kaiserin había dado a luz a su hijo. Lo que era más, era un niño, ¡un heredero al trono! ¿Quién podría resistirse a la alegría en estas circunstancias?
“¡Larga vida al Príncipe!
“¡Larga vida al Kaiserin!”
Marika abrazó a Kessler, que era una cabeza más alto que ella. Mientras el hombre que era a la vez comisionado de la policía militar y comandante de la defensa planetaria giraba la forma flexible de la chica en sus brazos, una alegre canción de celebración comenzó a sonar en el sistema de megafonía del hospital. Se abrieron los corchos de la champaña. Cuando la chica puso su mejilla en la cara de Kessler con toda la emoción, su tez ligeramente rosada quedó manchada de hollín. Se rió en voz alta, se puso de pie, tomó las manos de Kessler en las suyas y comenzó a bailar.
Como podemos leer en el capítulo 5 de Marshal Kessler: Una biografía crítica, publicado muchos años después,
De esta manera, la noche en que nació el segundo kaiser de la Dinastía Lohengramm, el severo y sobrio comandante de las defensas planetarias bailó con una muchacha más de veinte años menor que él sin siquiera cambiarse de uniforme. Por cierto, la chica en cuestión se convertiría en la Sra. Ulrich Kessler dos años después.
El biógrafo continuó señalando que, en apariencia, Kessler no se parecía tanto a un militar como a un talentoso abogado en la flor de la vida.

“Es un niño”, declaró, con la voz temblorosa. “Un niño sano. Su Majestad la Kaiserin también está en perfecta salud. ¡Larga vida al imperio!”

Era el 14 de mayo de 2250, 3° año del Nuevo Calendario Imperial, 801 SE, y acababa de nacer el niño más famoso de toda la sociedad humana — el que un día se convertiría en el segundo Kaiser de la Dinastía Lohengramm. Si tener a Reinhard von Lohengramm como padre sería una bendición o una maldición no era, en ese momento, algo que cualquiera pudiera predicar.

El parto de Hilda no había sido demasiado doloroso, pero dada la

conmoción y la alarma que lo precedió, su razón y memoria, normalmente bien ordenada, inevitablemente sucumbió a la confusión. Los acontecimientos se habían desarrollado a un ritmo vertiginoso, y todavía estaba algo aturdida ya que el momento más importante de su vida había pasado de largo. Cuando se recuperó lo suficiente para considerar su entorno, se encontró acostada en una cama. Ya no estaba en la sala de partos. Era una suntuosa cámara de cama pintada en una paleta unificada de tonos verdes que calmaba el nervio óptico. El káiser había preparado esta habitación para su esposa e hijo más de cien días antes.

Hilda cambió su mirada y vio un rostro que reconoció. Pertenecía a una enfermera de mediana edad.

“Su Majestad la Kaiserin ha despertado”, llamó la enfermera, y en respuesta a esto otra figura entró en el campo de visión de Hilda. Esta vez era una hermosa mujer con una nube de pelo dorado. Tenía una venda blanca en su mano derecha, y acunaba a un niño en sus brazos. Por un momento, le pareció a Hilda que estaba iluminada por detrás por un disco de luz.

“Annerose…”

“Es un niño sano, Kaiserin. Cualquiera que sea el padre que tome después, seguro que será un niño atractivo y sabio.”

Fuera de la habitación de Hilda, el ambiente era de celebración. ¿Y por qué no? La Kaiserin había dado a luz a su hijo. Lo que era más, era un niño — ¡un heredero al trono! ¿Quién podría resistirse a la alegría en estas circunstancias?

“¡Larga vida al Príncipe!”

“¡Larga vida al *Kaiserin* !”

Marika abrazó a Kessler, que era una cabeza más alto que ella. Mientras el hombre que era a la vez comisionado de la policía militar y comandante de la defensa planetaria giraba la forma flexible de la chica en sus brazos, una alegre canción de celebración comenzó a sonar en el sistema de megafonía

del hospital. Se abrieron los corchos de la champaña. Cuando la chica puso su mejilla en la cara de Kessler con toda la emoción, su tez ligeramente rosada quedó manchada de hollín. Se rió en voz alta, se puso de pie, tomó las manos de Kessler en las suyas y comenzó a bailar.

Como podemos leer en el capítulo 5 de *Mariscal Kessler: Una biografía Crítica* , publicado muchos años después,

De esta manera, la noche en que nació el segundo kaiser de la Dinastía Lohengramm, el severo y sobrio comandante de las defensas planetarias bailó con una muchacha más de veinte años menor que él sin siquiera cambiarse de uniforme. Por cierto, la chica en cuestión se convertiría en la Señora Ulrich Kessler dos años después.

El biógrafo continuó señalando que, en apariencia, Kessler no se parecía tanto a un militar como a un talentoso abogado en la flor de la vida.

IV

Si hubiera sido una opereta, habría seguido una canción jovial para el coro y luego el telón final que caería en un estruendoso aplauso. Pero para Ulrich Kessler, el verdadero trabajo aún no había comenzado. Dejando a la Kaiserin, el príncipe, y a la hermana del Kaiser al cuidado de los médicos de la corte y de los funcionarios del Ministerio del Interior del Palacio, organizó una guardia en el hospital y se dirigió al cuartel general de la policía militar. Marika llegó hasta la entrada del hospital para despedirse, pero una vez que su forma se alejó de la vista, Kessler cambió su vestuario psicológico. En el asiento trasero del coche de tierra, se transformó de amable y fiable “capitán” a frío y severo comisario de policía.

Seis terroristas estaban detenidos en la enfermería del cuartel general, y otros veinte habían sido arrestados y encarcelados durante las operaciones de señuelo. Los muertos superaban a los vivos seis a uno, y la capacidad de

la Iglesia de Terra para operar en Phezzan parecía haber sido casi eliminada. Pero Kessler tenía una pregunta a la que estaba decidido a encontrar una respuesta: ¿dónde estaban los líderes de la iglesia? Desafortunadamente, los fanáticos capturados no se inclinaban a responder.

“Use el suero de la verdad. Si los mata, los mata.”

Por naturaleza, Kessler era un hombre de acción — el tipo de oficial que recorría audazmente el escenario galáctico. Era más feliz cuando comandaba una flota, y había aceptado el cargo de comisionado de la policía militar con sentimientos encontrados. Sin embargo, su actuación como comisionado — así como comandante de las defensas planetarias — había sido tan sobresaliente que durante el reinado de Reinhard no había podido abandonar el centro de la administración imperial, ni siquiera cuando se trasladó de Odín a Phezzan. Irónicamente, la misma naturaleza de soldado que le hacía inquieto con estas asignaciones sólo profundizaba la confianza que los demás depositaban en él.

No hay duda de que era un individuo justo y noble en muchos sentidos, pero también era un oficial militar de la Dinastía Lohengramm, no un defensor de los derechos humanos de los prisioneros políticos. Por consiguiente, no rehuyó la tortura cuando le pareció necesaria. Sin embargo, al tratar con fanáticos, el sufrimiento físico a menudo daba paso a la embriaguez del martirio, que en muchos casos se transformaba en éxtasis religioso. Kessler había aprendido esto de una experiencia previa de desarraigo en la Iglesia de Terra. Esto dejó el suero de la verdad como la única opción. Desde el punto de vista de Kessler, era natural que se utilizara.

La ferocidad de la policía militar durante los interrogatorios que siguieron pasaría a la leyenda. Ocho sujetos murieron durante el proceso. La policía, sin embargo, juzgó que los resultados merecían más que el esfuerzo. Comparando y contrastando varias confesiones extraídas por la fuerza, finalmente localizaron el centro de las actividades terroristas en Phezzan. La vigilancia subrepticia reveló que un gran número de adoradores estaban actualmente escondidos allí, preparándose para un asalto armado al hospital donde Hilda se estaba recuperando.

Mientras tanto, Kessler había echado una red de vigilancia no sólo sobre el puerto espacial central de Phezzan, sino sobre todos los puertos espaciales del planeta. Tres Terratistas fueron vistos intentando huir; dos fueron muertos a tiros, pero el tercero fue capturado vivo. Como beneficio adicional, también se detuvo a otros diez delincuentes comunes, entre ellos contrabandistas de timo, comerciantes negros especializados en suministros militares y autores de fraudes.

El 17 de mayo, Kessler dirigió personalmente diez compañías de policía militar armada al 40 de la calle Ephraim, el centro de las actividades de la iglesia en Phezzan. A las 2200 — en el momento en que rodearon el edificio — comenzó la batalla de la calle Ephraim. El resultado final de la batalla nunca se puso en duda, pero la lucha fue dura y agotadora porque el bando perdedor se negó a rendirse. “En esa batalla, no hubo ni un ápice de belleza”, observaría Kessler más tarde. La lucha concluyó a la 1300 del 18 de mayo. De los 224 adoradores que habían sido escondidos en el edificio, todos estaban ahora muertos excepto tres que habían perdido el conocimiento. Veintinueve de los muertos se habían suicidado con veneno auto-administrado. La policía militar también perdió 27 hombres, pero la Iglesia de Terra había sido finalmente desarraigada de Phezzan.

También ese día, la sentencia de muerte de Heidrich Lang, jefe de la Oficina de Seguridad Interna y ministro del interior, se llevó a cabo justo antes del amanecer. Lang no lloró ni suplicó por su vida. Se desmayó cuando lo sacaron del aislamiento, y no recuperó la conciencia ni siquiera cuando los láseres erradicaron su médula oblonga.

Esta muerte fue, tal vez, afortunada para Lang. Pero esto no hizo ninguna diferencia para la familia que dejó atrás. Habían perdido un marido y un padre, y comenzaron una vida de vergüenza como la familia sobreviviente de un convicto ejecutado. A diferencia de la Dinastía Goldenbaum, la Dinastía Lohengramm no cargaba los pecados de los criminales políticos en sus familias, pero aún así, los registros y recuerdos los perseguían. Mientras el ataúd de Lang era arrastrado en la oscuridad, Kessler se apresuró a la escena y en silencio lo vio salir. La visión de la viuda de Lang vestida de luto y con un aspecto totalmente a la deriva fue algo que no pensó que

olvidaría durante algún tiempo.

Esa tarde, con estas oscuras y desagradables tareas cumplidas, Kessler volvió a su residencia por primera vez en cuatro días. Se desnudó, se metió en la cama y durmió hasta la noche. Cuando por fin se despertó, una llamada de visifono llegó del hospital mientras se duchaba. La *Kaiserin* Hilda estaba pidiendo verlo.

Corrió al hospital y fue llevado a la habitación de Hilda. Estaba sentada en la cama atendida por enfermeras, y saludó al capaz subordinado de su marido con una sonrisa.

“Mi hijo fue salvado por Su Majestad la Archiduquesa y usted, Almirante Kessler. Tiene mi sincera gratitud.”

“Si me permite, no la merezco”, dijo Kessler. “Mi torpeza causó graves problemas a Sus Majestades. Debería ser reprendido, no alabado.”

La mortificación de Kessler fue doble. Hilda, con su bata sobre los hombros, estaba amamantando a su hijo. Kessler había visto al nuevo príncipe antes que Reinhard.

“Otra cosa… *Capitán* Kessler.”

Una pausa. “¿Majestad?”

“Marika von Feuerbach es una amiga íntima mía. Me ha confiado un mensaje para el amable *capitán* que ha conocido. ¿Tiene planes para la cena de mañana?”

El veterano almirante y frío comisionado de la policía militar se sonrojó como un niño.

V

La serie de informes que pronto llegaron a Heinessen se abrió con noticias de buena suerte.

"¡Su Majestad el Príncipe ha nacido! Madre e hijo gozan de buena salud y su augusta presencia adorna el hospital de la Facultad de Medicina de la Universidad de Phezzan."

La última parte fue un poco extraña, pero no importa: la noticia era como seis toneladas y media de pétalos de flores esparcidos en una alegre ventisca sobre los de los militares imperiales estacionados en Heinessen.

El anuncio del nacimiento, sin embargo, fue seguido por la noticia del Inferno de Stechpalme Schloß, el tiroteo, las heridas leves sufridas por la Archiduquesa von Grünewald, y el resto. Finalmente, llegó un mensaje para Reinhard de la propia *Kaiserin* , asegurándole que todo estaba resuelto con seguridad.

Antes de aceptar plenamente ser un marido, Reinhard se había convertido en padre. Estuvo un poco aturdido durante un breve tiempo, hasta que el Vicealmirante von Streit le recordó que tendría que pensar en un nombre para el príncipe recién nacido. Sabía que esta responsabilidad estaba por venir, por supuesto — ¡Pero cómo agonizaba por la decisión! Más tarde, su ayudante Emil von Selle se enfadaría por la cantidad de bolas de papel arrugadas que se tiraban en el escritorio del káiser.

Reinhard nunca había estado cerca de sus parientes de sangre, tal y como predijeron los seis principales elementos del genio. Había despreciado a su padre, y su madre se había perdido para él antes de que pudiera convertirse en un blanco de su enemistad. Pero ahora él mismo era un padre, con una familia propia a la que cuidar.

Familia: para Reinhard, la palabra era más inquietante que tranquilizadora. Debido a la temprana muerte de su madre, no había dejado ninguna impresión profunda en su memoria o en los cimientos de su psique. Para Reinhard, una madre era un concepto muy abstracto, una presencia que de

alguna manera le hacía pensar en agua destilada caliente.

En realidad, el padre de Reinhard se había perdido al mismo tiempo que su madre. Físicamente, su padre había sobrevivido, pero su espíritu se había atrofiado, y no había mostrado ningún interés en cumplir con sus responsabilidades con sus hijos. Al contrario — había vendido a su hija a la nobleza por un puñado de monedas. Reinhard nunca había tenido padres — o, para ser más exactos, nunca los había necesitado. No desde que le habían dado la vida.

Para Reinhard, la familia significaba Annerose, que derramaba amor como el sol de primavera sobre su hermano menor. El único otro que se unió a ella en su estimación fue el chico alto y pelirrojo que había vivido en la casa de al lado. Reinhard y Siegfried regresaban a casa cansados de jugar fuera, y su hermana los echaba al estrecho cuarto de baño. Cuando salían, todavía con el ánimo en alto, ella los envolvía en toallas de baño mientras el aroma del chocolate caliente llegaba desde la vieja mesa maltrecha, hablando de las alegrías aún por venir…

“Siegfried”, murmuró Reinhard sobre estos viejos recuerdos. “Qué nombre tan vulgar”. Cogió un bolígrafo y otra hoja de papel, y con ellos escribió un solo nombre:

Alexander Siegfried von Lohengramm

Este era el nombre del segundo kaiser de la Dinastía Lohengramm. Por consiguiente, el niño pronto se conoció como “Prinz Alec”.

El nacimiento del segundo káiser no liberó al primero de sus responsabilidades. Reinhard había heredado el título y las propiedades de la familia von Lohengramm no mucho antes de su vigésimo cumpleaños; si su hijo seguía la misma trayectoria, el reinado de Reinhard duraría diecinueve años más.

La idea de cumplir cuarenta años estaba más allá de los horizontes de la

imaginación de Reinhard. Pero convertirse en padre había sido inimaginable para él también, y sin embargo ahora era una realidad, así que presumiblemente cumpliría cuarenta y un día, y luego sesenta. Aunque Reinhard era un genio incomparable y un héroe sin igual, ningún hombre era eterno e inmortal.

Sin embargo, antes de poder pensar en el mañana, Reinhard tenía asuntos que atender hoy. Una gran cantidad de asuntos públicos y privados, grandes y pequeños, esperaban su atención.

Enviando un nuevo llamamiento a las negociaciones a la República de Iserlohn y a su Ejército Revolucionario. Liberar a los prisioneros políticos de la prisión de Ragpur, e investigar quién era el responsable de lo que había ocurrido allí. Reconstruir las redes de transporte, comunicaciones y suministro de Neue Land, que aún no se habían recuperado del todo de los disturbios. Tratando con Adrian Rubinsky, último terrateniente de Phezzan, ahora bajo arresto por crímenes contra el estado. Reprimiendo formalmente a von Oberstein y Wittenfeld por sembrar la desarmonía en la Armada Imperial. Abordar la derrota de Wahlen por el Ejército Revolucionario de Iserlohn, reconociendo al mismo tiempo su éxito en evitar que la flota fuera completamente destruida. Anunciando públicamente el nombre de su hijo a través del Ministerio del Interior del Palacio. Escribiendo a su esposa y a su hermana. Eligiendo una nueva residencia imperial, ahora que Stechpalme Schloß se había ido. Reconociendo los logros de Kessler. Y… ¿se olvidó de algo? El puesto de Kaiser era muy exigente. Al menos en la dinastía Lohengramm.

Que Annerose hubiera estado presente en el nacimiento del príncipe Alec y salvado tanto a la madre como al hijo de los fanáticos sedientos de sangre, le dio a Reinhard la suficiente alegría como para calentar las profundidades de su corazón. Más de mil días después de la muerte de Siegfried Kircheis, parecía que el tiempo perdido entre él y su hermana había sido finalmente restaurado. Si remaba más atrás en el río del tiempo, su barco llegaría a las costas de hace quince años, en los días en que la luz de la primavera había caído sobre él como brillantes fragmentos de cristal.

Reinhard había dado el nombre de su querido amigo pelirrojo al niño que

aún no había visto. Esto no era un intento de expiación, sino una expresión de gratitud — y de grandes sentimientos. Kircheis había compartido la parte más cálida y brillante de la vida de Reinhard. Darle su nombre al niño que un día lideraría la Dinastía Lohengramm era tanto correcto como natural.

De una sola vez, Reinhard fue atrapado por la duda. Mientras consideraba esos paisajes pasados llenos de música y luz, se había dado cuenta de algo. Pasando una mano por su melena de pelo dorado, se sumió en el pensamiento.

Kircheis le había llamado “Lord Reinhard”. ¿Cuándo había empezado eso? No en su primer encuentro. Había empezado a añadir el honorífico después de que entraron en la escuela primaria, cuando hablaban a solas. En algún momento, se había vuelto completamente natural. Sin embargo, Reinhard no se había considerado ni una sola vez como el “Lord” de Kircheis. La idea simplemente no se le había ocurrido. Kircheis era parte de él, y cuando Kircheis estaba vivo, Reinhard había vivido una vida doblemente grande tanto en cantidad como en calidad.

“Lo que Reinhard von Lohengramm sintió con respecto a Siegfried Kircheis no fue, en última instancia, nada más que un intento de embellecer su propia vida como se refleja en un espejo.”

Tal fue la evaluación desdeñosa de ciertos historiadores posteriores. Sólo se puede decir que tuvieron la suerte de haber nacido generaciones después del propio Reinhard. Si el káiser hubiera escuchado sus comentarios, su rabia habría superado con creces su magnanimidad.

En el hotel Silver Wing, donde se alojaban los comandantes imperiales, había un salón con una gran ventana de cristal polarizado que ofrecía una vista casi sin obstáculos del puerto espacial central de Heinessen.

La sala todavía resonaba con las secuelas de las celebraciones del nacimiento del príncipe, pero en general la atmósfera se había calmado. Los almirantes sentados con su café delante de ellos parecían aves de presa que

descansaban sus alas — una bandada de águilas marinas doradas cuyas alas los habían llevado más lejos de lo que ninguno de su especie había llegado antes.

“Parece que Kessler casi ha destruido la organización subterránea de la Iglesia de Terra en Phezzan.”

“Lo ha hecho, ¿verdad? Este está resultando ser un buen año para el deshierbe.”

“Ese escurridizo Rubinsky también ha quedado atrapado en la red de la ley. Parece que el Prinz Alec crecerá bajo circunstancias extremadamente favorables.”

“Pero fue nuestro ministro de asuntos militares quien atrapó a Rubinsky en esa red, ¿no? ¿Qué piensas de eso, Wittenfeld?”

Sintiendo una pizca de ridículo en la pregunta de Wahlen, Wittenfeld reclutó sus piernas, su rodilla golpeando la mesa y poniendo a bailar las tazas de café. Afortunadamente, todas ellas ya estaban vacías.

“Si un goblin atrapa a un diablo, ¿qué puede hacer un hombre sino esperar que se derriben entre ellos? Pensé más en Rubinsky que eso, para ser honesto. Tumor cerebral inoperable o no, ¡qué anticlímax para él ir directamente a la funeraria!”

La postura de Wittenfeld era bastante insensible, pero tenía una persuasión peculiar, y los demás no pudieron evitar unas pocas sonrisas de lástima.

Todos los oficiales imperiales de más alto rango estaban reunidos en la sala, excepto von Oberstein y Kessler: Mittermeier, Müller, Wittenfeld, Mecklinger, von Eisenach y Wahlen. El grupo era menos de la mitad de lo que había sido inmediatamente después de la victoria de Reinhard en la Guerra de Lippstadt. Cuán numerosos eran sus colegas perdidos y sus recuerdos imperecederos— ¡y cuán valiosos! En el fondo, sabían que el mar de estrellas en el que navegaban era también un mar de sangre. El pensamiento trajo un momento de solemnidad, pero también la

comprensión de que no sentían ningún remordimiento. Mecklinger, de pie junto a la ventana que miraba a las calles de abajo, se giró cuando oyó abrirse la puerta.

El almirante Karl Eduard Bayerlein, un subordinado de Mittermeier, entró corriendo en la habitación y saludó a los oficiales reunidos. Bajando la voz, hizo una especie de informe a su oficial superior. Al principio la tensión de Bayerlein se trasladó a Mittermeier, pero el mariscal se aseguró de disiparla antes de volver a sonreír a sus colegas.

“Caballeros”, dijo. “Acabo de recibir la noticia de que casi todas las fuerzas militares de Iserlohn han abandonado el corredor de Iserlohn y se dirigen a Heinessen.”

Una sorpresa silenciosa se agitó en el aire, y varios hombres con uniformes negros y plateados saltaron de sus sillas. Uno de ellos, sin embargo, que se quedó quieto mientras miraba una partida de ajedrez en 3D, sólo asintió con la cabeza antes de mover su caballo.

“Jaque mate”, dijo.

Su voz era baja, sólo para sus propios oídos, pero resonaba en el silencio que le rodeaba. Cada uno de sus colegas mostró sorpresa a su manera mientras lo miraban fijamente. Era la primera vez que alguno de ellos, excepto Mittermeier, le oía hablar.

Era el 18 de mayo de 1600, 3° año del Nuevo Calendario Imperial.

CAPÍTULO SIETE: CAMINO DE LA ESTRELLA CARMESÍ

I

La coincidencia en el nivel táctico no es más que el resplandor fragmentario de la necesidad en el nivel estratégico.

-Yang Wen-li.

HACIA FINALES DE MAYO en el 3° año del Nuevo Calendario Imperial, 801 SE, la Armada Imperial Galáctica y el Ejército Revolucionario de Iserlohn chocaron en una confrontación a gran escala. Cuando se ordenaron y examinaron los hechos de la superficie, todo parecía haber resultado de un accidente menor y desafortunado.

Comenzó con una pequeña nave espacial civil en un rumbo que la sacaría del antiguo territorio de la alianza, ahora controlado por el Imperio, y la llevaría al corredor de Iserlohn. La nave estaba muy por encima de su capacidad de carga, con más de 900 almas a bordo — jóvenes y viejos, hombres y mujeres — buscando la libertad y la liberación. A pesar de llevar el gran nombre de *New Century* , la nave espacial era vieja y estaba estropeada, y su motor acabó funcionando mal. Una transmisión en busca de ayuda de Iserlohn llamó la atención de las fuerzas imperiales, deshaciendo todos sus esfuerzos por pasar desapercibidos a través de la red de patrullas del imperio.

"Los ideales son flores macabras, que se alimentan del cadáver de la realidad. Un ideal requiere más sangre que un ejército de vampiros, y esa sangre se toma tanto de sus partidarios como de sus oponentes."

Esta ironía, más exagerada que incisiva, podría, a veces, ejemplificar una parte de la verdad. Esta puede haber sido una de esas ocasiones para el pueblo de la República de Iserlohn. No importa cómo pueden haber refunfuñado en privado en el momento inoportuno del Nuevo Siglo y desear que pudieran ignorar su llamada de ayuda, quedarse quietos y ver como los buscadores de la libertad caían de nuevo en las garras del imperio era una cosa que la República de Iserlohn nunca podría hacer. Por supuesto, sus líderes habían sido testigos de los acontecimientos políticos y militares de los últimos años desde el punto de vista más cercano posible, lo que les hacía lo suficientemente cínicos como para preguntarse si el varamiento de la nave podría ser una operación subversiva del Imperio. Sin embargo, dada la naturaleza del Kaiser Reinhard, esto parecía poco probable. Al final, el ejército de Iserlohn se embarcó en una pequeña misión de rescate.

La misión pronto se convirtió en un ejemplo demasiado clásico de una batalla que surge de un encuentro fortuito. Sorprendido por la repentina aparición de las naves de Iserlohn, el comandante imperial que había venido a investigar al *New Century* que pidió ayuda a los aliados cercanos, y en poco tiempo el Almirante Droisen llegó con su flota, obligando a Iserlohn a lanzar una movilización a gran escala en respuesta. La batalla acabó involucrando a miles de naves y duró dos horas hasta que Droisen, al darse cuenta de que en las condiciones actuales sería una locura seguir persiguiendo una victoria táctica, retiró su flota. Sin embargo, cuando las naves de Iserlohn se dieron la vuelta para marcharse, inmediatamente hizo una demostración de persecución, de modo que mientras reunía más y más aliados a su lado, las fuerzas de Iserlohn no podían darle la espalda, para no ser atacadas por la retaguardia. Incluso cuando Julián envió a los agradecidos pasajeros de *New Century* a Iserlohn, sintió una especie de temor mezclado con arrepentimiento. Sospechaba que este encuentro despertaría la sed de guerra del Kaiser.

Un estudio de la corta vida de Reinhard von Lohengramm mostrará que nunca terminó una movilización de tropas con una mera demostración de

fuerza. Siempre se sumergió en la batalla. Por eso se decía que el gusto por la guerra estaba en el carácter del Kaiser, y por eso su corto reinado estaba pintado con un profundo carmesí y un lustroso oro.

Bajo el liderazgo de Julián, el ejército de Iserlohn había concentrado sus principales fuerzas cerca de la entrada del corredor, preparándose para responder a eventos que no podían prever. Con el asesinato de Yang Wen-li el año pasado y el motín de este año en la prisión de Ragpur, sus intentos de negociaciones pacíficas fueron frustrados por elementos externos no una sino dos veces, y estas cosas quizás inevitablemente tendían a engrosar su armadura psicológica. Así, sin importar las condiciones que prevalecían, las hostilidades abiertas eran inevitables.

Julian no deseaba rechazar el llamamiento del káiser Reinhard a las negociaciones, pero tampoco tenía intención de rendirle un homenaje servil y unilateral.

Yang había hablado a menudo con Julian sobre la personalidad y los valores de Reinhard. “Saltaría a las llamas sin pensarlo dos veces si fuera por el bien de sus ideales, sus ambiciones, o por supuesto por lo que ama — u odia. Esa es la clase de hombre que es, y espera lo mismo incluso de sus enemigos. Es por lo que todavía siente la pérdida de Siegfried Kircheis tan profundamente, e imagino que es también la razón de su desprecio por nuestro líder, Job Trünicht.”

Si la democracia era tan valiosa, ¿por qué Trünicht se rindió mansamente a la autoridad autocrática en lugar de defender con su vida la libertad política de la alianza? ¿Por qué la voluntad y las elecciones de la ciudadanía habían concedido a un hombre como Trünicht autoridad y seguridad en primer lugar? Estas preguntas deben haber dejado a Reinhard totalmente desconcertado. Hoy en día, el káiser buscaba sin duda su enemigo ideal en el puñado de personas que aún se reunían en torno a Iserlohn.

“Dejando a un lado los sentimientos de Reinhard, mientras estemos encerrados en la fortaleza con una importante fuerza militar a nuestra disposición, el imperio y sus militares van a estar inquietos. En algún momento, Iserlohn se convertirá en una carga no para ellos, sino para

nosotros.”

“¿Quieres decir que deberíamos abandonar a Iserlohn?”

“Déjame decirlo de esta manera: si nos aferramos a él demasiado tiempo, terminará por reducir nuestras opciones, tanto políticas como militares.”

Yang había mantenido la discusión en un nivel abstracto, pero estaba claro para Julian que no tenía intención de mantener la Fortaleza Iserlohn como una base permanente para el gobierno democrático. La pregunta que le surgió a Julian fue cómo maximizar la ventaja táctica de mantener Iserlohn en este momento.

Julian había heredado el respeto de Yang por la magnífica habilidad y ambición del Kaiser Reinhard. Pero también había heredado el hábito de su guardián de analizar y vigilar incesantemente los peligros que esa habilidad y ambición ocultaban. Eso podía ser peligroso, sin embargo, al igual que mirar directamente al sol era peligroso para los ojos.

A bordo del *Ulises* , Julian explicó su pensamiento a von Schönkopf, Attenborough y Poplin. Reinhard probablemente estaba dispuesto a negociar con la República de Iserlohn, les dijo, pero no antes de una batalla. La voluntad de derramar sangre por sus ideales era una de las varas con las que el káiser medía a sus adversarios.

Von Schönkopf y sus subordinados en la jerarquía militar acogieron con agrado la perspectiva de una batalla. Attenborough también estaba convencido del razonamiento de Julian, pero tenía una pregunta propia.

“¿Significa esto que la historia condenará al káiser por ser demasiado sanguinario y despiadado en su ambición?”

“No, lo más probable es que sea visto como un gran hombre cuyos métodos se justificaron por sus logros.” Tal vez por la fatiga, Julian estaba de un humor amargo, y su voz dejaba púas en los canales auditivos de todos los presentes. “Los historiadores juzgan el derramamiento de sangre por su eficacia. Si cien millones más mueren antes de que la galaxia se unifique,

todo lo que dirán es: ‘La hazaña de época de la unificación galáctica se logró a costa de sólo cien millones de vidas’.”

Julian suspiró. Hubo un breve silencio.

“No es propio de ti hablar así, Julian”, dijo finalmente von Schönkopf. “¿Te estás volviendo cínico con nosotros? ¿Vas a escribir un libro de púas ingeniosas para las generaciones futuras?”

“Lo siento”, dijo Julian, sonrojándose. “Sólo me puse un poco nervioso.”

En realidad, sin embargo, no había dicho nada que exigiera una disculpa. Su vergüenza había sido la audacia que había mostrado al analizar la psique del Káiser Reinhard, que le superó (si no a Yang) en capacidad, experiencia y logros. Por encima de todo, la ocupación de Julián en ese momento no era la de historiador sino la de líder militar. En cuanto a la eficacia del derramamiento de sangre, no le correspondía juzgar, sino ser juzgado.

Reinhard mandó a sus comandantes con rango de almirante superior o más alto, junto con todos los oficiales de estado mayor directamente asignados al cuartel general, al cuartel general temporal de Heinessen. Aunque esto tomó la forma de una reunión del consejo imperial, Reinhard no estaba dispuesto a discutir los pros y los contras de la movilización de las tropas. Al contrario, el objetivo de Reinhard era asegurar que su deseo de guerra, su voluntad de luchar, fuera compartida en su totalidad por cada almirante bajo su mando.

“Si nos atacan con fuerza militar, no tenemos ninguna razón para evadir ese desafío. Es por eso que dirigí esta expedición aquí en primer lugar. El mismo día que nos provoquen, los guiaré a todos desde Heinessen para derribarlos.”

Observando a su almirantazgo reunido, Reinhard detectó un deseo de hablar en la mirada de Neidhart Müller. Indicó con sus ojos que esto estaría permitido, y el almirante de pelo arenoso y ojos arenosos habló con total

sinceridad.

“No quiero subestimar a los enemigos de Su Majestad, pero este asunto no me parece que dependa de la supervivencia del imperio. No parece necesario que Su Majestad vaya al campo de batalla personalmente. Humildemente le ruego a Su Majestad que permanezca en Heinessen mientras nosotros, sus súbditos, nos ocupamos de la lucha.”

La mirada de Reinhard se volvió irónica, la luz de sus ojos azul hielo bailando como estrellas fugaces. “¿Con qué propósito he dirigido las fuerzas del imperio aquí? ¿Para recompensar las insolentes provocaciones de los republicanos con una sonrisa de bienvenida? Creo que no. Su preocupación por mi persona, Müller, es notoria, pero en esta ocasión es innecesaria.”

En esta ocasión, Mittermeier pidió permiso para hablar, que también le fue concedido.

“Si me permite, Su Majestad. Su Majestad el Kaiserin y la Archiduquesa von Grünewald esperan su regreso a salvo en Phezzan. Yo también preferiría que Su Majestad dirigiera esta batalla desde la retaguardia.”

“Vaya, Mittermeier, creía que también tenía una esposa y un hijo rezando por su regreso a salvo. ¿Qué hace que la exposición al peligro sea aceptable en su caso, pero no en el mío?”

Las palabras de Reinhard fueron mordaz, pero no irrazonables, robándole a Mittermeier cualquier otro contraargumento. El mariscal imperial guardó silencio.

En la Armada Imperial, no había ninguna razón válida para evitar el combate. Derrotar a Iserlohn permitiría finalmente la unificación de toda la humanidad bajo el Goldenlöwe. La Armada Imperial había desplegado más de cinco veces la fuerza militar del Ejército Revolucionario de Iserlohn, tanto alrededor de Heinessen como en todo el sistema Baalat. Estaban mejor equipados y mejor abastecidos. Si Iserlohn buscaba la guerra, el imperio tendría que aprovechar esta oportunidad para forjar un camino más

corto hacia la paz y la unificación.

Si había algún motivo de preocupación, era el hecho de que las redes de suministro, transporte y comunicación a través de la Neue Land eran todavía algo inestables. Sin embargo, desde el arresto de Adrian Rubinsky, el grado de perturbación había caído bruscamente. La decisiva actuación de Von Oberstein como Ministro de Asuntos Militares había llevado la enredada conspiración hasta la raíz, como incluso Mittermeier tuvo que reconocer.

Wahlen, en parte porque las fuerzas bajo su mando aún se reducían a la mitad, recibió la orden de custodiar Heinessen. Esto significaría quedarse con von Oberstein, lo que era una perspectiva poco grata en muchos sentidos, pero las órdenes del Kaiser no podían ser rechazadas. Von Oberstein también había indicado su oposición a la presencia personal de Reinhard en cualquier expedición militar, pero sin ninguna insistencia fuerte, y aceptó sus órdenes con una reverencia silenciosa.

Reinhard hizo que su ayudante Emil trajera una botella de vino y copas, y luego recorrió la sala él mismo sirviendo una copa a cada uno de sus generales. Cuando terminó, se sirvió una copa de la cosecha 424 también.

"Yang Wen-li nunca luchó a menos que hubiera una posibilidad de victoria. Lo respetaba por eso, pero me pregunto, ¿qué hay de su sucesor?"

La pregunta no iba dirigida a sus almirantes, pero tampoco era una reflexión privada. De repente, levantó la voz.

"¡Mittermeier!"

"Sí, Su Majestad."

"Partirás un día antes que yo y prepararás un escenario adecuado para nuestra batalla decisiva con los republicanos. Toda la línea del frente estará bajo tu mando. El ala izquierda será la de von Eisenach, la derecha la de Wittenfeld, y Müller, usted comandará la retaguardia. Mecklinger, usted me acompañará como mi consejero principal. ¡Ahora, adelante!"

Reinhard levantó su copa de vino rojo vivo, la vació de un solo trago y la tiró al suelo, donde se rompió. Sus almirantes le siguieron y pronto el suelo se cubrió de brillantes fragmentos, recordando la galaxia de estrellas que habían aplastado bajo sus botas.

II

Reinhard estaba flotando en el espacio infinito.

El puente de la nave insignia de la Armada Imperial, *Brünhild* , formaba un vasto hemisferio, y toda su mitad superior era una pantalla de visualización. Dispersas por la galaxia, innumerables partículas de luz y oscuridad se vertían a través de esta pantalla y sobre Reinhard en el asiento del comandante. Con todo su cuerpo inmerso en la corriente y la interacción de la luz y la oscuridad sincronizada con los latidos de su corazón y su respiración, se sintió unido a la galaxia misma. Estos momentos fueron la cima de la alegría para él. Sintió la lluvia de estrellas en la raíz de su alma, sintió que cada célula de su cuerpo se movía de acuerdo con el orden cósmico. *Brünhild* estaba actualmente atracado en la región estelar de Shiva, a doce días de Heinessen, pero en ese momento, tales nombres no significaban nada. Era parte de la galaxia, la galaxia era toda suya, y nadie podía separarlas.

En ese momento, Reinhard sabía que tenía una fiebre leve, pero no había hablado de ello con sus vasallos o con su asistente personal. Si lo hubieran sabido, seguramente le habrían encerrado en su residencia con vistas a la Rosaleda de Invierno en Heinessen hasta que se recuperara. La idea de sí mismo como un inválido no podía encontrar sitio en su conciencia, y fue expulsado de su cuerpo por completo.

“Es mejor luchar y lamentar el resultado que lamentar no luchar en absoluto.” Aunque se atribuye a Reinhard en épocas posteriores, este

aforismo no se puede encontrar en ninguna fuente histórica fiable relativa a él. Sin embargo, parece haber causado una profunda impresión en mucha gente como una vívida representación del aspecto de Marte del Kaiser.

Reinhard estaba tomando una taza de café con crema que Emil von Salle le había traído cuando la voz tensa de un operador llenó el puente.

“¡Enemigo a la vista! Distancia 106,4 segundos luz, aproximadamente 31,92 millones de kilómetros. La primera brecha en la zona roja se estima en 1.880 segundos a partir de ahora.”

Un pescador gigantesco, sin ser visto, lanzó su red de preocupación sobre la Armada Imperial. Ni siquiera aquellos que habían cortado filas a través de innumerables campos de batalla y se enfrentaron a innumerables muertes se habían acostumbrado a la mano fría y temblorosa que tocaba sus estómagos, pulmones y corazones.

Finalmente, la flota enemiga apareció en la pantalla como un grupo de puntos brillantes en la oscuridad interminable. La computadora calculó su formación y la proyectó holográficamente. Después de unos segundos de observación, Reinhard permitió que estuviera a su altura.

“Les falta experiencia, pero hay algo en ellos que vale la pena observar”, dijo. Había comenzado su carrera militar seis años antes que Julian, y sus logros marciales eran incomparablemente superiores tanto en calidad como en cantidad. Este junio marcaría diez años desde que completó su educación principal y experimentó la batalla por primera vez. ¡Qué larga y corta había sido esa década! Mientras las cosas que había perdido y las que había ganado pasaban por delante del ojo de su mente, les hablaba por el micrófono a sus tropas.

“Antes de que comience el combate, un recordatorio para todos ustedes. Mientras la dinastía Lohengramm perdure, sus kaisers siempre liderarán la Armada Imperial Galáctica desde el frente.”

La voz del káiser llenó el puente como el agua llena su nave.

“Hablo por mí y por mi hijo también. Ningún Kaiser de Lohengramm se esconderá jamás detrás de sus hombres, dirigiendo las guerras desde la seguridad del palacio. Les prometo a todos ustedes: la dinastía Lohengramm nunca será dirigida por un cobarde.”

El momento de quietud que siguió fue destrozado por un entusiasmo salvaje.

“¡Sieg Kaiser Reinhard! ¡Sieg Prinz Alec!”

Estos gritos dominaron los circuitos de comunicación de la armada, comenzando en *Brünhild* y extendiéndose a toda la flota. Mittermeier y los demás almirantes asintieron, cada uno en el puente de su propia nave insignia, cada uno con una expresión diferente. ¡Qué orgullosos estaban de que su káiser siempre le diera la espalda a sus aliados y el pecho desnudo a sus enemigos!

Y entonces…

“¡Feuer!”

“¡Fuego!”

A las 8:50 del 29 de mayo, comenzó la batalla de Shiva.

Comenzó como un intercambio de fuego relativamente ordenado. Lanzas de luz atravesaron la piel de la antigua noche para rebotar en los campos de energía de las naves opuestas, creando un espectáculo como un millón de pájaros de fuego bailando juntos. Un espectáculo tan misterioso y fantasmagórico no podría existir en este mundo excepto como el traje formal de la muerte.

Después de quince minutos de cañonazos, el ala izquierda del Ejército Revolucionario de Iserlohn se retiró. Como si fuera atraída por su oponente, el ala derecha de la Armada Imperial comenzó a avanzar, pero el comandante del ala saltó para detenerla.

“¡No les des lo que quieren!” Wittenfeld dijo. “Sólo pueden ganar atrayendo a nuestras fuerzas dentro del rango de tiro del Martillo de Thor. No se dejen engañar por tales obvios engaños.”

La indulgencia en este orden puede haber estado fuera de carácter para él, pero se extendió por toda la formación de los Lanceros Negros y frenó su avance. Cuando las fuerzas de Iserlohn detuvieron su retirada y lanzaron un contraataque, los Lanceros Negros aprovecharon la oportunidad para retroceder ellos mismos.

En 1010, después de varias repeticiones de este patrón de avance y retroceso, Attenborough hizo un ruido irritado y renunció a intentar atraer a los Lanceros Negros hacia el punto de mira de Iserlohn. Se quitó la boina negra con su estrella blanca de cinco puntas, se volvió hacia su oficial de estado mayor Lao y se encogió de hombros. “Parece que nuestro imprudente jabalí Wittenfeld ha añadido algunas palabras a su diccionario, como ‘prudencia’ y ‘precaución’. ¿Qué espera lograr jugando a ser un intelectual en este momento?”

Las fuerzas imperiales que participaron en la Batalla de Shiva incluían unas 51.700 naves y 5.842.400 soldados, mientras que Iserlohn tenía 9.800 naves y 567.200 soldados. La ventaja numérica del imperio era abrumadora, y el Ejército Revolucionario de Iserlohn se vio obligado a desplegar naves con tripulaciones esqueléticas. Esta era una debilidad, pero también era la matriz a partir de la cual se generaba un nuevo ardid.

Julian ordenó a *Ulises* que avanzara. No había hecho un anuncio de intenciones como Reinhard, pero el joven comandante de pelo de lino también había decidido ponerse a la cabeza de sus fuerzas, aceptando el peligro. Esto fue, por supuesto, debido a la influencia de Yang, pero en ese momento Julian puede haber tenido algunas tendencias de jabalí.

Grandes bolas de fuego florecieron como flores en el sector de adelante.

Ulises se metió de lleno en la maraña de energía sin siquiera reducir su ritmo. La estructura de la nave gimió y se estremeció, pero finalmente Ulises emergió, aparentemente arrojado por la tormenta de energía, en un

ángulo diferente al que había entrado. Directamente delante, un desafortunado crucero imperial exponía su flanco de estribor.

Gruesos rayos de energía al rojo vivo rugieron del cañón principal de *Ulises* , desgarrando el crucero incluso cuando comenzó a aparecer desesperadamente. Un nuevo destello de luz atravesó la explosión iridiscente. El campo de neutralización de energía de *Ulises* brillaba como una fina túnica con forma de joya, pero su suerte siguió siendo fuerte y cambió de rumbo para esquivar los cañones adicionales mientras devolvía el fuego.

A seis kilómetros del puerto de *Ulises* , una nave aliada fue bañada por el fuego imperial. La nave continuó avanzando mientras se desintegraba, convirtiéndose en una nube de partículas metálicas y de energía en segundos, y desapareciendo en un destello de luz. La energía de la destrucción y la matanza atravesó el vacío en torrentes, creando bolas de fuego y luz como agujeros perforados en una pared negra.

El pequeño avance de la flota de Iserlohn casi rebotaba en la impenetrable pared de la Armada Imperial. Ni Mittermeier al frente, ni von Eisenach a la izquierda, ni Wittenfeld a la derecha permitieron que su formación se tambaleara mientras continuaban frenando los intentos de la flota de Iserlohn de penetrar en sus filas. Esta no fue una estrategia pasiva. Bajo las órdenes del Kaiser, almacenaban la energía que envolvería y aplastaría a las fuerzas de Iserlohn en acero, llamas y rabia. Pero Reinhard no encontraba el momento adecuado para un ataque frontal.

“El sucesor de Yang Wen-li es bastante hábil”, se dijo a sí mismo. “¿O esto es obra de Merkatz?”

El rubor carmesí en sus mejillas de porcelana no era sólo por la excitación. Su cuerpo ligeramente febril anhelaba agua. También sintió un ligero escalofrío. Su condición era ahora demasiado pobre para ignorarla, lo cual era desagradable en sí mismo. Su espíritu y pasión no se habían debilitado en lo más mínimo, pero su concentración parecía estar decayendo. Irritado, Reinhard se puso un dedo blanco en sus labios secos y examinó la pantalla.

“Su Majestad. ¡Su Majestad!”

La voz entró en su conciencia después de que varios entrelazamientos desordenados de luz y oscuridad se imprimieran en sus retinas. Reinhard cambió su mirada para ver los rostros del Almirante Mecklinger, consejero principal del Cuartel General Imperial, y del Vicealmirante von Streit, su ayudante imperial más antiguo. Sus rostros tenían una serie de expresiones desconocidas: preocupación, ansiedad, y sobre todo, ese aspecto que llevan los sanos cuando cuidan de los enfermos. Reinhard respondió con una sonrisa, pero le faltaba un poco de dulzura y generosidad, y de hecho se acercó a una sonrisa de pocos milímetros.

“¿Qué pasa? ¿Ves la sombra de una maldición en mi cara?” bromeó. “Billones de personas podrían haber intentado echarme una, sobre todo el Marqués de Braunschweig.”

Mecklinger reconoció el inexperto intento de humor del káiser con un solemne saludo.

“Mis disculpas. Parecía que Su Majestad estaba fuera en una galaxia completamente diferente…”

Reinhard suspiró acaloradamente. Sin embargo, no era su corazón el que estaba caliente, sino sus pulmones y sus vías respiratorias.

“Entiendo”, dijo. “Antes de pensar en otras galaxias, es mejor que tome el control total de esta. Confiaré en su ayuda.”

El káiser cerró la boca, y el ambiente de negocios del Cuartel General Imperial pareció restaurarse en el puente de *Brünhild* .

III

Julian Mintz puede haber sido más audaz, o quizás más descarado, de lo que él mismo se dio cuenta. Una vez que determinó que las fuerzas de Iserlohn no podrían volver a la fortaleza sin enfrentarse a la Armada Imperial, decidió aceptar la situación. Su intención desde el principio había sido igualar el ingenio y el valor con el vasto poder del imperio usando sólo las fuerzas mínimas disponibles para él. Nunca había habido ninguna posibilidad de un entorno perfectamente preparado. Esto no le dejó otra opción que seguir adelante con el combate y buscar el camino de la victoria a medida que avanzaba.

Por naturaleza, Julián pudo haber sido más táctico que estratega, y en ese sentido no era tanto un 'mini-Yang' como un 'mini-Reinhard'. Pero Yang había sido para él el tipo de mentor que Reinhard nunca tuvo, dejando no poca huella en su razón así como en su sensibilidad. Julian había buscado convertirse en un militar, pero sólo como subordinado o teniente de Yang — nunca como su sucesor. Las fuerzas de Iserlohn eran la Flota Yang para Julian, y esta visión algo sesgada era bastante comprensible dada la vida que había llevado.

Iserlohn sólo tenía una fracción de las naves de la Armada Imperial, y la situación de sus tropas era aún más grave. En circunstancias normales, se habría necesitado al menos un millón de soldados para luchar en esta batalla. Con sus números reales a la mitad de ese nivel, era simplemente imposible tripular cada nave de la flota. También había límites para el control centralizado desde el puente.

Julian compensó esta grave desventaja con una estratagema casi demasiado audaz. Hizo que una décima parte de las naves de Iserlohn funcionaran de forma autónoma y las colocó en la parte trasera del flanco izquierdo de la flota, dando la impresión de que se mantenían en reserva. Si las fuerzas imperiales detectaban el ardid y concentraban sus ataques en esta parte de la formación, las líneas de batalla de Iserlohn se desmoronarían en un instante.

Si Reinhard hubiera estado en plena salud, podría haber visto a través del truco de Julian, de hecho, casi seguro que lo habría hecho. Estrictamente hablando, no era más que una variación de una táctica usada una vez por Yang, que a menudo había usado naves automatizadas como accesorios en

sus espectáculos de magia; más atrás en los anales de la historia de la táctica, el Mariscal Sidney Sitolet había usado estos métodos en un ataque a la propia Fortaleza Iserlohn. En cierto modo, las naves automatizadas eran una tradición de la alianza.

Debido a que esta unidad particular de naves automatizadas a menudo fingía en dirección al corredor de Iserlohn o al flanco derecho de la Armada Imperial, los comandantes imperiales se veían obligados a ahorrar parte de su atención para ello y preparar una respuesta. Sólo esto habría hecho que las naves fueran una presencia efectiva en el campo de batalla. Como táctico, sin embargo, Julián era más codicioso que eso.

Si se le daba la oportunidad, tenía la intención de utilizar las naves autónomas como señuelo mientras atacaba directamente a la nave insignia de Reinhard, el *Brünhild* . No esperaba que Reinhard cayera en un truco tan obvio, pero la única otra forma en que las fuerzas de Iserlohn podían ganar era atrayendo a sus homólogos imperiales al alcance del cañón principal de la fortaleza de Iserlohn, el Martillo de Thor. Julian se preguntó si se había visto tan atrapado en las circunstancias que había cometido un error de juicio estratégico, pero seguir esa línea de pensamiento en este punto equivalía a un deplorable perfeccionismo — una de las tendencias menos saludables que había heredado de Yang.

En cuanto a Reinhard, se había decidido por un enfoque directo de la batalla.

“No hay necesidad de estratagemas enrevesadas. Lanza ataques en una cadena interminable e ininterrumpida hasta que el enemigo esté en tierra.”

Un gran número, líneas de suministro fiables, y la correcta utilización de ambos: como Yang Wen-li, Reinhard sabía que el verdadero camino a la victoria estaba en estas cosas. Su voluntad de conquista tenía a la razón como compañero, y esta razón siempre había evitado que su genio se desbocara. En esta ocasión, sin embargo, una leve inquietud sobre sus propios poderes de concentración había obligado a una nota de precaución en sus tácticas. Mientras consideraba la formación y los movimientos del enemigo, Reinhard murmuró para sí mismo, “Una formación tan profunda,

y con tan pocas naves… veo que Merkatz no ha perdido nada de su habilidad.”

A Wiliabard Joachim Merkatz no le importaban las estratagemas sorprendentes. Firme, minucioso e infaliblemente racional: este era el consenso en los libros de texto sobre su enfoque de la estrategia militar. En sus últimos años, Reinhard von Lohengramm y Yang Wen-li lo superaron con su deslumbrante brillantez, pero eso es precisamente lo que lo convirtió en el modelo que el oficial medio de las generaciones posteriores se esforzaría por emular. Pocos se atrevieron a poner sus miras en convertirse en el próximo Yang o Reinhard, y ninguno lo logró.

Ardientes cañonazos se fusionaron en bandas de terrible luz que dispersaron partículas orgánicas e inorgánicas a través del vacío, retorciéndose en vastas nubes que eran en sí mismas como seres vivos malévolos.

Las fuerzas de Iserlohn lucharon valientemente, pero estaban tan superadas en número que no estaba claro cuánto tiempo podrían durar.

“¿Cómo se supone que vamos a volar este crucero con sólo cincuenta y dos hombres? ¿Cómo? ¿Presionar a las arañas también?”

“No sabes lo bien que lo tienes. Una vez formé parte de un grupo de ochenta hombres que tuvieron que dejar de lado un festín por trescientos. Era para el segundo matrimonio de un comandante, pero la novia se fugó con el hijo del novio. La recepción fue cancelada y nos quedamos con una montaña de comida.”

“¿Oyen eso, muchachos? Olvida las arañas, esta nave tiene una especie de híbrido de buey y cerdo a bordo. ¡Apuesto a que su estómago llega hasta la parte superior de su cráneo!”

Incluso al borde del desastre, las tropas de Iserlohn continuaron intercambiando bromas e insultos, como venían haciendo desde los días en que se les conocía como la Flota Yang. Como dijo Olivier Poplin, “Cada broma es una gota de sangre.”

Cuando Julian era más joven, se consideraba parte de esta camaradería, pero tras la muerte de Yang su gusto por el humor y la ironía casi se había desvanecido, reemplazado por una dolorosa seriedad. Su sentido del humor había dependido enteramente de la presencia de un catalizador llamado Yang Wen-li.

Además, la situación de Julian en ese momento era, en cierto sentido, lo opuesto a la del Kaiser. Reinhard, el conquistador histórico, se vio obligado a tener en cuenta el impacto de su estado físico en su condición mental; Julián, el líder rebelde, tuvo que tener cuidado de evitar que su estado mental interfiriera excesivamente en su condición física.

Los rayos de luz de la pantalla iluminaron el rostro de Julián en colores vivos. No había dormido durante más de veinticuatro horas. Sus nervios estaban tan alterados que, de forma patética, no había sido capaz de hacerlo.

Julian estaba desgarrado por lo que tenía que hacer. Las maniobras de la Armada Imperial no eran tan ágiles como él esperaba. Su fuego de cañón era denso y sus formaciones amplias y profundas, pero ¿no había habido antes más dinamismo en las tácticas del Kaiser Reinhard? La lentitud, sin embargo, también significaba solidez, y Julian fue incapaz de encontrar ninguna apertura para los trucos para agitar la flota imperial. Con su número mínimo, lo más importante para las fuerzas de Iserlohn era evitar ser arrastrados a una prolongada batalla de desgaste.

“Las trampas tienen más éxito cuando puedes engañar al enemigo para que crea que sus predicciones eran correctas o que sus esperanzas se cumplieron”, le había dicho Yang una vez. “El dinero va en la parte superior del pozo.”

Julian veía a Yang como el más grande psicólogo de la historia militar. Si esta evaluación era demasiado generosa, ‘entre los más grandes psicólogos’ no lo era. Muchos de los temidos y famosos almirantes de Reinhard aparecieron en la carrera de Yang como enemigos honorablemente derrotados; la mayoría de las veces, habían caído víctimas de alguna trampa psicológica tendida por Yang. De hecho, el propio Reinhard había hecho lo mismo.

El Mariscal Wolfgang Mittermeier, comandante en jefe de la Armada Espacial Imperial, era por naturaleza un maestro de las maniobras rápidas como el rayo, pero también sabía cómo controlar el impulso de golpear para obtener una ventaja momentánea. Esto es lo que le permitió desatar la fuerza explosiva justo cuando el momento era el adecuado. Sin embargo, lejos de la estribor de Mittermeier, el ‘acto de los dos zapatos’ de Wittenfeld (como lo llamó Attenborough) ya no podía mantenerse. A las 2330 del 30 de mayo, los Lanceros Negros que formaban el ala derecha de la flota imperial comenzaron una feroz maniobra.

Bajo el mando de Wittenfeld, se abrieron en arco hacia el ala izquierda de las fuerzas de Iserlohn, trazando pálidos senderos de plata a través del vacío de tinta, descendiendo sobre ellos como un vasto y voraz ave de presa.

“¡Enemigo entrante!”

El operador de las fuerzas de Iserlohn sonaba agitado. No fue fácil mantenerse firme contra la amenaza y la presión de la carga de los Lanceros Negros, sus naves se agrandaban en la pantalla a cada segundo. Miles de rayos de energía y misiles llovieron sobre las naves de Iserlohn, provocando un motín de explosiones; algunas vívidas, otras incoloras. Las órdenes de Attenborough se extinguieron, y la flota de Iserlohn se enfrentó al asalto con una cortina de calor y luz propia.

Finalmente, el puente apareció ante él. Vio a sus oficiales de estado mayor enderezarse y saludar. Pero entonces su visión se balanceó y rápidamente se oscureció. A Reinhard le pareció que gritaba, pero no se le notaba en el oído.

“¡Su Majestad!”

El grito de Emil provocó escalofríos en todos los oficiales del Estado Mayor del Cuartel General Imperial. Ante sus ojos, el joven e invencible conquistador se había derrumbado. Formalmente, Reinhard nunca había inclinado la cabeza ante nadie más que el kaiser de la Dinastía Goldenbaum; ahora, su melena dorada había sido forzada a un beso no

deseado con el suelo del puente. Sus ojos estaban cerrados; la sangre que se veía a través del blanco inorgánico de sus mejillas ardía con una insana luz carmesí. El Comodoro Kissling y el Teniente Comandante von Rücke corrieron a su lado, levantándolo del suelo entre ellos. Gritos de ira y órdenes volaron de un lado a otro de la habitación, y los médicos y enfermeras se precipitaron mientras una tensión muy cercana al terror electrificaba el aire. El káiser inconsciente fue colocado en una camilla y llevado de vuelta por donde había venido, con Kissling, von Rücke y Emil a su lado.

El almirante Mecklinger tenía la cara algo pálida, pero parecía haber mantenido la compostura. Se dirigió a un médico cercano.

“Médico”, dijo.

“¿S-Sí, señor?”

“No crea que esta vez bastará con las ‘causas desconocidas’. Determine qué es lo que enferma al Kaiser y administre el mejor tratamiento posible.”

En privado, el médico agradeció que el caballero Mecklinger fuera el consejero principal del Kaiser y no Wittenfeld. Pero su gratitud fue prematura, ya que se dio cuenta cuando Mecklinger lo agarró por el cuello.

Los ojos del “Artista-Almirante” parpadeaban con una llama azul, ardiendo en el cero absoluto. “Entienda, médico, que su posición trae consigo ciertas responsabilidades. Si no puedes ayudar al paciente, no eres mejor que un médico de pueblo. Espero que cumpla con mis expectativas.”

Mortalmente pálido, el médico asintió, y Mecklinger soltó el cuello del hombre. Sonrió por un lado de su boca.

“Mis disculpas, doctor. Parece que me he sobreexcitado un poco.”

Sin palabras, el médico sólo pudo frotarse la garganta.

“El kaiser está inconsciente.”

El informe de que le dolía al mariscal Mittermeier estaba inundado de conmoción y miedo. El Gale Wolf sintió que el aliento de bruja congelaba las paredes internas de su estómago y corazón. Sus ojos grises, tan ricos en vitalidad, mostraban grietas heladas. Sin embargo, limitando su conmoción a su propio cuerpo, se volvió hacia sus oficiales de estado mayor, cuyos rostros estaban descoloridos, y les ofreció una fuerte reprimenda.

“Cálmense. El Kaiser no ha abandonado nuestro plano mortal. Aquellos que pierdan la compostura hoy, se enfrentarán a la ira de Su Majestad mañana.”

Aunque Mittermeier era relativamente poco corpulento, su presencia en momentos como éste abrumaba incluso a los más altos de sus oficiales. Se enderezaban sin darse cuenta de que lo hacían. El guerrero bajo el que servían no tenía igual, no sólo en la Armada Imperial, sino en toda la galaxia.

“Más importante aún”, continuó Mittermeier, “es que esta información no debe llegar al enemigo. Quiero un cierre parcial de la red de comunicaciones. Reporte sólo eso al cuartel general.”

Mittermeier sabía que Mecklinger estaba a bordo de *Brünhild* , y confiaba en que se ocuparía de los asuntos necesarios para evitar disturbios en el cuartel general. Esto podría significar descartar la posibilidad de victoria en la batalla que se está librando, pero bajo estas circunstancias este amargo trago tendría que ser tragado.

¿Estaba predestinada la historia de la Dinastía Lohengramm a terminar antes de que hubiera abarcado tres años completos? Esta horrible perspectiva se disparó de lado a través de las neuronas de Mittermeier. En la periferia de la conciencia del comandante, aclamado como el mayor tesoro de la Armada Imperial, los gemelos conocidos como Terror y Desesperación levantaron su abominable grito de parto.

“Bueno, von Reuentahl, ¿qué cree que debería hacer? Tienes mucho valor,

dejándome a mí mientras tú miras desde el Valhalla con el cuerno de la bebida en la mano.”

La queja de Mittermeier a su amigo fallecido era más que medio seria. Incluso con la audacia y rapidez de pensamiento del Gale Wolf, esta situación sería difícil de controlar. Incluso se encontró preguntándose qué haría von Oberstein — si estuviera a prueba de la seriedad de su estado mental.

Y así la Armada Imperial quedó atrapada en una trampa de su propia invención. Cerrando parte de la red de comunicaciones y ordenando un estricto silencio de radio sobre el tema de la condición del Kaiser, evitaron que la flota de Iserlohn se enterara, pero al mismo tiempo cortaron eslabones vitales en su propia cadena de mando.

Mittermeier y Mecklinger habían establecido una especie de coordinación sin palabras entre ellos. Funcionaba casi a la perfección, pero aquellos que no conocían la enfermedad del Kaiser no podían disfrutar de sus beneficios. La cuestión de cuándo y cómo transmitir los hechos a Eisenach y Wittenfeld, que aún comandaban las alas de la flota, planteaba un nuevo reto para Mecklinger y von Streit.

Particularmente problemático fue Wittenfeld. Había desatado una ola de violencia en las fuerzas de Iserlohn, cargando más lejos que cualquier otra unidad imperial. A las 0515, sin embargo, su avance fue detenido por una formación de cañones construida por el Almirante Merkatz.

El ingenioso muro de fuego y luz de Merkatz impidió la feroz carga de Wittenfeld. Esto no pudo mantener a los Lanceros Negros a raya para siempre, pero le dio a Attenborough tiempo suficiente para reagrupar su flota, lo cual hizo a las 0600.

En su nave insignia, el *Tigre de Königs* , Wittenfeld pateó contra el piso del puente en frustración. Luego contactó con *Brünhild* , el cuartel general móvil de la flota, para pedir la movilización de las fuerzas de reserva para un segundo ataque.

La respuesta del cuartel general, sin embargo, le ordenó que se abstuviera de una peligrosa agresión y se retirara.

“¡Idiota!”, el comandante de pelo naranja gritó a la imagen de Mecklinger en pantalla, agitando el puño. “Comuníquenme con el kaiser. ¡Comuníquenme, o yo mismo volaré a *Brünhild* en el transbordador para hacer una petición a Su Majestad en persona!”

Estaba muy serio, y el Almirante-Artista no pudo evitar una frustración interna.

“Almirante Wittenfeld, soy el consejero principal del Cuartel General Imperial por nombramiento directo de Su Majestad. Emitir órdenes de movimiento en el campo de batalla a usted y a los otros almirantes está dentro de la autoridad que me ha delegado el Kaiser. Si se opone a mis instrucciones, podemos debatir el asunto en presencia de Su Majestad en una fecha posterior. Por ahora, sin embargo, se le han dado órdenes de retirarse y espero que las obedezca.”

Mecklinger sintió que no tenía más remedio que poner las cosas en esos términos, pero esto sólo provocó a Wittenfeld una rabia aún mayor. Furioso, Wittenfeld ofreció un maleducado y poco artístico contra-argumento.

“¡ Tú, canalla que escupes maldición! ¿Desde cuándo tocas las canciones de von Oberstein en tu piano?”

“Una canción de un chacal es más que suficiente para dar una serenata a un jabalí”, dijo Mecklinger, que también era un pianista consumado.

Mientras tanto, durante este severo pero poco constructivo intercambio entre el cuartel general y el ala derecha de la flota, el ala izquierda mantuvo su distancia de la flota de Iserlohn.

Haciendo caso omiso de las insistencias de sus oficiales de estado mayor, von Eisenach pensó durante algún tiempo antes de levantar finalmente su mano izquierda y mover su pulgar levantado hacia adelante y hacia atrás. Su jefe de personal, el almirante Grießenbeck, interpretando la orden sin

palabras, hizo que la flota de von Eisenach comenzara una rápida y temporal retirada de la estrecha lucha en el frente. Cuando las naves de Iserlohn le persiguieron, la flota de von Eisenach los rechazó con tres rondas de cañones concentrados, y luego volvió a la formación con perfecta precisión. Con esto, von Eisenach había posicionado a la flota para responder inmediatamente a cualquier orden del Kaiser, fuera cual fuera. Pero el almirante silencioso tendría que esperar un tiempo sorprendentemente largo antes de recibir tales órdenes.

V

0920, 31 de mayo.

La Batalla de Shiva, habiendo llegado a un peculiar punto muerto, apareció, por así decirlo, suspendida en un lento remanso de tiempo. Rugieron los cañones, disparando tiros que convirtieron las naves en bolas de fuego, y se produjeron más y más muertos, pero todo con una extraña falta de dinamismo. Era como si las energías tanto de la vida como de la destrucción se impidieran de alguna manera de la combustión completa.

En la retaguardia de las fuerzas de la Armada Imperial había una unidad que aún estaba completamente ilesa: la flota comandada por Neidhart Müller, el “Muro de Hierro”, conocido por mantener su cabeza en una crisis. Sin recibir órdenes del káiser de enfrentarse al enemigo, Müller sólo podía sentarse en el puente de su buque insignia, el *Parzival* , viendo los enjambres de luz parpadear en la pantalla

“Almirante Müller, no vinimos a este campo de batalla para almorzar Mis hombres están ansiosos por entrar en la refriega y dar a los republicanos una muestra de nuestro cañón”

El joven oficial de estado mayor de temperamento caliente estaba casi en el punto de ebullición. Müller levantó una mano ligeramente para sujetarlo

“No podemos simplemente actuar sin órdenes de Su Majestad”, dijo Müller. “No tenemos más remedio que esperar instrucciones del cuartel general.”

Dicho esto, Müller reconoció lo peculiar que era que tales órdenes no se hubieran recibido aún. Una sombra de confusión extendió sus diminutas alas en sus arenosos ojos marrones El káiser que Müller conocía ya le habría ordenado dar la vuelta y atacar al enemigo por la retaguardia, o al menos por su flanco, ¿no es así? Dada la gran diferencia de números, tal táctica habría sido más que factible Aún así, tal como estaban las cosas, Müller, como von Eisenach, sólo podía esperar.

Las interrupciones y discontinuidades afectaban a la coordinación de la Armada Imperial hasta un grado que iba más allá de lo sutil, y esto daba a la flota de Iserlohn un respiro que nunca deberían haber tenido.

Los descontentos oficiales de Müller se sentaron para otro ‘almuerzo’, mientras que en el campamento de Iserlohn, una bola de confianza con ojos verdes que parpadeaban como la luz del sol danzante atracaba su monoplaza espartano en el buque insignia de la flota, el *Ulises* . Saltó de la cabina, dio instrucciones apresuradas a los mecánicos que se acercaban a la nave, luego tomó un teléfono de comunicación de la pared y llamó al puente.

“¿Julian? Tengo noticias que creo que deberías oír.”

“¿Qué pasa, Comandante Poplin?”

“Capté una extraña transmisión allá afuera. Esperaba reportarla y decidir qué hacer.”

“Bueno, si estás dispuesto a compartirla”, bromeó Julian, pero momentos después su expresión juvenil se había vuelto muy tensa. La comunicación confusa entre enemigos y aliados le había proporcionado a Poplin una información: la frase única y chocante, “La enfermedad del Kaiser”.

¿Había sucumbido el Kaiser a alguna enfermedad? ¿Se perdería el

deslumbrante empuje y vitalidad de Reinhard von Lohengramm, sus extravagantes logros en el campo de batalla sin parangón en la historia de la guerra, por una simple enfermedad? Julian no podía creerlo. Ni tampoco quería hacerlo. Sintió algo parecido a la furiosa sensación de injusticia que se apoderó de él cuando Yang Wen-li fue asesinado por terroristas. Reinhard, pensó, no era el tipo de persona que debería ser abatido por la enfermedad.

Pero no debe apresurarse a sacar conclusiones. Incluso si Reinhard se había llevado a su lecho de enfermo, no era necesariamente terminal. Podría ser nada más que un resfriado. Yang Wen-li siempre había dicho, “Si muero, será por exceso de trabajo. Tállalo en mi lápida, Julian: ‘Aquí yace un desafortunado trabajador muerto por su trabajo’. Luego se iba a dormir una siesta. El Kaiser Reinhard tuvo una docena de veces la diligencia de Yang, y su diccionario médico probablemente carecía incluso de una entrada para “hacerse el enfermo”.

Julian llamó a sus oficiales de personal al puente. Merkatz y Attenborough ya habían llegado a *Ulises* en un transbordador, una situación provocada por la interrupción de las comunicaciones y el peculiar atolladero en que se habían convertido las líneas de batalla.

Cuando Poplin compartió sus noticias, un silencio cayó sobre el grupo reunido. Éste fue roto por Walter von Schönkopf, quien hizo una audaz propuesta: que Iserlohn enviara soldados a la nave insignia imperial *Brünhild* y matara al káiser.

“Fue una gran lástima que dejáramos escapar al mariscal von Reuentahl con su vida durante la batalla de Iserlohn hace tres años. Si pudiéramos tomar la cabeza del propio Kaiser Reinhard, eso nos pondría de nuevo en la oscuridad.”

El tono de Von Schönkopf daba la impresión de un hombre que hablaba de la recolección de manzanas en una granja.

Si el káiser estaba confinado en su lecho de enfermo, sería más que posible confundir a la Marina Imperial. Si durante esa confusión se acercaran lo

suficiente a *Brünhild* , los imperiales se resistirían a atacarles por miedo a dañar a Reinhard. Sería más una apuesta que una estratagema, pero si dejan pasar esta oportunidad, puede que nunca tengan otra.

El corazón de Julian se contrajo mientras vacilaba. Finalmente se volvió hacia un hombre más de cuarenta años mayor que él. “Almirante Merkatz, ¿qué opina?”, preguntó.

El almirante, una vez aclamado como un pilar de la Armada Imperial, pensó seriamente en el asunto. Finalmente, con una voz calmada y analítica, ofreció su conclusión.

“Si seguimos luchando como hasta ahora, lo más probable es que podamos evitar perder esta batalla. Los movimientos de la Armada Imperial son inusualmente lentos. Cuando retrocedemos, no parecen perseguirnos. Sin embargo, si sobrevivimos a esta batalla y regresamos a Iserlohn, nuestras fuerzas se verán más reducidas que nunca, por lo que nuestra próxima batalla será mucho más sombría.”

Merkatz cerró la boca, sin tener nada más que decir. Von Schönkopf asintió con la cabeza y aplaudió. “Está decidido, entonces”, dijo. “Subimos a bordo del hermoso *Brünhild* y reclamamos la cabeza del káiser.”

“¡Muere, Kaiser!”, corearon varios de los jóvenes oficiales de personal.

“Entonces yo también voy”, dijo Julian.

Von Schönkopf levantó las cejas. “Un momento. Estamos hablando de trabajo manual. El comandante en jefe de toda la flota no debería aprovecharse de la oportunidad de que los trabajadores hagamos horas extras. Saca una hoja del libro de Yang — bájate la boina y duerme una siesta en la silla del comandante mientras nosotros nos ocupamos de ello.”

Julian ignoró el chiste. “O voy yo también, o rechazo el permiso para toda la operación. Y mi objetivo es negociar con el Kaiser Reinhard, no asesinarlo. No te equivoques”

Von Schönkopf pensó en silencio durante unos segundos, sonriendo irónicamente. Luego cedió a la insistencia de su joven comandante.

"Bien, Julian. El que llegue primero al Kaiser puede hacer lo que quiera con él, iniciar una conversación educada, o traer un tomahawk sobre su cabeza y convertir esa melena dorada en un gran rubí."

"Otra cosa", dijo Julian. "Tengo toda la intención de volver con vida, pero la Armada Imperial puede tener sus propias ideas al respecto. Si terminan tragándome…" Sus ojos se encontraron con los de un joven revolucionario. "… Designo al Vicealmirante Attenborough como el próximo comandante del Ejército Revolucionario. Por supuesto, esto significa que tendrá que quedarse en *Ulises* , Almirante. Cuídela bien."

El sorprendido Attenborough protestó, pero él mismo había concedido a Julian el poder de dar tales órdenes. Al final, no tuvo más remedio que aceptarlas.

La perspectiva del combate cuerpo a cuerpo tenía al regimiento de Rosen Ritter como un volcán al borde de la erupción. Julián, Poplin, Machungo, y varios otros se unieron a ellos en la sala de preparación. Mientras todos se ponían la armadura, uno de los miembros del regimiento levantó la voz.

"Este es el escenario más grande en el que actuaremos, almirante. Dejemos una montaña de cadáveres y un río de sangre del que hablarán durante generaciones."

Von Schönkopf sonrió, alisándose el pelo con una mano. Esta sonrisa, como la invencibilidad cristalizada, era lo más tranquilizador que podía ofrecer a su regimiento.

"No, un cadáver será suficiente", dijo. "Mientras sea el de Reinhard von Lohengramm. Eso lo convertiría en el cadáver más bello y valioso de la galaxia, por supuesto…"

La mirada de Von Schönkopf se dirigió a una chica solitaria, de unos diecisiete años, con un traje de piloto y el casco de vuelo bajo el brazo. Con

el pelo del color del té ligeramente elaborado y unos ojos vivaces de color violeta, causó una gran impresión. Ignorando varios silbidos superpuestos de admiración y curiosidad, Katerose von Kreutzer marchó hasta el joven de pelo lino que estaba aquí para ver y miró fijamente a sus ojos marrones oscuros.

“Ten cuidado, Julian. Siempre eres el más razonable, pero a veces te puedes tropezar. Por eso todos te cuidan.”

“Aún así, no estás tratando de detenerme.”

“Por supuesto que no. ¿Qué clase de hombre dejaría que una mujer le impidiera hacer algo así? ¿Cómo podría proteger a su familia si lo peor llegara a ocurrir?”

Karin apretó sus labios con fuerza, visiblemente irritada porque sus poderes de expresión eran insuficientes para el momento.

“Manténgase cerca de Walter von Schönkopf. Mi madre dijo que mientras tenga los pies en el suelo — o el piso — no hay hombre con el que se pueda contar más.”

Los ojos de Karin se encontraron con los de von Schönkopf. El decimotercer jefe del regimiento de Rosen Ritter miró con interés a la chica que había heredado sus genes, y luego sonrió.

“No se puede decir que no cuando una mujer hermosa está haciendo la pregunta, ¿eh?” le dijo a Julian, dándole una palmada en el hombro. Luego le sonrió a su hija otra vez. “Karin, tengo una petición para ti también, si no te importa.”

Dijo el nombre que ella prefería usar casualmente, pero era la primera vez que lo usaba. Incapaz de reunir ni siquiera una milésima parte de la compostura de su padre, el rostro y la voz de Karin se endurecieron y todo su cuerpo se puso tenso. “¿Y qué podría ser eso?”, preguntó.

“Por supuesto, tengan su gran romance”, dijo él. “Pero espera hasta que

tengas veinte años para tener hijos. No tengo ningún interés en convertirme en abuelo mientras tenga treinta años.”

Los hombres armados que los rodeaban rugieron de risa mientras Julian y Karin se sonrojaban juntos.

CAPÍTULO OCHO: BRÜNHILD TIENE SED DE SANGRE

I

ESE DÍA, 1 DE JUNIO, 801 SE, 3 año del Nuevo Calendario Imperial, marcó precisamente un año desde el asesinato de Yang Wen-li. En el sentido de que cada día del año es el aniversario de la muerte de alguien, esto no fue más que una coincidencia, pero seguramente tuvo un profundo efecto emocional en los líderes de ambas fuerzas que actualmente luchan en la Región Estelar de Shiva.

No mucho después de la medianoche, el Almirante Mayor Mecklinger, en su capacidad de consejero principal del Cuartel General Imperial, hizo que el Mariscal Mittermeier y el Almirante Mayor Müller trajeran al buque insignia de la flota, el *Brünhild* . Tal como las fuerzas de Iserlohn habían encontrado, el inusual atolladero de esta batalla hizo posible que los comandantes clave pudieran conferir de esta manera, aunque aún así, Wittenfeld y von Eisenach no podían abandonar las alas izquierda y derecha. Müller, sin embargo, estaba al mando de la retaguardia y aún no se había unido a la batalla propiamente dicha, mientras que Mittermeier era el único mariscal imperial que servía en combate real.

“Enfermedad de Colágeno Fulminante Variable”. Era la primera vez que el nombre de la enfermedad del Kaiser se revelaba a la dirección militar imperial. Su ominoso anillo dejó a Mittermeier, Müller y Mecklinger sin palabras, intercambiando miradas entre ellos. Cada uno vio lo que él mismo sentía reflejado en los rostros de sus colegas: una inquietud que estaba muy

cerca del terror.

“¿Qué significa ‘variable’, específicamente? Empecemos con eso.”

Mittermeier bajó la voz sin darse cuenta mientras hablaba con el médico. Sabía que una explicación no cambiaría nada, pero quería al menos entender cuál era la condición de Reinhard y cómo podría ser tratada. Su voz temblaba de emoción al pensar en el Kaiser abatido por la enfermedad justo cuando entraba en su época de mayor florecimiento, una nueva esposa y un hijo a su lado.

La respuesta del médico fue lo opuesto a la claridad. Después de interrogarlo exhaustivamente, los almirantes establecieron que Reinhard sufría de una enfermedad del tejido conectivo, una rara que no se había visto antes; que los repetidos ataques de fiebre lo estaban desgastando gradualmente; que incluso el nombre de la condición era tentativo; y, por supuesto, que ningún régimen de tratamiento había sido establecido todavía. En resumen, el intercambio no alivió ni un miligramo de su malestar.

“Seguramente no quiere decir que la enfermedad sea intratable.”

Combinado con el brillo de los ojos de Mittermeier y Müller, la voz tranquila de Mecklinger era tan amenazadora que las funciones cardiopulmonares del médico se debilitaron.

“No lo sé. Sin más investigación—”

“¿Investigación?” Müller gritó. A pesar de su famosa genialidad de carácter, incluso él podía perder los estribos. Dio un paso adelante, con sus ojos marrón claro ardiendo. El médico se acobardó, cayendo dos pasos hacia atrás.

“Müller, no” El Gale Wolf sujetó el Muro de Hierro, tomándolo de un brazo. Por naturaleza, Mittermeier era el más volátil, pero como su colega más joven había hecho erupción primero, se vio obligado a ser la voz de la razón.

Luego, desde detrás de la pantalla que protegía su lecho de enfermo de las miradas indiscretas, se escuchó la voz del Kaiser.

“No culpe a los médicos. No fui un paciente modelo, y estoy seguro de que les pareció frustrante tratar conmigo.”

Los almirantes dieron la vuelta a la pantalla y vieron a Reinhard sentado en la cama con una bata médica que Emil von Salle le había ayudado a poner sobre sus hombros. Dirigió su mirada de color azul hielo hacia sus oficiales de confianza.

“Si los médicos fueran todopoderosos, nadie moriría de enfermedad. No esperaba más de ellos que esto para empezar. No los culpe.”

Sus palabras fueron menos cáusticas que simplemente crueles, pero no era consciente de ello. Su mente estaba en asuntos más importantes que los defectos de los médicos. Los segundos de silencio que siguieron calentaron los nervios de los reunidos en la sala con la mitad del peso de la eternidad.

“¿Cuánto tiempo más viviré?”

Ninguna pregunta podría ser más grave. El médico quedó atrapado en la intensa mirada del Kaiser, así como los ojos de los almirantes, que ya ni siquiera parecían respirar. Colgó la cabeza, incapaz de responder.

“¿Ni siquiera puedes decirme eso?”

Esta vez, había una clara malicia en la voz del Kaiser, pero no perdonó otra mirada al doctor, cuyo terror y asombro se había apoderado de su cuello hasta que se postró ante el Kaiser. Por un momento, el Kaiser había puesto las circunstancias que su flota enfrentaba, junto con las miradas silenciosas de sus oficiales, fuera de su conciencia.

Reinhard no temía a la muerte, pero la perspectiva de morir en su lecho de enfermo en lugar de en el campo de batalla le sorprendió, con una resonancia emocional algo así como una decepción. A diferencia de Rudolf von Goldenbaum, Reinhard nunca había deseado vivir para siempre. Tenía

sólo 25 años, apenas un cuarto de la vida media de un médico, pero ya se había enfrentado a la muerte muchas veces. La idea de pudrirse, inerte, le repugnaba, pero nunca había ido acompañada de un miedo realista; siempre había habido demasiadas barreras para ello.

Despidió al inútil médico, le dio a Mittermeier autoridad temporal sobre la flota y decidió dormir un rato. Mantener sus estiradas líneas de pensamiento le había agotado enormemente físicamente.

No cinco minutos después, llegó un informe del puente.

“El enemigo ha empezado a actuar de forma inusual. Parece que se preparan para huir en dirección al corredor de Iserlohn. Solicitan órdenes.”

Mittermeier suspiró con frustración y se pasó la mano por su pelo color miel, combatiendo las ganas de gritar. *¡Ahora no es el momento!*

“Si quieren volver a casa, déjenlos.”

Sería un golpe de buena suerte inesperado — Estamos ocupados con otras cosas, empezó a decir, pero luego lo pensó mejor. Si la Armada Imperial no mostraba al menos algún signo de vida, el campamento de Iserlohn podría sospechar algo.

“Espera”, dijo. “Wittenfeld todavía está hambriento de más combate. Déjalo que los persigan. No queremos que termine la batalla insatisfecho.”

Mittermeier no quiso soltar a Wittenfeld ni faltarle el respeto. Cada uno tenía sus propias responsabilidades, y cada uno tenía sus puestos apropiados. No podían dejar que el enemigo simplemente se escabullera, así que no había nada malo en permitir que el comandante que nunca se cansaba de la batalla los acosara.

Cuando Wittenfeld recibió estas órdenes, rápidamente despertó a sus subordinados — que también estaban cansados de su forzada autocontención — y estableció un curso que los llevaría en un arco en el sentido de las agujas del reloj. La velocidad de avance de su flota y la

habilidad con la que cortó la retirada del enemigo al corredor de Iserlohn fueron, como siempre, extraordinarias. Si Julian hubiera estado planeando de verdad la retirada a Iserlohn, los Lanceros Negros habrían destruido la flota por completo.

“La enfermedad del kaiser debe ser grave”, dijo.

La reacción de la Armada Imperial no permitió a Julian ninguna otra interpretación. Los principales comandantes del imperio en el campo de batalla eran hombres de una habilidad excepcional, y sin embargo su reacción había estado totalmente dentro de los límites de lo que el propio Julian había esperado. Este no habría sido el caso a menos que la situación en el lado imperial fuera anormalmente grave.

A medida que su certeza crecía, la sombra melancólica proyectada sobre su corazón se oscurecía. Había perdido a Yang Wen-li hace exactamente un año; ¡cuán apagado estaría el brillo de la galaxia si este año viera a Reinhard von Lohengramm desaparecer más allá del horizonte de la historia!

Pero quizás eso sería lo mejor. La temporada de agitación pasaría, y con ella la necesidad del héroe, el genio. El alojamiento, la cooperación y el orden serían apreciados por encima de la feroz individualidad. “Mejor la sabiduría de la multitud que la del genio”, como había dicho Yang Wen-li. Y también estaban las palabras del Kaiser Reinhard: “La paz significa una época de tan buena fortuna que incluso la incompetencia no es un vicio.”

Pero antes de que llegara esa edad, Julian tuvo que reunirse con Reinhard personalmente. Si la enfermedad del káiser era grave, había cosas que debían discutirse antes de que su energía vital y su razón se agotaran. Debían construir el tipo de marco para la coexistencia y el despertar cultural que no se había permitido durante la Dinastía Goldenbaum, y asegurarse de que la paz y la unidad no se agriaban en el aislamiento, la autojustificación y el estancamiento — o, si esto era inevitable, al menos combinar su sabiduría para retrasarlo lo máximo posible. Con Reinhard como socio negociador, Julian pensó que todo esto podría ser posible. Y quería tener la oportunidad de saber si estaba en lo cierto.

Se vio un cambio repentino en los movimientos de la antigua flota de la alianza. No mucho después de la 0100, detuvo su avance — incluso dejó de interceptar naves enemigas — y comenzó a moverse hacia el corredor de Iserlohn. Merkatz y Attenborough habían unido su creatividad para crear una maniobra muy bien elaborada que atrajo a la primera línea de Wittenfeld, interrumpiendo la formación de sus fuerzas. La situación se intensificó por momentos, y los Lanceros Negros comenzaron un inútil enfrentamiento con las naes autónomas de Iserlohn. Terminó con la autodestrucción de las naves a la 0140, lo que desbarató a los Lanceros Negros.

“¡Maldita sea! ¿Cómo pude dejar que me engañaran así?”

Mittermeier se arrepintió de sus ojos grises cuando leyó el informe. A pesar de todo su justificado renombre, estaba tan sacudido por la enfermedad de Reinhard que no prestó suficiente atención a las artimañas de la flota de Iserlohn. Había caído en el señuelo, el anzuelo, el sedal y la pluma, y todo lo que había conseguido era adelgazar la formación que rodeaba a *Brünhild* .

Entonces llegó el shock. *Brünhild* de repente hizo un rápido giro. Los rayos dispararon salvajemente desde un puñado de naves de Iserlohn que habían logrado atravesar las defensas de primera línea del Imperio durante la confusión. El campo de neutralización de energía que protegía la piel clara de *Brünhild* se iluminó con una luminosidad deslumbrante. Las naves imperiales que acompañaban a esta reina blanca se prepararon para devolver el fuego, pero luego dudaron. La idea de que un rayo o un misil se perdiera y golpeara a *Brünhild* en vez de al enemigo fue suficiente para que no dispararan.

La nave de asalto *Istria* se apoderó de la abertura. Desafiando una pared de balas de U-238 de la propia *Brünhild* , se estrelló contra la parte inferior del buque insignia imperial. Para cuando los sordos temblores se calmaron, poderosos electroimanes sujetaron a *Istria* contra el casco de Brünhild, y agentes oxidantes cáusticos abrieron agujeros en las dos paredes que separaban a las naves.

Habían pasado seis años desde que *Brünhild* fue construido y puesto en servicio como buque insignia de Reinhard.

Era el año 155.

II

Para la Armada Imperial, el shock físico de este evento palideció en comparación con el psicológico. Habían permitido a los soldados enemigos abordar el buque insignia de la flota e infiltrarse en el propio Cuartel General Imperial. Después de un momento de aturdimiento, sin embargo, las fuerzas imperiales explotaron con furia, prometiendo que ni uno solo de estos rebeldes sin ley dejaría el campo de batalla con vida.

En medio de sirenas que sonaban con urgencia, la tripulación de *Brünhild* se armó para el combate cuerpo a cuerpo, tomando tomahawks de cristal de carbono y rifles de rayos de iones. Algunos incluso corrieron por el puente con cañones de mano hasta que llamaron la atención del capitán de *Brünhild* , el comodoro Seidlitz.

“¡Idiotas!” rugió. “Este es el buque insignia. ¡No se usarán armas pesadas!”

Luego se dirigió a su segundo al mando, también a cargo de la defensa, el comandante Matthäfer, y le ordenó que repeliera a los intrusos.

En ese momento, la cadena de mando imperial se confundió. Esto se debió a la superposición de la estructura organizativa entre *Brünhild* como nave de guerra y el Cuartel General Imperial que llevaba. Durante un corto pero crucial período, se debatió si el combate dentro de *Brünhild* debía ser dirigido por el cuartel general o por la propia estructura de mando de la nave. Mirando los monitores internos, Müller notó a Julian Mintz entre los intrusos intrépidos. Jadeó conmocionado. El joven comandante del Ejército

Revolucionario de Iserlohn se había hecho parte del grupo de abordaje… Müller rápidamente transmitió esto a Mittermeier, que se puso en marcha para tomar medidas Pero, justo cuando estaba a punto de salir de la habitación…

"¡Espera!"

La feroz amonestación de los labios finamente trabajados del kaiser congeló a Mittermeier y Müller donde estaban. Incluso desde su lecho de enfermo, la intensidad de Reinhard podía abrumar a estos militares consumados.

"Ninguno de ustedes debe intervenir. Dejen las cosas como están."

" *Mein Kaiser* , si me permite, no hay duda de que este asalto es un atentado contra la persona de Su Majestad. El Almirante Müller ha confirmado que el comandante del ejército de Iserlohn está entre los intrusos. No podemos simplemente ignorarlos."

Pero el káiser sólo sacudió su cabeza de pelo dorado una fracción. "Cualquier hombre digno de heredar el manto de Yang Wen-li tendrá un notable coraje para mostrar, aunque su sabiduría no coincida con la de su predecesor. ¿Cómo se llamaba?"

"Julian Mintz, Su Majestad", dijo Müller.

"Si este Mintz puede superar la resistencia de mis soldados y llegar a mí, sería justo reconocer su valor y aceptar sus demandas en igualdad de condiciones."

" *Mein Kaiser* , en ese caso —"

"Si, por el contrario, Mintz no puede llegar hasta aquí sin contar con la misericordia del autócrata o la ayuda de sus ministros, no tendrá derecho a exigir nada. Nada comenzará hasta que se muestre en mi presencia."

Reinhard cerró los ojos y la boca, aparentemente agotado. Su rostro blanco como la porcelana estaba teñido de azul, como el alabastro a la luz de las

estrellas. No disminuyó su belleza en lo más mínimo; sólo reveló su falta de vitalidad.

Mittermeier y Müller intercambiaron una mirada sin palabras. Mecklinger dio un pequeño suspiro. La posición del Kaiser les pareció autocomplaciente. Si quería conocer a Mintz, ¿qué necesidad había de derramar sangre primero?

“¿Qué debemos hacer, mariscal Mittermeier?”

“Bien, almirante Mecklinger, no veo otra opción que obedecer las órdenes de Su Majestad. Después de todo, seguimos siendo sus súbditos.”

“Pero eso puede significar derramar sangre innecesaria en las próximas horas.”

“Sólo podemos rezar para que el almirante Müller llegue al kaiser lo suficientemente rápido que ese conocido republicano para evitarlo. Por muy inusuales que sean las circunstancias que rodean este encuentro, si tiene lugar podría eliminar la necesidad de derramar sangre nunca más.”

Si fuera así, la violencia que la precedió tendría al menos algún significado El derramamiento de sangre fue una tragedia — pero, aparentemente, una inevitable sangre única había sido capaz de lavar el veneno y el pus que se había acumulado durante los cinco siglos de dominio de Goldenbaum.

Quizás, pensó Mittermeier de repente, el káiser exigió sangre como prueba de que los republicanos realmente valoraban lo que buscaban. De ser así, seguramente no aceptaría menos ferocidad de espíritu de la que siempre había mostrado.

Otra pequeña explosión resonó, y los guardias se apresuraron a salir. Tal vez una multitud de soldados enemigos derribaría la puerta de la enfermería de Reinhard y entraría por la fuerza. Si eso sucediera, Mittermeier haría lo que fuera necesario para proteger al Kaiser, incluso usando su propio cuerpo como escudo si fuera necesario. No había olvidado las palabras de su viejo amigo Oskar von Reuentahl el año anterior: *Cuida del Kaiser.*

Poco después de darse cuenta de que había sido víctima del cruel engaño de la flota de Iserlohn, Wittenfeld fue informado por un operador de que la nave del Kaiser estaba amenazada. Que reunió a los Lanceros Negros y se volvió para ayudar al Kaiser sin la menor duda es un testimonio de su indomable espíritu de lucha y su lealtad.

Wittenfeld ordenó una descarga de cañones para eliminar a los lobos insolentes que merodeaban por *Brünhild* , pero el operador del *Tigre de Königs* palideció.

“Señor, no puedo disparar. *Brünhild* podría resultar dañado.”

“Esos astutos…”

Wittenfeld rechinó los dientes. Cabello naranja en desorden, miró a la pantalla con una sed sangriento en sus ojos. Un hombre ordinario se habría acurrucado en el suelo en la desesperación, pero no Wittenfeld. En lugar de derrumbarse, tomó una decisión de terrible importancia.

“Bien. Si es así, al menos podemos aplastar al resto de ese ejército de traidores. Asegurémonos de que aunque esos republicanos salgan triunfantes de *Brünhild* no tendrán un hogar al que regresar.”

La inacción era lo único que Wittenfeld no podía soportar. Rugiendo al máximo, ordenó a los Lanceros Negros que volvieran a la lucha. Blandieron espadas de rabia y odio mientras descendían a las naves de Iserlohn.

Para el 0210, la táctica y la estrategia ya se habían vuelto irrelevantes. “Mátalos a todos” no era una directiva operativa, sino, para decirlo sin rodeos, avivar las llamas. Incluso los miembros de los Lanceros Negros que, tras la desaparición de la flota de Fahrenheit, se habían unido recientemente, obedecieron voluntariamente. Si Yang Wen-li hubiera vivido, podría haber asentido con la cabeza ante esta evidencia de lo poderosamente que el Káiser Reinhard había capturado los corazones de sus

tropas.

La flota de Von Eisenach en el ala izquierda vio la carrera salvaje de los Lanceros Negros, pero no hizo ningún intento de unirse a ella. Las órdenes sin palabras de von Eisenach fueron, quizás, incluso más crueles que las de Wittenfeld. La flota de von Eisenach se desplegó a lo largo de un arco de seis a nueve horas, vista desde el lado imperial, preparándose para recompensar a cualquier nave de Iserlohn que hubiera huido de los Lanceros Negros con cañones concentrados desde el flanco. No entraron en el campo de batalla, para que la lucha no se convirtiera en un combate cuerpo a cuerpo, lo que podría haber dado la ventaja a las fuerzas de Iserlohn.

Así Wittenfeld fue liberado de todas las restricciones de un asalto vengativo. Los Lanceros Negros cargaron contra la flota de Iserlohn y, a pesar de los enormes daños que sufrieron por el fuego concentrado de los cañones de Merkatz y Attenborough, atravesaron sus líneas defensivas por la fuerza bruta. Para entonces, la flota de Iserlohn ya carecía de los números necesarios para soportar este feroz asalto. Viendo el peligro, Merkatz ordenó la retirada. Y ese fue el momento en que una masa de luz abrió el casco de su buque insignia, el *Hyperion*.

Una enorme lanza de energía atravesó el campo de neutralización de energía y rompió el casco. Las grietas se extendieron y ensancharon en todas las direcciones, eructando pilares de calor y luz tanto hacia dentro como hacia fuera.

Un vendaval barrió la nave.

III

El fuego, el viento y el humo corrían por los pasillos de *Hyperion* a gran velocidad, desgarrando las paredes y arrebatando soldados y equipos en una

loca tempestad. Una serie de explosiones más pequeñas — secundarias, terciarias, cuaternarias — surgieron a lo largo de los conductos de cableado. El *Hyperion* fue atrapado por la fiebre y las convulsiones de intensidad fatal.

Wiliabard Joachim Merkatz yacía semienterrado bajo los escombros que habían caído desde arriba. Tres de sus costillas estaban rotas, y una había perforado su bazo y su diafragma. La herida era terminal.

"¡Su Excelencia! ¡Almirante Merkatz!"

Bernhard von Schneider nadó tenazmente a través de la pesadilla de humo y llamas y cadáveres hasta el lado de Merkatz. Von Schneider tenía fracturadas las costillas de su lado derecho y el ligamento de su tobillo derecho estaba desgarrado, pero el dolor de estas lesiones ni siquiera entró en su conciencia mientras arrastraba al comandante que amaba y respetaba desde debajo de la montaña de escombros.

Merkatz seguía vivo, e incluso consciente, aunque su tiempo en el aterrizaje final antes del olvido sería breve. Con alguna dificultad, el experimentado general se sentó en un suelo ahora manchado de sangre y polvo y aceite y grasa, miró a su fiel teniente a los ojos y habló con perfecta calma.

"¿Han entrado Julian y los demás en *Brünhild* ?"

"Parece que tuvieron éxito. Pero, Su Excelencia, debemos prepararnos para escapar de esto —"

"¿Tuvieron éxito? Entonces puedo ir sin arrepentirme."

"¡Excelencia!"

Merkatz levantó ligeramente una mano para calmar las emociones furiosas del joven. En su cara llena de sangre, había algo parecido a la satisfacción.

"¡Caigo en la batalla con el Kaiser Reinhard! No podría pedir nada más en la muerte, no debes intentar retenerme. Una oportunidad como esta puede

que no vuelva a presentarse nunca más.”

Von Schneider se quedó sin palabras. Sabía que su querido comandante había estado buscando la proverbial colina para morir desde su derrota en la Guerra de Lippstadt. Lo sabía, pero siempre había esperado que Merkatz viviera todo el tiempo que le correspondía.

“Perdóneme, Su Excelencia. Espero no haber sido una carga para usted.”

“Vamos, no fue una vida tan mala. Tuve la oportunidad de probar mi — ¿cuál era la frase? — la palabrería y el capricho contra el mismísimo Kaiser. Has sufrido mucho por mí, pero ahora eres libre…”

Merkatz tenía sesenta y tres años. Tenía más del doble de años de experiencia en el ejército que Reinhard y Yang juntos. Pero esto también estaba ahora en el pasado, y respiró por última vez con von Schneider a su lado. El último gran almirante de la Dinastía Goldenbaum había terminado su vida como miembro del Ejército Revolucionario.

Cuando la noticia de la muerte de Merkatz llegó a Dusty Attenborough, el vicealmirante se quitó su boina negra y ofreció una corta y silenciosa oración. Merkatz había muerto en la misma fecha que Yang Wen-li, que le había recibido como invitado de honor. Attenborough sólo podía esperar que se encontraran en el más allá, y discutir la historia militar y las tácticas con bebidas.

Con un poco de esfuerzo, Attenborough se puso la boina en la cabeza. Miró hacia la pantalla y vio a una joven piloto mirando fijamente el sufrimiento de *Brünhild* .

“¿Preocupado, Cabo von Kreutzer?”

No especificó qué podría preocuparla, ya que no menos de tres individuos estrechamente relacionados con ella estaban en el grupo de abordaje: Poplin, su superior y maestro en el arte del combate; von Schönkopf, su

padre biológico; y Julian Mintz, que no era precisamente su amante.

Karin respondió con una dura sonrisa, pero no dijo nada en voz alta. El joven revolucionario no la presionó más.

A bordo de Brünhild, los infiltrados de Iserlohn habían establecido lo que podría llamarse una cabeza de puente. El grupo de abordaje, cuyo núcleo era el regimiento Rosen Ritter, avanzó hacia las cámaras de Reinhard y el puente, derribando eficazmente a los soldados enemigos a medida que avanzaban, pero en este momento se encontraron con una formación defensiva más dura.

"¡Parece que la guardia imperial ha aparecido!"

"Quieres decir que nos han agraciado con su augusta presencia. No olvides que es la guardia personal de Su Majestad el Káiser."

"Son sólo maniquíes con disfraces de la Neue Sans Souci."

Esta evaluación poco generosa encontró partidarios entre los colegas del orador, pero la referencia fue desafortunadamente fechada, ya que el Kaiser Reinhard no residía, por supuesto, en el Palacio Neue Sans Souci.

"¡Oye, tú, [inimitable] basura de Neue Sans Souci! ¿No tienes un salón de baile que vigilar o algo así? ¡Deberías haberte ceñido a lo que eres bueno — subir las faldas de las damas de sociedad con esas bayonetas tuyas!"

La respuesta fue un torrente de rayos de fuego. Ejes de luz entraron por docenas, explotando contra las paredes y el suelo y rebotando en los escudos recubiertos de espejos para convertir el mundo en un torbellino de piedras preciosas locamente danzantes. Naturalmente, el Rosen Ritter devolvió el fuego, y el tiroteo terminó en unos 100 segundos. Mientras recuperaban lentamente la visión, vieron a las tropas imperiales acercarse con hachas y bayonetas listas.

En momentos, una violenta melé estaba en marcha.

El aire se llenó de gritos y el estruendo de metal sobre metal. La sangre salpicaba de las arterias abiertas en rodajas, pintando lienzos abstractos de color carmesí que se extendían de pared a suelo.

Las tropas imperiales apenas eran maniquíes, pero tampoco eran rival para la ferocidad de los Rosen Ritter. Los “Caballeros de la Rosa” descendían de refugiados que habían huido de la antigua sociedad imperial, y desplegaron todas las técnicas brutales que tenían a su disposición, balanceando hachas, empujando con cuchillos de combate, golpeando con los codos en los puntos débiles y apuñalando con bayonetas.

Los tomahawks se enfrentaron en lluvias de chispas. El brillo de los cuchillos de combate dio paso al lustre de la sangre que brotaba. El combate era primitivo — desgarrar, acuchillar, golpear, patear, partir y finalmente terminar en una retirada del lado defensivo. El grupo de abordaje de Iserlohn avanzó sobre los cuerpos y la sangre, pero el lado imperial se reagrupó rápidamente y buscó su próxima oportunidad de matanza.

Von Schönkopf se volvió hacia Julian, que estaba a su lado. “Los mantendremos alejados”, dijo. “Ve a ver el kaiser. Habla con él, o envía respetuosamente su cabeza a volar, haz historia como creas conveniente.”

Julian dudó. ¿Cómo pudo sacrificar a von Schönkopf y a sus hombres a cambio de una audiencia con el kaiser? Sabía que estaba siendo sentimental, pero seguía siendo reacio a aceptar la propuesta de von Schönkopf.

“No malinterpretes lo que importa aquí, Julian”, dijo von Schönkopf. “Encontrar al káiser y negociar como iguales es tu deber. Nuestro trabajo es arreglar las cosas para que eso sea posible.”

Von Schönkopf agarró de repente a Julian por los hombros y se inclinó lo suficiente para que sus cascos se tocaran.

“¿Sabes por qué sigo enojado con Yang Wen-li? Por no haber escapado con

vida el año pasado, después de que *Blumhardt* diera su vida para protegerlo. ‘Milagroso Yang’ o no, no debería haber tocado eso.”

A Julian le pareció que el peso de la pena de von Schönkopf era palpable incluso a través de sus dos cascos.

Von Schönkopf se enderezó. “Poplin, Machungo, ustedes van con Julian. Los tres juntos deben sumar un solo hombre decente, después de todo.”

“Escuchen, escuchen”, dijo el capitán Kasper Rinz. “Este es el territorio ocupado por Rosen Ritter. No necesitamos que debiluchos como ustedes nos arrastren hacia abajo.”

“Ya ves cómo es”, dijo von Schönkopf con una sonrisa. “Los Rosen Ritter son un grupo exclusivo. Preferirían que los forasteros buscaran su fortuna en otra parte.”

Julian se decidió. No podía dejar que el gesto de von Schönkopf y Rinz fuera en vano, y sobre todo no quería perder el tiempo.

“Está bien”, dijo. “Te veré más tarde. Sólo asegúrate de sobrevivir.”

“Oh, tengo la intención de hacerlo”, dijo von Schönkopf. “Tengo algo nuevo que esperar ahora — convertirme en un padre testarudo y arruinar la boda de mi hija. Ahora vete. No hay tiempo.”

“Gracias”, dijo Julian. Sacudiéndose todo el sentimentalismo, se puso a correr, rápido como un joven unicornio, con Poplin y Machungo muy cerca. Von Schönkopf los vio irse, y luego cambió su mirada. Vio una figura reflejada en el casco de un subordinado, nivelando su rifle de rayos a la espalda de Julian. Sin siquiera girarse, von Schönkopf se llevó la pistola a la cadera.

Lo que sucedió después sólo puede ser descrito como magia. Sin siquiera girar, von Schönkopf disparó la pistola detrás de él por debajo de su otro brazo. El soldado imperial estaba muerto antes de caer al suelo. Gritos de rabia y asombro surgieron del ejército imperial, mientras que el “Rosen

Ritter” silbó en admiración.

“Excelente disparo, Almirante von Schönkopf.”

“Siempre he querido hacer eso. Uno de mis sueños de infancia.”

Mientras von Schönkopf reía, un rayo de luz rozó su nariz y se hundió en el suelo. Saltó hacia atrás y ajustó su tomahawk, listo para la próxima batalla sangrienta.

IV

El tomahawk de Von Schönkopf cortado por el aire y la carne en arcos de plata. La sangre brotaba hacia arriba, y chillidos y fuelles reverberaban en el techo. Parecía menos un emisario de la muerte que la muerte misma — y el tipo de muerte idealizada por los partidarios del gobierno militar, en eso: la gloriosa muerte registrada en la sangre humana.

Era la primera vez que von Schönkopf empuñaba su tomahawk dentro de una nave enemiga desde que se encontró con el mariscal Oskar von Reuentahl en un combate individual tres años antes.

“¡Bah!” murmuró. “Si hubiera luchado tres minutos más entonces, la cabeza de von Reuentahl habría sido mía. Entonces podría haber puesto esos ojos heterocromáticos en mi escudo como joyas.”

Sonando como un guerrero de la edad de bronce, von Schönkopf sacudió la sangre de su tomahawk. Sin embargo, demasiada ya se había secado rápido a la hoja; no recuperó el mismo brillo de plata que su armadura. Sabía que la capa roja oscura del arma era del color del pecado, pero esto no mermaba su poder destructivo. Se abrió camino a través del enemigo, cortándolo, barriéndolo, enviando a incontables hombres a un infierno al que pronto los seguiría.

Los soldados imperiales estaban lejos de ser cobardes, pero incluso ellos retrocedieron ante el abrumador valor marcial de von Schönkopf. Medio dando tumbos hacia atrás, le apuntaron con sus armas, pero von Schönkopf no les permitió retroceder del combate cuerpo a cuerpo. Cargó hacia adelante dos veces más rápido de lo que podían retroceder, balanceando su tomahawk a la izquierda y a la derecha. Salieron disparos de sangre. La red de cerco del lado imperial comenzó a desmoronarse. Von Schönkopf giró; su tomahawk volvió a brillar; los muertos de la guerra se derrumbaron bajo el rocío de sangre. ¿Quién podría haber imaginado que una escena tan hermosa y monstruosa se pintaría en los pasillos de *Brünhild* ?

"Aunque sea un enemigo, es un hombre extraordinario", dijo Mittermeier, con los ojos grises fijos en la figura de von Schönkopf en el monitor. "Mientras tanto, nuestro propio lado no logra nada. Tal vez debería encargarme de la interceptación."

Si Mittermeier hubiera seguido con esto, von Schönkopf podría haber tenido el honor de combatir en solitario contra las dos "Murallas Gemelas" de la Armada Imperial. Pero Mecklinger y Müller sacudieron sus cabezas. Mittermeier se quedaría con el Kaiser. Después de un breve intercambio en voz baja, Mecklinger se dirigió al puente como representante del cuartel general, mientras que los otros dos se quedaron con Reinhard.

Detrás de la pantalla de pie, el Kaiser habló. Había sonidos débiles que parecían indicar que estaba sentado en la cama.

"Emil", dijo. "Ayúdame a ponerme el uniforme."

"Eso no servirá, Majestad, no con su fiebre", dijo el joven asistente, claramente desgarrado. "Debes descansar."

"El kaiser del Imperio Galáctico no puede recibir a huéspedes mal vestidos. Aunque sean huéspedes no invitados."

Emil miró las caras de los almirantes desde la pantalla. *¡Detenga a Su Majestad! ¡Está demasiado enfermo para esto!* Sus ojos suplicaron, pero la

respuesta de Mittermeier traicionó sus expectativas.

“Haz lo que dice Su Majestad, Emil von Salle.”

Bajo la máscara de la calma de Mittermeier yacía el dolor desnudo. Junto con Mecklinger y Müller, se había visto obligado a reconocer que no sería correcto impedir que el Kaiser utilizara el tiempo que le quedaba como le pareciera. El propio Reinhard entendía bien lo que implicaba la aquiescencia de sus oficiales.

Los pies que habían pisoteado la misma galaxia ahora luchaban por soportar el propio peso del Kaiser. La disminución de su vitalidad y fuerza ya no podía ocultarse. Había llevado sobre sus hombros un vasto imperio interestelar que contenía decenas de miles de millones de personas, pero ahora, incluso su uniforme habitual parecía una carga pesada.

Han pasado treinta minutos desde el abordaje de *Brünhild* .

El horrible derramamiento de sangre ya había reducido el regimiento de Rosen Ritter a menos del tamaño de una compañía. Incluso al principio de la operación, les faltaban los números para formar un batallón completo. Ahora las tropas imperiales seguían con éxito una estrategia de separación, aislándolos y acorralándolos uno por uno.

Sin embargo, cada muerte de Rosen Ritter le costaba a la Armada Imperial al menos tres hombres propios. Cuando se trataba del ex líder del regimiento Walter von Schönkopf y el actual líder Kasper Rinz, nadie sabía qué tipo de recursos humanos habría que gastar. Varias veces von Schönkopf había sido acorralado por el enemigo sólo para hacerlos retroceder, aterrorizado y golpeado.

“¡Reuschner! ¡Dormann! ¡Harbach! ¡Cualquiera que tenga el descaro de seguir vivo, que responda! ¡Zefrinn! ¡Krafft! ¡Kroneker!”

Parado entre montones de cadáveres enemigos, von Schönkopf bajó su

hacha de guerra con un brazo y gritó los nombres de sus hombres. Después de unos pocos ecos sin respuesta, von Schönkopf golpeó su casco con el puño.

En ese momento, un soldado imperial tendido en el suelo se sentó. Era un hombre joven, quizás ni siquiera tenía veinte años. Se había desmayado después de tomar un mango de tomahawk en la parte posterior de su cráneo, pero ahora finalmente había recuperado la conciencia. Mientras la sangre goteaba de su nariz, agarró su propio tomahawk, apuntó a la amplia y musculosa espalda que estaba a sesenta grados de elevación en relación a su posición, y lo lanzó con toda la fuerza que tenía.

El shock explotó en la espalda de von Schönkopf, seguido de dolor. El tomahawk había perforado su armadura, desgarrado la piel y la carne, y aplastado su omóplato derecho.

Von Schönkopf se giró, con el hacha todavía plantada en su espalda. Esperando represalias, el soldado se cubrió la cabeza con ambas manos, pero von Schönkopf sólo miró hacia abajo, sin hacer ningún intento de derribar su propio tomahawk.

Finalmente, el antiguo noble imperial habló.

“Joven. ¿Cómo te llamas?” preguntó con fluidez en el Estándar Imperial.

“¿Qué diferencia hay para ti, escoria rebelde?”

“Sólo quería saber el nombre del hombre que hirió a Walter von Schönkopf.”

“Sargento Kurt Singhubel”, dijo el hombre después de una pausa.

“Gracias. Para compensarle por presentarse, déjeme mostrarle un truco.”

Así que, diciendo, von Schönkopf se puso detrás de él con su mano derecha, sacó el hacha de guerra de su espalda y la lanzó. Un soldado que había estado apuntando con su rifle para acabar con von Schönkopf recibió

un golpe directo en el pecho y cayó con un grito.

Pero esta intensa acción sólo amplió la herida de von Schönkopf. Un nuevo dolor recorrió su cuerpo, y la sangre brotó para pintar su armadura de plata de rojo desde el interior. Corrientes carmesíes fluían por la superficie de la placa de la armadura, alcanzando los talones de sus botas. Estaba claro para las tropas imperiales que su herida era fatal.

Un soldado imperial, quizás envalentonado por la herida de von Schönkopf, se movió detrás de él y lo atravesó con una bayoneta.

El hacha de guerra de von Schönkopf destelló y la cabeza del soldado salió volando como si le hubiera alcanzado un rayo. El enemigo retrocedió con inquietud. Empapado en sangre humana, von Schönkopf les pareció el mismo Erlkönig. ¿Cómo pudo soportar tan terribles heridas, perder tanta sangre, y aún así mantenerse blindado e invicto? Singhubel estaba congelado, pegado sin palabras al suelo donde yacía. Vaciado de todo anhelo de gloria, llamó en silencio el nombre de su madre con terror.

“¡Vamos, entonces! ¿Quién quiere el honor de ser el último hombre asesinado por Walter von Schönkopf?”

Von Schönkopf se rió. Era una risa que sólo podía venir de él, una risa indomable sin un ápice de dolor. Su armadura manchada de sangre ya parecía como si una gran serpiente carmesí se hubiera envuelto a su alrededor, y aún así sangraba.

Tosió, y un toque de rojo vino con él. No se sintió mal por ello. Su vida, como la de Yang Wen-li, se había manchado con más sangre de la que podía esperar pagar con la suya. Parecía que la deuda se había vencido.

Von Schönkopf comenzó a caminar. Su paso era lento, y los soldados imperiales jadeaban al verle encogerse de hombros ante la pérdida de sangre y el dolor que habría dejado a un hombre ordinario incapaz de mantenerse en pie. Demasiado sorprendidos como para apuntarle con sus armas, sólo miraban.

Al llegar a una escalera, von Schönkopf comenzó a subirla como si estuviera fuera de servicio. Dejó un pequeño charco de sangre detrás de él en cada escalón, y cuando finalmente llegó a la cima se giró y se sentó.

Puso su hacha de guerra sobre sus rodillas y miró hacia abajo a los soldados imperiales. *Una buena vista,* pensó. Morir en el suelo bajo no habría sido de su gusto.

“Walter von Schönkopf, edad treinta y siete años”, dijo. “Antes de mi muerte, mis palabras de despedida: No necesito ninguna inscripción en mi lápida. Sólo las lágrimas de las mujeres hermosas traerán paz a mi alma.”

Frunció el ceño, no con dolor sino con insatisfacción.

“No son las últimas palabras que esperaba. Quizás hubiera sido mejor dejar que el joven Attenborough las escribiera por mí.”

Los soldados imperiales se acercaron al pie de la escalera. Von Schönkopf miraba con poco interés aparente. El núcleo de la red de nervios craneales que controlaba su visión, sin embargo, viajaba hacia atrás por el oscuro río de la memoria en busca de algo más. Cuando encontró su cantera, von Schönkopf cerró los ojos y comenzó a hablar consigo mismo.

“Ah, sí, ella era la única — Rosalein von Kreutzer. Prefería que la llamaran Rosa, según recuerdo…”

La hora exacta de la muerte de Walter von Schönkopf no está clara. A las 0250, cuando las tropas imperiales se acercaron cautelosamente, tratando de determinar si este hombre peligroso estaba vivo o muerto, permaneció sentado en la escalera, sin mover un músculo. Ya había pasado por la puerta reservada sólo para los muertos, con el pecho lanzado con orgullo.

Alrededor del mismo tiempo, el avance del Capitán Kasper Rinz también se había detenido.

Las heridas en más de veinte lugares adornaban su forma. Había sido salvado de heridas críticas hasta ese momento por su armadura y su

capacidad de lucha, pero parecía que ahora también estaban al límite. Su hacha de guerra ya se había perdido, y la fatiga le pesaba diez veces más que su armadura. Se apoyó en un pilar cuadrado cubierto con cables incrustados y luego se deslizó hacia abajo para sentarse en su base.

Miró su cuchillo de combate. La hoja se había partido por la mitad y estaba empapada de sangre hasta la empuñadura. Sus manos también parecían como si las hubiera mojado hasta las muñecas en pintura roja. El cansancio y la resignación le presionaron la espalda, creciendo por segundos. Besó con amor lo que quedaba de la hoja de su fiel cuchillo, luego se recostó contra el pilar y esperó, con sereno desprendimiento, a que la muerte — en forma de algún soldado enemigo — llegara por sí misma.

V

Julian, Poplin y Machungo continuaron avanzando, dejando huellas sangrientas en los exquisitos suelos blancos de Brünhild. El joven de pelo de lino estaba en el centro de su grupo, con el as a su izquierda y el gigante a su derecha.

Hace dos años, los tres se habían enfrentado a los fanáticos en el cuartel general de la Iglesia de Terra en un tiroteo seguido de un combate cuerpo a cuerpo. Como un conjunto, jugaron tríos tan peligrosos para los enemigos que incluso el Ritter Rosen les respetó a regañadientes. Sus partituras estaban escritas con sangre, y los gritos de sus enemigos estaban marcados con *fortissimo* .

Después de pasar por varios pisos, emergieron en un lugar como una sala en la que entraban soldados enemigos hostiles, demasiado numerosos para que incluso ellos pudieran manejarlos. Sin decir nada, corrieron en otra dirección tan rápido como pudieron.

Un intenso fuego vino desde atrás de ellos. Los tres golpearon el suelo,

rodando para aferrarse a las paredes y esquivar los pernos de las bombas. Tan pronto como hubo una ruptura en el bombardeo, salieron y corrieron por ella. Cinco o seis soldados armados enemigos aparecieron ante ellos. Cerraron la distancia rápidamente, pero justo antes de que el tomahawk se encontrara con el tomahawk les dispararon por detrás otra vez.

“¡Machungo!” Julian se escuchó a sí mismo gritar. Lo que vio no debería haber sido posible: Los hombros de Machungo estaban más bajos que los suyos. El hombre había caído de rodillas. Su amplia y musculosa espalda estaba cubierta de docenas de heridas de bala, y había tanta sangre que parecía que llevaba una tabla roja como una mochila. Había usado su propio cuerpo para proteger a sus dos compañeros del granizo de los rayos.

Machungo miró a Julian. Una leve sonrisa apareció en sus labios, y permaneció allí mientras se hundía pesadamente en el suelo.

Julian cargó contra el enemigo delante de ellos, rompiendo su hacha en la parte superior del escudo de cerámica sostenido por un soldado. En el momento en que el escudo se bajó ligeramente, Poplin saltó hacia delante como si llevara sandalias aladas y giró su hacha de guerra horizontalmente a lo largo del borde superior del escudo, asestando un poderoso golpe en el punto en el que el casco del enemigo se unía a su armadura. Las vértebras se aplastaron y el cuerpo del soldado salió volando hacia un lado.

Julian y Poplin se zambulleron por el hueco que habían creado así. Su rabia y dolor por la pérdida de Machungo llevó a su dúo a nuevas alturas de ferocidad sangrienta. En teoría, Julian entendía perfectamente lo que significaba la sangre que derramó. En la práctica, la emoción abrumaba a la razón, y no se podía negar que buscaba objetivos sólo para satisfacer su hambre de venganza.

Corriendo hombro con hombro a través de las puertas del derramamiento de sangre, Julian y Poplin vieron aparecer una nueva figura ante ellos. Un joven, quizás de la edad de Poplin, con el uniforme negro y plateado de un oficial superior. En una mano el hombre sostenía una pistola.

Poplin no lo sabía, pero era el Comodoro Günter Kissling, jefe de la guardia

personal de Reinhard. Los ojos verdes miraban las dagas a los ámbares de Kissling. Kissling comenzó lentamente a levantar su arma.

“¡Vamos, Julian!”

Con este corto y agudo grito, Poplin empujó a Julian por detrás. Julian corría menos que volando por el suelo cuando la pistola de Kissling se movió en su dirección. Un cuchillo de combate voló de la mano de Poplin hacia la cara de Kissling. Kissling arqueó su espalda y usó el cañón de su pistola para golpear el cuchillo. El cuchillo rebotó en el suelo. Mientras brillaba, Poplin saltó sobre Kissling y lo derribó. La pistola voló de la mano de Kissling, y los dos jóvenes oficiales comenzaron a luchar en el suelo.

Finalmente, Poplin se las arregló para llegar a la cima. “No subestimes al maestro de las faltas de flyball, mi amigo maniquí”, dijo.

En el siguiente instante, el “maniquí” había invertido sus posiciones, clavando al intruso en el suelo. Continuaron rodando por el suelo, luchando ferozmente.

Los recuerdos de Julian estaban confusos. Se separó de Poplin, se enfrentó a varios enemigos, atravesó pasillos y subió escaleras. Finalmente, llegó a una puerta que se abrió ante él. Pasó a trompicones, apenas logrando mantener el equilibrio mientras miraba la espaciosa habitación.

Cuando sus recuerdos y sentidos se pusieron en orden, lo primero de lo que Julian se dio cuenta fue de su respiración y de los latidos de su corazón. Sus pulmones y su corazón se sentían listos para explotar. Cada músculo y hueso de su cuerpo gimió, empujado al límite. Su casco había sido enviado volando a quién sabe dónde, dejando su pelo de lino expuesto. La sangre goteaba de una herida en su frente.

¿Estaba en las cámaras privadas del Kaiser? No había ningún indicio de maquinaria; al contrario, la habitación estaba decorada con un exquisito estilo clásico. El suelo no era de metal ni de cerámica; estaba alfombrado, lo que chocaba extrañamente con sus botas blindadas.

Dos oficiales superiores con uniformes negros y plateados se quedaron inmóviles, mirando a Julián. Uno de ellos era familiar: El Almirante Mayor Neidhart Müller, que había venido a Iserlohn hace un año para presentar los respetos del Kaiser en el funeral de Yang Wen-li. ¿Quién era el otro, un oficial de menor estatura?

Cuando Julian escuchó a Müller dirigirse a su colega como “Mariscal”, inmediatamente supo quién era el hombre Sólo tres hombres habían recibido ese título en la Dinastía Lohengramm del Imperio Galáctico. Este hombre claramente no era Paul von Oberstein, con sus ojos biónicos y su cabello blanco Tampoco era von Reuentahl, que estaba muerto. Eso sólo dejó al Mariscal Mittermeier, el Gale Wolf, el mayor almirante del Imperio Galáctico. Julian se preguntó si debía presentarse, y luego se rió de lo extraño de la idea.

Julián se tambaleó y se hundió hasta una rodilla, apoyando su cuerpo en su tomahawk. Al igual que su armadura, el hacha estaba manchada de sangre, y el sentido del olfato de Julian estaba desde hace mucho tiempo sobrecargado con el hedor de la sangre. La sangre había entrado en su ojo derecho, tiñendo de rojo la mitad de su mundo, y Julián había empezado a sentir la llamada del vacío.

Mittermeier y Müller comenzaron a moverse en el mismo momento. Entonces llegó una voz desde el trono

“Déjalo venir. Aún no ha llegado a mí.”

La voz no era fuerte, pero parecía reverberar en todo el sentido auditivo de Julian. Era una voz con el poder de dominar — la voz de alguien que podía hacer suya la propia galaxia. Incluso ignorando su sonido musical, sólo podía haber un hombre en toda la humanidad con esa voz.

Cuando Yang Wen-li se volvió incapaz de caminar hace un año, la razón fue la pérdida de sangre. Si Julian sufrió un destino similar, sería debido a la fatiga. Pero él siguió adelante tercamente. No podía derrumbarse delante del Kaiser Reinhard. Empujó sus temblorosas rodillas en línea recta y se puso de pie. El campeón de la democracia nunca doblaría la rodilla ante un

autócrata. Dio un paso adelante y sus rodillas empezaron a temblar; otro paso y su espalda empezó a fallar. Repitió el proceso, una y otra vez, hasta que finalmente se puso de pie ante Reinhard.

“Con el permiso de Su Majestad, me pondré de pie para nuestra discusión.”

“Comencemos con tu nombre.”

“Julian Mintz, Su Majestad.”

Julian miró al Kaiser de pelo dorado, que le recibió sentado en un sofá de respaldo alto. Su codo derecho estaba en el reposabrazos, y su barbilla apoyada en su mano derecha; su pierna izquierda estaba cruzada sobre la derecha, y sus ojos azul hielo estaban fijos en el hombre que había violado la santidad de su buque insignia.

“¿Y qué es lo que has venido a proponer, Julian Mintz?”

“Si Su Majestad lo desea, paz y coexistencia. Si no…”

“¿Si no?”

Julian sonrió débilmente. “Si no, entonces algo más. Puedo decir, al menos, que no he venido aquí para ofrecer sumisión. Yo…” Hizo una pausa para calmar su respiración agitada. “Estoy aquí para aconsejar a Su Majestad sobre la medicina que se necesitará para restaurar la Dinastía Lohengramm cuando esté desgastada, cansada y vieja. Por favor, escuche con la mente abierta. Estoy seguro de que Su Majestad lo entenderá entonces. Entienda lo que Yang Wen-li esperaba ganar de usted…”

Julian escuchó su voz retrocediendo. Un velo cayó sobre su visión, y luego fue doblado y triplicado, antes de que el vacío invadiera su conciencia. Julian cayó al suelo como una estatua impotente. Un profundo y pesado silencio llenó la habitación como una niebla.

Reinhard se enderezó en su asiento. “Una presentación atrevida”, murmuró, aunque sin ira aparente. “¿Vienes a *aconsejarme* ? Y, sin embargo, Müller,

es el segundo hombre que se desmaya después de llegar a mí.”

“En efecto, Su Majestad.”

“Llame a mis médicos. No pueden ayudarme ahora, pero tal vez puedan ayudarlo a él. Y, Mittermeier, aceptemos una parte de la propuesta de Julian Mintz y terminemos la lucha. Cualquiera que haya sobrevivido hasta este punto merece volver a casa con vida.”

Los oficiales superiores congelados entraron en acción urgente. Müller convocó a los médicos, y Mittermeier tomó el teléfono de la mesa de mármol y llamó al puente.

“Este es el Mariscal Wolfgang Mittermeier, comandante en jefe de la Armada Espacial Imperial. Llamo para transmitir las órdenes de Su Majestad el Káiser. Cese todo combate inmediatamente. ¡Su Majestad desea la paz!”

Si esas palabras se hubieran apagado un minuto después, dos amigos más de Julián habrían sido borrados de la galaxia. Olivier Poplin y Kasper Rinz vieron las puertas del más allá cerrarse ante sus propios ojos. Ninguno de los dos fue capaz de mantenerse en ese punto, pero mientras yacían envueltos en el hedor de la sangre, escucharon las palabras crujir de los altavoces que estaban encima de ellos.

“¡Cesen todo combate inmediatamente! Su Majestad desea la paz.”

CAPÍTULO NUEVE: EL GOLDENLÖWE OSCURECIDO

I

"LA PAZ SE HA ESTABLECIDO. La batalla entre la Armada Imperial y el Ejército Revolucionario de Iserlohn ha terminado."

Cuando este informe llegó de Julian Mintz, fue como si la diosa de la alegría hubiera esparcido flores desde arriba, cubriendo la fortaleza de Iserlohn en sus pétalos. Su flota se había sumergido en la batalla sin ningún aliado del que hablar. La aniquilación total había sido un resultado perfectamente plausible.

Pero había oscuridad dentro de la luz. La batalla de Shiva había matado a más de doscientos mil soldados de Iserlohn — un horrible 40 por ciento de los que habían ido a la batalla. El regimiento Rosen Ritter en particular había terminado la lucha con apenas 204 miembros supervivientes, todos ellos heridos. Cinco años antes, durante la batalla de Iserlohn, habían sido más de 1,960. No es de extrañar que hayan alcanzado tal renombre por su valor y ferocidad en esta época de agitación.

Cuando se comunicaron a Iserlohn los nombres de los muertos de mayor rango, incluyendo a Walter von Schönkopf, Wiliabard Joachim Merkatz y Louis Machungo, la fortaleza se mostró solemne. Los cien mil que se habían quedado en casa sufrieron estas pérdidas con cien mil emociones diferentes. La noticia de la muerte de von Schönkopf parece haber provocado lamentos particulares entre las mujeres de Iserlohn, pero no se

realizó ningún estudio estadístico y la verdad sigue siendo desconocida.

Estando ahora ausente la interferencia del Imperio Galáctico, la Fortaleza de Iserlohn pudo recibir transmisiones FTL de Julian con una imagen clara y nítida.

“Julian”, dijo Frederica. “Eso fue un truco sucio. Si el Comandante Yang estuviera todavía vivo, seguro que tendría palabras para ti.”

Julian entendió exactamente lo que quería decir. Mientras ella permanecía en la seguridad de la fortaleza, él había ido a la batalla contra el Imperio Galáctico. En cierto modo, se sintió aliviada. Había evitado la necesidad de arrastrar a la viuda de Yang al campo de batalla. Al igual que la Alianza de los Planetas Libres había necesitado una vez al propio Yang, la república necesitaba a Federica. Para Julian, también, ella era una presencia esencial — una mujer que debía ser protegida a toda costa. Ella le había hablado no con ironía sino con agradecimiento.

“¿Qué harás ahora?” preguntó. “Déjame oír tus planes.”

“Primero guiaré a las tropas supervivientes a Heinessen”, dijo Julian. “Viajaremos con la Armada Imperial. Espero encontrarme con el Kaiser allí, y entonces podré hacer mi propuesta.”

“¿Y qué vas a proponer?”

“Todo tipo de cosas.”

Julian le reveló a Frederica una de sus ideas — un método para restaurar el espíritu y las instituciones de la democracia mientras coexiste con el vasto Imperio Galáctico. A saber: devolverían la Fortaleza de Iserlohn al imperio a cambio de una zona gobernada autónomamente en otro planeta. Tal vez el mismo Heinessen. Eventualmente, podrían hacer que el imperio promulgara una constitución y estableciera un parlamento. A través de repetidas revisiones constitucionales, podrían cambiar todo el imperio hacia la apertura. Se necesitarían muchos años, y un esfuerzo inagotable. Pero no había otra manera. No ahora que habían tomado las armas y nadado a través

de un océano de sangre para llegar a la orilla de una reunión con el Kaiser.

“Si eso funciona”, dijo Frederica, “Yang Wen-li puede finalmente volver a Heinessen.”

Con esta frase, Frederica dio su consentimiento a la futura estrategia diplomática de Julian. No tenía ningún apego particular a la parte de “Iserlohn” de la República de Iserlohn. Como diría Poplin, “Iserlohn es una buena dama, pero sería una terrible ama de casa”. La situación topológica de Iserlohn y sus inexpugnables defensas la convirtieron en una base militar sin igual, pero si la coexistencia con el Imperio Galáctico era el objetivo, la fortaleza y su poderoso Martillo de Thor podrían ser en realidad una desventaja. Iserlohn había jugado un papel importante en la historia de la democracia, pero ese papel ya había terminado.

Su conversación con Julian terminó, Frederica habló con Caselnes a su lado.

“Bueno, Almirante Caselnes, ya le ha oído. Nuestro día de despedida de la fortaleza de Iserlohn llegará pronto. ¿Puedo dejarle la parte administrativa a usted?”

“Por supuesto, Señora Yang”, dijo Caselnes. “Lo haré de tal manera que el imperio no encuentre nada de lo que quejarse, aunque le hagan una inspección de guante blanco.”

Caselnes había sido el oficial de mayor rango en la antigua alianza militar, pero hasta que Frederica habló con él estaba algo aturdido. Fue la visión del nombre de von Schönkopf entre las filas de los muertos lo que lo hizo. *Ni siquiera pensé que ese hombre pudiera morir* , pensó.

Federica agradeció al fiel Caselnes y se iba cuando de repente recordó algo y la llamó.

“Oh, Señora Yang. Mi esposa me dijo que la invitara a cenar esta noche. Sé que debe ser un momento incómodo para usted, pero me temo que no puedo desafiar a Hortense. Enviaré a Charlotte Phyllis por usted a las siete en

punto.”

“Gracias. Me encantaría.”

La buena voluntad de la familia Caselnes calentó su corazón.

Frederica entró en sus aposentos. Aquí es donde vivió con Yang cuando estaba vivo, más tiempo del que habían vivido en cualquier otro lugar como marido y mujer. Si la Fortaleza Iserlohn fuera devuelta a la Armada Imperial, finalmente tendría que mudarse. Este lugar era demasiado grande para ella de todos modos, ahora que vivía sola. Incluso si el calor de su difunto marido se quedaba con ella.

También tenía poderosas emociones sobre el puente de *Hyperion* , donde había pasado cuatro años enfrentando situaciones de vida o muerte junto a Yang. La visión de ese joven aspirante a historiador sentado insolentemente con las piernas cruzadas sobre la mesa y produciendo trucos de magia y milagros por cuenta propia se grabó en su mente, para permanecer hasta que la memoria misma se perdiera.

Pero ahora *Hyperion* también se había perdido para siempre en la región estelar de Shiva. Se había convertido en el marcador de la tumba de Wiliabard Joachim Merkatz, otro buen comandante. *Es el mejor uso que se le puede dar ahora*, pensó. *Hyperion* se había perdido, la Fortaleza Iserlohn sería devuelta al imperio, y la propia Frederica estaba sin hijos, por lo que la línea de sangre de Yang había terminado con él. Pero Federica no lo olvidaría. Julian no lo olvidaría. Siempre recordarían que Yang Wen-li había vivido, había estado a su lado. Recordarían su cara, sus gestos, su forma de vida.

Federica se sentó en la cama y tomó una fotografía de su marido. “Gracias, querida”, le susurró. “Hiciste mi vida muy rica”.

El acorazado *Ulises* sobrevivió. De hecho, sobreviviría hasta el final. Pero hoy, el 3 de junio, era en gran parte una nave hospital. Había recogido a los

heridos que habían estado a bordo de otras naves, y ahora llenaban todas sus habitaciones. Ni siquiera el salón de los oficiales superiores se había salvado.

“Ni siquiera puedo morir ahora”, se quejó Olivier Poplin. “Imagínate que llegas al infierno y encuentras a Walter von Schönkopf ya allí, haciendo una orgía de brujas como si fuera el dueño del lugar. Te hace perder la oportunidad de irte”. Tenía vendas en la cabeza y alrededor de su antebrazo izquierdo, y llevaba la palma de gelatina bajo el uniforme en lugar de la ropa interior.

Dusty Attenborough, que lo había dado todo como comandante de la flota pero escapó de la lesión, examinó el vaso de papel de whisky que tenía en la mano. “Mejor vive tanto como puedas, entonces, y asegúrate de que el mundo sepa quién eres. Ahora que el delincuente de mediana edad von Schönkopf se ha ido, es tuyo para que lo tomes.”

Poplin no respondió de inmediato. Su expresión dejaba claro que no le interesaba un mundo que se le había dado por defecto, pero las palabras que finalmente pronunció tomaron un rumbo diferente.

“Olivier Poplin, nacido en Tredecember 36, 771 SE, murió el 1 de junio de 801, a la edad de 29 años. Se ahogó en un lago de lágrimas de mujeres hermosas. Para pensar, elegí la inscripción de mi lápida, y ahora ni siquiera puedo usarla. Es una verdadera lástima.”

Attenborough asintió distraídamente, y de repente sonrió. “Espera un momento. Eso significa que ya pasó tu cumpleaños. Ya tienes treinta años, ¿verdad? Admítelo.”

“Puedes ser tan cansado, ¿lo sabes? Bien, tengo treinta años — ¿de qué te sirve?”

“Si sólo me importaran las ganancias, ¿qué me distinguiría de un codicioso comerciante de Phezzanese? Por cierto, ¿a dónde ha ido nuestro comandante?”

“Fue a consolar a una chica desconsolada por la pérdida de su padre”, dijo el As de Iserlohn, y levantó su vaso de papel. Parecía que era su forma de mostrar sin palabras su respeto por el padre de la chica, y Attenborough le siguió medio segundo después.

II

Encontrar a Karin tomó más tiempo del que Julian esperaba. Una vez terminadas las negociaciones con el imperio, buscó por todo *Ulises* , pero no la encontró. El rostro de Poplin no traicionó nada, presumiblemente de manera intencional. Cuando Julian finalmente llegó a las bahías de los espartanos, escuchó una voz baja cantando. Era una voz hermosa, pero lejos de ser suave. No por falta de musicalidad por parte del cantante, sino porque el cantante estaba en medio de poderosas emociones.

Querida, ¿me quieres?

Sí, te amaré,

Hasta el final de mi vida,

Cuando la Reina del Invierno toca su campana,

Los árboles y las hierbas se marchitan,

Y hasta el sol se ha dormido,

Y aún así, con la primavera, los pájaros vendrán de nuevo,

Y aún así, con la primavera, los pájaros volverán…

“Karin”.

La joven de uniforme se giró para mirarlo. Ninguno de los dos estaba seguro de qué expresión usar. Después de terminar su canción, Karin suspiró profundamente.

“Mi madre amaba esa canción. Me dijo que una vez se la cantó a Walter von Schönkopf. A menudo la cantaba sola, incluso después de que se separaran, dijo.”

“Karin, el almirante von Schönkopf es —”

“Lo sé.”

Karin sacudió su cabeza — lo suficientemente fuerte como para hacer que su cabello color té se balanceara; casi lo suficientemente fuerte como para hacer que su boina negra se cayera.

“Se pavoneaba por aquí actuando como si tuviera cinco o seis vidas de sobra, y podía volver en cualquier momento en que lo mataran. ¿Por qué tenía que morir? ¡Ni siquiera me había vengado de él!”

“¿Vengando?”

“Sí, vengando. Iba a tenderle mi hijo y decirle: ‘Este es tu nieto. Ahora eres abuelo’. Habría sido la mejor venganza de todas para ese delincuente de mediana edad…”

Colgó la cabeza y esta vez, sin hacer ruido, se le cayó la boina. Julian no eligió el curso de acción equivocado. Ignorando la boina, la acercó y la abrazó. Ella no ofreció resistencia. De hecho, se aferró a su pecho, repitiendo la misma palabra una y otra vez mientras lloraba.

“Papá, papá, papá…”

Julian no dijo nada. Mientras acariciaba su brillante cabello, algunas palabras de Olivier Poplin volvieron a él. *Las lágrimas de una chica, Julian, son tan dulces y hermosas como el caramelo de roca derretida.*

El tiempo pasó, y Karin levantó la cabeza. Su cara estaba todavía húmeda de lágrimas, y su expresión combinaba vergüenza y gratitud.

“Hice que toda tu ropa se mojara. Lo siento.”

“Se secará.”

Ella aceptó dócilmente el pañuelo que él le ofreció, pero entonces pareció que algún impulso dentro de ella tomó el control, y volvió a hablar en un tono serio.

“¿Me quieres, Julian? Si lo haces, no sólo asientas con la cabeza. Dilo en voz alta.”

“Te quiero.”

Karin se secó los ojos y sonrió por primera vez. Era como un rayo de sol que se vislumbraba antes de que la lluvia se hubiera despejado por completo.

“La democracia es algo bueno, ¿no?”, dijo.

“¿Por qué?”

“Permite a un cabo dar órdenes a un subteniente. Eso no sería una autocracia.”

Julian se rió y asintió con la cabeza, y luego volvió a abrazar a Karin. En el futuro, cuando fueran mayores y se casaran, el 1 de junio sería sin duda una fecha que nunca se olvidaría en su casa. Era la fecha en la que ambos habían perdido a sus padres, y la fecha en la que la primera página había pasado a sus nuevas historias personales.

Cuando Julian volvió al salón de oficiales superiores, Attenborough lo

saludó, diciendo, “Tienes un poco de lápiz labial en la comisura de tu boca.”

Julian se puso rápidamente una mano en los labios, y Attenborough estalló en risa.

“Has completado el ritual, entonces. Excelente, excelente.”

“Es usted una persona terrible, Almirante.”

“¿Ni siquiera se dio cuenta de que su novia ya no usaba lápiz labial?”

“Lo haré en el futuro.”

Attenborough se rió de nuevo de la respuesta de Julian, y luego indicó una tregua. “Por cierto”, dijo. “¿Ya has formalizado tus planes para reunirte con el Kaiser?”

“Todavía no. El káiser mismo todavía necesita recuperarse un poco más primero.”

“¿Hay alguna garantía de *que* se recuperará? He oído que es terminal.”

Attenborough bajó la voz, y la sinceridad proyectó su sombra sobre sus rasgos. Julian lo entendió tanto racional como emocionalmente. Reinhard von Lohengramm era una presencia demasiado grande para simplemente despreciar y rechazar. Sólo imaginar la sensación de pérdida cuando falleció hizo que Julian se estremeciera, a pesar de que era su enemigo — o quizás *porque* lo era.

“Sólo asegúrate de no dejar nada sin decir”, continuó Attenborough.

“Lo haré.”

“¿Qué pasa con la gente, de todos modos? Bueno, grupos de personas. ¿Cuántos miles de millones de litros de sangre deben ser derramados sólo para resolver algo que puede ser resuelto hablando?”

“¿Te parece una tontería?”

“Tal vez, pero no estoy calificado para criticar. He derramado sangre yo mismo — y en nombre de la locura y el capricho, por eso.”

Tal vez fue *una* tontería. Pero, ¿podría evolucionar la humanidad si se perdiera esa tontería? Julian no quería que Attenborough lo pensara tanto. Prefería que el vicealmirante mantuviera su alegre rebeldía y su valor.

“Gracias, joven. Pero, como dicen, canciones de verano para el verano, y canciones de invierno para el invierno. Si me quedara en mi ropa de verano para siempre, sólo me resfriaría cuando llegara el invierno. Es mejor asegurarse de que su ropa coincide con la estación.”

El ejército de Iserlohn conmemoraba los espíritus de sus muertos con una serie de expresiones y actitudes. Mientras tanto, en el lado imperial, las cosas eran ligeramente diferentes. Los almirantes en la cima de la flota habían escapado de la muerte, pero a un precio demasiado grande y terrible. Al gran mariscal a la cabeza de todo el ejército imperial, el Kaiser Reinhard, se le había diagnosticado una enfermedad incurable. Al enterarse de esto después del fin de las hostilidades, von Eisenach guardó silencio, sólo se limpió la cara con una mano ligeramente temblorosa.

El feroz Wittenfeld, por otro lado, explotó de emoción. Cuando recobró el sentido, bramó con rabia.

“¿Por qué? ¿Por qué von Oberstein debe vivir y el Kaiser morir? ¿Están la justicia y la verdad completamente ausentes de la galaxia? ¡Maldito sea ese inútil de Odín, que devora nuestras ofrendas y no da nada a cambio!”

“Silencio, Wittenfeld”, dijo Mittermeier.

“¿Cómo puedo estar tranquilo en un momento como éste?”

“Ofreceré dos razones. Primero, aunque Su Majestad está ciertamente enfermo, su muerte no es segura. Que un almirante de alto rango tome la

iniciativa de lamentar la situación es un mal ejemplo para las tropas.”

La voz de Mittermeier era triste y severa, y lo suficientemente fuerte para calmar las furiosas pasiones de su colega.

“En segundo lugar, piensa en Su Majestad la Kaiserin y el príncipe Alec. Ellos tienen mucho más derecho a llorar que usted. Harías bien en tenerlo en cuenta.”

“Cuando lo pones de esa manera, no tengo respuesta. Fui desconsiderado.”

Reconociendo su error, Wittenfeld selló sus furiosas emociones en su interior. Mittermeier envidiaba su franqueza; él también deseaba maldecir la injusticia de los dioses. Había estado angustiado desde ese maldito 1 de junio. No había dormido ni una sola vez desde la batalla de Shiva sin beber, a pesar de su cansancio. Inclinando su vaso, habló con sus amigos que ya habían fallecido.

“Kircheis, Lennenkamp, Fahrenheit, Steinmetz, Lutz… te lo ruego. Te ruego que no se lleven al kaiser al Valhalla con ustedes todavía. Todavía lo necesitamos en este mundo.”

Una noche, Mittermeier fue atrapado por una peculiar fantasía. Era algo que nunca hubiera imaginado normalmente. ¿Qué pasaría si el káiser Reinhard entrara por las puertas del Valhala con su habitual vigor y espíritu? ¿Y si reunía a sus amigos y subordinados de la vida y lanzaba una guerra para conquistar el propio Valhala? ¡Ese sería un papel adecuado para el deslumbrante grifo dorado que dirigió el imperio! Un eterno conquistador, incólume ante el infinito, sin conocer el miedo ni el estancamiento. ¿No era eso lo que Reinhard von Lohengramm realmente era?

“Ridículo”, resopló Mittermeier, pero una parte de él anhelaba ver esta visión hecha realidad. Era difícil soportar la idea de que el emperador más poderoso de la historia de la humanidad, gobernante del mayor imperio jamás imaginado, pudiera ser derrocado por una simple enfermedad. Mittermeier sabía que ningún hombre era inmortal, pero siempre había parecido que Reinhard podría ser una excepción. Y los seis años que

Mittermeier había pasado al servicio de Reinhard habían sido el punto culminante de su vida, como ahora se daba cuenta, con cada día resplandeciente en carmesí y oro.

III

El 10 de junio, Julian Mintz llegó a Heinessen junto con la flota imperial. Era la primera vez que regresaba a su planeta natal desde que salió para Terra en la noche de bodas de Yang.

¿Fue porque miró el paisaje a través de unas gafas de sol sentimentales que pensó que Heinessen había cambiado? Hace dos años, el planeta era el centro de un aparato de estado que se extendía por media galaxia. Era un punto focal en la sociedad humana, concentrando tanto personas como recursos. Hoy en día, su aura se estaba desvaneciendo al convertirse en otro mundo fronterizo. Por encima de todo, no había vida ni orgullo en los rostros de la gente que vivía aquí y llenaba sus calles. Era como si el planeta entero se hubiera sentado en la pendiente de aceptar sin críticas su situación actual, hizo las paces con su posición en la frontera del imperio, y ahora se deslizaba hacia el abismo de la historia.

Autodeterminación, autogobierno, autocontrol, respeto de sí mismo: ¿adónde habían ido a parar los valores republicanos democráticos promulgados por Ahle Heinessen? Reflexionando profundamente sobre esta pregunta, la primera visita de Julian fue al Vicealmirante Murai.

Murai estaba todavía en el hospital. Durante su recuperación de las heridas sufridas en Ragpur, se había enfermado de peritonitis. Su situación había sido bastante seria en un momento dado. Una vez pasado el peligro, había pasado de una condición estable a la recuperación y esperaba ser dado de alta a finales de junio. Dio la bienvenida a Julian a su sala de hospital, agarrándole la mano y pidiendo ansiosamente todo tipo de noticias.

“¿Abandonarás a Iserlohn, entonces?”

“Creo que sí. Aún no he discutido las cosas con el Kaiser, pero no veo qué otras cartas de negociación tenemos.”

“Será el fin de una era. Por breve que haya sido, fue una que tú y yo y los demás compartimos: la Era de Iserlohn. Para mí, fue mi último destino, pero para ti y el resto, espero que sea el primer paso hacia una nueva era.”

Como de costumbre, el tono de Murai dio a Julian la impresión de que estaba siendo regañado, pero no lo encontró desagradable. La infalible preferencia del anciano por el orden había permitido que el talento y la individualidad de la Flota Yang brillaran. Había sido un ingrediente irremplazable, una especie de whisky de malta sin mezclar en el cóctel conocido como “Yang Wen-li y su banda de forajidos”.

Nunca hizo daño tener a alguien como el Vicealmirante Murai cerca, pensó Julian. Aunque menos guerrero que un consumado profesional militar, había dado todo por Iserlohn. Julian no tenía intención de pedirle que volviera al servicio activo de nuevo.

El mismo día, Julian se reunió con el Almirante Wahlen de la Armada Imperial para discutir el tratamiento de las tropas de Iserlohn “estacionadas” en Heinessen.

Wahlen estudió la cara de Julian con interés. “Creo que nos conocimos en Terra”, dijo. “A menos que recuerde mal.”

“No, tu memoria es bastante correcta.”

“¡Ah, ahora recuerdo!” Wahlen asintió. “Fue en la sede de la Iglesia de Terra.” Hace dos años, Julian había viajado a Terra disfrazado de comerciante independiente de Phezzan. Allí se había encontrado con Wahlen, que había sido enviado para erradicar la Iglesia.

“Pido disculpas por haberte engañado en esa ocasión”, dijo Julian.

“No hay nada de qué disculparse”, dijo Wahlen. “Cada uno tiene su propia situación.”

Agitó la mano en señal de despido. Era su mano izquierda — la que había perdido mientras llevaba a cabo su misión en Terra.

“Aún así”, continuó, “no puedo evitar pensar en cuántos compañeros hemos perdido ambos.”

Estas palabras pusieron a Julian en un estado de ánimo sobrio que se profundizó aún más cuando habló con Neidhart Müller.

“Me pregunto, Herr Mintz, cuál de nosotros es el más afortunado. No se dio cuenta de que perdería al Mariscal Yang Wen-li hasta que ya se había ido. Se nos ha dado tiempo para prepararnos para la pérdida de Su Majestad. Pero, aunque su tristeza comenzó desde la línea de salida, primero debemos alcanzar nuestra meta, y luego salir una vez más para llenar nuestros hambrientos corazones. Para nosotros, los sobrevivientes…”

Müller dejó fuera el resto de la frase, pero el corazón de Julian resonó en simpatía con el suyo *Sí — para los sobrevivientes, el viaje continúa. Continúa hasta el día en que nos unimos a nuestros compañeros de muerte. Prohibido volar, debemos seguir caminando hasta ese día.*

Julian estaba feliz de haber forjado estas conexiones personales con Müller y los otros almirantes de la Armada Imperial. Era consciente, sin embargo, de que las generaciones futuras podrían ver sus acciones menos caritativas “Un apretón de manos sangriento sobre decenas de millones de cadáveres — un desvergonzado abrazo entre asesinos en masa”, algunos podrían decir.

Otros podrían ir más lejos. “Si así es como terminaría, ¿por qué no hacer amigos desde el principio? ¿Qué hay de los millones que murieron? ¿No eran nada más que herramientas desechables usadas por sus líderes para promulgar una entente que había sido planeada desde el principio?”

Las críticas en este sentido simplemente tendrían que ser aceptadas. En particular, cualquier abuso que recibiera de las familias de los muertos de

guerra estaría justificado.

Para Julián, sin embargo, la lucha había sido la única manera de lograr su situación actual. Si simplemente hubieran aceptado la autoridad del Imperio Galáctico inmediatamente después de la caída de la Alianza de los Planetas Libres, Yang Wen-li habría sido asesinado, y la democracia republicana se habría extinguido sin dejar rastro. Así pensó Julian, pero por supuesto esos eran los valores de Julian; otros se acercaron a la vida con otros diferentes.

Uno de esos otros estaba actualmente en su habitación de hotel, haciendo febrilmente sumas de algún tipo antes de su reunión con Julian. Viendo esto, uno de sus empleados no pudo resistirse a una curiosa investigación:

“¿Qué está haciendo, Capitán Konev?”

“Calculando el interés compuesto.”

La lúcida respuesta de Boris Konev sólo intrigó a los Marinesk, el otro hombre, más allá.

“¿Interés compuesto en qué?”

“La tarifa por toda la información que he proporcionado a esos compañeros de Iserlohn.”

“¡¿Cobras una tarifa?!”

“Por supuesto que sí. Después de todo, no se sentirían bien recibiendo un servicio no remunerado.”

“Me pregunto.”

“Al menos, no *me* siento *cómodo* prestándolo. A diferencia de Dusty Attenborough, no arriesgué mi vida por ‘tonterías y caprichos’.”

“Me pregunto.”

Para evitar una larga discusión, el leal y confiable oficial administrativo de Konev se detuvo justo antes del desacuerdo.

Una vez que Konev terminó sus cálculos, asintió con la cabeza, como si hubiera visto su propio futuro. “He tomado una decisión, Marinesk”, dijo. “Si Iserlohn sale victorioso en este cruel juego, me dedicaré al negocio de la inteligencia. Un nuevo tipo de comercio para una nueva era.”

“Bueno, en cualquier caso, vender productos de alta calidad para ganar confianza y expandir tu negocio nunca hace daño”, dijo Marinesk, manteniendo su respuesta cuidadosamente general en la naturaleza.

Konev se dirigió al hotel barato donde se alojaban los líderes militares de Iserlohn. Julian y Attenborough habían ido a ver al Almirante Wahlen de la Armada Imperial sobre los procedimientos para enviar a las tropas que habían “regresado vivas” de vuelta a Heinessen, mientras Olivier Poplin y Kasper Rinz jugaban una apática partida de ajedrez en 3-D en el salón. Tan pronto como Poplin vio la cara de Konev, lanzó un poco de sarcasmo a su manera.

“Bueno, si no es el hombre más inteligente de Phezzan. ¿Cómo está tu compatriota Rubinsky?”

“Oh, está casi muerto.”

“¿Qué?”

“Lo escuché de una fuente en el hospital. Rubinsky tiene un tumor cerebral. Tuvo menos de un año para vivir, pero desde el regreso del káiser a Heinessen se ha negado a comer. Ahora es sólo cuestión de tiempo.”

“¿Una huelga de hambre? Eso no suena como al Zorro Negro que conozco. Habría robado comida del plato de su vecino para mantenerse vivo.”

Esta era, en efecto, la opinión general de Rubinsky. Si esto era justo o no, era una pregunta a la que pronto recibirían al menos una respuesta parcial. Lo que es seguro es que ese día, Konev ganó dos partidas de ajedrez en 3-D

y perdió otras dos sin conseguir encontrar otra oportunidad de sacar a relucir la cuota por la información que había proporcionado.

IV

A las 2000 del 13 de junio, un hospital del distrito de Inglewood de Heinessenpolis perdió un paciente. Ese paciente era Adrian Rubinsky, de cuarenta y siete años, que sufría de tumores cerebrales y estaba bajo vigilancia de la policía militar. El tratamiento por irradiación láser había resultado inútil en su caso, pero su muerte llegó antes de lo esperado. Parecía que no había visto ninguna belleza en vivir los meses que le quedaban atado a una cama de hospital.

Rubinsky había desconectado su soporte vital con sus propias manos. Cuando la enfermera de turno lo descubrió, ya había entrado en coma. Su expresión descarada, totalmente imperturbable, se dibujó y se inclinó para entonces, pero se dice que aún irradiaba una curiosa cantidad de vitalidad.

Las ondas cerebrales de Rubinsky se detuvieron precisamente en el 2040. La noticia de su muerte fue rápidamente transmitida a la Armada Imperial, donde apresurados burócratas militares comenzaron a poner en orden los materiales y registros que le conciernen. Con el káiser gravemente enfermo, la muerte de Rubinsky provocó poca emoción, pero en realidad sólo fue el preludio de algo mucho más grande en escala.

Hubo un estruendo. El piso del hospital tembló violentamente tanto horizontal como verticalmente. Muchos tropezaron y cayeron; las camas sobre ruedas se cayeron, los estantes se derrumbaron y los frascos de medicinas se rompieron en el suelo.

No fue un terremoto. Había habido una explosión subterránea. Esto fue probado por las computadoras de análisis sísmico de la Oficina Geológica, cuyas actividades habían continuado sin ser afectadas por la política desde

los días de la Alianza de Planetas Libres. Los informes se hicieron rápidamente a la dirección de la Armada Imperial, que respondió tratándolo no como un desastre natural sino como un sabotaje a gran escala. Tales eran las estructuras que habían estado en vigor en el ejército imperial desde que Oskar von Reuentahl había sido secretario general del Comando Supremo.

“¡El edificio del Alto Consejo de la Alianza se ha derrumbado!”

Este informe fue el primero de muchos, ya que el suelo de esa zona se derrumbó y los edificios cayeron por docenas. Era demasiado peligroso incluso para el Cuerpo de Seguridad Imperial entrar en el área. Y este fue sólo el primero de una serie de desastres que mantuvo a la Armada Imperial cansada de la guerra corriendo de un lado a otro a través de la ciudad toda la noche.

Se produjeron incendios en toda la metrópolis. Las explosiones rugieron, las llamas saltaron al cielo, y la propagación de nubes de humo añadió densidad y profundidad a la oscuridad de la noche. Era evidente que esto no era un desastre natural. Además, la pensión estatal del Museo Nacional de Arte, donde Reinhard se alojaba, estaba situada cerca del centro de las zonas que ahora estaban en llamas.

Los almirantes y mariscales de la Armada Imperial no podían dejar de pensar en las explosiones e incendios de la noche del 1 de marzo del año anterior. Incluso mientras se apresuraban a extinguir las llamas, prestar ayuda de emergencia, mantener la paz y proteger el sistema de transporte, tomaron medidas para evacuar el Kaiser.

Cuando Wittenfeld llegó al cuartel general imperial provisional del Museo Nacional de Arte — ya amenazado por las llamas — encontró a Reinhard en su salón. Estaba vestido con su uniforme, pero estaba acostado en el sofá con Emil von Selle a su lado. Su rostro pálido y exquisito tenía una expresión difícil de leer.

“Si debo morir en Heinessen, moriré aquí. No tengo ningún deseo de escabullirme como un refugiado.”

Era cierto que esta habitación con vistas a la Rosaleda de Invierno era el lugar favorito de Reinhard en Heinessen. Pero el hecho de que declarara su intención de morir aquí como un niño haciendo un berrinche era, quizás, una prueba de que su enfermedad había empezado a socavar su estabilidad psicológica.

Wittenfeld perdió los estribos. "¡¿Cómo puede decir eso Su Majestad?!" gritó. "¡Su kaiserin y el príncipe esperan su regreso en Phezzan! Es mi deber como súbdito asegurarme de que Su Majestad llegue a casa a salvo, y tengo la intención de hacerlo."

Con esta declaración, Wittenfeld se dirigió a los Lanceros Negros que le habían acompañado y pidió a seis soldados fornidos que levantaran el sofá en el aire con Reinhard todavía en él. Lo llevaron como una valiosa obra de arte a la Rosaleda de Invierno, donde el contralmirante Eugen lo esperaba con un vehículo. Eugen había asegurado una ruta para salir del fuego, y Reinhard, Emil y el resto de su séquito fueron transportados a la zona segura.

Los escritos del "Artista-Almirante" Mecklinger sobre este incidente sobreviven hasta el día de hoy:

Wittenfeld merece el crédito por el éxito de la evacuación, pero tal vez vale la pena señalar que su rápida respuesta fue posible sólo por el hecho de que no tenía ningún interés en el arte, y las artes plásticas en particular. La preocupación por la pérdida de la colección del museo por el incendio seguramente habría retrasado su respuesta, con graves resultados. Somos realmente afortunados de que no haya sido así…

Está claro que, a pesar de sus elogios por el heroico rescate del Kaiser por parte de Wittenfeld, Mecklinger no pudo dejar de lado su dolor por la reducción a cenizas de tantas pinturas y esculturas irremplazables. Sin embargo, el arte no era lo único que ardía esa noche.

Los incendios se extendieron por Heinessenpolis durante tres días más. Cuando finalmente se extinguieron, el 30 por ciento de la metrópolia se había perdido entre las llamas. Más de cinco mil personas habían muerto o

desaparecido, y quinientas veces más habían sufrido pérdidas o lesiones. En un momento dado, cuando las llamas alcanzaron el puerto espacial central, incluso el imperturbable Mittermeier había considerado ordenar a las naves que acababan de llegar a Heinessen que se refugiaran en los cielos una vez más.

Von Oberstein llevó a cabo sus deberes con una frialdad que parecía que podría mantener a raya incluso al furioso infierno. Hizo retirar los papeles del ministerio para guardarlos de forma ordenada, y ordenó a la policía militar que arrestara a los que actuaran de forma sospechosa durante ese periodo. La presencia entre los arrestados de Dominique Saint-Pierre, la amante de Rubinsky, demostró ser la clave para desentrañar todo el incidente. La explosión y los incendios del 13 de junio habían sido relacionados con la muerte de Rubinsky.

“Entonces, ¿toda esta catástrofe fue sólo un sangriento ramo para el kaiser de Adrian Rubinsky…?”

Temblando, la policía militar comenzó una investigación detallada del asunto.

Finalmente se determinó que Rubinsky había implantado un dispositivo para controlar los explosivos de frecuencia ultra baja en su propio cráneo. Cuando murió, el cese de sus ondas cerebrales había provocado la detonación de una bomba enterrada en lo profundo del edificio del Alto Consejo de la antigua alianza. Presumiblemente, el “suicidio” de Rubinsky había sido de hecho un intento de llevarse el Kaiser con él mientras éste estaba en Heinessen. Esto no parecía muy propio de Rubinsky en su inutilidad, pero parecía que el deterioro de la razón de Rubinsky al empeorar su tumor le había hecho adoptar los métodos no de un meticuloso conspirador sino de un desesperado terrorista. El cuerpo de Rubinsky se quemó junto con el hospital de Inglewood, determinando así hasta la forma de su funeral.

“Que su desafío al Imperio Galáctico terminara de esta manera no era lo que Adrian Rubinsky deseaba. Pero no tengo ninguna simpatía por él. No era la clase de hombre que apreciara la simpatía en ningún caso.”

Así habló Dominique Saint-Pierre. No se agitó, no lloró, no se justificó; su compostura infalible dejó una fuerte impresión en la policía militar, varios de los cuales dejaron registros públicos y privados sobre ella. Uno de ellos fue el siguiente:

“El ministro de asuntos militares, presente en el interrogatorio, preguntó repentinamente al sujeto dónde estaba la madre del hijo del mariscal von Reuentahl. La Señora Saint-Pierre miró al ministro con leve sorpresa — la primera que había mostrado — y dijo que no lo sabía. El ministro no la presionó más”.

Los materiales proporcionados por Dominique Saint-Pierre sacaron a la luz una triple entente subterránea entre el antiguo gobierno de Phezzan, la Iglesia Terra y Job Trünicht. Era un esquema arraigado en el egocentrismo mutuo, en el que cada parte buscaba utilizar a los demás, en lugar de un marco para una verdadera colaboración. Particularmente después de que la salud de Adrian Rubinsky comenzó a deteriorarse, la fusión orgánica entre los tres comenzó a deformarse, cambiar y desintegrarse, lo que proporcionaría muchas preguntas de investigación intrigantes para que los historiadores y los politólogos de las generaciones posteriores las persiguieran. Al final, la calamidad que ocurrió en Heinessenpolis se conoció como el “Infierno de Rubinsky”.

Dominique Saint-Pierre fue retenida por la policía militar durante dos meses antes de que se tomara la decisión de no procesarla. Cuando fue liberada, desapareció inmediatamente.

V

Julian nunca olvidaría el día de su primera audiencia formal con el Kaiser Reinhard von Lohengramm. Era la tarde del 20 de junio, pero con la temporada un poco atrasada en el calendario. El cielo estaba algo nublado,

y el aire era frío. Julian llevaba el uniforme completo de un subteniente de la Marina de la Alianza de los Planetas Libres. Esto fue en parte porque estaba seguro de que el kaiser también iría de uniforme, y en parte porque Yang Wen-li también había ido de uniforme a su reunión con el kaiser.

Reinhard recibió a Julian en el jardín interior del hotel. Emil von Selle guió a Julian a la sombra de un olmo, donde Reinhard se sentó en una mesa redonda blanca. Regulando cuidadosamente su respiración y los latidos de su corazón, Julian ofreció un saludo. Reinhard no se puso de pie, sino que indicó a Julian que se sentara también. Julian se quitó la boina negra, se inclinó y se bajó en la silla que se le ofrecía.

“Me han informado de que tienes diecinueve años”, dijo Reinhard.

“Sí, Majestad. Sí, los tengo.”

“Cuando tenía diecinueve años, era almirante de la dinastía Goldenbaum. Mi apellido aún no era von Lohengramm, y pensé que podía hacer cualquier cosa. Con mi mejor amigo a mi lado, incluso pensé que podría conquistar toda la galaxia.”

“Su Majestad ha hecho exactamente eso.”

Reinhard asintió con la cabeza, pero no era, tal vez, consciente de hacerlo. Por el contrario, el asentimiento parecía devolverle a la realidad.

Cambió de tema. “En nuestro primer encuentro, tu hiciste afirmaciones extravagantes. Dijiste que tenías una medicina para la dinastía Lohengramm. Esta es su oportunidad para transmitir bien esas palabras.”

“No, Su Majestad, en nuestro primer encuentro sólo lo vi y suspiré.”

Viendo la duda en la cara de Reinhard, Julian explicó. Hace dos años, había visto al káiser pasar en un tranvía por Phezzan. No se podía esperar que Reinhard recordara este “encuentro”, por supuesto, así que sólo tenía sentido para Julian.

Emil puso dos tazas de café en la mesa, y su fragancia se elevó y se deslizó entre ellas como una neblina de verano.

“¿Y qué medicina propone para tratar al Imperio Galáctico, para preservarlo de una enfermedad mortal?”

Esta era la pregunta que Julian había venido a responder. Un escalofrío nervioso recorrió su conciencia, pero no era una situación del todo desagradable.

“Primero, Su Majestad, debe promulgar una constitución. Luego, debe abrir un parlamento. Estas dos cosas darán forma al recipiente del gobierno constitucional.”

“Un vaso, una vez formado, debe ser llenado. ¿Qué vino propones verter en éste?”

“El vino debe ser envejecido para que se convierta en algo propio. Pasará algún tiempo antes de que surja el talento adecuado para gobernar de la manera más efectiva.”

Al darse cuenta de que este era un tiempo que el Kaiser no tenía, Julian cerró la boca. Reinhard levantó ligeramente las cejas, y con un dedo golpeó la delicada porcelana de su taza de café.

“Creo que tu verdadero objetivo es algo diferente. Creo que deseas verter el vino del gobierno constitucional en la nave existente del Imperio Galáctico. Esto podría permitir que esas ideas de democracia que tanto aprecias tomen el control del imperio desde dentro.”

Por un momento, Julian no pudo responder. Reinhard se rió entre dientes. Pero lo que comenzó como una risa puntiaguda, incluso cáustica, pareció cambiar en parte. Reinhard, al parecer, estaba intrigado por las tácticas políticas de Julian, que combinaban fuerza y resistencia con un alto grado de elasticidad.

“Volveré pronto a Phezzan”, dijo Reinhard. “Varias personas me esperan

allí. Suficiente para justificar un último viaje.”

Una vez más Julian no tuvo respuesta. El káiser había mirado a la cara a la muerte y la había descartado como un asunto sin importancia. Julian sólo conocía a otra persona que había sido tan libre con respecto a la muerte. Y esa persona había muerto hace un año.

“Me acompañarás allí”, dijo Reinhard.

“Si Su Majestad así lo desea.”

“Eso sería lo mejor, creo. Tus designios y tu perspicacia fueron mejor compartidos con el próximo gobernante del imperio que yo solo. La Kaiserin es mucho más perspicaz como política. Los detalles de tu propuesta deberían ser discutidos con ella.”

Más tarde, se le ocurriría a Julian que esto era lo más cercano que Reinhard había llegado a la clase de fanfarronería que caracterizaba a un marido enamorado.

El cansancio del káiser ya era visible, y la reunión terminó después de unos treinta minutos. Julian se marchó sin la satisfacción de sentir que había logrado sus objetivos.

Al salir del cuartel general provisional, Julian se volvió para mirar el *Goldenlöwe* que colgaba sobre la entrada principal. Era la bandera del gran conquistador que había subyugado a toda la galaxia. Pero, para Julian, el feroz león dorado en su campo carmesí parecía colgar su cabeza.

Como para llorar la muerte de su amo.

Una conversación entre Dusty Attenborough y Olivier Poplin se desarrolló esa noche.

“Va a ser una cosa tras otra, hasta el final. No hay posibilidad de un telón

final silencioso.”

“Eso suena más como un deseo que como una predicción.”

“En cualquier caso, voy a ir a Phezzan con Julian. He llegado hasta aquí y quiero ver el acto final.”

“¿Qué hay de tus deberes militares?”

“Se los dejaré a Soon Soul. No tiene mi genio creativo, pero es 1,6 veces más responsable. Haré que Lao lo ayude. ¿Y tú, As? ¿Te quedarás en Heinessen?”

“Por supuesto que no. Incluso cuando era niño, odiaba que me dejaran atrás mientras los adultos salían a hacer negocios.”

Poplin pinchó el vendaje alrededor de su cabeza con la punta de un dedo. Viendo el vital brillo de sus ojos verdes, Attenborough sonrió.

“He oído que el viejo Murai está a punto de relajarse en un cómodo retiro, pero no veo eso en nuestro futuro todavía. Sigamos con Julian hasta que caiga el telón y podamos confirmar que la venta de entradas ha puesto al teatro en números rojos.”

Casi en ese momento, Julian se despedía de Bernard von Schneider, el leal ayudante de Merkatz. Von Schneider había decidido permanecer en Heinessen, primero para curar sus heridas, y luego para discutir lo que podría hacerse con el puñado de compañeros desertores imperiales de Merkatz que aún sobrevivían. Después de eso, se encargaría de que se tomaran estas medidas, y finalmente, cuando llegara el momento, volvería al imperio él mismo.

“Visitarás a la familia del Almirante Merkatz, supongo.”

“Exactamente. El viaje del almirante ha terminado. Una vez que informe a su familia, el mío también terminará.”

Von Schneider le ofreció a Julian su mano. “Encontrémonos de nuevo en algún momento”, dijo mientras ellos temblaban con firmeza. Partir con vida significa que otro encuentro debería ser posible. Julian deseaba de todo corazón un final fructífero para el viaje de von Schneider.

El 27 de junio, el buque insignia del Káiser Reinhard, *Brünhild*, había sido completamente restaurado a su estado original. El káiser embarcó en su nave y se dirigió a la capital imperial de Phezzan. Sería su último viaje interestelar.

CAPÍTULO DIEZ: EL FIN DE LOS SUEÑOS

I

TRAS LA PARTIDA del Kaiser Reinhard y su séquito de Heinessen, la seguridad del planeta pasó a ser responsabilidad del Almirante Volker Axel Büro. La flota de Iserlohn quedó en manos del Comodoro Marino, quien reclutó a Rinz, Soul y Lao, entre otros, para ayudarle a preparar el desmantelamiento de su organización militar.

En julio, la paz y el orden se restauraron más o menos completamente en Heinessen. Así, por cierto, se demostró que las organizaciones clandestinas que habían plagado el planeta anteriormente habían sido operadas gracias a los esfuerzos personales del difunto Adrian Rubinsky.

El 8 de julio, la policía militar imperial descubrió que una de las personas que había sido herida y hospitalizada durante el Infierno de Rubinsky llevaba documentos falsos. Su interrogatorio enviaría nuevas ondas a través de la galaxia.

“¿Su nombre?”

“Schumacher. Leopold Schumacher.”

El hombre respondió de manera casual — y sin cuidado — pero el nombre que dio sorprendió a los oficiales que lo interrogaban. Era el nombre de un enemigo del estado — Se dice que ayudó al conde Alfred von Lansberg a

secuestrar a Erwin Josef II, niño emperador de la antigua dinastía. La sala del hospital de Schumacher se convirtió rápidamente en el lugar de un interrogatorio formal, pero, como estaba bastante dispuesto a hablar, no se emplearon ni la violencia ni los sueros de la verdad.

La siguiente afirmación de Schumacher fue que el cuerpo descubierto a principios de año no había, de hecho, pertenecido a Erwin Josef II.

“Explíquese.”

“Erwin Josef II escapó del conde von Lansberg el pasado marzo. Dónde está ahora y qué está haciendo es algo que nadie sabe.”

Después de la fuga del chico, explicó Schumacher, el conde se volvió psicológicamente inestable, robó un cadáver de aproximadamente la edad correcta de una morgue y lo trató como si fuera el del propio Erwin Josef II. Su relato de la enfermedad y muerte del chico había sido el producto de una pura ilusión, a pesar de ser lo suficientemente meticuloso para convencer completamente a los investigadores del imperio. Con toda probabilidad, esa historia había sido el mejor trabajo que el Conde von Lansberg había creado. Más tarde, el testimonio de Schumacher formaría la base de los registros oficiales del gobierno imperial sobre el tema, que sólo señalaban que el destino final del Kaiser Erwin Josef II permanecía desconocido.

“Otra cosa”, dijo Schumacher al final de su interrogatorio. “Los últimos restos de la Iglesia Terra no han abandonado sus designios sobre la vida del Kaiser. Por lo que escuché a través de Rubinsky, la última célula activa se infiltró en el propio Phezzan. Debería tener unas treinta personas en ella. Todas las demás partes de la organización han sido destruidas, así que eliminarlas acabará con la Iglesia Terra para siempre.”

Cuando se le preguntó qué pretendía hacer ahora, Schumacher respondió con frialdad: “Nada de lo que valga la pena hablar. Planeo mantener una granja con mis antiguos subordinados en el valle de Assini-Boyer en Phezzan. Lo único que pido es permiso para viajar allí cuando haya terminado conmigo.”

Al final, estas esperanzas no se hicieron realidad. Schumacher regresó a Phezzan después de ser perdonado y liberado dos meses después, pero el colectivo de agricultores ya se había disuelto, y sus antiguos subordinados se dispersaron por el viento. Durante un tiempo sirvió como comodoro en la Armada Imperial, habiendo sido comisionado por recomendación del Vicealmirante von Streit por su perspicacia y experiencia como hombre de la antigua dinastía. Pero finalmente, desapareció durante una batalla con algunos piratas espaciales.

La información de Schumacher fue transmitida al mariscal von Oberstein, y luego en ruta a Phezzan. El mariscal, tan incomparablemente frío que también era conocido como la “Espada de Hielo Seco”, leyó todo el comunicado sin que se moviera ni una sola célula de su cara. Luego se sentó en contemplación silenciosa durante un largo rato.

Julian tuvo muchas oportunidades de conversar con Reinhard mientras viajaban juntos a Phezzan a bordo del *Brünhild* . Reinhard disfrutaba escuchando a Julian contar anécdotas sobre Yang Wen-li. A veces asentía con la cabeza, a veces se reía en voz alta, pero, según los recuerdos de Julian, “por muy grande que fuera el Kaiser, su sentido del humor estaba algo subdesarrollado. Dos chistes de cada cinco le dejaban desconcertado y luchando por entender dónde estaba el humor.” Debemos señalar, sin embargo, que la comprensión de Julian de la Norma Imperial puede no haber sido del todo lo que el Kaiser hubiera preferido.

Naturalmente, el viaje a Phezzan también vio un serio debate sobre el futuro gobierno.

La fortaleza de Iserlohn sería devuelta al imperio. A cambio, el imperio concedería el derecho de autogobierno a Heinessen y al resto del sistema Baalat. En estos dos puntos, se había alcanzado un acuerdo total. Había muchos en el Ministerio de Asuntos Internos del Imperio que ya habían concluido — basándose en la serie de calamidades provocadas por el hombre — que Heinessen era prácticamente ingobernable. Mientras tanto, el Ministerio de Asuntos Militares estaría encantado de recuperar la

Fortaleza de Iserlohn sin derramamiento de sangre. Por consiguiente, ambos ministerios estaban seguros de acoger el acuerdo con satisfacción.

Sin embargo, en lo que respecta a una constitución y un parlamento imperial, Reinhard no se comprometería. Consideraría los méritos del gobierno constitucional, dijo, pero no podía ofrecer promesas, y no quería mentir a Julian.

“Si tú y yo resolvemos todo nosotros mismos, ¿qué quedará para las generaciones futuras? Si sólo esos dos se hubieran ocupado de sus propios asuntos, se quejarían.”

Reinhard habló en tono jocoso, pero estaba claro que no tenía interés en permitir que la democracia siguiera existiendo sin condiciones o regulaciones que la rigieran. Esto era un recordatorio para Julian de que el Kaiser no había perdido su frío realismo como administrador.

Lograr el autogobierno para Baalat era una concesión importante. Pero Heinessen tendría que reconstruir primero después de la devastación del Infierno de Rubinsky. En términos astrográficos, también, el planeta sería más fácil de atacar y más difícil de defender que la Fortaleza de Iserlohn. Además, como todo el sistema tendía al consumo en lugar de a la producción, los alimentos y otros suministros tenían que ser importados de otros sistemas, y esos otros sistemas permanecerían totalmente bajo control imperial. Visto en términos militares, su situación en realidad empeoraría. La magnanimidad que Reinhard había mostrado a Julian era una espada de doble filo, y ambos lo sabían.

Por cierto, había una buena razón para que la enfermedad que se cobró la vida de Reinhard tan pronto se conociera como “la enfermedad del Kaiser”. Pocos podían pronunciar o incluso recordar su nombre propio, “Enfermedad del Colágeno Fulminante Variable”. De hecho, cuando Wittenfeld lo oyó por primera vez, se enfureció y acusó a los médicos de Reinhard de burlarse.

Fiebre alta, inflamación y hemorragia de los órganos internos con el consiguiente dolor, pérdida de energía, degradación de la función

hematopoyética y la consiguiente anemia, confusión mental — estos son los principales síntomas de la enfermedad, aunque Reinhard había mostrado hasta ahora poca confusión mental incluso cuando tenía fiebre. Aparte de su negativa a salir de su cuarto de enfermo durante el Infierno de Rubinsky, no había hecho nada que sugiriera inestabilidad psicológica. Su aspecto tampoco había cambiado, con sólo una pizca de garbo y un matiz de color poco saludable en su piel blanca como la porcelana. Si había un Creador, permitía que Reinhard siguiera siendo bello hasta el final a cambio de su temprana muerte — lo que evidenciaba que el Kaiser había disfrutado más de su favor que otros. Julian dejó notas detalladas sobre el estado de Reinhard todos los días. Si Yang Wen-li hubiera estado vivo, seguramente habría envidiado a Julian, y sabiendo que esto era precisamente por lo que Julian no se tomaba su misión como registrador a la ligera.

El 18 de julio, *Brünhild* llegó a Phezzan. El lugar que Reinhard había elegido como centro de la galaxia sería el lugar donde terminaría su vida. Un vehículo terrestre equipado con equipo médico le esperaba cuando llegó para llevárselo a su mujer e hijo.

Con Stechpalme Schloß quemado por la Iglesia Terra, la Kaiserin Hilda y el príncipe Alec, tras ser dado de alta del hospital, habían tomado la residencia que una vez utilizó el alto comisario de la Dinastía Goldenbaum. El edificio pasó a ser conocido como el Palacio Provisional de Welsede, llamado simplemente por la zona en la que se encontraba, y se convertiría en la modesta estación terminal donde la vasta y arrolladora vida de Reinhard llegó a su fin. El primer piso estaba repleto de funcionarios civiles y militares, el segundo estaba ocupado por médicos y enfermeras, y el tercero era donde la familia del káiser le esperaba.

Julian se sorprendió por la modesta simplicidad de este palacio provisional. Comparado con la residencia de un plebeyo común, por supuesto, era extenso y lujoso. Pero para un rey conquistador que gobernaba toda la galaxia, era extremadamente reservado, mil veces más pequeño que el Palacio Neue Sans Souci de la Dinastía Goldenbaum. Por supuesto, Julian sólo había visto el Neue Sans Souci desde fuera, y eso sólo una vez.

Julian y sus compañeros Dusty Attenborough, Olivier Poplin y Katerose

von Kreutzer se registraron en el Hotel Bernkastel, situado a unos diez minutos a pie del palacio temporal, "custodiado" por una compañía de tropas del ejército imperial estacionadas alrededor del hotel. Julian aceptó esto como desagradable pero comprensible.

"Creo que podemos dejarlo pasar", acordó Attenborough, con una inusual falta de belicosidad.

Si el Imperio Galáctico adoptaba un sistema constitucional y un parlamento en el futuro, pensó Julian, Dusty Attenborough podría mostrar su cara triunfante allí como líder de la facción progresista. Curiosamente, el Attenborough que vivía en el mundo imaginario de Julian siempre estaba en la oposición. Julian simplemente no podía imaginarlo ocupando un asiento de poder en el partido gobernante. Como líder de la oposición, denunciaba la corrupción de los poderosos, criticaba las deficiencias del gobierno y adoptaba una postura firme en la protección de los derechos de las minorías. Eso le convendría, incluso si, una o dos veces al año, pudiera iniciar una pelea en la cámara de debate.

En cierto modo, el Káiser Reinhard había impuesto un doloroso juicio al gobierno republicano democrático. *Sus valores han sobrevivido a la guerra,* parecía decir; *ahora veamos si pueden escapar a la corrupción en tiempos de paz.* Attenborough pasaría su vida luchando para prevenir esa corrupción, y lo haría sin arrepentirse.

En cuanto a Olivier Poplin, sin embargo, la imaginación de Julian sólo podía admitir la derrota. ¿Qué clase de futuro estaba preparando el as de ojos verdes para sí mismo?

"La piratería espacial podría no ser mala. Utilicé toda mi obediencia y paciencia bajo Yang Wen-li. No tengo intención de inclinar mi cabeza o atar mi destino a nadie más hasta el día de mi muerte."

Poplin siempre mantuvo sus verdaderos sentimientos ocultos, pero Julian sospechó que podía haber tomado en serio la inscripción de la lápida de "Muerto el 1 de junio" que había elegido. Hace mucho tiempo, cuando el calendario en uso había sido AD en lugar de SE, Chao Yui-lin, uno de los

estadistas más antiguos de la Revolución de Sirio, le había dado la espalda a los cargos públicos y enseñaba canto y órgano a los niños en su lugar. A Julian le pareció que este tipo de segundo acto le vendría sorprendentemente bien a Poplin.

¿Qué hay del futuro de Karin? Sin duda estaría entrelazado en gran parte con el suyo. La idea hizo que Julian sintiera algo difícil de poner en palabras. Si Yang Wen-li y Walter von Schönkopf estuvieran mirando desde el otro mundo, ¿qué tipo de expresiones usarían?

En cualquier caso, era bueno poder planear el futuro. Había habido una posibilidad real de que las cosas fueran tan mal como para dejarlos sin ningún interés en el futuro.

Entre los hechos sacados a la luz por la muerte de Adrian Rubinsky y la confesión de Dominique Saint-Pierre, una revelación había hecho estremecer a Julian. Parecía que Job Trünicht había esperado crear algo que, exteriormente, era exactamente lo mismo que lo que Julian buscaba — un sistema constitucional dentro del imperio. Además, con la ayuda de Rubinsky, su influencia personal y financiera en los pasillos del imperio se había expandido gradualmente.

Si von Reuentahl no lo hubiera matado a tiros a finales del año anterior, podría haber sido Trünicht quien propuso a Reinhard una transición al gobierno constitucional. Entonces, después de unos diez años de tranquila paciencia, podría haberse levantado una vez más para convertirse en primer ministro del Imperio Galáctico. Tendría unos cincuenta años, todavía joven para ser político, con un rico futuro por delante. Después de vender su país, su gente y la propia democracia a un gobierno autocrático, Trünicht podría haberse convertido en un “político constitucional” que gobernara no la mitad sino toda la galaxia.

La perspectiva era escalofriante. Job Trünicht era un maestro del arte político interesado, y su vívida visión del futuro ya se había realizado en parte en el momento de su prematura muerte. No era la ley la que había interrumpido sus maquinaciones, ni siquiera la acción militar. Un solo rayo de luz, disparado por pura emoción más que por una razón sobria, había

desterrado a Trünicht y su futuro más allá del horizonte de la realidad. Los sentimientos privados de Von Reuentahl sobre el hombre habían hecho esa corrección en el mapa del futuro de la humanidad.

El destino, se dio cuenta Julian, era una palabra maravillosamente conveniente. Incluso circunstancias tan implicadas como éstas podían explicarse a satisfacción de los demás si se invocaba el destino. ¿Podría haber sido por eso que Yang había tratado de no usarla nunca?

II

El 25 de julio, una semana después del regreso a Phezzan.

El estado de Reinhard empeoraba rápidamente. Su temperatura no bajaba de 40 grados centígrados, entraba y salía de la conciencia, y mostraba síntomas de deshidratación. Hilda y Annerose se turnaron para cuidar de Reinhard y de Prinz Alec. Si alguna de ellas se hubiera visto obligada a hacer las dos cosas sola, seguramente se habría desplomado por la preocupación y el exceso de trabajo.

El día 26, las cosas empeoraron aún más. A las 1150, la respiración de Reinhard se detuvo. Veinte segundos después, sin embargo, comenzó de nuevo, y recuperó la conciencia a las 1300.

Un poderoso sistema de baja presión llegó desde el norte ese día, chocando con otro sistema de baja presión del sur y haciendo que la capital imperial fuera fría, húmeda y ventosa. Desde el comienzo de la tarde, densas nubes colgantes sellaron la visión de todos en gris, dando la impresión de una noche diluida.

A medida que avanzaba la tarde, los bordes inferiores de la nube se convirtieron en una lluvia que bombardeaba el suelo. La temperatura bajó aún más, y los ciudadanos de Phezzan comenzaron a susurrarse unos a otros

sobre el extraño clima, preguntándose si el káiser podría llevarse la misma luz del sol con él al otro mundo.

En 1620, los almirantes superiores de la Armada Imperial llegaron al palacio provisional, finalmente liberados de los deberes que les habían ocupado hasta esa hora. El Ministro de Asuntos Militares Paul von Oberstein y el comandante en jefe de la Armada Espacial Imperial Wolfgang Mittermeier fueron llevados al salón de la planta baja del ala este, junto con los seis almirantes mayores. Von Oberstein, sin embargo, se fue cinco minutos después, diciendo que tenía asuntos que atender.

Esto dejó a siete hombres juntos en el salón. Afuera de las ventanas se escuchaban los truenos y los relámpagos blancos y azules. El salón estaba decorado con una paleta uniforme de tonos marrones, pero después de cada relámpago se hundía en un mundo sin vida ni color.

No era la primera vez que estos hombres se sentían en la cúspide de la historia, pero nunca se habían sentido tan envueltos en un pesado y amargo lodo psicológico.

“El conquistador que subyugó a toda la galaxia, atado a la superficie del planeta y encerrado en su cuarto de enfermo”, dijo Kessler en voz baja. “Es casi demasiado desgarrador para soportarlo.”

Habían acompañado a Reinhard von Lohengramm en su viaje de conquista a través del mar de estrellas. Habían aplastado la Coalición de los Lores, aplastado la Alianza de los Planetas Libres, visto la galaxia misma a sus pies. Habían sido casi invencibles, pero ahora, antes de la maldición que era la enfermedad del colágeno variable fulminante, eran totalmente impotentes. Valentía, lealtad, proezas estratégicas, nada de esto podía salvar al Kaiser que amaban y respetaban. Cuando fueron burlados por Yang Wen-li, su sentido de la derrota se levantó con admiración. Ahora sólo había derrota, como una peste repugnante que carcomía su espíritu.

“¿Qué están haciendo esos médicos? ¡Sanguijuelas inútiles! ¡Si pretenden quedarse de brazos cruzados e ignorar su sufrimiento, lo pagarán caro!”

Wittenfeld fue el primero en hacer erupción, como todos sus colegas habían predicho. Pero esta tarde, se encontró con una oposición inmediata.

"¡Contrólate!" Wahlen gruñó, su estoica reserva finalmente sobrepasó los límites de la resistencia. "¡Estoy harto de que tu temperamento nos cause problemas al resto de nosotros! ¡Hay sedantes que puedes tomar para controlar tus cambios de humor!"

"¡¿Qué acabas de decir?!"

No teniendo ningún otro lugar donde dirigir sus furiosas emociones, Wittenfeld las dirigió hacia su colega. Wahlen estaba a punto de responder de la misma manera cuando von Eisenach arrebató una botella de agua mineral de la mesa y la volcó sobre ambos. El agua que goteaba de sus cabellos sobre sus hombros, lo miraban con asombro. Su taciturno asaltante los miró fijamente. Cuando una voz baja finalmente habló, vino del hombre que los superaba a todos: El mariscal Mittermeier.

"Su Majestad está soportando el sufrimiento tanto mental como físico. Seguramente los siete juntos podemos soportar esto — a menos que queramos oírle lamentarse de los patéticos temas que tiene."

En ese momento, Reinhard estaba haciendo algunas peticiones finales a la Kaiserin Hilda. Una de ellas era conceder a los seis almirantes superiores supervivientes el rango de mariscal imperial, pero sólo después de la muerte de Reinhard, y en nombre de Hilda como regente.

Wolfgang Mittermeier, Neidhart Müller, Fritz Josef Wittenfeld, Ernest Mecklinger, August Samuel Wahlen, Ernst von Eisenach y Ulrich Kessler. Estos siete hombres serían conocidos por la historia como los Siete Mariscales de Löwenbrunn. "Un honor ganado simplemente por tener la suerte de sobrevivir", como algunos bromeaban, pero el hecho de que hubieran sobrevivido a una época de tan vasta e intensa agitación a pesar de pasar la mayor parte de su tiempo en sus campos de batalla era prueba suficiente de que no eran hombres comunes.

Como Wolfgang Mittermeier ya era mariscal, iba a recibir el título de

Primer Mariscal Imperial. Era un título adecuado para el mayor tesoro de la Armada Imperial, pero si Mittermeier hubiera sido informado de esto en ese momento, no habría estado de humor para regocijarse.

En 1830, una doncella vino y le pidió a Mittermeier que la acompañara. Los almirantes reunidos sintieron que la escarcha descendía sobre las paredes de sus estómagos, y se levantaron de sus sofás para ver en silencio al Gale Wolf salir de la habitación. Pero Mittermeier no había sido llamado por la razón que temían. La Kaiserin Hilda, que se reunió con él en la habitación de Reinhard, tenía una petición para él.

“Siento hacer esta petición durante la tormenta, Mariscal Mittermeier”, dijo, “pero por favor traiga a su esposa e hijo aquí.”

“¿Está seguro, Su Majestad? Mi familia, ¿intrusión en un momento como este?”

“El káiser lo desea. Por favor, dese prisa.”

Esto no le dejó a Mittermeier otra opción que obedecer. Saltó a un tranvía y corrió a través de la lluvia de plomo y los vientos transparentes hacia su casa.

Alrededor del mismo tiempo, un enviado imperial llegó al Hotel Bernkastel: El Vicealmirante von Streit, en un gran vagón de tierra. En lugar de hacer una llamada por teléfono, Hilda le había enviado allí como muestra de respeto a los huéspedes del imperio.

“El káiser desea verle”, dijo von Streit. “Me disculpo por pedirle esto durante este tiempo tan terrible, pero por favor venga conmigo.”

Julian y sus tres compañeros intercambiaron miradas. La garganta de Julian se sintió de repente constreñida, pero finalmente forzó algunas palabras.

“¿Su estado es grave?”

“Por favor, date prisa.”

Ante esta respuesta indirecta, Julian y los demás se prepararon para partir.

Mariscal Yang, como su representante, estoy a punto de ser testigo de la muerte del individuo más grande de esta era. Si está en el otro mundo, por favor mire conmigo, a través de mis ojos. Así le habló Julián en su corazón a Yang, en parte porque no sentía que pudiera mantener la compostura sin la ayuda de Yang. Poplin y Attenborough, también, se pusieron sus uniformes en silencio, sin su habitual irreverencia.

En medio del viento y la lluvia, Julian y los demás llegaron finalmente al palacio provisional. Al entrar en el salón principal, vieron a una hermosa mujer de pelo dorado que pasaba por un pasillo de arriba. Esta, confirmó von Streit, era la hermana del Kaiser, Annerose.

¡Así que esa es la Archiduquesa von Grünewald! Julián sintió que un sentimiento casi onírico pasaba a través de él. No conocía todos los aspectos de la vida de Reinhard, pero había oído que fue Annerose la que hizo posible que la estrella de Reinhard brillara tanto. En cierto sentido, ella era la creadora de la historia actual. No podía fingir desinterés.

Annerose, por supuesto, ni siquiera notó a Julian mirando desde abajo. Al entrar en la habitación de Reinhard, se inclinó ante su hermana y se sentó en la silla junto a la cama de su hermano. Como si fuera una respuesta, abrió los ojos y la miró.

“Querida hermana. Estaba soñando…”

Una suave luz se deslizó en sus ojos azul hielo. Era una luz que Annerose nunca había visto antes. En ese momento, se dio cuenta de que su hermano iba a morir de verdad. Sus batallas siempre habían sido impulsadas por el deseo de llenar el insaciable vacío de su corazón, desde que tenía diez años y se dio cuenta por primera vez de lo que significaba luchar. Había luchado para tomar el poder, y había seguido luchando una vez que fue suyo. Ya fuera por algún cambio sutil en algún lugar del camino, o porque esta había sido siempre su verdadera naturaleza, parecía ahora que Reinhard había hecho de la lucha en sí misma la meta de su vida.

“El káiser es guerrero por naturaleza.” “ *Reinhard der Löwenartig Kaiser* ” (“Reinhard el Emperador León”). Estas eran expresiones alternas de su orgullo, y más que adecuadas para el hombre que había ardido como un cometa en la historia. Pero ahora finalmente había sido consumido por esa llama. La suavidad en él ahora era como el calor de la ceniza blanca que quedaba después de que el cuerpo y el alma se habían quemado. Un calor persistente, que pronto se enfriará y desaparecerá. Un destello de luz antes del regreso a la oscuridad.

“¿Quieres soñar más, Reinhard?”

“No, ya he tenido suficiente de sueños. Más que suficiente de sueños que nadie ha soñado antes…”

La cara de Reinhard era demasiado suave. Annerose sintió que su pecho se congelaba, escuchó las grietas de la telaraña que se extendían por él. La horrible claridad de esos sonidos se extendió por todos sus nervios. Cuando el vigor y la intensidad de su hermano se hubieran suavizado, moriría. Una espada no tenía razón para ser otra cosa que una espada. Para su hermano, la satisfacción era lo mismo que la muerte. Alguien o algo había moldeado sus energías vitales de esa manera.

“Gracias por todo, querida hermana”, dijo Reinhard, pero Annerose no quiso escuchar palabras de gratitud. Quería que olvidara a la hermana que se había retirado del mundo a tan tierna edad — para desplegar sus alas y volar una vez más a través del mar de estrellas. Después de la muerte de Siegfried, ese había sido su único deseo — el delgado hilo de cristal que la unía a este mundo.

“Este colgante…”

La hermosa mano de Reinhard, notablemente demacrada, se acercó a ella. El colgante de plata que colocó en la palma de su mano iluminó a los dos con un brillo traslúcido.

“Ya no lo necesito. Te lo doy a ti. Y… también te devuelvo a Siegfried.

Lamento haberlo tomado prestado por tanto tiempo.”

Antes de que Annerose pudiera responder, Reinhard cerró los ojos. Había vuelto a entrar en coma.

La tormenta se hizo más fuerte, y a las 1900 el camino fuera del palacio provisional se inundó. Un informe urgente llegó a través del viento y la lluvia. Los tanques de hidrógeno líquido en las afueras de la ciudad habían sido detonados, y se habían encontrado pruebas en los cadáveres en la escena que los conectaba con la Iglesia Terra. La Armada Imperial, conteniendo la respiración con el kaiser a las puertas de la muerte, no pudo evitar ser sacudida.

Cuando el informe llegó a Ulrich Kessler, comisionado de la policía militar y comandante de las defensas de la capital, regañó a sus tambaleantes subordinados.

“Reúnanse. Encender fuegos y explosiones como señuelos es el procedimiento operativo estándar de la Iglesia Terra. Su verdadero objetivo es la familia imperial. Concéntrense únicamente en la vigilancia del palacio provisional.”

La organización terrorista de Phezzan había sido eliminada. Kessler tenía confianza en este asunto. Con una reverencia a los otros almirantes, dejó el salón para pararse en el vestíbulo de entrada, usándolo como centro de mando para dirigir a la policía militar en la escena. Su diligencia fue loable, pero no se puede negar que en parte buscó escapar a sus deberes. A pesar de su carácter resuelto, no podía soportar sentarse y esperar a que el Kaiser expirara.

Mittermeier aún no había regresado de su casa, y los cinco hombres que quedaban en el salón — Müller, Wittenfeld, Mecklinger, von Eisenach y Wahlen — estaban tan preocupados y ansiosos que sentían que sus venas se podían romper. A las 1950, von Oberstein regresó del ministerio. El final estaba cerca, pero aún quedaba un acto por representar.

III

Entre von Oberstein y los “Cinco Mariscales” (excluyendo a los ausentes Mittermeier y Kessler) un horrible estado de ánimo parpadeó al borde de la ignición. Von Oberstein acababa de decirles que los últimos restos de la Iglesia Terra pronto atacarían el palacio provisional, decididos a acabar con la vida del Kaiser.

Fue Mecklinger quien expresó la primera duda. ¿Por qué, exigió, cometerían los terraistas tal ultraje? Sólo tenían que esperar: la situación cambiaría sin necesidad de sus métodos violentos.

La respuesta de Von Oberstein fue lúcida hasta el punto de la crueldad.

“Porque yo los traje aquí”, dijo.

“¿Lo *hiciste* ?”

“Les permití pensar que la condición del Kaiser estaba mejorando, y que tan pronto como Su Majestad estuviera bien de nuevo, destruiría su sagrada Terra misma. Para evitarlo, han tomado medidas drásticas.”

El aire de la habitación estaba tan frío que parecía quemarse.

“¡¿Quieres decir que usaste a Su Majestad como cebo?!” Mecklinger gritó. “¡Aprecio que sus opciones fueran pocas, pero no es así como se comporta un súbdito leal!”

Von Oberstein descartó fríamente esta denuncia. “La muerte del káiser es inevitable”, dijo. “Pero la dinastía Lohengramm continuará. Sólo he pedido la cooperación de Su Majestad para eliminar a los fanáticos terraistas por el futuro de la dinastía.”

Wittenfeld inconscientemente metió su mano derecha en un puño y dio medio paso adelante. La sangre brotó en sus dos ojos. Pero justo antes de

que su desastroso enfrentamiento en Heinessen se reprodujera en una escala mayor, Müller habló — aunque él también estaba luchando sombríamente por mantenerse bajo control

“Nuestra primera tarea es eliminar a los terraistas. Si nuestro liderazgo está dividido, jugamos directamente en sus miserables manos. Trabajemos juntos bajo la dirección del almirante Kessler.”

Y así, desde el 2000 al 2200, mientras la tormenta de verano se desataba, el palacio provisional libró la más grave de las batallas contra los enemigos tanto dentro como fuera de sus muros. Esta batalla se llevó a cabo casi en silencio, para no molestar al Kaiser del tercer piso. La tormenta había inutilizado los sistemas mecánicos de seguridad, así que los subordinados de Kessler se arrastraron por el viento, la lluvia y el barro en busca de intrusos. Dispararon al primero muerto en 2015.

Julian y los demás estaban esperando en una habitación en el ala oeste de la planta baja, pero no podían fingir que el asunto no les concernía.

“Tal vez deberíamos agradecer a los Terraistas. El odio compartido hacia su iglesia ha llevado al Imperio Galáctico y a la democracia a descubrir un nuevo camino de coexistencia…”

Julian estaba, por supuesto, hablando irónicamente. Sus verdaderos sentimientos eran bastante diferentes. Los terraistas habían asesinado a Yang Wen-li, convirtiéndolos a ellos, y a su líder en particular — en su enemigo jurado. Para ofrecer algo de ayuda a la Armada Imperial, Julian, Attenborough y Poplin entraron en el pasillo, dejando a Karin en la habitación.

“Luchando… la Iglesia Terra… en Phezzan… para proteger… al kaiser”, dijo Poplin. “¿Conoces ese juego en el que cortas varias frases diferentes y reorganizas los fragmentos? Eso es lo que me recuerda. Incluso hace sólo cincuenta días, nunca hubiera imaginado que un día estaría en un lugar como éste haciendo lo que estamos a punto de hacer. Una cosa de la vida… nunca se aburre.”

Julian estaba de acuerdo con las reflexiones de Poplin, pero su interés se dirigió rápidamente en una dirección diferente. Dusty Attenborough había visto a un hombre vestido de negro arrugado en una esquina del pasillo. Parecía que el hombre había logrado correr allí después de ser disparado, antes de morir por sus heridas. Una pistola brillaba débilmente en su húmeda, fangosa y sangrienta mano.

“Me la prestaré”, dijo Attenborough. “No llegaremos a ninguna parte sin un arma.”

Cuando Attenborough cogió la pistola de la mano del muerto, las luces del pasillo se apagaron. Al instante, los tres se aplastaron instintivamente contra la pared. En otra parte del palacio, los rayos de luz parpadearon y los pasos golpearon. Sus ojos se estaban acostumbrando a la oscuridad cuando un hombre que claramente no era de la Armada Imperial apareció frente a ellos. Un rayo de luz brotó de la pistola en la mano de Attenborough, atravesando al hombre en el pecho. Se desplomó en el suelo.

Esto no fue, tal vez, tanto porque Attenborough fuera un experto tirador como porque el Terraista se había topado con el rayo de la explosión. En cualquier caso, otro intruso había sido derribado, y el grupo de Julian obtuvo otra arma.

En este punto, las luces volvieron a encenderse — tal vez el generador de emergencia se había activado. Mientras el viento aullaba y los relámpagos retumbaban, las tropas imperiales continuaron su desesperada batalla con los terraistas tanto dentro como fuera de los muros del palacio provisional.

El sonido de una pequeña explosión asaltó los tímpanos de Julian. No lo pensó mucho, pero fue una explosión que tendría repercusiones históricas. Era de un primitivo artefacto explosivo que había detonado en una habitación del segundo piso con vistas al jardín interior, y un trozo de metralla volador había abierto a von Oberstein desde su estómago hasta su pecho.

Era el año 2025.

Después de la explosión, los terraistas se desplazaron al ala oeste del edificio e intentaron escapar en la noche, como marionetas de sombra contra el parpadeo del rayo. Un fino rayo de luz ardió horizontalmente a través de la oscuridad y la lluvia que caía, y uno de los Terraistas cayó, con los brazos abiertos. Los otros hombres trataron de cambiar de dirección, salpicando manchas de barro.

"¿A dónde creen que van, Terraistas?"

El fuego de la explosión se concentró en la fuente de esa voz juvenil. Un pilar en una terraza gritó mientras fragmentos de mármol volaban y el vidrio se rompía.

Julian rodó por esa terraza una, dos veces, y luego apretó el gatillo dos veces en el instante en que dejó de moverse. Los pernos salieron de su pistola, y dos Terraistas más se derrumbaron con sus gemidos. Rodaron por el suelo, enviando lodo y sangre volando, luego se movieron ligeramente antes de quedarse quietos.

El tercer y último hombre giró en el lugar e intentó correr, pero Attenborough se puso delante de él. El hombre volvió a cambiar de dirección, pero se topó con Poplin, cuyos ojos brillaban con una amenaza aún mayor que los de Julian. La oscuridad y la lluvia formaron una doble cortina que los encerraba en otro mundo.

"Antes de matarte, respóndeme una cosa", dijo Julian, saliendo de la terraza. Inmediatamente fue empapado de pies a cabeza por la lluvia que caía sobre él. "¿Dónde está el Gran Obispo?"

"¿El Gran Obispo?", murmuró el hombre.

Esta no era la reacción que Julian había esperado. Un creyente sincero debería haber mostrado asombro y respeto por la mera mención del título, pero lo que salió de este hombre fue sólo una risa amarga, como si se riera de todos y de todo, incluso de sí mismo.

"El Gran Obispo está ahí tumbado", dijo el hombre, señalando a uno de sus

compañeros muertos. Poplin usó la punta de su bota para rodar el cuerpo sin ceremonias sobre su espalda. Después de una mirada aguda a la extraña cara envejecida que se reveló, Poplin se agachó sin decir nada y se quitó una hábilmente hecha máscara de goma blanda. Otro rostro fue revelado en la luz tenue, perteneciente a un hombre ligeramente construido, incluso demacrado, pero sorprendentemente joven.

“¿Este es el Gran Obispo, dices?”

“Ciertamente pensó que lo era. Era un imbécil, una especie de máquina de memorizar.”

“¡¿De qué estás hablando?!”

“El verdadero Gran Obispo yace aplastado bajo una gigantesca capa de roca en Terra. Dale un millón de años, y podría ser desenterrado como un fósil.”

El tono burlón del hombre no mostró ningún signo de vacilación. Su encuentro no duró mucho tiempo, pero una especie de impulso para vaciar sus entrañas psicológicas lo mantuvo hablando. Les dijo muchas cosas: que la muerte del Gran Obispo se había mantenido en secreto para los creyentes de la iglesia, y que el imbécil había tratado de tomar su lugar. Que los veinte que se habían infiltrado en el palacio temporal, incluido él mismo, eran todo lo que quedaba de la Iglesia Terra. Todo salió, como el agua de una tubería cuyo tapón se había perdido.

Mientras escuchaba, un recuerdo se fue formando lentamente en la mente de Julian, formando finalmente la última pieza del rompecabezas de su búsqueda de venganza. Julian había visto a este hombre antes, en la sede de la Iglesia Terra. Sabía su nombre y su rango. Era el arzobispo de Villiers.

La recuperación de esta memoria llevó directamente a la acción.

“Esto es por Yang Wen-li”, dijo Julian. Disparó su pistola y el rayo de luz atravesó el pecho de De Villiers. El joven arzobispo cayó de espaldas como si hubiera sido empujado por un gigante invisible. Mientras la sangre brotaba de su herida, cayendo al suelo en una lluvia carmesí, miró a Julian.

No había miedo en sus ojos, sólo decepción y rabia — aparentemente sincera — por la interrupción de su elocuencia. Julian no tenía forma de saberlo, pero la expresión era una versión un poco más feroz de la que Job Trünicht había usado al morir.

El arzobispo escupió sangre y maldiciones juntos.

“Matarme no tiene sentido. Alguien vendrá a derribar la dinastía Lohengramm algún día. No pienses que este es el final…”

Julian no sintió ni un gramo de emoción ante esta amenaza de muerte. El arzobispo debe haber creído que podía salvar su vida proporcionando al aparato de seguridad imperial información sobre la Iglesia Terra. Pero Julián no estaba obligado a asegurarse de que sus cálculos solapados dieran sus frutos.

“No te equivoques con esto”, dijo Julian. “El futuro de la Dinastía Lohengramm no es mi responsabilidad. Te maté para vengar a Yang Wen-li. ¿No me escuchaste decirlo?”

De Villiers se quedó en silencio.

“Y para vengar al contralmirante Patrichev. Y al teniente comandante Blumhardt. Y muchos, muchos otros. ¡Más de lo que tu vida por sí sola podría compensar!”

Dos más pernos perforaron el cuerpo de De Villiers en rápida sucesión. Se movió en el suelo como un pez. Con el tercer rayo, se quedó quieto.

“Puede que seas el actor principal, pero no te dejes llevar demasiado”, dijo Attenborough a Julian con ironía. “Ni siquiera nos dejaste partes mordidas.”

En ese momento, escucharon conversaciones desordenadas en el Imperial Standard acercándose. Los tres tiraron sus blásters, se alejaron del cadáver sin llorar de De Villiers y esperaron a que llegara la policía militar.

Mientras tanto, un hombre que había sido objeto de elogios y críticas más

públicas y de mayor escala que el de Villiers estaba también muy cerca de la muerte.

Paul von Oberstein estaba acostado en un sofá en una habitación de abajo, mirando el cráter rojo oscuro de su abdomen como para criticar su irracionalidad. Los médicos estaban tratando su grave herida, pero cuando le dijeron que necesitaba cirugía inmediata en un hospital militar, se negó a permitirla.

“Cuando alguien está más allá de la salvación, pretender salvarlo no es sólo hipocresía, es un desperdicio de habilidad y esfuerzo”, dijo con frialdad.

Con la habitación aturdida por el silencio, continuó.

“Dile a Rabenard que mi testamento está en el tercer cajón de mi escritorio. Él debe seguirlo en todos los detalles. Y dile que alimente a mi perro con carne de pollo. La pobre criatura tampoco está lejos de este mundo, así que déjala morir con comodidad. Eso es todo.”

Al darse cuenta de que el nombre “Rabenard” había despertado sospechas, von Oberstein explicó que era su fiel mayordomo, y luego cerró los ojos, cerrando las miradas de los que le rodeaban. Se confirmó su muerte treinta segundos después. Tenía cuarenta años.

Más tarde, un miembro sobreviviente de la Iglesia Terra confesaría que había arrojado el explosivo en la habitación donde von Oberstein creía erróneamente que era el cuarto de enfermo del Kaiser. El ministro había muerto en lugar del Kaiser, pero se desconocía si se trataba de un auto-sacrificio intencional o simplemente un error de cálculo. Los que lo conocían estaban divididos en dos bandos en el asunto, sin que ninguno de ellos estuviera perfectamente seguro de su posición.

En cualquier caso, pocos permanecieron interesados en la muerte de von Oberstein por mucho tiempo, ya que el Kaiser permanecía a las puertas de la muerte. Esto fue, quizás, lo que el propio von Oberstein hubiera preferido: permanecer hasta la muerte a la sombra de Reinhard.

IV

Era las 2215. Sintiendo que la tormenta amainaba, la gente miraba por las ventanas. El viento amainó, la lluvia se detuvo, y las estrellas brillaron en el profundo índigo del cielo extrañamente claro. El centro del sistema de baja presión pasaba directamente sobre el palacio temporal.

Con el tiempo mejorando momentáneamente y los terroristas eliminados, Evangeline Mittermeier finalmente llegaron con su marido al palacio. Su vehículo terrestre había sido inmovilizado por la inundación y, como el Gale Wolf no estaba dispuesto a forzar a su esposa e hijo a atravesar la lluvia torrencial — todos habían esperado impotentes en el vehículo para un descanso de la tormenta.

“Muchas gracias por venir, Frau Mittermeier. Por aquí, por favor.”

Evangeline fue llevada a la habitación del Kaiser. El Conde von Mariendorf y otros oficiales y generales ya estaban allí, y motas de tristeza se arremolinaban en la grandiosa habitación de techo alto. Evangeline estaba de pie, Félix en sus brazos, hasta que su marido la tomó de la mano y la llevó a la cabecera del Kaiser.

“Gracias por venir, Frau Mittermeier,” dijo Reinhard, sentado en la cama. “Me gustaría presentarle a mi hijo, Alexander Siegfried, a su primer amigo, su hijo. Un imperio necesita un gobernante fuerte, pero quiero dejar a mi hijo un amigo para que sea su igual. ¿Puedo pedirte que me permitas este capricho?”

El niño rubio en los brazos de Kaiserin Hilda se retorció. Sin embargo, en vez de llorar, abrió bien los ojos azules y miró fijamente a la familia Mittermeier.

“Félix”, dijo Mittermeier en voz baja, “promete tu lealtad al príncipe Alec, es decir, a Su Majestad el káiser Alec.”

Una escena peculiar, quizás, pero nadie se rió. El niño de catorce meses y el de dos meses se miraron el uno al otro como si estuvieran asombrados. Entonces Félix extendió una pequeña mano y cogió la aún más pequeña de Alexander Siegfried.

La amistad tiene muchas formas. Comienza de muchas maneras, se mantiene de muchas maneras y termina de muchas maneras. ¿Qué clase de amistad surgiría entre Alexander Siegfried von Lohengramm y Felix Mittermeier? ¿Se convertirían como Reinhard y Siegfried, o tal vez como von Reuentahl y Mittermeier? Mittermeier no pudo evitar preguntarse.

Félix sostuvo con fuerza la mano del infante príncipe. Sonrió, tal vez satisfecho con su nuevo juguete. Cuando su padre, temiendo la descortesía, intentó apartarlo, Félix frunció el ceño y empezó a llorar, y el joven príncipe siguió su ejemplo.

La animada conmoción duró sólo veinte segundos, después de los cuales Reinhard reunió todas sus fuerzas para sonreír.

“Eres un buen chico, Félix. Espero que siempre seas un buen amigo del príncipe.”

En momentos así, las palabras de un padre se convierten en genéricas, y las de Reinhard no fueron una excepción. Dejó que su cabeza se asentara en su almohada y observó a la multitud reunida. Una pizca de sospecha cruzó su rostro.

“No veo al Mariscal von Oberstein. ¿Dónde está?”

Los oficiales y almirantes intercambiaron miradas preocupadas, pero Hilda limpió con calma la frente de su marido mientras respondía, “El ministro está ausente por asuntos que no pueden ser pospuestos, Su Majestad.”

“Entiendo. Ese hombre siempre tiene una razón válida para lo que hace.”

La respuesta estaba entre la aceptación y el sarcasmo. Reinhard levantó la mano y la puso sobre la de Hilda, sosteniendo la toalla.

“Kaiserin, gobernarás la galaxia más sabiamente de lo que yo jamás podría. Si deseas pasar a un sistema constitucional, que así sea. Mientras la galaxia esté siempre gobernada por los más poderosos y sabios de los vivos, todo irá bien. Si Alexander Siegfried carece de ese poder, no hay necesidad de mantener la Dinastía Lohengramm. Maneje todo como le parezca — es todo lo que le pido…”

A Reinhard le costó un poco de tiempo terminar este discurso por la fiebre alta y la dificultad para respirar. Cuando lo hizo, bajó la mano como si estuviera agotado, cerró los ojos y cayó en la inconsciencia. A las 2310, sus labios se movieron como si estuvieran sedientos, e Hilda les dio una esponja empapada en agua y vino blanco. Bebió el líquido, y finalmente abrió los ojos ligeramente y le susurró. A menos que, tal vez, la confundiera con otra persona.

“Cuando la galaxia sea mía… todos nosotros…”

Se fue arrastrando. Sus párpados cayeron una vez más. Hilda esperó. Pero sus ojos no se abrieron de nuevo, y sus labios no se movieron.

Era el 2329, 26 de julio, 801 SE, 3 año del Nuevo Calendario Imperial. Reinhard von Lohengramm murió a la edad de 25 años. Su breve reinado había durado menos de dos años.

El silencio era tan total que el aire parecía haber dejado de lado su función de transmitir el sonido. Este silencio fue finalmente roto por el suave llanto de Alexander Siegfried, segundo káiser de la dinastía Lohengramm. De las dos mujeres que estaban junto a la cama del difunto, una se puso de pie. Hilda von Lohengramm estaba ahora en la cima del Imperio Galáctico como emperatriz y regente viuda. El Conde von Mariendorf, Mittermeier, y los demás se quedaron en silencio mientras su voz silenciosa llenaba la habitación.

“El kaiser no murió de enfermedad. Falleció habiendo usado todo el tiempo que le correspondía. No fue abatido por la enfermedad. Recuerden esto, por favor, todos ustedes.”

Hilda inclinó profundamente su cabeza, y la primera lágrima rodó por su hermosa mejilla. La mujer que quedaba al lado de la cama del difunto sollozó.

…Así Welsede se convirtió en una tumba sagrada.

—Ernest Mecklinger

V

“Una estrella acaba de caer, Karin.”

La voz de Julian Mintz temblaba como si estuviera mirando al abismo estelar. Karin le cogió del brazo sin decir una palabra. Sintió como si el abismo se hubiera abierto bajo sus propios pies, cien mil millones de estrellas amenazando con tragársela. El pelo y el uniforme de Julian aún estaban húmedos, pero esto no le molestaba.

Ante ellos estaba el emisario del káiser Neidhart Müller, que momentos antes había hecho su informe a los representantes del antiguo enemigo del imperio.

Su Majestad el Kaiser Reinhard acaba de fallecer. El hijo mayor de Su Majestad, el Príncipe Alec, accederá al trono después del funeral de estado.

Las palabras han llegado con una pena casi incontrolable. Julian lo sintió profundamente. Había conocido una pena similar un año antes.

“Heinessen y el resto del sistema de Baalat serán reconocidos con el derecho al autogobierno, en honor de Su Majestad y la administración imperial. En cuanto al regreso de la Fortaleza de Iserlohn a la Armada Imperial…”

“Por favor, no te preocupes. En nombre de la democracia, la República de Iserlohn cumplirá las promesas que se hizo al kaiser.”

Julian mantuvo su voz firme, mirando directamente a los ojos color arena de Müller, y luego continuó:

“A pesar de nuestras diferencias filosóficas y profesionales, como compañero sobreviviente de esta época, por favor acepte mis sinceras condolencias por su pérdida, también. Estoy seguro de que Yang Wen-li sentiría lo mismo.”

“Gracias. Transmitiré sus amables palabras a Su Majestad.”

Müller se inclinó profundamente, solicitó la presencia de Julian en el funeral, y luego se dio la vuelta y se fue.

Cuando la puerta del salón se cerró, Karin suspiró profundamente y se pasó la mano por el pelo. *¡Muere, Kaiser!* Había gritado en la batalla contra las fuerzas del Kaiser Reinhard. El grito de guerra por la democracia obtuvo su poder precisamente de la brillantez de la vitalidad del Kaiser. A partir de ahora, era inútil.

Karin le echó un vistazo a Julian. “Por lo tanto, el sistema Baalat permanecerá en manos democráticas, al menos”, dijo.

“Sí.”

“No es mucho, cuando se piensa en ello.”

“No”, dijo Julian con una pizca de sonrisa. “No es mucho en absoluto.”

Le había llevado más de quinientos años y cientos de miles de millones de

vidas conseguir ese “no mucho”. Si la ciudadanía no se hubiera cansado de la política en los últimos días de la Federación Galáctica – si se hubieran dado cuenta de lo peligroso que era conceder a un ser humano un poder ilimitado — si hubieran aprendido de la historia cuántos sufrirían bajo un sistema político que priorizara la autoridad del estado por encima de los derechos de sus ciudadanos — entonces, quizás, la humanidad podría haber realizado un sistema más equilibrado y armonioso más rápidamente, con menos sacrificios en el proceso. “¿Qué es la política para nosotros?” — La misma pregunta proclamaba que sus solicitantes serían privados de sus derechos. La política siempre se venga de aquellos que la desprecian. Cualquiera con la más mínima imaginación debería entenderlo.

“Julián, ¿realmente no vas a convertirte en un líder político? ¿Ni siquiera un representante del gobierno interino en Heinessen?”

“No estaba en mi lista de cosas por hacer, no.”

“¿Qué estaba, entonces?”

“Unirme al ejército. Luchar contra el imperio autocrático. Después de eso…”

“¿Después de eso?”

Julian no respondió a la pregunta de Karin directamente.

Quiero convertirme en historiador, registrar las hazañas de Yang Wen-li, y un día dejar mis recuerdos de estos años pasados tan calientes a las generaciones futuras . Esta fue ciertamente la influencia de Yang Wen-li, pero al mismo tiempo, puede haber sido el despertar de su propia conciencia, como un individuo que ha vivido a través de esta época y conocido tantas figuras clave en su historia. Julian había llegado a creer que era la responsabilidad y el deber de los vivos dar a los que aún no habían nacido más oportunidades de juicio y reflexión.

Olivier Poplin se acercó a los dos, caminando como si sus piernas fueran demasiado largas para él.

“Julian, ¿cuándo dejarás Phezzan?”

“Aún no estoy seguro, pero con todo lo que tengo que hacer, supongo que dentro de dos semanas.”

“Entonces será cuando nos despidamos.”

“¡Comandante Poplin!”

“Me quedo en Phezzan. No, no digas nada, Julian, ya he tomado mi decisión. Y dudo que me quede aquí para siempre, en cualquier caso.”

Julian no dijo nada. Tampoco Karin. Los dos lo entendieron. En cuerpo y alma, Poplin quería separarse de su organización, y caminar por el solitario camino de la libertad. No podían retenerlo. No deben hacerlo. Para Poplin, esta era tal vez la única manera de separarse de esta época.

Finalmente, Julián respondió, con toda la buena voluntad que pudo reunir, “Está bien. Haremos la mayor fiesta de despedida que podamos.”

En esto, Poplin extendió los brazos y los abrazó a los dos a la vez. La luz del sol danzante en sus ojos verdes iluminó su presente y su futuro.

“Nada de morir temprano, ¿de acuerdo? Encontrémonos de nuevo dentro de unas décadas cuando seamos viejos, para hablar mal de todos los que nos abandonaron muriendo primero.”

“Eso suena maravilloso”, dijo Julian, y lo dijo sinceramente . *Con qué buenos compañeros he compartido mi vida hasta ahora*, pensó. Poplin los soltó, les guiñó un ojo y se fue con las manos en los bolsillos. Mientras lo veían irse, Karin apretó el brazo de Julian. *Estaré contigo para siempre* — la promesa no se transmitió por medio de ondas de sonido sino a través de su cuerpo y en su corazón.

Después de asistir al funeral del káiser, volvería a Heinessen y devolvería la fortaleza de Iserlohn a la Armada Imperial. Luego se reuniría con Frederica,

la familia Caselnes, el Capitán Bagdash y otros, y se dirigiría de nuevo a Heinessen para enterrar a Yang Wen-li y a todos los demás. Y luego…

Y entonces comenzaría una larga, larga era de construcción y conservación. Continuarían negociando con el poderoso Imperio Galáctico fuera del sistema Baalat, y cultivarían un sistema de autogobierno y autodeterminación dentro de él. El invierno sería largo, y no había garantía de que la primavera llegara alguna vez.

Y, sin embargo, Julian y sus compañeros eligieron la democracia de todos modos. Rechazando conceder el poder absoluto incluso a un genio como Reinhard von Lohengramm, del tipo que se ve sólo una vez cada pocos siglos, un grupo de individuos poco notables se sentiría en el camino a través del ensayo y el error, buscando mejores formas de producir mejores resultados. Esa fue la Larga Marcha que Ahle Heinessen había elegido, y que Yang Wen-li había heredado.

“Bueno, será mejor que hable con el Almirante Attenborough. Tenemos mucho que planear”, dijo Julian, diciendo en voz alta el nombre de uno de los invaluables amigos que aún le quedan.

El mariscal Wolfgang Mittermeier salió al jardín del palacio provisional con Félix en sus brazos. La tormenta había terminado al fin, pero un fresco fuera de temporada aún llenaba el aire de verano y congelaba la luz de las estrellas. Cuando amaneciera, la muerte del Kaiser sería anunciada al público y comenzarían los preparativos para el funeral de estado. Presumiblemente, Von Oberstein también necesitaría un funeral. Las cosas estarían ocupadas. Pero eso era lo mejor. Sin una gran cantidad de trabajo para castigarlo, Mittermeier no estaba seguro de poder soportar la pena y la sensación de pérdida que carcomía su corazón.

De repente, el Gale Wolf escuchó una voz que le llamaba desde su oreja.

“Vater…”

Mientras Mittermeier estaba de pie, ligeramente aturdido, su hijo impaciente se agarró el pelo color miel y volvió a hablar.

"¡Vater!"

En la noche en que Mittermeier había perdido al gran gobernante que apreciaba y respetaba, experimentó una sorpresa que le llevó muy cerca de la alegría. Por difícil que fuera de imaginar, su rostro mostraba incluso algo como una sonrisa. Le pareció que el espíritu del Kaiser había entrado en el corazón de su hijo pequeño y le inspiró a decir su primera palabra. Sólo una fantasía, por supuesto, pero Mittermeier quería creerla. Elevó a su hijo sobre sus hombros y miró al cielo nocturno.

"¿Los ves, Félix? Todas esas estrellas…"

Cada una de esas estrellas ha vivido durante miles de millones, no, decenas de miles de millones de años. Habían brillado desde mucho antes del nacimiento de la humanidad, y seguirían brillando mucho después de la desaparición de la humanidad. Visto desde las estrellas, una vida humana era el más mínimo destello. Esto se conocía desde la antigüedad. Pero eran los humanos, y no las estrellas, los que eran conscientes de esto — los que sabían que mientras las estrellas eran eternas, sus propias vidas eran fugaces.

¿Algún día sentirás esto también, hijo mío? Estos eones y momentos de combustión congelados — y ¿cuál de esos dos valorará más la gente? ¿La forma en que una estrella fugaz que brilla sólo por un momento puede imprimir su curso en el abismo galáctico y en la memoria de un humano?

Un día, tú también mirarás las estrellas de esta manera. Soñarás con lo que hay más allá de ellas, y arderás con el deseo de conquistarlo, de lanzarte a ese deslumbrante brillo. Cuando llegue ese día, ¿se pondrá en marcha solo? ¿Llevarás a tu padre contigo? ¿O te irás con Alexander Siegfried, a quien le juraste lealtad a la edad de un año?

"¿Wolf?"

Una voz le llamó, y Evangeline se acercó con la luz de las estrellas en su pelo. Él se volvió en parte hacia ella.

“¡Félix acaba de decir su primera palabra! ¡Me llamó ‘Vater’!”

“¡Oh, Dios mío!”

Mirando algo confundida, Evangeline se acercó a su marido y tomó a Félix en sus brazos, sintiendo el calor de su pequeño cuerpo. Su marido extendió su brazo alrededor de sus hombros. Los dos volvieron su mirada a la abrumadora, incluso temible profusión de estrellas, y se quedaron de pie durante unos segundos en silencio.

Félix levantó las manos hacia el cielo y cerró los puños, tratando de agarrar las estrellas. No sabía lo que hacía. ¿No era, después de todo, simplemente su forma de expresar el anhelo que recorre toda la historia humana por lo que está más allá de su alcance?

“Entremos”, dijo Evangeline suavemente. Mittermeier asintió con la cabeza y, con su brazo todavía alrededor de ella, los dos comenzaron a caminar. El palacio provisional se desbordó para ambos con la pena por el fallecimiento del Kaiser y una extraña energía destinada a ritualizar su muerte. Hacia esto, Wolfgang Mittermeier caminó.

La leyenda termina, y la historia comienza…

SOBRE EL AUTOR

Yoshiki Tanaka nació en 1952 en la Prefectura de Kumamoto y se doctoró en literatura en la Universidad de Gakushuin. Tanaka ganó el premio Gen’eijo (una revista de misterio) al Nuevo Escritor con su historia de

debut “Midori no Sogen ni…” (En el campo verde…) en 1978, luego comenzó su carrera como escritor de ciencia ficción y fantasía. Legend of the Galactic Heroes (La Leyenda de los Héroes Galácticos), que traduce las guerras europeas del siglo XIX a un escenario interestelar, ganó el premio Seiun a la mejor novela de ciencia ficción en 1987. Las otras obras de Tanaka incluyen la serie fantástica La Leyenda Heroica de Arslan y muchas otras novelas e historias de ciencia ficción, fantasía, historia y misterio.

HAIKASORU

EL FUTURO ES JAPONÉS

VIAJAR EN EL ESPACIO Y EL TIEMPO CON EL HAIKASORU!

USURPADOR DEL SOL — HOUSUKE NOJIRI

Aki Shiraishi es un estudiante de secundaria que trabaja en el club de astronomía y uno de los pocos testigos de un acontecimiento asombroso: alguien está construyendo una torre en el planeta Mercurio. Pronto, los Constructores han construido un anillo alrededor del sol, amenazando la ecología de la Tierra con una inmensa sombra. Aki se inspira para seguir una carrera en la ciencia, y la verdad. Debe determinar el propósito del anillo y los planes de sus creadores, ya que la supervivencia de ambas especies — la humana y la de los Constructores, depende de la balanza.

LA OLA DE OUROBOROS — JYOUJI HAYASHI

Dentro de 90 años, un satélite detecta un agujero negro cercano que los científicos apodan Kali por la diosa hindú de la destrucción. La humanidad se embarca en un proyecto de varias generaciones para aprovechar la energía del agujero negro y establecer colonias en los planetas del sistema solar. La Tierra y Marte y las lunas Europa (Júpiter) y Titania (Urano) desarrollan sociedades radicalmente diferentes, con sólo Kali, ese vórtice arremolinado de destrucción y creación, y la odiada pero crucial asociación de Desarrollo de Discos de Acreación Artificial (AADD) en común.

DIEZ MIL MILLONES DE DÍAS Y CIEN MIL MILLONES DE NOCHES — RYU MITSUSE

Diez mil millones de días — es el tiempo que le tomará al filósofo Platón determinar los verdaderos sistemas del mundo. Cien mil millones de noches — es lo lejos que viajarán en el futuro Jesús de Nazaret, Siddhartha y el semidiós Asura para presenciar el fin de todos los mundos. Nombrada la mayor novela japonesa de ciencia ficción de todos los tiempos, *“Diez mil millones de días y cien mil millones de noches”* es una épica eónica en ciernes. Publicada originalmente en 1967, la novela fue revisada por el autor en años posteriores y reeditada en 1973.
